
Flor de las Perlas

Emilio Salgari

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 2302

Título: Flor de las Perlas

Autor: Emilio Salgari

Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 26 de febrero de 2017

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

PRIMERA PARTE. FLOR DE LAS PERLAS

CAPÍTULO I. EL NAUFRAGIO DE LA CAÑONERA

—¿Es verdad, pues?

—No se habla de otra cosa en Binondo.

—¿Y las autoridades españolas?

—Confirman la noticia.

—¿Todos perdidos?

—¡Quién sabe!

—¿Pero Romero... el comandante... la *Perla*?... —Se ignora si perecieron o se salvaron.

—Habla bajo.

—¿Está despierto la pobre Than-Kiu?...

—Pocos minutos ha, no se había dormido todavía.

¿Qué dirá cuando sepa la terrible noticia?

—No hace falta comunicársela, Pram-Li; podría morir; está aún débil por la pérdida de sangre. ¡Qué golpe!... ¡Hang-Tu y Romero a la vez!... valiera haber muerto con su hermano.

—¿Eh?... ¡Quién sabe! El amor más ardiente se trueca a veces en odio implacable... ¿Acaso el mar no la ha vengado de la felicidad de la mujer blanca?

—Than-Kiu no sabe odiar, y además... amaba demasiado a Romero, y creo que, mientras conserve un átomo de vida,

acariciará el hermoso sueño de su alma juvenil.

—¿Habla siempre de Romero?

—Siempre, Pram-Li. Hasta de noche sueña con él, llamándole con voces tan lastimeras que me desgarran el alma.

—¿Y no lanza imprecaciones contra la joven blanca?

—Nunca una palabra de cólera o desdén salió de labios de la pobre Than-Kiu contra la *Perla de Manila*. Cree en la fatalidad y culpa sólo al destino de la terrible catástrofe que la ha herido.

—Y el destino la vengó, Sheu-Kin; el mar se ha tragado, indudablemente, a Teresita y a su padre.

—Acaso sí; y quizá también a Romero.

—¿Ha venido el médico?

—Sí, Pram-Li.

—¿Y qué ha dicho?

—Que Than-Kiu está ya curada y puede abandonar el lecho del dolor. La herida está bien cicatrizada.

—¿Qué va a hacer?

—No lo sé.

—¿Regresará a su país natal, o se arrojará en brazos de la insurrección?

—¿De la insurrección?... Creo que acabó ya todo, Pram-Li.

—Te engañas, Sheu-Kin. El general Polavieja se apresuró demasiado a embarcarse en *El Pío IX* para volver a España, y el general Primo de Rivera cometió gran imprudencia al repatriar a los artilleros y al licenciar a los voluntarios. Las

sociedades secretas han vuelto a levantar cabeza, y ya surgieron algunas bandas de insurrectos en la provincia de Cavite y en la parte central de la isla.

—Esfuerzos generosos, pero estériles. Muerto Hang-Tu, ausente Romero, dispersos y deportados los principales cabecillas, ¿quién reasumirá el mando de esas bandas?

—Aguinaldo.

—¡Él!... Creo que Aguinaldo está disolviendo sus bandas... y además... no creo que Than-Kiu vuelva a echarse en brazos de la insurrección... a no ser para tratar de buscar la muerte. No; procuraré inducirla a que regrese a las riberas del río Amarillo, y tal vez el aire nacional y el afecto de sus compatriotas consigan curarle la terrible herida que le ha destrozado el corazón, si...

—Continúa —dijo Pram-Li, viendo que su interlocutor se detenía, titubeando.

—Si los españoles la dejaran libre —prosiguió Sheu-Kin.

—¿Qué pretenden? —exclamó Pram-Li, iluminadas sus pupilas por un relámpago—. ¿No les basta haberle matado el hermano y haberla alojado una bala en el pecho? ¿Querrán volver a fusilarla, acaso?

—¡Calla! Ella ignora que los españoles la vigilan.

—Veamos también nosotros y...

Pram-Li se interrumpió bruscamente. En la estancia contigua, una voz que tenía algo de estridente había pronunciado dos nombres:

—¡Hang!... ¡Romero!...

Pram-Li y Sheu-Kin se habían puesto en pie, cambiando una mirada angustiosa. Eran aún jóvenes, en especial el segundo,

que podía contar veinte años. El primero tenía veinticinco o veintiséis, y a primera vista reconocíase en él un miembro de la brava raza malaya. Ancho de hombros, de amplio pecho, brazos bastante largos y musculosos, estatura algo inferior a la media, y, aunque de aspecto macizo, debía poseer la extraordinaria agilidad de que están dotados sus compatriotas y que les ha dado fama de ser los marineros más diestros del mundo. Su piel era vasta con tintes rojo-pálidos; sus cabellos negrísimos y cresposojos pequeños, pero vivos y ardientes; la nariz algo aplastada, los labios carnosos. Vestía únicamente una camiseta de algodón, color rojizo, y pantalones blancos, llevando a la cintura el inseparable *kriss*, puñal de hoja serpentina que no abandonan los malayos ni para dormir.

El otro era un chino delgado, nervioso, cutis amarillo, ojos oblicuos, cráneo afeitado en parte y con larga coleta que rodeaba a la cabeza. Aunque fuera del Celeste Imperio, no había renunciado a sus costumbres nacionales y vestía la amplia túnica floreada de azul, con las mangas llamadas *pusaúe* y los anchos calzones que forman en el centro como doble pliegue. Calzaba esa especie de zuecos de recia suela, de fieltro y con punta larga y retorcida hacia arriba.

Ambos, tras haberse contemplado buen rato, arrimáronse a una puerta y escucharon con profundo recogimiento; no oyeron otro nombre, pero sí pudieron recoger un suspiro.

—¡Pobre *Flor de las Perlas*! —murmuró Sheu-Kin entristecido—. Sueña con ellos.

—Y jamás los olvidará —dijo el malayo—. ¿Te ha hablado alguna vez de aquella terrible noche?

—Nunca, Pram-Li; ignora aún lo sucedido después que Hang-Tu cayó al suelo acribillado por las balas de los españoles; pero, en su delirio, oigo con frecuencia repetir la altiva frase dicha por su hermano a los soldados que iban a fusilarle: «Soy Hang-Tu, el jefe de las sociedades secretas. Apuntad al

corazón... ¡Viva la libertad!»... Cada vez que la oigo repetir estas palabras, siento que se me enciende la sangre en las venas, y creo hallóme ante el hombre formidable que la lanzó al Paquete, mientras estrechaba contra su pecho a la gentil *Flor de las Perlas*... ¡Oh! ¡Qué terrible cena! No quisiera recordarla y menos si...

Un grito estridente, lúgubre, salido de la estancia contigua a la puerta de la cual los dos jóvenes escucharon poco antes, interrumpió a Sheu-Kin; ambos se levantaron precipitadamente y, abierta la entrada, dejóse ver el santuario de una joven del Celeste Imperio.

Todo era diminuto y gracioso allí. Las paredes, tapizadas de papel de Thung con llores; dragones vomitando llamas, y una luna sonriente y brillante en fondo rojo oscuro; el pavimento, a cuadros, era terso como el cristal; las cortinas, de seda azul con dibujos extraños, atenuaban el reflejo del ardiente sol, casi ecuatorial, y daban a la cámara un aspecto coquetuelo, seductor.

Como en todas las casas chinas, los muebles eran ligeros, de laca, con incrustaciones de cuarzo, abundando las graciosas chucherías que tanto estiman las damas chinas: minúsculos jarroncitos de porcelana, color de cielo tras la lluvia; bolitas de marfil, perforadas; imágenes de deidades; abanicos de papel de seda, cubiertos de máximas religiosas, etcétera. En un lado, cuatro espléndidos jarrones chinescos, de porcelana amarilla de reflejos dorados, sostenían ramos de lilas que perfumaban delicadamente el camarín.

Sobre una camita cubierta de seda azul, una jovencita de carnación blanca como el lirio, alabastrina, de ojos negros sombreados por sedosas y largas pestañas, envuelta en amplia bata de percal rosa, estaba sentada, sujetándose con ambas manos los cabellos negrísimos y abundantes que le caían por la espalda como manto de terciopelo. Sus facciones, alteradas, expresaban indecible espanto; sus extraviadas miradas hallábanse fijas en el techo; tenía dilatadísimas las

pupilas.

Chino y malayo precipitáronse hacia la dama, exclamando:

—¡Ama!...

—¡Than-Kiu!...

La jovencita pareció no oírles ni verles, pues no cambió de actitud; parecía contemplar una terrible escena muy lejos, muy lejos. Sheu-Kin la sacudió dulcemente y dijo:

—¿Qué ocurre, Than-Kiu?... ¿Qué miras con tanta fijeza?... ¿Qué temes?... ¿No estamos aquí, niña?... ¿Qué imaginación pavorosa turba tu cabecita?

La joven inclinóse hacia adelante y, cogiendo al uno por el brazo, murmuró con voz trémula:

—¡Oh!... ¡Qué horrible ensueño!...

Parecía haber vuelto en sí; pero fue un relámpago; volvió a fijar sus miradas en el techo, y su rostro recobró la pavorosa expresión de antes. ¿Soñaba todavía o deliraba?...

—Escucha —exclamó, inclinándose más aún como para escuchar lejano rumor—. ¡Oye cómo ruge el mar en derredor de la cañonera... mírala!... Alzase sobre la cresta espumosa y se precipita en el abismo que se abre para tragársela... La veo... la veo... le veo a él sobre la proa, entre las olas que la asaltan... veo también a la mujer blanca... allá, en el puente... del brazo de su padre... Mira cómo la cañonera atraviesa el báratro... el cielo está negro como la noche... el trueno ruge... el viento silba y alborota el Océano... ¿Dónde van?... No; ya no brilla la estrella de la doncella blanca, ni tampoco la de la joven del país del Sol. ¿Dónde van?... ¡Míralos! Las olas los llevan de un lado para otro, los levantan, los recogen... ¡Huid!... Se los tragó el mar... ya no veo nada... ¡Y Hang-Tu ha muerto y no puede salvarlos!...

Lanzó un grito terrible, angustioso y se dejó caer en el lecho, tapándose el rostro con las manos como si le aterrorizase la visión. Las lágrimas se deslizaban por entre sus dedos, y alzaban su pecho los sollozos.

El chino y el malayo mirábanse con angustia, sin saber qué hacer.

—Hay que llamar al médico —dijo el primero—; Than-Kiu me da miedo.

—Es un acceso de delirio.

Al oír estas palabras, la joven se irguió; pasóse una mano por la frente, echando atrás sus largos cabellos y, mirando tristemente al malayo, murmuró con voz abatida:

—¿Delirio?... No; es un horrible sueño, amigos míos... Le he visto en medio de las olas, en el puente de la cañonera que lo llevaba a Ternate. Miraba sereno al mar alborotado... como si desafiase sus iras... y vi también a la doncella blanca... a Teresita... la que me lo ha robado. Corría... corría la cañonera entre lampos y fulgores arrojando bocanadas de humo... huía hacia la tierra que se perdía en el horizonte. Luego desapareció... Temo ¡ay! por el que irradiaba en torno suyo la desdicha... ¡Ah!... Me lo dijo un día... en el campo de Salitrán, y la pobre Than-Kiu no ha olvidado sus funestas palabras... ¡Cuántas desventuras!... No se engañó Romero, no; tenía que ser fatal para Hang-Tu... y para mí...

La joven china se interrumpió; un sollozo había ahogado su voz, y sus bellos ojos se arrasaron en lágrimas.

—Cállate, amita —dijo Sheu-Kin—. ¿A qué evocar esos recuerdos que te destrozan el corazón?...

Than-Kiu no respondió; pero continuó a poco, con acento de terror:

—¡Oh!... ¡Qué sueño más horrible!...

—No debes creer en sueños, Than-Kiu; sólo son visiones forjadas por la fantasía.

—¡Oh! Than-Kiu creía también en los astros y no se engañó. Todas las noches surgía la estrella de la doncella blanca, cada vez más brillante, mientras que la mía palidecía cada noche, y la vi en aquélla tan fatal irradiar con luz intensísima, en tanto que la de *Flor de las Perlas* se hundía en el mar. ¿Era un presagio erróneo, Than-Kiu? Aquella noche debía perder a los dos: a él y a Hang-Tu... ¡Cuánta desolación en torno mío!... Ya no veré más ni a uno ni a otro... Más valiera que las balas españolas hubiesen acabado con *Flor de las Perlas*... Habría expirado sobre el pecho de mí hermano, mi sangre se hubiera mezclado con la de los héroes libertadores, y mi alma vagaría por las riberas de mi río Amarillo...

—Calla, Than-Kiu —exclamó sollozando el chino—. Aleja de ti esos lúgubres recuerdos.

La china enmudeció, pareciendo seguir con la mirada algo como una visión fugitiva y escuchar con gran atención. Permaneció algunos instantes inmóvil y exclamó con voz alterada:

—¿Es el mar el que ruge?

—No —repuso Pram-Li—; el golfo está tranquilo y terso como un espejo.

—Parecíame oír las olas romperse en la escollera. ¿No me engañas?

—No, Than-Kiu; mira.

Y el malayo apartó la cortina de seda azul que cubría la ventana, y un rayo de luz casi sangriento penetró en la estancia, con una ráfaga de aire impregnada de sal húmeda. La joven se alzó lentamente, pero después se dejó caer de

nuevo en el lecho. Pram-Li y Sheu-Kin lanzáronse en su socorro; pero ella les detuvo con un gesto, diciendo:

—Than-Kiu, que ha combatido en el campo insurrecto al lado del valiente Hang-Tu, no es una chiquilla.

Se enderezó con pereza y, apelando a todas sus fuerzas, atravesó la estancia con paso firme y se asomó a la ventana. Luego se sentó en una silla ligera y graciosa de bambú, pasándose la mano por el pálido rostro. Contempló en silencio la amplia bahía de Manila, llena de embarcaciones y barquichuelos, y aspiró la brisa vivificante del anochecer, en tanto que Pram-Li y Sheu-Kin, a su lado, cambiaban entre sí melancólica mirada.

CAPÍTULO II. EL JEFE DEL «LIRIO DEL AGUA»

Era un espléndido crepúsculo lleno de melancólica poesía.

El Sol se escondía en el mar entre dos nubes enormes y flamígeras, en la punta extrema de la isla del Corregidor, tiñendo las aguas de oro y grana, mientras las de la inmensa bahía de Manila se obscurecían, tornándose poco a poco parduscas, aceradas.

Manila, la opulenta capital del archipiélago, alzándose gigantesca sobre el río Passig, se esfumaba en la sombra, mientras la selva de campanarios de sus numerosas iglesias y monasterios recibía aún los últimos besos del astro diurno, aguardando los de la Luna que aparecía por detrás de la sierra de Mariveles.

Los barcos desfilaban silenciosos a lo largo del muelle ante el populoso barrio de Binondo, con sus blancas velas desplegadas a la fresca brisa de la tarde, mientras a un lado se agrupaban los rápidos paraos malayos y los *paolevekau* celíbeos para comenzar la pesca nocturna, y navegaba alguna cañonera vomitando negra columna de humo que se elevaba en la altura, destacándose vivamente en el luminoso horizonte.

Las voces ensordecedoras de los habitantes de Binondo se extinguían rápidamente. El muelle, casi lleno de españoles durante el día, así como de tagalos, malayos, chinos y japoneses, se despoblaba, desfilando la multitud hacia los barrios interiores o hacia Manila.

No se oía más que la monótona canción de algún barquero indígena y alguna campanada argentina que el viento llevaba

desde la capital.

Than-Kiu, con la cabeza apoyada aún en la mano, contemplaba en silencio la puesta del Sol. Parecía que su mirada buscaba algo, más lejos, donde el mar se confundía con el horizonte; alguna huella borrada ya por las olas. De vez en cuando desviaba los ojos de aquel punto y los fijaba lentamente en la extremidad de Binondo por el puente de Passig, y un estremecimiento agitaba su cuerpo, asomando a sus ojos dos lágrimas que poco a poco convertíanse en sendas gotas que se deslizaban por sus pálidas mejillas. ¿Se había detenido su mirada en el sitio en que la noche fatal dio el último adiós a Romero, que le robaba la doncella blanca, o trataba de descubrir en las piedras las manchas de la sangre derramada por su hermano, el heroico jefe de la insurrección?

Pram-Li y Sheu-Kin callaban, sin dejar de mirarla. Acaso adivinaban los tristes pensamientos que atormentaban el cerebro y el corazón de la bella joven.

Mientras tanto, el Sol se había ocultado por completo, y, tras breve crepúsculo, las tinieblas comenzaron a descender sobre la bahía como nubes de negros cuervos. La Luna alzabase ya sobre las crestas de la sierra y, seguida y precedida de miadas de estrellas, teñía de plata las aguas. Habían cesado todos los rumores en el muelle, y ni las campanas de la ciudad dejaban oír sus toques; sólo la brisa nocturna silbaba a intervalos, penetrando por entre las cortinas de seda de la estancia. Sheu-Kin inclinóse hacia la doncella, diciéndole:

—Recóbrate, Than-Kiu.

Ella no respondió. No miraba ya ni el mar, ni el muelle, ni el puente del Passig, ni la ciudad; contemplaba el horizonte, cual si esperase la aparición de algún nuevo astro o de algún farol que indicase la llegada de alguna embarcación.

—Ven, amita —repitió Sheu-Kin.

—Déjame admirar esta espléndida noche —repuso ella con voz trémula—. Me recuerda una de las más bellas, una de las más felices de mi vida; pero no aquí: él no había partido, ni Hang muerto. La recuerdo como si hubiera sido ayer. La luna brillaba iluminando las copas de los árboles; a lo lejos veíanse las luces de los campamentos españoles, y como cinta de plata el Zapote... Romero me hablaba... la estrella de la doncella blanca no había aparecido, ni declinaba aún la mía... Y todo acabó con una catástrofe. ¡Es horrible!

Inclinó la cabeza sobre el pecho y escondió el rostro con la amplia manga de seda, como si intentara substraerse a la visión que le perseguía. Súbitamente irguió la frente, miró con fijeza apretándole una mano al chino, y exclamó:

—Murió; ¿verdad?

—¿Quién? —preguntó estupefacto Sheu-Kin.

—Mi hermano.

—Sí, Than-Kiu; había recibido tres balazos en el pecho.

—Habla; quiero saberlo todo.

—Se abrirá de nuevo la herida que por tanto tiempo sangró.

—Than-Kiu está ya restablecida —dijo la joven con melancólica sonrisa—. Quiero saber todo lo acaecido desde aquella noche fatal que me destrozó el alma. ¿Cuántos días han transcurrido desde aquella mañana en que asesinaron a Hong? No recuerdo nada... nada... Tú asististe a la tremenda escena; ¿verdad, Sheu-Kin?...

—Sí, Than-Kiu. Hacía pocos días que llegué a Cavite, donde hallé refugio después de la derrota de Salitrán, que me separó de ti, de Romero y de Hang. En medio del tumulto pude huir con Hong, el jefe del *Lirio del Agua*, a quien conoces bien; atravesamos las líneas españolas y a marchas

forzadas llegamos a Manila para comunicar el desastre al Comité de la sociedad secreta. Una vez aquí, en Binondo, supimos también la caída de Malabón y la destrucción de la partida capitaneada por tu hermano y Romero Ruiz, pero sin poder averiguar lo que había sido de ellos y de ti. Os buscamos por todas partes, creyendo que habríais logrado esconderos, pero en vano; ni en la sociedad del Loto Blanco supieron decirnos nada. Una noche averiguamos que a la mañana siguiente iban a ser fusilados los jefes insurrectos cogidos en Cavite y Novaleta, y, por no sé qué inspiración, Hong y yo nos trasladamos a Tondo para asistir a la ejecución. Asaltónos el temor de que tú estuvieras entre ellos, y escogimos entre los miembros del *Lirio de Agua* una partida de hombres resueltos y consagrados a Hong en cuerpo y alma para intentar por todos los medios posibles salvarte de la muerte. Nos tranquilizábamos ya al no verte, pero nuestra esperanza duró poco. Ya iban a fusilar los soldados al último de los sentenciados, cuando oímos una voz tonante que reconocimos con espanto, Hang, tu heroico hermano, soltóse de entre los prisioneros y, atravesando el cuadro fue a colocarse ante las víctimas, dando el pecho a las balas. Era hermoso, soberbio, terrible como el dios de la guerra, y te abrazaba con su robusto brazo. Sus ojos lanzaban llamas, y su rostro estaba radiante, transfigurado. Pronunció esas altivas y arrogantes palabras que tantas veces repites tú, y sonó la descarga. Un instante de retardo y estaría vivo aun, pero no lo quiso el destino. El héroe amarillo cayó junto a los jefes insurrectos, destrozado el pecho por tres balas, arrastrándose en su caída. Entonces, una nube de sangre cubrió mis ojos, y a través de ella vi que erguías un instante la cabeza y la dejabas caer sobre el pecho ensangrentado de tu hermano... Lo que acaeció después, aun hoy no lo sé con exactitud. Me han contado que Hong y yo nos precipitamos como locos sobre ti y te sacamos de entre los cadáveres que te habían inundado de sangre, mientras los amigos del jefe del *Lirio de Agua* luchaban con el piquete de soldados. Hong te llevó a su casa, no atreviéndose a atravesar contigo el arrabal de Binondo.

Examinamos tu herida; una bala te había atravesado el pecho, poco más arriba del corazón, ocasionándote grave pérdida de sangre, pero sin interesar ningún órgano vital. Sin embargo, la herida era peligrosa y podía acabar con la *Flor de las Perlas*... Durante diez días luchaste entre la vida y la muerte, siempre presa de espantoso delirio; luego comenzaste a mejorar, merced a la asistencia asidua de un médico, compatriota nuestro, y en la noche del decimocuarto, aprovechando su obscuridad, en un palanquín, y ayudados por Pram-Li, te trasladamos a tu casita, por haber observado que algunos españoles rondaban en torno de la de nuestro amigo Hong. Hace veintidós días que descansas en tu lecho, y nos felicitamos de verte completamente curada.

La joven, que escuchara hasta entonces en silencio, llorando, alargó su diestra mano a Sheu-Kin y la siniestra a Pram-Li, estrechó cariñosamente la de ambos y murmuró:

—Gracias, amigos.

Y sofocando un gemido, añadió:

—¿Y el cuerpo de Hang?

—Reposa en la tierra natal, en las riberas del río Amarillo. El Comité de sociedades secretas tuvo la idea de repatriarlo.

—¿Le han sepultado, pues, en el jardín en que duermen mis padres?

—Sí, Than-Kiu.

—¿A la sombra de la glorieta cubierta de trepadoras y lilas?

—Sí, amita.

—¡Pobre hermano mío!... Pero pronto volveré a verte Than-Kiu, que regresará en breve a la patria, abandonando sin pesar a Manila. ¡Triste destino el de *Flor de las Perlas*!... Todo ha muerto ya en torno mío: muerta la esperanza,

desvanecidos los dulces sueños, perdidas las ilusiones, atormentada hasta el alma... el viento helado de la Mongolia ha tronchado al pobre lirio que crecía en tierra extranjera, y ya no florecerá más.

Un sollozo la interrumpió. Los dos jóvenes trataron de consolarla.

—Basta, amita; te estás matando.

—Dejadme llorar, amigos; ¿por qué contener el llanto cuando el corazón herido pide lágrimas que calmen los dolores?

—Puedes hacer que se te abra la herida, Than-Kiu.

—Ya estoy curada, amigos. Sólo sangra el corazón, y lo hará por mucho tiempo.

—Es ya tarde; duerme, descansa.

—No, no —exclamó con acento extraño—. Todavía no; necesito verla.

—¿A quién? —preguntaron estupefactos chino y malayo.

—La estrella de la doncella blanca.

—¡Locura, Than-Kiu!

—Así lo decía también Romero cuantas veces le habló de esto —suspiró ella—, pero ya se había convencido de que yo tenía razón. La estrella de la doncella blanca aparecía cada noche más radiante, en tanto que la mía palidecía... Era que se avecinaba la catástrofe... ¡Ahí!

La joven se levantó bruscamente, se encorvó sobre el alféizar de la ventana, y con el brazo extendido señaló una estrella que aparecía en el horizonte surgiendo del mar.

—¡Mírala, Sheu-Kin!... —exclamó, retrocediendo un paso y con gesto de terror—. ¡Mírala, qué pálida!... No brilla como

antes... ¡Gran Buddha!... ¿Qué va a suceder a la doncella blanca y a Romero? ¿Será verdad mi sueño?... Sheu-Kin, Pram-Li, ¡tengo miedo!...

Desplomóse en la silla, cubriéndose los ojos con las manos. Los dos hombres cambiaron rápida mirada, diciéndose con ella: Ha adivinado el desastre de la cañonera.

Tres golpes dados a la puerta de la estancia vecina sacaron de su abstracción a Than-Kiu, que exclamó dolorosamente:

—Alguien viene a confirmar mi sueño; me parece leer en lo porvenir.

Pram-Li se aseguró de que conservaba su puñal en el cinto y se dirigió a abrir, en tanto que el chino, temiendo una visita policíaca, cubría con la cortina azul la ventana y ocultaba con su cuerpo a la doncella. Casi en seguida entró el malayo, seguido de un hombre de aspecto bravo que, a primera vista, hubiera podido tomarse por un europeo de las regiones meridionales, si sus ojos cruzados no hubiesen revelado origen tártaro-mongólico. No tenía treinta años, y, aunque chino, era lo que se llama un buen mozo; de estatura alta y elegante, con robustas espaldas y recia musculatura que denotaba extraordinaria fuerza; su piel, si no precisamente blanca, tenía el matiz moreno de la de los españoles e italianos del Mediodía; sus ojos eran negríssimos, vivos, penetrantes; el bigote negro, no caído; y en vez del cráneo afeitado y la coleta impuestos por los vencedores a la raza mongola, usaba cabellos largos que le llegaban a los hombros. También su traje era europeo: calzones blancos, estrechos a lo militar, casaca de seda de Nankin con flores amarillas, sujeta a la cintura por una faja de seda rosa que dejaba ver las culatas de dos revólveres, y amplio sombrero de fieltro de *rotang*.

Aquel hombre era Hong, uno de los más valerosos jefes del *Lirio de Agua*; el que había salvado y llevado a su casa para curarla a Than-Kiu. Capitán de caballería tártara, había

tomado activa parte en la guerra contra los japoneses, y en su calidad de manchur se había batido valerosamente; pero prisionero en Puerto-Arturo, a consecuencia de una salida hecha por la guarnición, fue transportado a Nagasaki, de donde astuta y audazmente se escapó escondido a bordo de un junco, llegando tras quince días de navegación a Manila, donde conoció a Hang-Tu y a su bella hermana Than-Kiu. Elegido como uno de los jefes principales del *Lirio de Agua*, batióse heroicamente en Novaleta, Rosario y Cavite, regresando a la capital del archipiélago a buen tiempo para salvar a la joven arrebatándola de manos de los españoles.

Al verle, ella descorrió la cortina y se incorporó para salirle al encuentro; pero él se apresuró a llegar a su lado, haciéndole seña para que permaneciera sentada, y, estrechando la mano que la jovencita le ofrecía, exclamó:

—Me alegro infinito, Than-Kiu, de verte ya restablecida.

—Gracias por tus palabras y por cuanto has hecho por mí, Hong. Eres amigo fiel y abnegado, de los que nunca pueden olvidarse.

El chino sonrió, en tanto que un profundo suspiro hinchaba su pecho y en sus ojos brillaba un relámpago de júbilo.

—Sí; amigo fiel, fiel hasta la muerte, y que jamás hallará imposibles cuando se trate de auxiliarte, pobre niña.

—Te esperaba, pero notan tarde.

—Nunca sobran las precauciones; todos los jefes de las sociedades secretas estamos vigilados.

Y, tras una pausa durante la cual miró fijamente a la joven, añadió:

—He venido aquí obedeciendo órdenes de la Sociedad.

—¿Qué desean de mí los jefes del *Lirio de Agua*?

—El fuerte brazo de la valerosa Than-Kiu, de la hermana del heroico jefe de los amarillos.

—¡Mi brazo es tan débil ya! —dijo ella con melancólica sonrisa—. Además, todo acabó para mí.

—¿Qué quieres decir?... Aquella Than-Kiu que guiaba la insurrección al par de Hang; que combatía como una leona en Salitrán, San Nicolás y Malabón; que desafiaba intrépida la muerte a la cabeza de las partidas, animando a todos con su ejemplo y convirtiendo a los cobardes en temerarios, ¿puede creer terminada su misión?

—Sí, Hong; todo acabó para mí.

—¿No sabes que la insurrección que los españoles creyeron ahogada, ha levantado su cabeza de nuevo?... Las partidas reaparecen en la parte central de la isla, se reorganizan en todas partes, y ya han obtenido algunos triunfos alentadores.

—Than-Kiu ha muerto para la insurrección.

—No digas eso; bastaría que las sociedades secretas hicieran circular la voz de que la hermana del valiente Hang-Tu vuelve a empuñar las armas, para que se sublevaran todos nuestros compatriotas que anhelan vengar a las víctimas.

—No odio ya a los españoles —repuso la joven moviendo la cabeza.

—¡Ven a luchar por la libertad de la patria!

—Mi patria no es ésta; es aquella donde reposan los restos de Hang-Tu.

—Hang-Tu luchó por la libertad de estas islas, y tú misma hiciste armas contra los opresores blancos.

—Seguía a mi hermano, y...

—¿Y a Romero, no es verdad?... —exclamó él con amargura.

La joven bajó la mirada sin responder.

—Aquel Romero que aun traidor amas —dijo el chino con sordo rencor.

—Quizá.

—Pues el destino te ha vengado de él y de la mujer blanca —repitió impetuosamente Hong.

Than-Kiu se levantó, pálida como la muerte, mirando con ojos extraviados al chino; Sheu-Kin y Pram-Li hicieron rápida seña al jefe del *Lirio de Agua* para impedirle que continuase; pero era ya demasiado tarde.

—¿Qué dice? —preguntó ella con voz trémula—. ¿De qué venganza hablas?

Hong comprendió que la joven no sabía nada y enmudeció, mirando a sus compatriotas y al malayo. Ella prosiguió:

—¡Habla, por favor; te lo suplico!

—Es que... creí que lo sabías...

—¿Qué?... ¡Dímelo todo, por Budda! —exclamó agitada la doncella.

—No me atrevo...

—¿Ninguno me sacará de esta horrible angustia? Quiero saberlo todo, ¿comprendéis?... ¡Todo! Than-Kiu no es una niña... es la mujer que ha combatido entre las filas de la insurrección al lado de Hang-Tu.

Demostraba en aquel momento tal energía, que se la hubiera creído capaz de afrontar la más tremenda noticia. Volvía a ser la valerosa joven que había desafiado la muerte con la sonrisa en los labios tantas veces; era la intrépida y

temeraria guía del mestizo Romero, tan admirada por todos en Zapote, Salitrán, San Nicolás y Malabón. Sheu-Kin, tras un momento de vacilación, dijo:

—Puesto que lo quieres, amita, hablaré.

—Habla.

—Voy a desgarrarte el corazón.

—Soy fuerte.

—Se trata del hombre que tanto has amado.

—Di, pronto.

—Pues bien; la cañonera que lo conducía a Ternate, con la doncella blanca y el comandante de Alcázar, encalló en la costa de Mindanao, y se dice que fue asaltada por los piratas.

Than-Kiu no dejó escapar ni un grito ni un gemido; cerró los ojos, palideció horriblemente y se desplomó en la silla como si las fuerzas le hubieran abandonado de repente.

El sueño había tenido confirmación real.

CAPÍTULO III. LA FUGA

Los tres hombres se precipitaron hacia Than-Kiu creyendo que la tremenda noticia la había fulminado como un rayo; pero, antes de que la tocasen, ella, con un esfuerzo supremo de que sólo una naturaleza como la suya podía ser capaz, se incorporó, murmurando con voz débil:

—No es nada... Than-Kiu es fuerte.

Luego, mirando a Sheu-Kin, añadió:

—¡Habla, habla; cuéntamelo todo!... ¡Ahí! Había soñado la catástrofe... ¡Ha muerto!

—No, Than-Kiu.

—Pretendes engañarme... ¿Por qué no decirme toda la verdad?... No le he visto más en sueños, después que las olas cubrieron la cañonera... ¡Desdicha, desdicha!... Lo sabía él... sabía que había de ser fatal para todos...

—Tranquilízate... acaso no haya muerto...

—¿Acaso... no?... ¿Es una esperanza que tratas de infiltrar en mi corazón?

—Sheu-Kin ha dicho la verdad —dijeron los otros, hasta entonces silenciosos.

—Bueno; contadme todo lo que sepáis.

—Lo único que se sabe es que la cañonera embarrancó en la arena, en la parte oriental de la gran isla de Mindanao, cerca de un río, a lo que parece. Una nave procedente de Joló, que

llegó a Manila hace tres días, dio la noticia de haber hallado a unas veinte millas de la costa, casi frente a la punta Tapián, a 7°,05' de latitud Norte y a 130°,02' de longitud Oeste, un pedazo de casco en que se leían estas dos palabras: Concha-Manila. ¿No se llamaba así la cañonera en que se embarcó, o, mejor, en que fue embarcado Romero?

—Sí —repuso Than-Kiu con voz ahogada.

—Añadiré, que el gobernador de Manila ha hecho telegrafiar a Dapitao para procurarse mayores pormenores, y ha sabido que, después de embarrancar, fue asaltada la cañonera por los piratas.

—¡Y los asesinaron a todos!...

—No se sabe, Than-Kiu, pero presumo que no se habrán atrevido; pues, aunque los indígenas aquéllos son crueles y tienen fama de sanguinarios, tienen cierto respeto y les infunden cierto miedo los hombres blancos.

—¡Ah!... ¡Si fuese así!...

—¿Qué harías? —preguntó Hong palideciendo.

—Correría a salvarlos.

—¿A quiénes? ¿A Romero y a la doncella blanca?

—Sí —repuso resueltamente la joven.

—Eso, más que generosidad, es locura.

—Than-Kiu no olvida que debe la vida también a Romero —dijo ella con noble arrogancia—. Romero era amigo de mi hermano, y no dejaré sin socorro a un hombre a quien mi hermano amaba entrañablemente.

—Sí; un hombre que ha desertado de las filas insurrectas por la doncella blanca.

—No, Hong... Un hombre que ha combatido hasta el último trance por la libertad de la isla, y que por salvar mi vida, fue a ponerse en las manos de sus enemigos, sacrificando su existencia. No; tú no sabes cuán generoso es Romero Ruiz y cuánto hubiera amado a la hija del país del Sol si no hubiera dado su palabra a la *Perla de Manila*. Me salvo y yo trataré de salvarlo, aunque deba sucumbir en la empresa.

—¿Y salvarás también a la doncella blanca, tu rival?

—Pues bien, sí... ¿Acaso Romero, por sustraerme del poder del coronel español que me capturó en Malabón, no sacrificaba, además de la vida, su amor por la *Perla de Manila*?... Iba a buscar la muerte amando y sabiendo que era amado de la hija del comandante de Alcázar.

—Pero ¿qué pretendes?

—Ir a buscarlo.

—¿A Mindanao?

—Sí, Hong.

—¡Tú!... ¡Una chiquilla!

—Esta chiquilla se llama Than-Kiu, y ya has visto cómo combatía en las filas insurrectas.

—Cierto; eres más arrojada que un hombre; por eso me duele que tanta audacia y tanto valor sean perdidos para la insurrección, y me asombra que vayas a correr peligros mil a esa isla salvaje para tratar de salvar a Romero y a la mujer a quien Romero ama.

—Te he dicho que tengo una deuda sagrada que pagar.

—¿No será la esperanza de robar a la doncella blanca su Romero?

—No —repuso la joven cerrando los ojos y moviendo

majestuosamente la cabeza.

—Me lo sospecho, Than-Kiu.

—No —repitió la jovencita—. Romero está ya perdido para mí.

—¿Me lo juras? —exclamó Hong, brillando en sus ojos un relámpago de esperanza.

—¿Para qué arrancarme ese juramento? —murmuró ella con un sollozo.

—Porque el amor de ese hombre acabará con la más hermosa mujer del río Amarillo.

—Cuando eso suceda, se habrá cicatrizado la herida que sangra todavía.

—Gracias, Than-Kiu.

—¿Por qué me das las gracias?

—Lo sabrás algún día... ¿Estás decidida a partir?

—Sí.

—Piensa que un día verás a la *Perla de Manila* feliz al lado del hombre a quien amas.

—Seré fuerte; estaré preparada para la prueba.

—¿Cuándo partirás?

—En cuanto Sheu-Kin y Pram-Li hallen una nave pronta a salir para Mindanao.

—¿Y crees que los españoles te dejarán salir tranquilamente de Manila?

—¡Los españoles! —exclamó tornándose pálida.

—No olvides que la hermana de Hang es uno de los rebeldes

más peligrosos y que la consideran de más valía que a cualquiera de los más famosos jefes insurrectos.

—Ignoran que vivo aún.

—Por el contrario, saben que la herida no fue mortal.

—Nadie me vio venir aquí.

—Te engañas. ¡Mira!

El jefe del *Lirio de Agua* descorrió lentamente las cortinas de la ventana y señaló el muelle de Binondo. Than-Kiu miró con curiosidad y vio ante la casa dos hombres que reconoció al instante como agentes de policía.

—¡Españada! —murmuró, retirándose prontamente—. ¡Gran Budda!... ¿No les bastaba haberme casi muerto?

—Sí, estás vigilada y sólo aguardan tu curación para prenderte y deportarte a las Marianas, a las Carolinas o a Joló.

—Huiré antes de que me arresten.

—Te lo impedirán.

—¿Qué me aconsejas que haga?

—Dejarte arrestar.

—¿Y después?...

—Te salvará el *Lirio de Agua*.

—¿De qué modo?

—Lo sabrás más tarde... pero con una condición.

—¿Cuál?...

—Que renuncies a Romero y vuelvas a figurar en las filas de

la insurrección.

—No; no me arrancarás semejante promesa, Hong.

—Entonces te prenderán.

—Me escaparé.

—Lo veremos.

Hong se levantó, púsose el amplio sombrero de fibras de rotang y, después de dar dos pasos hacia la puerta, volvióse y preguntó:

—¿Estás completamente resuelta a embarcarte?

—Sí —dijo la joven con energía.

—¿Qué piensas del *Lirio de Agua*?

—Pensaba que mi hermano, después de haber sido el jefe de la sociedad secreta, después de haber derramado su sangre por la libertad del archipiélago, no ha dejado entre sus compatriotas ningún amigo, fuera de Sheu-Kin.

—He querido tentarte hasta lo último —exclamó Hong—, pero veo que eres irreductible y generosa. No, Than-Kiu; el *Lirio de Agua* no abandona en el peligro a sus afiliados, y yo tengo muchos amigos; puedes contar con la protección de la Sociedad y estar tranquila. Los españoles te vigilan, pero también velan los miembros del *Lirio de Agua* y los del *Soto Blanco*; si ellos aguardan el momento oportuno para apresarte, nosotros esperamos el instante propicio para salvarte. ¿Quieres una prueba?... ¡Mira!

Apagada la gran linterna de talco que iluminaba la estancia y que Pram-Li había descolgado hacía pocos minutos, cogió de la pared uno de esos maravillosos espejos —cuya fabricación es aún hoy un secreto de chinos y japoneses— hechos de un metal brillante que tiene la inexplicable propiedad de emular

en transparencia al cristal, porque proyecta, cuando está iluminado, las figuras en relieve que se ven por detrás de él, y se acercó a la ventana.

La Luna se había alzado en el horizonte y brillaba en un cielo sin nubes, enviando sus pálidos rayos al muelle y a la casita de Than-Kiu, de techo combado y tejas de porcelana amarillenta. Hong indicó a la joven, que se hallaba tras él, una chalupa que bogaba lentamente en la bahía, a unos trescientos pasos del muelle.

—Está atenta —murmuró.

Expuso el espejo a la luz de la Luna y lo hizo irradiar tres veces, enviando a lo alto un rayo de luz tan viva y nítida que parecía eléctrica; instantes después vieron alzarse de la chalupa dos pequeños cohetes que produjeron detonación tan aguda, que hubiera podido oírse, no sólo en el muelle, sino mucho más lejos.

—¿Has visto?

—Sí; has hecho una señal, y los hombres de la chalupa han respondido.

—Y sin dar que sospechar a los españoles que te espían.

—¿Y quiénes son los hombres de la chalupa?

—Ocho miembros del *Lirio de Agua*, de valor probado, y armados hasta los dientes. Están dispuestos a todo por salvarte. ¿Puedes afrontar la lucha?

—¿Qué quieres decir?

—Si debieses huir, para evitar ser seguida, ¿estás dispuesta a apelar hasta al motín pan salvarte?

—Estoy dispuesta a todo.

—¿Y tus fuerzas?

—No temas; estoy fuerte.

—Y, además, aquí estamos nosotros —dijeron Sheu-Kin y Pram-Li.

—Entonces, no perdamos tiempo; quizá la policía sabe que estás curada, y mañana sería demasiado tarde para salvarte.

—¿Qué harán tus hombres?

—Ya lo verás; yo vine aquí para hacerte huir, pues el *Lirio de Agua* supo que las autoridades españolas han decidido arrestarte. Éste ha sido el motivo principal de mi inesperada visita a tan insólita hora.

Se apoyó en la ventana, espejo en mano, y lo hizo irradiar otra vez, estallando inmediatamente en la chalupa una gritería espantosa, como si se pelearan entre sí los chinos que la tripulaban.

—¿Qué significa eso? —preguntó Than-Kiu, alarmada.

—Significa —repuso Hong con aire misterioso— que nuestros hombres se preparan a ayudarte.

—¿No oyes que cuestionan entre sí?

—Y en cuanto salten a tierra sacarán los cuchillos como si fueran a matarse; pero serán los guardias los que correrán el peligro de probar el temple de sus aceros. ¿Qué objetos quieres llevarte de aquí? Date prisa, porque dentro de pocos minutos habremos abandonado esta casa para siempre.

—He metido en una cajita joyas y valores; todo cuanto pudo salvar Hang cuando confiscaron sus bienes.

El jefe del *Lirio de Agua* sacó un revólver de su cintura y lo entregó a la joven, diciéndole:

—Toma, puede serte útil.

En tanto, en el desembarcadero aumentaban los gritos de los tripulantes de la chalupa, insultándose recíprocamente y amenazando acuchillarse. Los dos guardias que vigilaban la casa de Than-Kiu, atraídos por el escándalo, se acercaron para enterarse del suceso. Al observarlo desde la ventana, volvióse Hong y dijo:

—No hay que perder tiempo. ¿Estás pronta?

—Lo estoy —dijo ella poniéndose un mantón de seda blanca bordado de flores.

—Mis hombres han comenzado la farsa; si no vienen más guardias o soldados, dentro de un cuarto de hora estaremos todos en lugar seguro.

Los fieles amigos de Hong habían desembarcado amenazadores y desgañitándose de gritar. Eran ocho, la mitad chinos y la mitad tagalos, y parecían prontos a matarse.

—¡Venid, ladrones! —gritaban los mongoles.

—¡Echemos al agua a estos canallas! —aullaban los tagalos.

—¡Tú, primero! —rugió un chino, cogiendo a un tagalo por el cuello y lanzándolo a tierra.

Los compañeros del caído empuñaron los *kriss* y se precipitaron sobre los hijos del Celeste Imperio, que habían sacado sus cuchillos. La pareja del Orden, viendo brillar las armas, se lanzó presurosa entre los combatientes. Pero, de improviso, la escena cambió; chinos y tagalos se precipitaron sobre los dos guardias, reduciéndolos a la impotencia antes de que pudieran darse cuenta de lo que sucedía. Los ocho rebeldes los llevaron bien atados a la chalupa, dejándolos allá y diciendo con ironía:

—¡Buen viaje!

Luego dieron impulso a la embarcación, que, impulsada por el reflujo, se dirigía a la salida de la bahía.

Hong abandonó la ventana, cogió una mano de Than-Kiu y se dirigió a la puerta, diciendo:

—Démonos prisa a abandonar la casa antes de que lleguen nuevos guardias o alguna patrulla de soldados. Por ahora, esa pareja no puede estorbarnos la salida.

CAPÍTULO IV. LA CAZA DE LOS FUGITIVOS

Hong, la joven y sus dos fieles compañeros salieron a la calle, donde les aguardaban, revólver en mano, los ocho afiliados del *Lirio de Agua*, que volvieron apresurados, después de empujar la chalupa, con los dos guardias. Iban a marchar juntos hacia los barrios interiores de Binondo, donde sabían que encontrarían amigos fieles y refugio seguro, cuando vieron avanzar una patrulla de guardias voluntarios, que atravesaba ya el puente del Passig, atraída por los gritos de los tripulantes de la barca y por los a risos de varios españoles que contemplaran desde lejos el lazo en que había caído la pareja del Orden público.

—¡Muerte de Confucio! —blasfemó Hong al verles—. Vamos a ser cogidos.

—Huye con Than-Kiu —le dijeron los hombres armando los revólveres—. Nosotros protegeremos la retirada.

—Vamos a refugiarnos en casa de Thuang. Allí os aguardaremos.

Cogió a la joven con sus robustos brazos, cual si fuera una niña, y se lanzó por una callejuela estrecha, seguido de Pram-Li y Sheu-Kin, y más lejos de los ocho amigos. Los voluntarios, viéndoles huir, tomándolos por ladrones, o quizá por insurrectos recién desembarcados de algún *parao*, redoblaron su carrera, gritando amenazadores:

—¡Alto o hacemos fuego!

Los afiliados del *Lirio de Agua*, sabiendo que los guardias sólo iban armados de revólver y no podían hacerles daño a más

de veinticinco pasos, en vez de obedecer a la intimación apretaron el paso para ponerse fuera del alcance de sus balas.

No obteniendo resultado la intimación, los guardias dispararon, sin herir a nadie; pero sus disparos podían atraer otras patrullas de soldados o guardias civiles.

—¡Muerte de Confucio! —rugió Hong sin detener su carrera—. Si no cesan el fuego, van a acudir otros. ¿No lo decía yo?... ¿Oís?

Por una calle lateral oíanse los pasos precipitados de varias personas: guardias y voluntarios. Sin aguardar su llegada, Hong volvió la esquina de una calleja, en tanto que sus compañeros recibían el fuego de sus perseguidores, resueltos a detenerlos. La primera patrulla, al hallar resistencia inesperada, detuvo su carrera; pero por la calle lateral desembocó otra compuesta de ocho personas que hicieron fuego sin contemplaciones, echando por tierra a dos de los miembros del *Lirio de Agua*. Los otros seis huyeron velozmente, reuniéndose con Hong, que no había abandonado su preciosa carga, aunque la joven le rogó reiteradamente que la dejase ir andando.

—Jefe —dijo uno—, íbamos a ser presos; teníamos tras nosotros veinte hombres, y quizá alguna otra patrulla más iba a acudir.

—¿Habita alguno de los nuestros aquí? —preguntó Hong, lanzando una mirada recelosa a la casa vecina.

—No; estamos en el barrio malayo.

—¿Adónde sale esta calle?

—Al embarcadero.

—Entonces, podemos salvarnos todavía.

—Las patrullas nos darán caza por el mar.

—Y las haremos correr. ¡Hala! ¡A galope! Hay que llegar al muelle, antes de que acudan soldados.

Redoblando sus esfuerzos, llegaron en un instante al muelle, que en aquel momento seguía desierto. Con rápida mirada vio Hong que había anclados varios *paraos* y algunos juncos chinos, y se precipitó sobre una *tow-meng* que tenía las velas medio desplegadas, como si esperase el despuntar del día para partir. Sus hombres le siguieron sin preguntarle por qué buscaba refugio en una nave china. El jefe dejó andar a Than-Kiu, cortó de una cuchillada las amarras y ordenó con voz tranquila:

—¡Ohe!... ¡ilza!... ¡Un hombre al timón!

—¿Qué haces? —preguntó Than-Kiu estupefacta.

—Te salvo de los guardias —repuso el chino sonriendo.

—¿Es tuyo este junco?

—No; pero ¿qué importa?

—¿Y su propietario?

—Me importa un pito... Además, el *Lirio de Agua* paga, y paga bien.

Sus seis hombres y Sheu-Kin transformáronse al instante en marineros, y Pram-Li, el más hábil de todos, como malayo, empuñó el timón; desplegadas las velas, el barco comenzó a moverse alejándose del río. En aquel momento desembocaban en el muelle las patrullas, deteniéndose atónitas al no ver a los fugitivos y prorrumpiendo en exclamaciones:

—¡Caray!... ¡Caramba!

—¿Dónde se han metido esos ratas?

—¿Ratas?... Di más bien presidiarios.

—¿Se han fugado esos mozos crudos?

—Al Infierno debían haberse ido.

—Busquemos a esos perros y hagámosles pagar caro el tiro de revólver.

Hong y sus compañeros maniobraban en tanto hacia la salida de la bahía; uno de sus perseguidores vio la barca, y la señaló a sus amigos, diciendo:

—¡Mirad allí, camaradas!... Acaso aquellos picaros de color de limón puedan decirnos algo.

—Con seguridad que saben más de algo; había chinos entre los fugados, y esos perros se ayudan siempre unos a otros.

—Los guardias se lanzaron de común acuerdo a la orilla, y gritaron:

—¡Ohe... los del junco!... ¡Alto!

Hong apareció en la popa del velero, sombrero en mano, y preguntó a gritos:

—¿Qué desean los señores guardias?

—¿Adónde vais? —preguntó el jefe de las patrullas.

—A pescar... Si los señores guardias quieren pescado, digan dónde está su cuartel y mañana les llevaré del mejor, porque yo sé dónde se halla.

—No queremos pescado, sino que nos digas si has visto huir a unos hombres que perseguimos.

—¡Calle... sí! Me parece haber visto un grupo de personas atravesar el muelle.

—¿En qué dirección?

—Por allí.

—¡Tratas de engañarme, perro! Si se hubieran fugado por donde dices, se les vería aún, porque no hay calle que conduzca a los barrios internos.

—Entonces se habrán escondido en alguna parte; yo y mis camaradas estábamos entretenidos en largar las velas y no podíamos ocuparnos de los que pasaban por el muelle.

—De los que huían; te he dicho que huían.

—Lo mismo me da; la cuestión es que no nos interesaban.

—¿Quieres burlarte de mí?

—No, señor comandante.

—Vuelve a tierra, cara de limón; quiero ver lo que hay en tu barca.

—Redes de pescar, señor comandante.

—Vuelve a la orilla y lo veremos.

—¡Imposible! Me aguardan los camaradas; me he retrasado, y si no llego a tiempo se irán sin mí, haciéndome perder una buena pesca. ¡Buenas noches, señor comandante! Mañana a la tarde, si quiere peces, aquí me encontrará.

—¡Ah, viejo del diablo!... ¿Te burlas?... ¡Fuego sobre ese farsante!

—Soy un pobre chino inofensivo.

Los guardias dispararon sus revólveres, más con la intención de asustarle que de hacerle daño, pues la barca estaba fuera de su alcance.

—¡Muerto soy! —dijo Hong, dejándose caer al fondo de la barca. Y acercándose a Pram-Li, le dijo riendo—: Maniobra siempre a lo largo, y no te ocupes de sus disparos. Hay que representar bien la comedia.

Sus compañeros comenzaron a correr por el puente como asustados, mientras las velas, hinchadas por el viento de lleno, hicieron enfilarse rápidamente a la tow-meng, dejando a los guardias con un palmo de narices. El socarrón chino, incorporándose, exclamó:

—¡Se están desacreditando! Gritan y amenazan como paganos, pero me río de ellos. ¡Eh, Pram-Li, derecho a la isla del Corregidor! Serán muy listos si me atrapan a Than-Kiu.

—¿No nos darán caza? —preguntó la joven.

—Es posible; pero, cuando quieran hacerlo, estaremos en alta mar y los recibiremos como es debido. Veo un cañón a proa y le haremos hablar.

—¿Y adónde me conduces?

—Fuera de la bahía, por ahora.

—¿Volverás después?

—No sé —dijo el chino evasivamente.

—Me alegraría de que me acompañases, Hong.

El chino se estremeció, miró a la jovencita como si quisiera investigar su pensamiento, y luego dijo:

—¡Serías feliz!... Pero ¿lo sería yo?...

—¿Qué quieres decir?

—Yo me entiendo; quizá lo sabrás algún día —se interrumpió y añadió bruscamente—. Y mejor sería que me alejase...

Después de los sucesos de esta noche, si vuelvo a Manila no tardarían en arrestarme... así como a los camaradas que tripulan este junco. ¡Bah, nos arreglaremos como podamos! Pero... ¿es posible que no hubiera nadie a bordo, que todos se fueran a tierra a emborracharse, con un barril de *sam-sciú*?

—No —le repuso una voz—. Nada de *sam-sciú* esta tarde, pues debíamos partir al alba; pero somos muchos.

El jefe del *Lirio de Agua* volvióse hacia la escotilla de proa por donde salía la voz, y vio aparecer un hombre membrudo, de anchas espaldas, brazos algo cortos y musculosos, faz angulosa, cutis más bien moreno que amarillo y bigotes de largas guías caídas. Indudablemente era un chino, y como tal vestía; representaba sesenta años, y debía ser vigorosísimo.

—¡Ta, ta! —exclamó Hong sin perder en lo más mínimo su calma habitual—. Parece que nos hemos dado cuenta de que la *tow-meng* abandonó el muelle.

—Y también de que han entrado a bordo intrusos —dijo el anciano avanzando con los puños cerrados—, y quiero saber por qué habéis zarpado sin orden mía.

—¡Ah, ah!... Parece que teníais algo que ver con el capitán del puerto, ¿eh?... Mejor.

—O peor. Aquí mando yo... ¿lo entendéis?

—Lo entiendo perfectamente.

—Pues entonces...

—¿Qué? —interrogó flemáticamente Hong.

—Que si no desalojas el barco, te tiro al agua.

—¡Por Fo y Confucio! ¡Se diría que eres un compadre de los españoles!... En todo caso, seríamos nosotros los que te arrojásemos a ti.

—¿A mí?... ¡Hola!... ¡Marineros!...

Los seis afiliados del *Lirio de Agua*, oyendo las voces, se habían acercado, revólver en mano, mientras su jefe apuntaba con el suyo al anciano, diciéndole:

—Ahora, amigo mío, ten entendido que no somos ni piratas ni bribones que quieren pasear gratis por el mar; somos personas honradas, chinos como tú, y que no te harán mal alguno si te estás quieto. Si pierdes un día, se te pagara, y también si sufre algún desperfecto tu barco. ¿Quieres saber quién soy?... Soy uno de los jefes principales de la poderosa asociación *El Lirio de Agua*.

Al oír esto, el patrón del junco cayó de rodillas ante Hong, diciendo:

—Soy miembro del *Lirio de Agua* y del *Loto Blanco*, y buen patriota; si me lo hubieras dicho desde un principio, me hubiera puesto desde luego a tus órdenes. ¿Dónde quieres ir?... Mi barco y mis hombres están a tu disposición.

—Por ahora tratemos de huir.

—¿Quién te persigue o amenaza?

—Los españoles, o, mejor dicho, los voluntarios, que querían apoderarse de esa joven, hermana de Hang-Tu.

—¡Hermana del héroe! —exclamó con admiración y respeto el viejo.

—Querían arrestarla, para fusilarla quizá.

—La salvaremos. En la cámara de proa tengo quince hombres resueltos y armas abundantes.

—Gracias —dijo Than-Kiu.

—¡Cómo!... ¿Tienes armas? —preguntó Hong.

—Cuatro cajas de fusiles, seis de municiones y una de granadas de mano para una partida de insurrectos que me aguardan en la isla de Luzón, en la punta...

—¡Magnífico!... Entre tanto nos proveeremos de ellas, si los españoles quieren darnos caza.

—Nos la dan ya —dijo Pram-Li desde el timón, que no lo había abandonado—. ¡Mirad, mirad hacia el muelle!

Hong, el viejo y Than-Kiu miraron en la dirección indicada, y vieron en el mar, que iluminaba con sus rayos de plata la Luna, dos masas negras y alargadas. Aunque el junco se hallaba a media milla de distancia, los dos chinos y la joven reconocieron que las dos chalupas llevaban buen número de remeros y soldados armados de fusiles, saliendo del marmágnum de juncos, paraos y toda clase de embarcaciones surtas en el muelle, y que se dirigían tras la tow-meng rápidamente.

—No hay duda; se preparan a impedirnos salir de la bahía. ¿Es ligero tu junco?

—Es un velocísimo velero.

—¿Crees que saldremos a alta mar antes de que nos alcancen?... Estoy resuelto a combatir con dos chalupas, pero fuera del alcance de los cañón® del fuerte del Corregidor. En plena mar no las temo.

—El viento es bueno, y no nos alcanzarán antes de tres horas.

—Llama, pues, a tus hombres y haz abrir las cajas de las armas.

Dicho esto, volvióse a Than-Kiu y exclamó:

—Un combate en el mar no te asusta; ¿verdad valiente?

—He asistido a uno ante Malabón, y aquel fue terrible,

porque teníamos ante nosotros una flotilla entera de cañoneras —repuso la joven—. No temblar por mí, Hong.

—La buena sangre no se desmiente nunca, tienes sangre de héroe en las venas. ¡Ah!... ¿Nos dais caza?... Veremos, señores guardias... En vez de regalaros peces, os obsequiaremos con balas y granadas.

CAPÍTULO V. LA CAUTELA DE THAN-KIU

La *tow-meng* en la que se habían refugiado Hong y sus compañeros era una de esas embarcaciones macizas usadas por los chinos, barroca, de dudosa solidez, de proa alargada y pesada, con dos ojos gigantescos que servían para la cadena del ancla, y popa bastante alta, con un timón de dimensiones monstruosas.

Tales veleros no son nada cómodos ni listos, pues siguen construyéndose como hace más de dos mil años, a pesar de los notables adelantos que se han operado en el arte de la navegación. Tienen aún velas de junco trenzado, en vez de tela fuerte; y, sin embargo, los chinos se atreven a afrontar con esas canoas primitivas los mares de la China y de la Malasia, tan peligrosos por sus tifones. Todos los años, un número enorme de juncos es engullido por el mar, no estando en condiciones de resistir el formidable impulso de aquellas olas monstruosas; así, cuentan que sólo el departamento marítimo de Cantón pierde anualmente de ocho a diez mil marineros; pero aquellos bravos celestiales no se preocupan de ello ni han pensado nunca en mejorar la construcción de sus barcos. Si sus antepasados se sirvieron de ellos durante miles de años, bien pueden seguir sirviéndose también ellos.

La *tow-meng* del viejo chino era como todas: ni más sólida ni mejor; pero tenía un desarrollo velero enorme que le permitía luchar en velocidad con las rápidas chalupas, si el viento se mantenía fresco, y una tripulación compuesta de quince bravos marineros, capitaneados por un verdadero lobo de mar que conocía al dedillo los mares de China y de la Malasia y toda la costa.

A los gritos del patrón, los marineros, tres cuartas partes chinos y el resto malayos, acudieron al punto a cubierta y, sabiendo lo que se quería, orientaron las velas para que recibieran el mayor viento posible, y sacaron de la estiva fusiles, municiones y bombas.

La persecución por parte de las dos chalupas continuaba con encarnizamiento, y podía suponerse que iban a emplearse las armas de fuego antes de que el junco dejase atrás el fuerte español de la isla del Corregidor.

Los perseguidores estaban aún lejos, pero podían con gritos o señales llamar la atención de los centinelas del fuerte o de cualquier cañonera o torpedero, cosa de temer para la tow-meng.

—Lamento haberos puesto a todos en tal riesgo —dijo Than-Kiu, que no cesaba de mirar las chalupas.

—¡Bah! No te inquietes por nosotros; somos todos veteranos de la insurrección.

—Y los míos —añadió el patrón— marinos curtidos, hechos al peligro y a combatir con los piratas malayos. Mis marineros no tienen miedo.

—¿Y si os aprisionan?

—Trataremos de no dejarnos prender, Than-Kiu. Si este viento no cesa, dentro de dos horas habremos dejado atrás la isla, ¿verdad? ¿Cómo te llamas?

—Tseng-Kai —repuso el viejo.

—Una vez en el mar, no hay temor; ¿verdad, Tseng-Kai?

—Echaremos a pique las chalupas. Tengo a proa un cañón que lanza balas de cuatro libras con gran precisión. Más de cuatro paraos malayos, que intentaron cautivar mi tow-meng, fueron a pique con la ayuda eficaz de mi cañoncito.

—Pero luego no podrías volver a Manila —objetó Than-Kiu.

—¿Y qué me importa? ¿Necesitas tú volver a Binondo?

—No; voy a Mindanao.

—Pues allá iremos todos. En cualquier isla puedo cargar mi barco —dijo el viejo, alejándose.

—He aquí una buena ocasión para realizar tu proyecto, Than-Kiu. Yo, en nombre de la Sociedad, contrato para ti este junco... ¿Quieres?... El *Lirio de Agua* debe mucho a su valiente jefe, muerto heroicamente por la libertad de las islas, y a su no menos valiente hermana. Este chino puede mejor que nadie llevarte adonde quieras y ayudarte.

—¡Sea! —repuso Than-Kiu—; pero... ¿aceptará?

—Me encargo de arreglarlo todo en cuanto pase el peligro.

—¿Y las armas y municiones que debía llevar a los insurrectos?

—Las haré desembarcar en cualquier punto de la costa, y pensaré en hacerlas llegar a su destino. ¡Calle... estamos ante el fuerte de Cavite!... ¡Eh, Tseng-Kai, trata de que pase lo más velozmente posible!... Esperemos que la chalupas no hagan alguna señal... No hay que fiarse de las balas de esos cañones, demasiado duras para nuestros pechos.

El patrón se había ya dado cuenta del peligro, y dio sus instrucciones a Pram-Li, siempre en el timón para mantener el barco fuera del alcance de la artillería del fuerte. Luego concentró toda su atención en las dos chalupas, que ganaban visiblemente terreno, y que, de continuar así, era de temer estuvieran a tiro antes de que la tow-meng saliera de la bahía. Los guardias, que habían embarcado buenos remeros, hallábanse ya a quinientos metros y dispararon sus fusiles para llamar la atención del centinela del fuerte, que no se

dio por enterado, porque, cubierta hacía un rato la Luna por algunas nubes que se alzaron al Sur, no reparó en la persecución del junco.

—Bueno —dijo Hong, respirando libremente—; ya hemos salvado felizmente un peligro.

Una voz, desde la chalupa más próxima, gritó entonces:

—¡Ah del junco!... ¡Alto, o hago que os cañoneen!

—Que nadie responda; podemos reírnos de esa amenaza —dijo Hong.

—Pero —observó Pram-Li—. abrirán el fuego con sus fusiles.

—Estamos lejos y las balas no nos harán gran daño.

—Pero atraerán la atención de los centinelas del fuerte.

—Creo que no harán fuego con los cañones sobre un pobre junco que no se defiende; y, además, la Luna se cubre cada vez más y la obscuridad nos protege.

En aquel instante relampagueó en la chalupa próxima, y Hong oyó distintamente el silbido de la bala antes de escuchar la detonación.

—Algo alta, pero bien dirigida; pasó sobre nuestras cabezas.

—¿Respondemos? —preguntaron los del Lirio de Agua, con los fusiles ya armados.

—No; que ninguno haga fuego; resguardaos de las balas; una vez en alta mar, les pagaremos con usura.

Los de la chalupa hicieron un segundo y un tercer disparos; una bala salvó la popa silbando en el oído de Pram-Li, y la otra atravesó la vela; pero nadie respondió. Hong, temiendo por Than-Kiu, la obligó a resguardarse tras el palo mayor, ya que no quiso encerrarse en la cámara de proa.

El fuego, tras un corto descanso, volvió a emprenderse con regularidad y servido por los guardias de las dos chalupas, cual si quisieran diezmar la tripulación antes de abordar el junco; pero las balas no causaban gran daño a éste, y menos a los hombres, bien resguardados. Sin embargo, Hong y Tseng-Kai estaban inquietos y miraban ansiosos a la isla del Corregidor, que cierra la vasta bahía, temiendo ver destacarse de ella alguna otra chalupa o cualquier cañonera. Sabiendo que por la insurrección se había duplicado la guarnición del fuerte, podían ser descubiertos y presos a cañonazos.

—Tseng-Kai —dijo Hong, cuya calma parecía algo turbada—, temo que esta caza acabe mal para nosotros.

—Sí; ese fuerte puede fastidiarnos —dijo el anciano.

—¿Ves alguna cañonera anclada ante la isla?

—No; pero puede estar en la costa occidental.

—¿Qué hacemos?... Quiero absolutamente poner en salvo a Than-Kiu.

—¿Quieres un consejo?

—Sí; habla francamente.

—Desembarquemos a la muchacha, y, si las chalupas nos estrechan, intentaremos una lucha desesperada. La fortuna favorece a los audaces.

—¿Y dónde desembarcarla?

—En la costa de la isla. ¿Quién va a hacer alto en un bote donde va una chiquilla y dos boteros?... Esperemos doblar la punta extrema para que no nos vean nuestros perseguidores, y la desembarcamos. Si han de prendernos, ella se salvará por lo menos.

—La idea es buena; pero... ¿y luego?

—Luego, si podemos rechazar el ataque y huir, volvemos mañana a buscarla. Por veinticuatro horas, bien puede Than-Kiu permanecer escondida en los arrecifes.

—Sí —murmuró Hong para sí—. Creo que este proyecto es el mejor para engañar a esos obstinados guardias, que ya deben de saber que hemos hecho huir a Than-Kiu. Costea lo más posible, para desembarcarla antes de que con sus disparos atraigan la atención de los centinelas.

—Dentro de dos minutos, la hermana de Hang-Tu estará en tierra.

Llamó con un silbido a sus hombres e hizo botar al agua una pequeña canoa que llevaba haciéndola abastecer de víveres y fusiles, y empuñó la barra del timón substituyendo a Pram-Li. El junco hallábase a seiscientos o setecientos metros de la punta extrema de la isla, y las dos chalupas a poco más de mil.

El bravo chino, que espiaba atentamente el cielo, aguardó a que la Luna apareciese bajo las nubes, y luego impulsó velozmente el junco hacia la isla, virando hacia la punta, como si quisiera ponerse al abrigo de las balas de sus perseguidores. Los guardias, viéndole desaparecer tras los arrecifes, redoblaron sus disparos y gritos; pero Hong y Tseng-Kai no se preocupaban de ello por el momento. Después de asegurarse de que no había soldado alguno en la playa, soltaron la grúa que sostenía a flor de agua la canoa, y Than-Kiu, estrechando la mano de sus salvadores con cierta emoción, embarcóse, seguida de Sheu-Kin y el malayo.

—Acuérdate de que, si logramos huir, señalaremos nuestra vuelta, con dos cohetes —dijo el patrón—. Será mañana a media noche.

—Gracias, amigos —murmuró la joven muy conmovida—.

¡Qué Budda os salve!

Los dos amigos de Than-Kiu habían empuñado los remos y se acercaban vigorosamente a la orilla, ganando la costa y ocultándose entre dos arrecifes, mientras el junco continuaba su fuga.

—Quedémonos aquí por ahora —dijo Pram-Li—, para ver lo que sucede al junco.

Las dos chalupas pasaron ante ellos sin verlos, y forzando la marcha en su furiosa y encarnizada persecución. La tow-meng navegaba libremente, riéndose hasta de los cañones del fuerte; pero algo debieron de haber notado los centinelas, porque Oyóse gritar:

—¿Quién vive?

Las dos chalupas estaban ya lejos, y las detonaciones de los fusiles de los guardias impidieron oír a éstos el grito del centinela.

—¿A quién habrán dado el «quién vive», a los guardias o a nosotros? —preguntó Than-Kiu.

—No sé; desde lo alto del bastión pueden habernos visto desembarcar —respondió Sheu-Kin.

—También lo temo yo —añadió Pram-Li—, y creo que deberíamos abandonar este escondite y buscar otro más seguro antes del alba.

—Aguardemos a ver en qué para la caza al junco —replicó la joven—. Me interesa conocer la suerte de esos valientes que han expuesto su vida por salvarme.

—Ya no los cogen, ama, el viento es más fuerte fuera de la bahía, y la tow-meng dejará atrás las chalupas, si es que no prefieren echarlas a pique. ¡Ya!... ¡Oye!... ¡Un cañonazo!

En efecto; él junco, que ya estaba fuera del alcance de la artillería del fuerte, comenzaba a defenderse descargando su cañón. Al cañonazo siguió vivo fuego de fusilería por algunos minutos, luego otro disparo de la pieza, y se hizo el silencio.

¿Habían logrado las chalupas abordar al junco, o éste conseguido escapar? Than-Kiu y sus compañeros, presa de la mayor ansiedad, interrogaban ávidamente el horizonte; pero la Luna se había eclipsado de nuevo, y nada podían distinguir.

—¡Qué Budda proteja a esos valientes! —dijo la joven con un suspiro.

—Yo no temo por ellos —añadió el malayo.

—¿Orees que habrán podido huir?

—Estoy seguro. Verás cómo dentro de media hora regresan las chalupas, si los dos cañonazos no las han echado a pique.

—Así, pues, ¿esperas volver a ver la tow-meng?

—Sí; vendrá a recogernos mañana a la noche.

—La cita es para media noche. ¡Ah! Podremos huir y llegar fácilmente a Mindanao; el corazón me dice que Romero no ha muerto y que lo salvaré.

—Te lo auguro, ama; pero ¿quién te conducirá allí?

—Indudablemente la tow-meng de Tseng-Kai.

—¿Está ya arreglado?

—Sí; he encargado a Hong de tratar con el patrón... ¿Dónde vamos ahora?... Hay que buscar un refugio, porque el alba no tardará y las chalupas pueden acercarse aquí.

—Ven, ama; conozco la isla a palmos.

—Yo también —añadió Sheu-Kin—. Conozco una caverna

marina donde podremos aguardar tranquilos el regreso del junco.

—¿Y la canoa?

—Está bien escondida entre estos arrecifes y no es fácil que nadie la vea.

Aseguraron el barquichuelo a la punta de un arrecife para que el reflujo no se lo llevara; cogieron los víveres y las armas y se apresuraron a ganar unos macizos de bambúes silvestres que crecían junto a la escarpa del bastión; ya llegaban, cuando el malayo, que tenía oído agudísimo, murmuró:

—¡Alto!

—¿Qué hay? —preguntó parándose y en voz baja la china.

—He oído hablar en el bastión.

—¿Nos habrá visto el centinela?

—No lo sé, pero me parece que nos siguen.

—¡No moverse!

Se ocultaron entre los bambúes, procurando hacerse lo más pequeños posible para no ser descubiertos. Pasaron algunos minutos de angustiosa expectativa, sin que llegaran nuevos rumores a sus oídos. Seguros de que los soldados se habían alejado, incorporóse Than-Kiu; pero, apenas lo había hecho, cuando una voz amenazadora le gritó:

—¡Alto!

Dos soldados aparecieron de improviso, apuntando con sus fusiles a las tres personas. La joven, ya habituada a las sorpresas y azares de la campaña insurrecta, ni dio grito alguno ni hizo el menor gesto de estupor o espanto. Cruzóse tranquilamente de brazos, dejó caer el fusil, y, mirando a los

soldados, exclamó con perfecta calma:

—¿Qué hay?

—¿Qué hacéis ahí? —preguntó el soldado sin contestar y pronto a hacer fuego.

—¿Acaso está prohibido venir a cazar golondrinas de mar?
—No sabía que en la isla del Corregidor existiese la veda.

—¿Golondrinas de mar?... No; no está prohibido; pero te diré, bella moza, que no sabemos por qué has abandonado el junco, ni quiénes eran los que lo perseguían a tiros. Es un misterio que quiere conocer el comandante.

—¡Oh! ¿Habéis visto?... Cuestión de amor, señores; dos galanes que me seguían y de los cuales he huido, dejando que se las arreglen como puedan.

—Es una historia muy curiosa que divertirá al comandante.

—¡Puede! —dijo sonriendo Than-Kiu.

—La paloma vale la pena... ¡Caramba! No he visto una china más guapa.

—Bueno; llevadme ante vuestro comandante. Vamos.

Pram-Li y Sheu-Kin colgarónse del hombro los fusiles, y seguidos de los dos soldados, que no los perdían de vista, llegaron al puente levadizo cuando el horizonte principiaba a teñirse con los primeros reflejos del alba. Detenidos algunos instantes en el cuerpo de guardia mientras informaban de lo ocurrido al comandante del fuerte, no tardó en ser conducida Than-Kiu a un salón cuya ventana daba al mar.

La joven miró en torno y no vio a persona alguna; una mesa estaba casi llena de cartas y papeles; algunos sillones completaban el mueblaje. Iba a asomarse a la ventana para ver si divisaba la tow-meng, cuando oyó que se abría una

puerta, dando paso a alguien. Volvióse rápidamente y quedó estupefacta. Sus labios pronunciaron, como a pesar suyo, estas palabras:

—¡El coronel de Malabón!...

CAPÍTULO VI. UN CORONEL GENEROSO

El recién llegado era un anciano coronel que debía haber pasado la cincuentena, con larga barba casi blanca, piel bronceada, mirada viva y aspecto marcial. Sin duda acababa de levantarse, pues sus cabellos estaban desarreglados, y no llevaba delante espada. Pareció quedar suspenso al ver a la joven, y se detuvo a la puerta contemplándola con curiosidad, como si tratase de recordar dónde y cuándo la había visto; luego se acercó a Than-Kiu, cogiéndola delicadamente por el brazo, la aproximó a la ventana como para verla mejor, y exclamó:

—¿Usted... aquí?

—¿Me reconoce usted, coronel?

—Sí; no se olvida una moza tan intrépida como usted, a quien he visto batirse, como el soldado más pundonoroso, la noche de Malabón. ¡Ah!... La campaña de la insurrección ha sido ruda, y hemos contemplado heroicidades por ambas partes... Sí, sí, la reconozco; es usted la joven que Romero Ruiz salvó de una muerte cierta, poniendo su vida en mis manos; es usted la hermana del valiente jefe de los amarillos, de Hang-Tu.

—La misma, coronel.

—¿Qué hace usted por acá?... La creía muerta o moribunda.

—Curé de la herida que me hicieron sus compatriotas, coronel, como ve usted.

—Me alegro.

En aquel instante tocaron en la puerta, y el veterano, tras un gesto de desagrado, dijo:

—Adelante.

Un sargento abrió con cautela la puerta, y saludó militarmente.

—¿Qué ocurre?

—Mi coronel; una de las dos chalupas que perseguían al velero, acaba de pasar con rumbo Manila.

—¿Qué gente la montaba?

—De Madrid —varios voluntarios, mi coronel.

—¡Ah!... ¿Entonces se trataba de una captura? ¿Qué historia es ésta?

—¿Debo tomar informes, mi coronel?

—Veremos —dijo el coronel después de lanzar viva mirada a la joven—. Está bien.

—A la orden, mi coronel —dijo el sargento, obedeciendo la señal de despedida de su jefe.

Antes de que hubieran salido de la estancia, el comandante del fuerte, volviéndose a Than-Kiu, y cruzándose de brazos ante ella, exclamó:

—Será usted la que me informe de esto, ¿verdad, hija mía?

—¿Yo?... —exclamó ella fingiendo la mayor sorpresa.

—¿No ha sido usted la que abandonó el velero con dos hombres, desembarcando aquí cerca? —preguntó el coronel sonriendo—. Estaba en la ventana, atraído por los disparos, y la vi.

—¿Me ha visto usted? —dijo la joven estremeciéndose—. Pues bien... ¡arrésteme de nuevo, coronel!

—Entonces —exclamó el veterano, mirándola con estupor un instante y haciendo luego un gesto de cólera— ¡luchábamos, y era mi deber hacerla prisionera; pero ahora no hay combate, y no soy un polizonte.

Hízola sentar frente a sí, y añadió con tono más suave:

—Veamos; cuénteme esa historia... ¿Por qué huía usted?

—Por impedir que los guardias me arrestaran; no aguardaban más que mi curación para meterme en la cárcel.

—¡Por Dios santo! —exclamó el coronel indignado—. Después de haberla casi fusilado, ¿qué querían esos guardias?... ¿Enviarla a las Carolinas o a las Marianas?... ¡Una valiente que se ha batido mejor que un veterano!... Pero esa gente no respeta el valor ni... ¡Ah!... ¡Lo veremos, señores polizontes! Afortunadamente, yo soy un soldado.

—Gracias, coronel.

—¿Y a dónde quería usted huir, hija mía?... ¿Quizá a China?...

—No; a Mindanao.

—¿A Mindanao?... ¿Y a qué?

A pagar una deuda sagrada; la deuda que contraí con Romero Ruiz la noche de la derrota de Malabón. Él salvó mi vida y yo trataré de salvar la suya.

—¿Sabe usted, pues...?

—Que *La Concha* naufragó, coronel.

—¿Y quiere usted ver si ha sobrevivido Romero?

—Sí.

—¡Noble mujer!... ¡Cuánta audacia e intrepidez en un cuerpo tan frágil!

Levantóse vivamente, cerró con llave la puerta, y dijo:

—Veamos. ¿Qué sabe usted del naufragio de La Concha?

—Que naufragó en la playa occidental de Mindanao, entre punta Tapián y Tombac... nada más.

—En realidad no naufragó; embarrancó en la arena. Las últimas informaciones oficiales enviadas de Dapitao hacen suponer que el desastre ocurrió en la desembocadura del Talaján. Parece que la cañonera trató de buscar refugio en Polles y que el tifón la arrastró a la costa, encallando en los bancos de arena.

—¿Pudieron saltar a tierra, o los devoró el mar, coronel?

—No; los atacaron los salvajes del Surrán, impidiéndoles salvarse en la chalupa. Parece que, al día siguiente de encallar, los mindaneses, que, como usted sabe, son piratas, quién más, quién menos, cercaron y asaltaron la cañonera, llevándose, tras sangriento combate, como prisioneros o esclavos, a los sobrevivientes. Algunos marineros que lograron escapar en la chalupa, y que fueron recogidos por veleros de las islas Célebes, confirmaron las noticias. Entre los prisioneros estaban el comandante de Alcázar, su hija y Romero.

—¡Su hija!... ¡Teresita! —suspiró Than-Kiu.

—Sí; la prometida de Romero.

La joven se levantó y acercó a la ventana para ocultar su emoción; tenía necesidad de respirar aire fresco. El coronel, que la había seguido, observó su extrema palidez, y que sus bellos ojos, de ordinario tan melancólicos y dulces, miraban

sombríos.

—Está usted sufriendo; su corazón esconde un misterio.

—¡Verdad, coronel! —dijo ella con un hilo de voz—. Será para mí un sacrificio terrible tener que hallarme un día frente a Teresita de Alcázar... pero lo haré.

—¡Pobre niña!... La comprendo y la admiro cada vez más. ¿Quiere usted partir?

—Sí, coronel; si usted no me lo impide.

—No, ¡vive Dios!... Yo no tengo nada que ver con los guardias. ¿Quién la llevará a Mindanao?

—El junco que ha visto usted huir.

—¿Cuándo volverá?

—Esta noche a las dos; advirtiéndome su presencia por medio de dos cohetes.

—Está bien, hija mía; usted y sus compañeros serán mis huéspedes hasta la noche.

Poco antes de la media noche, el coronel y Than-Kiu, apoyados en el parapeto superior del fuerte, cerca de un formidable cañón que parecía amenazar al horizonte occidental, aguardaban la señal del patrón chino.

La noche era límpida y clara, iluminando el mar la Luna llena; el aire era dulce, casi tibio. Than-Kiu, acodada en el parapeto, miraba en silencio las miríadas de estrellas que aparecían en el cielo, mientras el veterano coronel, apoyado en el cañón, fumaba flemáticamente un cigarrillo.

No hablaban; pero, de vez en cuando, las miradas melancólicas de la joven se apartaban del mar y se fijaban en el coronel, quien respondía con un gesto que significaba:

—¡Paciencia; todavía no son las doce!

Than-Kiu volvía a sus observaciones, escrutando la línea en que el mar parecía juntarse con el cielo; pero ninguna señal aparecía en las argentinas aguas.

—Algo les ha ocurrido; ya debía vérselos.

—Serán prudentes.

—O quizá las chalupas enviaran alguna cañonera para capturarlos.

—No ha pasado ninguna ante el fuerte.

—Tengo vago miedo, coronel.

—¿Por qué?... ¿No está usted bajo mi protección?... Si el junco no viene, la embarco en el primer velero que vaya para Mindanao.

—¡Qué bueno es usted!

—Aprecio el valor donde lo encuentro.

—¡Ah!... ¡Si pudiese lograr mi intento!

—¿De salvar a Romero Ruiz?

—Sí, coronel.

—¡Qué extraña mujer!... Pero, para salvar a Romero, tendrá usted que salvar a la hija del comandante de Alcázar.

—¡Sea, la salvaré! —respondió Than-Kiu con un suspiro.

El coronel se acercó y, mirándola frente a frente, dijo:

—¿Y luego?...

Than-Kiu no contestó y abatió sus párpados ante la mirada escrutadora del coronel; pero, tras algunos instantes de

silencio, exclamó con voz que semejaba un gemido:

—He nacido con mala estrella... ¡qué se cumpla mi triste destino!

—¿No conserva alguna esperanza su corazón? ¿Ama usted a Romero todavía?

—Sí —murmuró ella con voz ahogada.

—Lo supuse desde la noche aquélla en que acudió a mí para salvarla a usted... Pero él ¿la ama a usted, o la ha amado?

—Sí; a no ser por la *Perla de Manila*, hubiérase considerado dichoso casándose con *Flor de las Perlas*, y me amaría como a esposa en vez de amarme como a hermana.

—¿Y espera usted?...

—Nada; ya nada... Sólo en que el tiempo cure mi herida.

—¡Pobre niña!... Comprendo cuánto sufre usted.

—Si... me lo ha robado; y, sin embargo, no odio a Teresita.

—¿Debo creerla a usted?

—Sí, coronel, no la odio... pero por él... Si no fuese por Romero, creo que ya la hubiera asesinado.

—Usted, que tiene un alma tan noble y generosa...

—¡Oh!... No puede usted imaginarse cuánto he sufrido, y cuánto sufrió mi hermano al ver destruido el más hermoso sueño de su vida. Recuerdo las lágrimas que vertió la noche fatal en que perdí para siempre al hombre amado... Y Hang-Tu no había llorado nunca... ¡Gran Budda!... Me parece que lo veo aún con los ojos bañados en llanto... ¡Él, tan soberbio y fuerte!... ¡Es horrible! ¡Lo venció la muerte porque había perdido sus esperanzas todas!

—Deseche tan tristes recuerdos, hija mía; le harán mucho daño.

—Estoy acostumbrada, y resignada a los golpes adversos de mi fatal destino, coronel.

—¿Y qué espera usted de Romero?

—Nada.

—No la creo a usted, Than-Kiu.

—Lo juro, por el alma de mis abuelos, coronel. Voy a pagar mi deuda sólo. ¿Qué podría esperar?

—¡Oh!... que Teresita hubiera perecido... ¡por ejemplo!

Un relámpago brilló en los ojos de la joven, pero dijo con voz melancólica:

—Estaría demasiado inconsolable para poder esperar que guardase algún afecto.

—¿Quién, Romero?

—Sí.

—Sin embargo, ha debido amar a usted mucho; nadie se entrega a los enemigos por salvar a una mujer a quien no se ama. Usted sabe bien que, al penetrar Romero en mi campamento para proponerme el cambio, se exponía a perder al mismo tiempo su vida y el amor de Teresita.

—Cierto... cierto... pero prefirió a Teresita de Alcázar
—murmuró la joven con voz sorda.

—Mire usted; me parece ver un punto negro entre las olas.

—¿Dónde?

—Allí; siga la dirección de mi dedo.

—¿Será el junco?

—Es la media noche, y sus compañeros cumplen Palabra. ¡Mire! La señal... los cohetes.

Sobre el horizonte habíanse elevado dos pequeños puntos luminosos que, después de describir un arco, reventaron, esparciendo en torno millares de puntos azules y rosados.

—Sí, es el junco; ésa es la señal convenida.

—¿Tiene usted que contestar a ella?

—No, coronel.

—Entonces, bajemos y preparemos la canoa.

Dejaron el bastión, atravesaron el patio donde aguardaban Sheu-Kin y Pram-Li, salieron del fuerte y se dirigieron hacia los arrecifes. El punto negro se había agrandado, tomando el aspecto de una navecita con velas hacia la isla, corriendo grandes bordadas por serle el viento algo contrario.

—Es la *tow-meng* —dijo Pram-Li, que tenía la vista más penetrante—. En diez minutos llegará.

—Embarcaos: la canoa está aún entre los arrecifes —dijo el coronel; y volviéndose a la joven, que se mostraba muy conmovida, púsole ambas manos en los hombros, y exclamó:

—Le deseo buena suerte, y que nos volvamos a ver, siendo usted tan feliz como lo merece.

—Gracias, coronel; jamás olvidaré su noble generosidad; y, si no dejo la vida entre los salvajes, le prometo volver a saludarle.

—Adiós, Than-Kiu y acuérdesese de que tiene usted en mí un verdadero amigo.

Y, besando la frente de la joven, la empujó hacia la barca, hízole nuevo gesto de adiós y volvióse lentamente al castillo.

La canoa se dirigió velozmente hacia la tow-meng, la cual aguardaba al paio a unos doscientos metros de la isla. Un hombre desde la proa del junco hacía señas a los remeros de apresurarse; aunque se hallaba aún lejos, Than-Kiu le reconoció.

—¡Hong! —murmuró—. ¡Cuánto me alegro de que esté sano y a bordo!

Cuando la barca estuvo próxima, una escala echada desde el junco facilitó el ascenso de la joven y sus compañeros. Hong y el anciano patrón estrecharon la mano de Than-Kiu, en tanto que la tow-meng viraba y huía con proa al Sudoeste.

—Estoy muy contenta de ver que escapasteis a la persecución, y os agradezco que hayáis vuelto a buscarme.

—Con dos cañonazos bien dirigidos espantamos a aquellos condenados guardias —repuso Hong sonriendo—. ¡Por Fo y Confucio! Tseng-Kai envió una a pique con una precisión admirable, quitando a la otra el deseo de seguimos.

—¿Dónde están tus hombres, que no los veo, Hong?

—Desembarcaron con las cajas de armas y municiones para los insurrectos en la punta de Luzón.

—¿Y tú, cómo?...

—Me quedé para acompañarte a Mindanao. Es una prueba de amistad que os debo a...

—¿Y el Lirio de Agua?

—Mis colegas de Comité me han otorgado el permiso de acompañarte.

—¿Cómo has podido informarles?

—Hice embarcar uno de mis hombres en un barco costero que pasaba por la punta de Luzón cuando llegábamos a ella, y cuatro horas después recibí un telegrama de consentimiento de mis compañeros del *Lirio de Agua*. Como ves, nada más sencillo.

—¿Y me acompañarás en mi expedición para salvar a Romero?

—Sí, Than-Kiu.

—¿Qué motivo te ha hecho tomar tal decisión?

—El de ser útil y proteger a la hermana del heroico Hang-Tu.

—Gracias, Hong; eres un amigo fiel.

—Sí; un amigo pronto a dar su vida por *Flor de las Perlas*

—dijo el chino, mirándola fijamente.

Ella no respondió; parecía absorta en tristes pensamientos. Hong la tocó, y le dijo:

—No pienses ni en lo pasado ni en lo futuro; ocúpate sólo de lo presente, Than-Kiu. He averiguado dónde encalló *La Concha*

—Lo sé, amigo; en los bancos de arena del Talaján, donde fue asaltada por los mindaneses.

—¿Cómo has podido saberlo?

—Por el comandante del fuerte, cuya prisionera, o mejor dicho, su huésped, fui por veinticuatro horas.

Y la joven contó cuanto le había ocurrido con el noble coronel.

—¡Por Fo y Confucio! —exclamó el chino, no repuesto totalmente de su estupor—. Ha sido una verdadera fortuna. Si no tropiezas con ese coronel, estarías en las cárceles de

Manila, o acaso, embarcada ya para las Carolinas o Marianas. Ese noble y valiente jefe te ha dado informes que yo no conocía. ¡Por Fo y Confucio!... No será fácil arrancarlos de manos de las tribus del Surrán... Pero... ya veremos. Vamos primero a Talaján y luego los buscaremos en el interior, aunque debamos internarnos hasta más allá de Butuán... ¡Quién sabe si faltará alguno de los prisioneros!... No todos pueden soportar la dura esclavitud de esos bárbaros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la joven estremeciéndose.

—Quiero decir que no todas poseen la fibra de *Flor de las Perlas*, curtida en la campaña, y...

—¿Te refieres a Teresita?

—Sí, a ella... y a algún otro —murmuró Hong con acento sombrío—. Luego, volviéndose a Tseng-Kai, que se hallaba en el timón, gritó:

—¡Eh!... ¡Viejo mío! Siempre a lo largo de la costa, por ahora... No hay que fiarse de los cruceros, que pueden haber recibido la consigna de echamos a pique de un par de cañonazos... Tomaremos rumbo al Sur a la altura de las Calaminas.

CAPÍTULO VII. A BORDO DE LA «TOW-MENG»

Cuatro días después, esto es, el 26 de Abril, el junco, que se había mantenido constantemente alejado de la vista de la costa de Mindoro, por temor de tropezarse con alguna cañonera española enviada en su persecución por la policía de Manila, ansiaba las playas de Busuanga, la primera y mayor de las islas Calaminas. Este pequeño archipiélago, que se halla situado entre las costas meridionales de Mindoro y las septentrionales de Palauán o Paragua, se compone de diez y siete isletas, de las cuales sólo tres tienen notable superficie: Busuanga (que es la mayor), Calaminas y Peñón de Corón (la más chica); las otras, muy poco pobladas y de escasas dimensiones, están rodeadas de arrecifes que hacen difícilísimo el arribo de barcos, aunque sean pequeños. La población de las diez y siete apenas pasa de veinte mil almos; son todos labradores, que sacan con poco trabajo su subsistencia de aquella tierra fertilísima; pero en el interior hay tribus de igorotes, salvajes de piel negra, que gozan fama de crueles y poco hospitalarios.

La tow-meng, que, a pesar de su forma maciza y su volumen casi primitivo, marchaba muy bien con viento favorable y buen viento, apenas avisto la punta Coconongo de Busuanga arrió parte de sus velas para moderar la marcha, pues no era prudente llevar en aquel paraje gran velocidad. Doblada la punta, el patrón puso proa al Sudeste para pasar entre la isla y las isletas de Tara y Bantac.

El tiempo era espléndido, y el mar estaba tranquilo; ni una nube sobre el azul maravillosamente puro del cielo radiante de luz, que se reflejaba en la tersa superficie líquida con destellos que herían la vista. Una brisa fresca que soplabá del Norte mitigaba los ardores del Sol y empujaba el junco

con velocidad de cuatro nudos por hora.

Hong y Than-Kiu, sentados en lo alto de la proa, bajo una tienda que los resguardaba del Sol, miraban con viva curiosidad las elevadas playas de Busuanga, que se dibujaban claramente en el luminoso horizonte; los juncos de diversas clases marchaban con las velas desplegadas, así como los ligeros paraos, hacia la gran Calamina por la tranquila superficie del mar. De vez en cuando, el chino, que, como casi todos sus compatriotas de la costa, había recorrido los mares de China, indicaba a la joven las bandas de peces que acudían en torno del junco. Eran parejas de diodones, peces extraños que abundan en aquellas tibias aguas de la zona tórrida, que nadan con el vientre arriba y de tiempo en tiempo tragan gran provisión de aire, convirtiéndose en pelotas o, mejor dicho, en erizos, pues sus cuerpos hállanse rodeados de puntas agudas, especie de espinas blancuzcas, con manchas negras o violáceas. Mostrábala también serpientes marinas, de un metro de largas, de forma cilíndrica, con piel morena y negra, o blanca y amarilla, casi inofensivas por lo pequeño de sus bocas, que les impide morder, pero venenosísimas para comerlas. Había también medusas de disco cubierto de granulaciones pardas, flotantes como sombrillas.

De vez en cuando, no eran sólo peces inofensivos los que acudían a solazarse en las espumas que tintaba la proa del junco, sino también grandes perros marinos, del género *charcharia*, monstruos peligrosísimos de cinco a seis metros de largo, con grandes bocas armadas de dientes tan agudos y fuertes, que pueden partir con la mayor facilidad por el medio el cuerpo de un hombre. La *tow-meng*, pulsada por viento fresco, dejólos muy pronto popa, ocupados en la caza de los peces voladores. Perdiendo pronto de vista la alta costa de Busuanga. Ya se hallaba entre las islas de Mindoy Panay y la parte septentrional de Mindanao, conocido con el nombre de Joló, y uno de los difíciles de atravesar, no sólo por sus numerosas islas y escollos peligrosos, si no que

también aun hoy día, no faltan en aquellas aguas piratas malayos.

Tseng-Kai, práctico en la navegación de aquel mar, del cual conocía perfectamente los riesgos, no abandonaba un instante el puente, observando con mirada aguda y penetrante todos los veleros que aparecían en el horizonte, apresurándose a cambiar de ruta cuando alguno le parecía sospechoso, y aumentando con prudencia las distancias.

No hace muchos años que Joló y las islas de Cuyo eran nidos de formidables piratas que recorrían casi impunemente el mar, mostrando orgullosos sus banderas, en las cuales se destacaban las puertas de la Meca en campo de plata y gules. Los cañones españoles lograron domarlos, especialmente después del terrible bombardeo de 1847, pero no vencerlos completamente; y, cuando se creen seguros de la impunidad, asaltan con gran intrepidez los pequeños veleros, sobre todo los chinos, que tanto abundan en aquel mar.

Afortunadamente, hasta entonces no había hallado el junco sino tranquilas naves mercantes que no se ocupaban sino de alejarse de allí lo más pronto posible; de vez en cuando, tal cual *Clipper* americano o inglés, de los que comercian con té, de construcción fina y un desarrollo de velamen que les facilita alcanzar velocidades increíbles, diez, y a veces once millas por hora; también se cruzaban con barcos chinos, *ts'ao*, *chwan*, *ta-ju-chwan*, *paraos*, *geong* y *meriam*, variedad de embarcaciones, éstas últimas malayas; y el 28 de Abril, la *tow-meng*, que había acelerado la marcha por haber aumentado el viento, se encontraba en el archipiélago de Cuyo, compuesto de islas e isletas de naturaleza coralina, entre la costa septentrional de Paragua y la occidental de Panay, ésta del grupo de las Filipinas. Sólo cuatro o cinco de aquéllas tienen cierta extensión: Cuyo, que es la mayor, Agutaya, Mauamoci y Canipo; las otras son pequeñas, y muchas de ellas están deshabitadas.

Entre ellas había peligro para el junco de ser asaltado por aquellos piratas crueles que sostiene el sultán de Joló. Ya dos veces, aprovechándose de la obscuridad de la noche, habían intentado hacerle aproximar a la isla de Dit para ponerlo al alcance de los piratas costeros; pero Tseng-Kai y Hong habían hecho descargar el cañón de proa, mostrando los dientes.

El 30 dejaron atrás el vasto archipiélago sin otros incidentes, emprendiendo, libres ya de bancos y escollos que temer, la marcha rápida al Sudeste, hacia las islas Qagayanes.

—Dentro de cinco o seis días —dijo Hong a Than-Kiu—, si no cambia el tiempo, avistaremos la costa occidental de Mindanao.

—Lo ansío, Hong; pienso que a cada día perdido disminuyen las probabilidades de salvarlos, pues los salvajes los habrán internado más lejos de la costa.

—Es posible; los piratas quizá se hayan apresurado a vender sus prisioneros a cualquier sultán del interior, para borrar las huellas de su rapiña y para quitar a Romero y sus compañeros toda esperanza de fugarse en algún barco.

—¿Tendremos necesidad de organizar alguna expedición armada?

—No, Than-Kiu; no sería prudente; la destruirían en cuanto nos alejásemos de la costa.

—Entonces, ¿qué crees que debemos hacer?

—Lo veremos más tarde.

—Yo estoy decidida a todo.

—Lo sé, y yo también. Mindanao es grande, pero una parte de la isla está en poder de los españoles, y los salvajes no conducirán, de seguro, a sus prisioneros por aquel lado. Será

la región del lago la que tendremos que registrar.

—¿Es región peligrosa?

—Bastante; está habitada por salvajes de los más sanguinarios de todo el archipiélago malayo. Te has embarcado en una empresa que puede costarte la vida.

—No la mía sola; acaso las de mis amigos.

—¿Qué importa la nuestra? Morir en Mindanao o a la cabeza de una partida insurrecta, da lo mismo. Es la existencia de *Flor de las Perlas*, de la más hermosa e intrépida doncella del río Amarillo, la que desearía ver lejos de aquellas hordas salvajes... sobre todo cuando va únicamente por salvar al hombre que la ha herido de muerte...

—¡Calla!

—Y ha rechazado su amor —concluyó el chino.

—Tú odias a Romero.

—Romero no es chino, y, al rechazar a la más magnífica perla del Celeste Imperio, ha herido a toda la colonia amarilla, pero... ¡basta!...

—Pero... ¿qué?

—¿Qué te importa? Quisiera que se extinguiese la llama de tu corazón, que olvidases a ese hombre que no ha sabido apreciarte en lo que vales, mientras que todos tus compatriotas se considerarían felices obteniendo una sonrisa, una mirada de *Flor de las Perlas*.

—¿También tú, Hong?

—Quizá más que nadie —repuso el chino, cuya voz vibraba amargo desconsuelo—. ¡Y le amas aún! —prosiguió con súbita violencia—. ¡Le amas aún, no obstante haber destruido tus sueños y haber costado la vida al hombre más valiente de la

raza amarilla, a tu hermano Hang!

—Calla, Hong; te lo suplico —murmuró la joven con angustia.

—Sea, puesto que lo quieres; pero cuenta que no te sea fatal el encontrar a Romero, porque si murieses... juro por Fo y Confucio que le mataré a él, y también a la doncella blanca.

CAPÍTULO VIII. LA BOCA DEL TALAJÁN

El 12 de Agosto, el junco, después de haber atravesado el estrecho de Basilán, dejado atrás el faro de Zamboanga, y atravesado también la bahía de Illana, avistaba las costas occidentales de Mindanao, entre los cabos Tanalisa y Tapián.

Esta isla es una de las más grandes del archipiélago filipino, la segunda después de la de Luzón, con una superficie de tres mil ochocientas leguas cuadradas y una población aproximada de millón y medio de habitantes, de los cuales las tres cuartas partes son salvajes o poco menos, y de hecho independientes, pues no reconocieron nunca la soberanía española, aunque desde hace siglos ocuparon varios puntos, estableciendo tres alcaldías (en Caraga, con Dapitao; en el Missamis, con la ciudadela de Davao, y en Zamboanga), y un gobernador en Basilán, dependiente del capitán general del archipiélago; pero es lo cierto que la mayoría de Mindanao no está hoy ni explorada, ni bien conocida ni conquistada.

Gran porción de aquella vasta isla hállase aun bajo la dominación de sultanes que fomentan y ejercen más o menos francamente la piratería, que cuentan con miles de esforzados combatientes y darían gran trabajo a quienes quisieran conquistarlos; en la región septentrional hay poblados nómadas, pueblos o tribus sueltas con sus caciquillos correspondientes; hay también, sobre todo en el interior, partidas absolutamente salvajes que viven en perpetua guerra entre sí y con los vecinos, igorotes en su mayoría.

Sí los indígenas son feroces e inhospitalarios, sobre todo los que no se hallan en contacto con el mar, la isla es una de las

más espléndidas de la Malasia, con cómodos puertos naturales; ríos navegables y anchos, como Río Grande, Butuán, Davao; higos vastísimos, como el Maguindanao y el Linguasán; y altas cadenas de montañas, entre las cuales las más notables son las de Apo (que forma la osamenta principal de la isla), Dicalungán y Sugut. Pocas islas tienen tan extensas selvas, casi vírgenes, habitadas por gran número de salvajes. Los indígenas tienen, pues, de todo al alcance de la mano: frutos, carne y pescado; pero la vida no les es fácil, a causa de hallarse casi siempre en guerra.

La *tow-meng*, a la vista de la costa, amainó velas para acercarse más lentamente y poder sortear los aumerosos escollos y peligros que rodean aquellas playas y que Tseng-Kai conocía muy bien, poniendo proa hacia la embocadura del río Talaján, donde, según el coronel, había encallado la cañonera.

Hong y Than-Kiu querían ante todo examinar el punto en que el buque fue asaltado por los piratas, a fin de no extraviarse en sus ulteriores pesquisas por el interior. Esperaban que algún pescador costero podría facilitarles informes respecto a la nacionalidad de los piratas que tomaron parte en el abordaje.

—No faltará quien os suministre noticias —les había dicho Tseng-Kai—; sólo que hay que estar muy alerta, porque el sultán de Selangán es muy complaciente con los piratas, y aun se dice que los anima y protege. Si se han atrevido con una cañonera española, calculad el escrúpulo que tendrán en asaltar y destruir un mísero junco chino. Afortunadamente he sacado de las cajas de los insurrectos cuatro docenas de granadas que les escaldarán las espaldas.

—Tal vez el sultán no los proteja ahora abiertamente —objetó Hong— por el suceso de la cañonera, aunque los españoles tienen demasiada ocupación en Manila para atender a los piratas.

—Es probable, y tal sospecha me asaltó al ver la ausencia de veleros en estas aguas.

—Mal síntoma.

—Sin embargo, el cañón está cargado, y he hecho subir los fusiles a cubierta.

—¿Estamos próximos al punto en que fue asalta la cañonera?
—preguntó emocionada la joven.

—Cuestión de dos o tres horas.

—¿Pasaremos ante alguna aldea?

—Si, la de Tambag; pero ¿por qué lo preguntas?

—Pensaba en que algún habitante nos podría dar alguna noticia.

—Y suscitaremos sospechas —dijo el patrón, meneando la cabeza—. Créeme, Than-Kiu, guardemos lo más secreto que podamos el objeto de nuestro viaje, o, si no, apenas desembarquéis hallaréis tantos obstáculos que tendréis que volveros o perecer. Procedamos con prudencia. Deja que lleguemos al lugar del suceso, y veremos lo que ha de hacerse. ¡Hola!... ilzad todas las velas, y un hombre a proa con la sonda!

El junco, que había amainado la mitad de su velamen poco antes, largólo de nuevo y reemprendió su marcha veloz, flanqueando la costa, que se extendía a dos millas de distancia. La playa aparecía desierta y cubierta de boscaje, que extendía sus raíces por las márgenes de aquélla para que las bañara el mar. No se veían sino grandes bandadas de pájaros costeros y nidos de golondrinas, de esos que tanto apetecen los golosos chinos.

Hong y Than-Kiu aguzaban la vista tratando de descubrir algún barquichuelo de pesca o cualquier cabaña; pero en

vano. Aquellas playas, de ordinario tan habitadas; aquellas costas, llenas otras veces de paraos y veleros de todas clases, estaban entonces desiertas. Parecía que sus habitantes habían huido al interior. A las diez de la mañana, el barco, que andaba con una velocidad de tres nudos por hora, pasó ante el Tenuán, riachuelo que desemboca entre bancos de arena, y luego ante el Matabar, cerca del cual debía existir una aldea de la cual no descubrieron ni rastro Tseng-Kai y sus hombres. A medio día rebasó la ensenada que forma la costa, especie de canal algo semejante a los fiordos noruegos, y ancló en la boca del Talaján, uno de los ríos más considerables de Mindanao, pues tiene sus fuentes en la región meridional, cerca de los montes Dicalungán, con vastos ramales que le unen al brazo Norte de Río Grande, sirviendo de unión al Sur y al lago Betuán por medio del Bacat.

Las bocas del río eran pintorescas; sus orillas, bastante bajas, estaban encumbradas por magníficos árboles de gigantescas hojas, que proyectaban espesa sombra sobre las límpidas aguas. Mil isletas, como macizos de verdor, servían de refugio a infinidad de variados pajarillos que revoloteaban lanzando alegres trinos. Ni una aldea, ni siquiera una choza aislada, se veía surgir entre aquella exuberante vegetación; sólo algunas barcas abandonadas en los bancos de arena, y medio sumergidas, indicaban que había habido allí habitantes.

Hong, Tseng-Kai y Than-Kiu, después de haber lanzado miradas recelosas al bosque, capaz de servir de refugio a los asaltantes de la cañonera, examinaron ambas orillas y el curso del río antes de intentar su exploración.

—Veremos: si ha sido aquí asaltada la cañonera, algún resto de ella hallaremos; ¿no te parece, Tseng-Kai?

—Así lo creo yo también; el vaporcito no se lo habrán llevado tierra adentro los piratas.

—No veo nada, sin embargo —añadió Than-Kiu—. ¡Si no fuera

éste el paraje!... ¡Y nadie a quién interrogar! .

—¿Quieres un consejo? —dijo el patrón, que se había quedado pensativo—. Exploremos el río con la canoa. Las aguas son profundas, y quizá la cañonera, huyendo del furor del mar, se internara más adentro de la boca.

—Creo excelente tu consejo, Tseng; partiremos, yo, Than-Kiu, Pram-Li y el joven Sheu-Kin, y tú te quedas con tus hombres guardando la tow-meng.

—Tienes razón; no me atrevo a abandonarla.

Si no halláis nada, iremos hasta Costabado; es imposible que en ese pueblo no sepan algo.

—Concededme diez minutos; cuando la canoa esté en el agua, estaré ya dispuesta.

En tanto que se apresuraba a meterse en el camarote de popa, los marineros echaban al agua la pequeña embarcación, proveyéndola de armas, municiones y víveres, pues no era prudente aventurarse sin ellos por aquellos parajes. Hong iba a bajar a la lancha, cuyos remos habían ya empuñado Sheu-Kin y el malayo, cuando vio salir de la cámara de popa un joven de formas elegantes que no había visto hasta entonces. Cuando se volvía para interrogar a Tseng-Kai, no menos estupefacto que él, exclamó:

—¡Por Fo y Confucio!... ¡Qué transformación!... He ahí el más guapo mozo de la marina china, y a quien el mismo Emperador desearía tener a sus órdenes.

Aquel bellísimo marinero era Than-Kiu, que, comprendiendo que el traje femenino en aquellos parajes habría podido inspirar sospechas, se había encajado un traje de marinero, el cual, además, le daba mayor libertad de movimientos. La chaquetilla y los pantalones, de seda azul, le sentaban admirablemente; llevaba una faja roja, y ocultaba sus cabellos bajo amplio sombrero de fibras de rotang.

—¿Reconocéis en mí una mujer? —preguntó sonriendo.

—No; pero estás hecho tan guapo mozo que, si yo fuese capitán de un buque, te robaría. Has tenido magnífica idea, hija mía.

—Entonces, partamos.

Iban a abandonar el junco, cuando el patrón les detuvo.

—¿Qué quieres?

—Escucha.

El jefe del *Lirio de Agua* y Than-Kiu prestaron atención, pero sólo oyeron el grito formidable de una banda de *simiang*, horribles monos, bastante comunes en la Malasia, y que arman un estrépito ensordecedor. Sin embargo, escuchando con más atención alcanzaron a distinguir también una voz humana, como si un hombre llegara por el río cantando a grito herido una canción bárbara.

—¿Algún pescador? —preguntó Hong.

—Pronto lo sabremos —repuso el patrón.

—Tal encuentro puede ser una fortuna —observó la joven.

—O una desgracia —añadió Tseng-Kai.

La voz se aproximaba; el viejo chino, que continuaba escuchando con cuidado, logró entender algunas palabras de la canción. Era una voz robusta que se destacaba alguna vez de la gritería de los simios, y que denotaba en el que la emitía pulmones de hierro.

—Es un malayo.

En aquel instante apareció por el recodo del río una lancha hecha del tronco de un árbol, montada por un hombre casi

desnudo, pues sólo llevaba un taparrabos y un pañuelo anudado a la cabeza. Era de estatura más bien baja, macizo, de piel bronceada, brazos y piernas musculosos, de facciones nada bellas, pues tenía la nariz aplastada, boca grande y ojos pequeños y de mirar tético. Al encontrarse bruscamente ante el junco, alzó los remos que empuñaba y miró recelosamente a la tripulación de la *tow-meng*. Después hizo un gesto como si quisiera coger los pesados y agudos hierros llamados bolos, que tenía en la lancha; pero no llegó a tocarlos, comprendiendo que de poco podían servirle contra el junco. Tseng-Kai, que había salido del castillo de proa, hizo señas a Pram-Li y a su compañero de que armaran sus fusiles, y gritó al malayo, que había vuelto a remar:

—¡Ohe!... ¿Dónde vas? Si quieres pasar a bordo, puedo ofrecerte un trago de *sam-sciú* y tabaco.

El malayo no contestó; miró a todos lados cual si temiese ser espiado, inclinóse para escuchar con atención un momento, y con gesto resuelto remó hacia el junco. Una vez amarrada su lancha a la canoa, agarró la cuerda que le habían tendido y subió a bordo, con la agilidad proverbial de esa raza de valientes marineros.

—Aquí estoy —dijo examinando con rápida mirada el barco y la tripulación—. Dame ese trago de *sam-sciú* y el tabaco que me has prometido.

—Te daré, no un trago, sino una botella, y tabaco para fumar una semana, y hasta un *kriss* si quieres; pero con una condición —exclamó Tseng-Kai.

—Habla —repuso el malayo, mirando de través a los tripulantes que le rodeaban.

—¿Hace mucho tiempo que habitas en este río?

—Muchos años.

—¿Hay algún pueblo cerca?

—Uno lejano, pues se halla en la confluencia del Sur y del Talaján.

—¿Vienes de allí?

—No; tengo mi cabaña en los bosques.

—Entonces ¿eres pescador?

—Sí —dijo titubeando el malayo.

—Entonces debes saber lo ocurrido en los últimos tiempos.

—Cierto.

—Aun lo ocurrido hace dos o tres meses.

—Sí.

—¿Viste una cañonera tripulada por blancos en estos parajes?

El malayo se estremeció; miró fijamente al patrón, como si quisiera leer en sus ojos el objeto de la pregunta, y exclamó con cierto temor:

—¿Venís a vengarles?

—¡Por Fo y Confucio! —exclamó Hong, entendiendo que el malayo no había perdido una sílaba del diálogo—. Parece que nuestro hombre sabe demasiado respecto a La Concha. ¡Prudencia, Tseng-Kai!

—No temas —repuso el patrón; y dirigiéndose al malayo, que no cesaba de mirarle, añadió—: No venimos a vengar a nadie; los blancos no son amigos nuestros, como debes de saber.

—¿Qué queréis saber, pues?

—Sencillamente, dónde encalló la cañonera.

—¿Para qué?

—Para satisfacer los deseos de una persona que quiere saber si se perdió aquí o en la costa meridional de la isla.

—¿Para después vengar a los hombres que la tripulaban?
—insistió el malayo receloso.

—Este hijo de agua dulce —murmuró Hong— no tiene tranquila la conciencia. Debe de haber tomado parte en el abordaje.

—¡Hay de él! —exclamó la joven, mirándole sombríamente.

Tseng-Kai continuaba su interrogatorio.

—Te he dicho que nadie piensa en vengar a los blancos; pero parece que la persona que me envía tiene interés en comprobar la desaparición de una de aquellas víctimas, para entrar en posesión de una gran herencia.

—Te comprendo —dijo el malayo, tratando de sonreír—. Y luego, tras breve pausa, preguntó:

—Y si yo te digo dónde encalló, ¿me darás el *kriss*, el *sam-sciú* y tabaco?

—Sí.

—Pues bien; fue en este río.

—¿Dónde?

—Allá; el mar estaba alborotadísimo, y los blancos, por salvarse, penetraron en el río, con no poco trabajo, y remontaron un buen trecho la corriente.

—¿Y encallaron?

—En un gran banco de arena.

—¿Y después?

El malayo, por toda respuesta, clavó en Tseng-Kai dos ojos que parecían puñales.

—Después —dijo tras alguna vacilación— fueron asaltados por los piratas.

—¿Por qué piratas?

—No lo sé; no estuve presente en el acto combate. Cuando por la mañana salí al río para ir a pescar a la costa, todo había acabado; sólo vi sobre el banco de arena el casco de la cañonera destrozado.

El patrón iba a continuar su interrogatorio; pero Hong le hizo una seña, y le dijo en chino:

—Luego averiguaremos lo demás. Déjame a mí.

Tseng-Kai dio orden a un marinero de que llevase al malayo una botella de *sam-sciú* —fuerte licor muy apreciado por los chinos, y que se obtiene por la fermentación del arroz—, algunos paquetes de tabaco y un *kriss*, diciendo:

—Ahora nos llevarás a ver el casco de la cañonera; ¿verdad, buen mozo?

—Cuando queráis. Os advierto que el río está muy recorrido por los piratas, y os aconsejo que vayáis muchos.

—Con cuatro de nosotros bastará.

—Son pocos. ¡Tenéis tantos hombres a bordo!...

—No podemos abandonar el junco.

El malayo pareció contrariado, y añadió:

—Por lo menos, embarcaremos el cañón.

—Hace falta para la defensa de la *tow-meng*.

—Sea; pero, si nos asaltan, trataréis de defenderme, ¿eh?

—No temas —dijo Hong, sonriendo irónicamente—. Somos cuatro hombres resueltos, bien armados, y tu barca es sólida.

Mientras el malayo bajaba a su lancha, en la cual habíanse ya embarcado Sheu-Kin y Pram-Li. Hong se acercó a Tseng-Kai y le advirtió:

—¡En guardia, viejo, y abre bien los ojos! Este malayo manifestaba demasiado interés en privar al junco de sus hombres y de su cañón, para que no sea sospechoso.

—Si me asaltan los piratas, me hallarán apercebido para recibirlos. No tengáis cuidado. Andad, y volved pronto.

—No temas —añadió por su parte Than-Kiu— tampoco tú. Tenemos fusiles de retrocarga y cuatrocientos cartuchos. Es bastante; ya sabes que somos capaces de hacer buen uso de ellos.

CAPÍTULO IX. EL CASCO DE «LA CONCHA»

Los cuatro, con el sospechoso malayo, embarcáronse en la chalupa, capaz para contener diez personas lo menos, y remontaron apresuradamente el río, favorecidos por la alta marea. Como el junco estaba anclado en la boca del Talaján, tenían aún que recorrer un buen trecho de agua marina, que conservaba entre ambas orillas maravillosa limpidez, permitiendo distinguirse límpidamente el fondo y ver todos los objetos a través del movable cristal.

Than-Kiu y Hong, que se habían sentado a popa, en tanto que el malayo se hubo tendido a la larga en la proa, no separaban sus miradas del fondo, esperando ver algún resto del naufragio; pero en la arena que formaba el lecho del Talaján no aparecía huella alguna del infortunado vaporcito; sólo se distinguían cefalópodos provistos de largos tentáculos, como brazos llenos de ventosas; pólipos bastante buscados por los pescadores chinos y japoneses; algunas parejas de esos graciosos peces de piel azulada de reflejos metálicos, llamados *pomacentras*, muellemente tendidos entre las algas; tal cual gigantesco *halioti*, y madreperlas que irradiaban todos los colores del iris, cuya carne es muy apreciada por los indígenas.

—Habrá sido todo arrastrado al mar —observó Hong dirigiéndose a la joven, que parecía buscar con insistencia algún objeto perteneciente a Romero.

—Verdad —afirmó la doncella, moviendo melancólicamente la cabeza—. Todo habrá ido a parar al mar.

—No importa; basta que encontremos el casco para asegurarnos de que naufragó aquí la...

—¿Y después?

—Después, ya veremos lo que conviene hacer.

—¿Esperas que hable el malayo?

—Ese hombre sabe mucho, y cada vez me convengo más de que tomó parte en el asalto. A su tiempo se lo haremos confesar, Than-Kiu.

—¿No lo dejarás libre?

—No, hija mía; ya que hemos tenido la suerte de echar mano a uno de los asaltantes, no lo dejaremos tan pronto.

—Pero ¿crees que sea un pirata?

—Estoy seguro de no engañarme.

—¿No nos tenderá un lazo?

—Tratará de hacerlo, como también tratará de hacer sorprender al junco.

—¡Oh!

—No te quepa duda. No le he quitado ojo, y he podido apreciar cómo se fijaba atentamente en el armamento de la tow-meng. Pero si él es astuto, yo lo soy más.

—¿Nos guiará adonde naufragó *La Concha*?

—¿Por qué no? Quizá le conviene separarnos del junco; pero a la primera sospecha le rompo el cráneo con la culata del fusil. ¿Eh?...

El malayo, que había permanecido silencioso hasta entonces, volvió a cantar la bárbara canción que entonaba al bajar por el río, despertando los ecos del bosque. Era una serie de notas agudísimas que envidiaría un tenor, pero ásperas y

extrañas.

—¿Por qué gritas? —exclamó el chino con la frente anublada, dirigiéndose al pescador—. Hace poco has dicho que no era prudente recorrer el río por los piratas, y ahora aúllas como un condenado, cual si quisieras avisarles de nuestra presencia en estas aguas.

—En este río me conocen todos, y...

—Pero nosotros no te conocemos: cierra el piso y deja gritar a los monos.

El malayo se encogió de hombros, callóse y se hundió de nuevo en la proa. Hong, que le observaba le vio mirar con gran atención a las dos orillas.

—O mucho me engaño, o en breve veremos algo —murmuró el astuto chino.

La chalupa, siempre favorecida por la marea, continuaba su marcha, internándose ya en el río, que conservaba una anchura respetable; las dos orillas estaban cubiertas de verdaderos bosques espesos, de palmeras de todos clases que elevaban entrelazadas sus gigantescas hojas y sus exquisitos frutos armados de formidables espinas, cedros, ébanos y espléndidos bados; árboles preciosos, de cuyo fruto se extrae esa grasa apreciadísima conocida en el comercio con el nombre de aceite de Macassar. Bellísimas aves revoloteaban alegres de rama en rama o atravesaban el río, mostrando a los rayos del Sol sus brillantes plumas de variados colores. Hacía una hora que navegaban nuestros amigos, cuando el malayo, de pie hacía un rato, dijo súbitamente:

—Ya hemos llegado.

—¿Aquí fue? —preguntaron Hong y Than-Kiu con ansiedad.

—Sí; veo allí un trozo del palo mayor de la cañonera, que las

aguas han arrastrado un tanto; el casco no debe de estar lejos.

—¿Dónde está el palo?

—En medio del río; un pie bajo el agua.

—Queremos verlo.

—Remad un instante hacia allá —ordenó el malayo.

—Dirigióse la lancha en la dirección indicada. Hong y Than-Kiu miraban ansiosos el agua, que seguía estando transparente, y dieron al mismo tiempo un grito cada uno. Del fondo del río surgía casi hasta flor de agua un madero, que tenía aún jarcias y cuerdas adheridas, y las cuales se habían enganchado en una roca subacuática. No había duda; el palo aquél no podía confundirse con los de los barcos malayos, chinos ni celibeses, pues tenía grandes abrazaderas de metal. La joven palideció y sus ojos se fijaron con avidez en aquel despojo, como si buscara en él algún indicio que le revelase la nave a que había pertenecido. Con voz trémula exclamó:

—¿Será el de La Concha, Hong?

—Veremos —repuso el chino—. Tened firme Vosotros la canoa y mantened el equilibrio.

Se inclinó, sumergió los robustos brazos en el agua, cogió una cuerda que ondeaba agitada por la corriente, y, reuniendo todas sus fuerzas, operó una violenta tracción. El tronco, arrancado del fondo por aquel esfuerzo, salió a la superficie y cayó luego, levantando un monte de espuma.

—¡Por Fo y Confucio!... Mira, Than-Kiu —dijo agarrándolo antes de que se alejase, y mostrando en el anillo de metal un nombre grabado.

—Concha —leyó la joven—. ¡Es el palo de La Concha, amigos míos!

—Si —corroboró el jefe de la sociedad secreta—. Es una fortuna que no esperaba alcanzar tan pronto. Esto es un trozo del palo mayor de la cañonera española, cortado quizá por una bala de cañón. No nos ha engañado el malayo.

—¡La cañonera de Romero!... ¡Gran Budda!... Ha venido aquí, donde estoy yo...

—Romero... con la doncella blanca; no lo olvides, Than-Kiu.

—¡Oh! ¡Calla, calla, por favor; no me atormentes, Hong!

—Bueno; dejemos este palo inútil y busquemos el casco.

Soltó el madero, hizo señas a Sheu-Kin y Pram-Li de empuñar de nuevo los remos, y la lancha prosiguió su marcha. La muchacha, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, seguía en su imaginación el drama de *La Concha* como si lo presenciara; Hong la oyó suspirar y pensó:

—¡Pobre niña! ¡No se curará de su amor por ese hombre!

Un mugido extraño, procedente del bosque de la orilla izquierda, y que parecía emitido por algún instrumento, la arrancó de sus reflexiones.

—¿Qué es eso? —preguntó mirando con fijeza al malayo, que se había incorporado bruscamente.

—No lo sé —repuso el interrogado con cierto embarazo que no escapó a Hong.

—¿Una señal acaso?

—Creo que habrá sido algún mono.

—Pram-Li, ¿has oído a algún mono lanzar semejante grito? .

—Nunca, Hong.

—Entonces, no cabe duda de que es una señal.

—Así me lo temo.

—Ya os dije —repuso el patrón de la lancha— que por acá suele estar lleno de piratas.

—Es una preciosa advertencia. Than-Kiu, hija mía, abre tú también los ojos. ¡En guardia todos!

—Estoy dispuesta —dijo la joven, cogiendo un fusil, como sus compañeros.

El malayo, en tanto, miraba con la mayor atención la orilla, y escuchaba ansioso, como si aguardase ver aparecer a alguno. Después de aquel grito, nada se oyó. Hong mismo, no viendo ni oyendo nada, carecía de fundamento en qué basar sus sospechas. En la orilla alineábanse tranquilamente u diez o doce varaus, cuadrumanos de rostro azul oscuro, pelambre larga y parda y dotados de prodigiosa agilidad, pues avanzan en un salto doce o quince pies. Ocupábanse en beber agua, cogiéndola del río con las manos ahuecadas.

—Si los monos están tranquilos —observó Hong—, nada tenemos que temer.

—¡El casco de la cañonera! —dijo en aquel instante el malayo.

Hong y Than-Kiu pusieronse en pie, mirando con curiosidad la masa negra que les señalaba el guía, y que se hallaba junto a un gran banco arena en el recodo del río.

—¡La Concha! —exclamó la joven palideciendo y apoyándose en su amigo, como si careciese de fuerzas.

—¡Ánimo Than-Kiu! ¿Cómo es eso? ¡Tú tan valiente!... ¡Recobra el valor!...

—La vista de la cañonera me lo quita —dijo ella— recordándome la noche fatal en que me destrozaron el

corazón y se destrozó el más hermoso sueño de mi vida...

—Bueno, bueno —replicó conmovido Hong—. Vamos a ver si hallamos alguna huella de Romero.

CAPÍTULO X. LA TRAICIÓN DEL MALAYO

La Concha, que Than-Kiu había reconocido, y que vio partir con la rapidez de la flecha la noche en que perdió a Romero, no era más que mísero despojo en el estado en que la habían abandonado los piratas del Talaján. Todo estaba destrozado por completo, hasta el mismo casco, desprovisto de palos, velas, timón, jarcias, cuerdas y camarotes, y hasta el áncora y su cadena; tenía la proa abierta, y por la rotura penetraba el agua del río, que no tardaría en hundirlo. La cubierta presentaba un cuadro deplorabilísimo, pues los asaltantes la habían despedazado para llevarse barandas, escalas, bocas de escotillas y cuanto consideraron útil. Sin embargo, conservábanse cajas rotas fragmentos de ropas, víveres y balas desperdigados, grandes manchas de sangre, y en la popa algunos esqueletos.

Hong y Than-Kiu buscaban ansiosamente, removiendo todos aquellos despojos, alguna huella de Romero, Teresita o el comandante. Than-Kiu y Hong examinaron los cadáveres para asegurarse de que no estaba entre ellos el del mestizo; los esqueletos eran todos de marinos.

—Nada —dijo a Than-Kiu el jefe del *Lirio de Agua*—; no hay ninguna huella de él; debemos esperar que no ha sido asesinado.

—¡Esperar! —suspiró la muchacha, que se había sentado en una caja abierta—. Pero ¿quién nos asegura que su cadáver no ha sido echado al río? Era un valiente, y lucharía en primera fila.

—Pueden haberle sorprendido de noche y hecho prisionero antes de poder resistirse.

—¿Y quién me sacará de esta duda horrible?... ¿Quién, Hong?

—El malayo.

—Hazle hablar por todos los medios, Hong. —No dudes que dirá todo lo que sepa, aunque tenga que despellejarlo vivo. Pero está poniéndose el Sol, y no es prudente pasar aquí la noche.

—¿Volvemos al junco?

—Por ahora, sí... Mañana resolveremos lo que convenga. Por hoy, basta con haber obtenido la prueba de que La Concha encalló y fue asaltada por los piratas.

—¡Gran Budda! ¿Qué habrá sido de él? ¿Dónde lo habrán llevado? ¿Le veré algún día?

—¡Calla! —ordenó con imperio el chino.

Se había repetido el grito extraño, el mugido que oyeran antes, y mucho más cerca.

—Es indudablemente una señal —dijo, empezando a alarmarse Hong—. Temo que no pasaremos la noche tranquilos.

El malayo que hasta ahora no se había movido de la chalupa al lado de Pram-Li, pasó a la cañonera. Ya no conservaba su calma, y sus facciones y sus ojos expresaban viva ansiedad.

—¿Has oído? —preguntó a Hong.

—Sí.

—Es una señal; estoy seguro de no equivocarme.

—¿De quién?

—De los piratas del Talaján.

—¿Lo crees así?

—Estoy seguro.

—¿Y tienes miedo?...

—Son hombres sanguinarios que no respetan a nadie.

—Sin embargo, respetaron a los de la cañonera.

—Cierto; pero tenían un motivo.

—¡Hola!... ¿Sabes que perseguían un objeto al no asesinarlos?

El malayo hizo un gesto de mal humor, como enojado por haberse vendido, y replicó luego:

—¡Huyamos, o no respondo de vuestra piel!

—¿Y adónde?

—A mi cabaña, por esta noche. No os aventuréis a bajar por el río.

—Somos personas resueltas.

—Lo creo; pero nada podréis hacer contra ciento o doscientos bien armados.

—Acaso tienes razón —dijo el chino, que había quedado pensativo—. No es prudente exponerse a una descarga imprevista de armas de fuego. ¿Está muy lejos tu choza?

—En el bosque de la orilla derecha, a media milla del río.

—¿Qué me aconsejas, Than-Kiu?

—Que vayamos a la cabaña. Los piratas pueden cortarnos la retirada y asaltarnos en medio del río... Pero estoy inquieta por Tseng-Kai.

—¡Bah! El viejo no es hombre para dejarse sorprender, y está tan cerca del mar que puede largarse fácilmente.

El mugido misterioso dejóse oír por tercera vez, seguido de agudo silbido. Hong hizo pasar rápidamente a la joven a la lancha y exclamó:

—¡Pronto; partamos!

Las tinieblas surgían rápidamente, pues en las regiones ecuatoriales no hay crepúsculos. Pájaros y monos, apenas desapareció el astro diurno, apresuráronse a buscar sus nidos; al alboroto anterior sucedió profundo silencio, apenas interrumpido por el murmullo del agua. La chalupa se destacó del casco de la cañonera, que, al lado del banco de arena, semejaba una ballena estancada. Los dos malayos remaban lentamente, tratando de hacer el menor ruido posible, en tanto que los dos chinos y Than-Kiu vigilaban con los fusiles preparados.

Ya había atravesado la barquilla medio río, cuando Hong, que no apartaba los ojos de entre los árboles por donde habían lanzado la señal, vio alzarse un par de horribles y gigantescos murciélagos llamados *tainán*, y que más parecen gatos o zorros que volátiles. Al alzar el vuelo lanzaron estridentes y sendos gritos de espanto, y atravesaron el río para refugiarse en la orilla opuesta.

—¿Has visto? —dijo a Than-Kiu.

—Sí; cuando los *tainán* han huido así, algún motivo les ha obligado... algún hombre...

—O algunos hombres; pero estamos ya en la orilla y no los creo tan valientes...

—Temo siempre por Tseng-Kai.

—No te inquietes por él.

Los malayos metieron la chalupa en la arena Hong, antes de desembarcar, escuchó atentamente, y, tranquilizado por el profundo silencio que reinaba en el bosque, saltó a tierra, siguiéndole sus compañeros con los fusiles preparados, y el pescador malayo con su formidable bolo empuñado.

—Guía; pero acuérdate de que voy tras de ti, y a la primera sospecha te salto la tapa de los sesos.

—No tengo deseo alguno de hacerme matar —contestó el pescador tratando de sonreír—. Os conduciré a mi cabaña sin que corráis ningún peligro.

Pusiéronse en marcha uno tras otro; el pescador primero, y el último Pram-Li, abriéndose trabajosamente paso por entre ramas, raíces y cañas que formaban espesa red, procediendo con sumas precauciones, deteniéndose con frecuencia a escuchar por temor a un ataque imprevisto, no sólo de los hombres, si que también de las serpientes, numerosas y de extraordinarias dimensiones en Mindanao y de los gatos de algalia, carniceros muy comunes en aquellas selvas.

Antes de mover una rama, el pescador se inclinaba hacia tierra, observaba atento y, sólo cuando estaba seguro de que no había cerca ni hombres ni animales, se atrevía a avanzar. En el bosque no reinaba el silencio; de cuando en cuando se oían clamores ensordecedores, ladridos extraños que debían ser lanzados por alguna manada de perros salvajes persiguiendo salvaginas; oíanse silbidos de serpientes, maullidos sordos y brutales, y tal cual rugido de panteras negras, formidable animal que no teme asaltar a un grupo de hombres armados. Aquella marcha silenciosa y prudente por la selva duró cerca de veinte minutos, y el pescador detúvose a la orilla de un riachuelo, que debía ser afluente del Talaján.

—Ya hemos llegado —dijo a Hong, que le seguía, amenazándole siempre con su fusil.

—¿Dónde está tu cabaña?

—Ocultá detrás de ese matorral.

Dejaron la orilla para aprovecharse de un sendero abierto entre las hierbas, y llegaron a un grupo de grandes árboles, entre los cuales se escondía una choza de bambú con techo cónico. Abrió la puerta, dio a Hong una rama resinosa para que la encendiera e invitó a todos a entrar.

El interior de la cabaña no valía más que el exterior; dividíase en dos estancias: una que servía de almacén, llena de fruta, pan de sagú, redes, etc., y la otra de cocina y alcoba, pues tenía lacho y fogón rústico con varios tarros para guisar, y unas esteras que parecían servir de mesas y sillas. Hízoles sentar en ellas, escuchó un momento desde la puerta, y cerróla precipitadamente, atravesándola, y dijo:

—Ahora podemos estar seguros de no ser asaltados. Nadie es capaz de encontrar mi choza.

—Supongo que no nos habrán seguido los piratas.

—No es fácil seguir una pista de noche por una selva virgen. ¿Tenéis hambre?... Puedo ofreceros algo que cenar.

—Te lo agradeceremos.

El malayo cogió algunos cacharros, los puso ante sus huéspedes, y les invitó a servirse liberalmente. La cena era más abundante de lo que presumiera Hong; pero si los manjares eran apreciadísimos para los paladares malayos, no así para los chinos, pues consistía en *blaciang* (fétida mezcla de cangrejos picados y pececillos, que se deja fermentar al Sol y luego se adereza con mucha sal) y *larón*, o sea larva de *termiti* (especie de hormigas muy grandes), amén de ciertas hogazas llamadas *ud-ang*, hechas con pequeños crustáceos reducidos a harina y casi amasados.

Sin embargo; viendo que sólo Pram-Li gastaba y aun

saboreaba sus manjares, el pescador ofreció al jefe del *Lirio de Agua* media tortuga marina asada, pan de sagú y un gran frasco de kalapa, que es una bebida refrescante que contiene la nuez de coco.

Cuando hubieron cenado, el pescador, que demostraba una amabilidad extraordinaria, sacó del almacén un paquete de rokok, cigarrillos excelentes envueltos en hojas secas de nipa, fruta de durión, ya abierta, y bananas, y un gran tarro de bram, licor obtenido por el arroz fermentado, azúcar y jugo de cierta especie de palma. Sheu-Kin y Pram-Li, de muy buen humor, aceptaron los cigarrillos y bebieron sendas tazas de bram; pero Hong rehusó obstinadamente probarlo, ya por recelar algo, bien por no tener costumbre de beber licores, con gran sentimiento aparente del pescador, que lamentaba no poder ofrecerle cosa mejor.

—Demasiado es lo que nos has dado; no esperaba yo hallar esta abundancia en medio de la selva; y serás recompensado si los piratas nos permiten volver a la tow-meng.

—¡Oh! Mañana no habrá peligro alguno, pues los piratas no se atreven a salir de día por temor a las naves del sultán de Selangán, que vienen de vez en cuando a limpiar las bocas del río.

—Yo creía que los piratas eran súbditos de ese sultán.

—No; vienen de lejos; del lago Butuán, y son súbditos del sultán de Bacat.

—¿Y se arriesgan a aventurarse hasta aquí?

—Todo el río Bacat, y parte del Talaján, pertenece a su señor y pueden recorrerlo impunemente.

—Entonces, los hombres de la cañonera habrán sido llevados como esclavos a Butuán.

—Es probable.

—¿Y es cruel ese sultán?

—Es un ladrón que vive del saqueo; pero no parece que es malo.

—¿Qué habrá hecho de los blancos?

—He oído decir que hace mucho tiempo que deseaba tener esclavos de piel blanca, y sus piratas le habrán dado ese gusto.

Than-Kiu, que entendía la lengua malaya y no había perdido una sílaba, se levantó y exclamó transfigurada:

—¿Entonces no le habrán asesinado?

—¿Para qué? —repuso el pescador—. El sultán de Bacat no colecciona cabezas humanas.

Y luego, mirando escrutadoramente a la joven, añadió:

—Hay entre ellos una persona que te interesa... ¿verdad?

—No.

Sonrió el pescador incrédulamente y agregó:

—Vistes de hombre, pero eres mujer, y debes de ser china, como tus compañeros.

—Puede ser.

—Entonces, ¿tienes algún amigo entre los prisioneros?

—Pues bien, es verdad.

—No me engañó —murmuró el malayo, mirándola con ojos ardientes—. Y, cambiando bruscamente de tono: —Es tarde ya; podremos dormir, y mañana, a bordo del junco, continuaremos la conversación si lo deseáis. Os ofrezco el almacén, donde podréis descansar más cómodamente; yo me

acostaré aquí.

—La verdad es que tengo sueño —dijo Sheu-Kin, que bostezaba hacía rato—. No sé si es el aire húmedo de la selva o el bram, pero me estoy durmiendo.

—El aire de la selva —contestó el pescador con imperceptible ironía.

Cogió la antorcha, preparó unas esteras para Than-Kiu, y salió del almacén, dando las buenas noches y dejándoles la luz en un agujero del suelo.

—¡Por Fo y Confucio! Había creído un pícaro a ese hombre, y debo confesar que no he hallado en mi vida un malayo más amable, exceptuando al amigo Pram-Li —exclamó Hong.

—Así empiezo a creerlo; sin embargo, velaremos por turno —afirmó la joven—. Nunca está de más la prudencia.

—Haré yo el primer cuarto —se apresuró a decir Sheu-Kin—, porque presiento que, si me duermo, no me despertaré antes del alba. Ignoro si es el maldito licor o el excelente cigarro, pero el caso es que tengo un sueño atroz. Paseando me despabilaré quizá.

—De todos modos, dormiremos con un ojo abierto —replicó el jefe del *Lirio de Agua*.

Acomodáronse lo mejor que pudieron y trataron de dormirse para descansar durante aquellos momentos de tregua, ya que no estaban seguros de pasar con tranquilidad la noche.

Sheu-Kin comenzó su vela dando vueltas por el almacén para evitar que el sueño le rindiera; pero a cada instante sentía que le pesaban más los párpados y que se le entumecían los miembros, invadiéndole un sopor que al fin le hizo caer como un plomo.

Había pasado una hora, quizá dos, cuando Hong se despertó,

pues tenía el sueño muy ligero, al oír unos golpecitos que parecían dados en la puerta de entrada. Creyendo que fuese el pescador, que los llamaba, se alzó rápidamente. La antorcha ardía aún, y vio a Sheu-Kin tendido en un rincón y profundamente dormido.

—Le venció el sueño —dijo—. Afortunadamente me desperté yo.

Miró a los otros, que también dormían, y quiso aproximarse a la puerta para interrogar al paseador; un rumor en la estancia vecina le detuvo.

—¿Qué quiere decir esto? —murmuró, alargando la mano hacia su fusil—. ¿Nos hará traición?

Acercóse con mil precauciones a Pram-Li, y le sacudió, primero suavemente, luego con fuerza, sin lograr que abriera los ojos. Una sospecha asaltó su mente.

—¿Contendrían algún narcótico el bram y los cigarrillos?

Se acercó a Than-Kiu y la tocó; la simple presión de su mano fue bastante para despertarla. Iba a preguntarle lo que deseaba, pero se detuvo al ver que el chino, con un dedo sobre los labios, la recomendaba silencio, diciéndole luego al oído:

—Than-Kiu, estamos vendidos.

—¿Nos ha hecho traición el pescador?

—Sí; nuestros compañeros han bebido con el bram algún poderoso narcótico, y no hay medio de despertarlos.

—¿Y el traidor?

—Calla, y oye.

Escucharon y oyeron abrir con precaución la puerta de la cabaña; alguien entraba con ligero paso.

—Sí, Hong, estamos vendidos; pero no nos dejaremos sorprender. Dame mi fusil y veremos lo que sucede.

Después invitó al chino con una seña a acercarse junto al tabique que dividía la choza.

CAPÍTULO XI. LOS PIRATAS DEL TALAJÁN

La luz de la rama resinosa se filtraba a través del tabique de bambú y hojas, permitiendo ver la que sucedía en la primera estancia, donde habían entrado dos hombres medio desnudos, armados de bolos y *kriss*, y que parecían malayos, aunque podían ser mindaneses, pues no alcanzaba a distinguirse en aquella semiobscuridad el color de la piel. El pescador los aguardaba armado de un largo *pisanlaut*, especie de daga agudísima. Entre los tres entablaron en voz baja rápido diálogo.

—¿Duermen, orang-kaja? (Orang-kaja significa jefe).

—Sí, y dos de ellos sobre todo; les he dado opio en el *bram*; no despertarán antes de veinticuatro horas.

—¿Y los otros dos?

—Uno es una mujer; no nos dará que hacer; el otro, sí; es el más vigoroso y el más audaz; pero de seguro no querrá separarse de sus dos compañeros, que no pueden despertar.

—Entonces podemos obrar.

—Con toda confianza. El *junco* está anclado en la boca del río, y dentro de tres horas será nuestro.

—¿Está armado?

—No tiene más que un cañón y quince tripulantes.

—Si está anclado en la boca, puede huir, orang-kaja.

—Hay bancos de arena en la boca; mandaremos algunos

hábilos nadadores a cortar las amarras del áncora, y, antes de que se den cuenta los chinos, la marea les hará encallar.

—Repetiremos el juego de la cañonera.

—Si; ¿están todos prontos?

—Dentro de dos horas estarán embarcados.

—¿Y los paraos?

—Han sido avisados para que corten la retirada al junco.

—¿Y estos hombres?

—Los prenderemos mañana, no temáis; la moza me gusta mucho.

Dicho esto, el pescador y sus compañeros salieron. Hong tuvo impulsos de precipitarse sobre los tres bandidos, pero la joven le detuvo.

—¿Qué hacemos, Hong?

—Alcanzarlos y matarlos.

—Sí, y luego caer en una emboscada, porque esa gente no está sola; y, además, no salvar el junco de Tseng-Kai.

—¿No has oído la última parte? ¡Por Fo y Confucio!... ¡Mientras yo viva, ese canalla no te tocará!

—Todavía no me tiene en su mano. Pensemos, ante todo, en salvar a Tseng-Kai; si encalla la tow-meng, nuestros amigos están perdidos.

—¿Qué hacer?

—Hay que avisar a Tseng-Kai.

—¿Y quién irá?

—Yo, Hong.

—¡Tú! De ningún modo. ¿Crees que voy a dejarte atravesar de noche la selva, que acaso estará llena de piratas? .

—Entonces, tú; yo me quedaré cuidando a Sheu-Kin y Pram-Li.

—¡Para que vuelva ese bandido y te atrape! ¡Jamás!

—Entonces, ¿qué debemos hacer?

—Iremos juntos, pues no quiero separarme de ti.

—¿Y nuestros compañeros? No podemos llevárnoslos con nosotros, ni abandonarlos aquí.

—¡Por Fo y Confucio! —exclamó el chino golpeándose la frente—. ¡Ah, ya sé!... Podemos advertir a Tseng-Kai y salvar a estos dos dormilones.

—¿Cómo? ¡Habla pronto... los minutos son preciosos!

—Los llevaremos y esconderemos en algún matorral para volver mañana a buscarlos.

—¿Y las panteras y los gatos de algalia?

—Esperemos que no los devoren; pero no podemos hacer más. Prepara el fusil y aguarda.

Pasó con precaución por la cocina, salió de la cabaña y volvió a los pocos minutos con semblante alegre.

—Los piratas se han alejado, y hay un lugar donde se hallarán nuestros compañeros a salvo de los dientes de las fieras. Sígueme, Than-Kiu. Abre bien los ojos, y dispara sobre cualquier persona que veas.

Cargó fácilmente con Pram-Li, pues estaba dotado de fuerza hercúlea, y salió seguido de su compañera, pronta a defenderlo. El chino dejó el matorral, dirigióse al río y,

levantando en alto al malayo para que no se mojara, penetró en el agua, que sólo tenía metro y medio de profundidad. En medio había una isleta boscosa; en un macizo de bananas silvestres depositó su carga, ocultándola entre las gigantescas hojas, y volvió a la choza para transportar a Sheu-Kin. Ambos durmientes no hicieron el menor movimiento, lo que probaba que la dosis de opio que se les había administrado era fuerte.

—Ahora podemos partir —dijo Hong al volver a la orilla donde le aguardaba la joven—. Los gatos de algalia y las panteras negras temen demasiado el agua para que vayan a devorarlos a la isla. Mañana vendremos a buscarlos y trataremos de pagar con plomo la hospitalidad de ese bergante. No te apartes de mi lado, y no temas, Than-Kiu. Me haré matar antes de que caigas en poder de los piratas.

—Gracias, Hong; eres un valiente.

Un relámpago de orgullo brilló en los ojos del chino al oír tales palabras. Cambió el cartucho al fusil, por temor de que la humedad de la noche lo hubiese mojado, y dijo:

—Esta corriente debe de llevarnos al Talaján, y no a mucha distancia de la boca.

Pusiéronse en marcha por la orilla, vigilando atentamente en torno suyo y procurando no hacer ruido; podían andar de prisa, pues era el terreno igual y despejado; tenían además la ventaja de que, en caso de peligro, podían ponerse en salvo pasando a la otra orilla. No se veía ningún ser humano a ambos lados de la comente, pero en la selva oscura oíanse rumores que hacían estremecerse a Hong y Than-Kiu, aunque eran tan valientes.

Oíase el rumor de las hojas, por más que no soplaban un hálito de viento, y crujían las ramas como si algún animal huyera precipitadamente de algún asalto temible; escuchábanse silbidos misteriosos mugidos sordos, gruñidos y

maullidos sofocados. Seguramente las fieras hacían sus correrías, y algún bramido estridente y tal cual maullido penetrante indicaban que las feroces panteras y los temibles gatos de algalia habían hecho su presa.

Hong y su compañera apresuraban el paso para poder llegar antes de que el junco fuera asaltado por los piratas. De pronto el chino se detuvo, parapetándose tras unas formidables raíces que se dirigían hacia el río formando graciosas arcadas.

—¿Los piratas? —preguntó la joven, que caminaba tras él.

—Algo peor; mira junto al tronco de aquel árbol.

La doncella miró en la dirección indicada y vio dos puntos luminosos, verdegantes, fosforescentes, que brillaban en las tinieblas.

—¿Un gato de algalia? —exclamó sin manifestar el menor temor.

—O una pantera negra —observó el chino.

—¿Nos asalta?

—Creo que no tenga tal intención.

—Afortunadamente tenemos buenos fusiles.

—De los que no podemos servirnos.

—¿Por qué, Hong?

—Porque a las detonaciones acudirían los piratas y te cogerían; y yo no quiero, ¿lo oyes?, aunque debiera costarme la vida, que *Flor de las Perlas* caiga en poder del malayo... ¡Acaso te ama!

—¿Y qué importa?

—Pero en sus manos estarías perdida...

—¿Para Romero?

—Para él... y acaso para otro.

Sorprendida por tal respuesta, iba a pedir explicaciones, cuando un sordo gruñido de la fiera la hizo enmudecer. La habían olvidado, y les recordaba con cierta impaciencia que estaba allí.

—Than-Kiu, mantente detrás de mí, y, suceda lo que suceda, no te expongas a su furor.

—¿Qué vas a hacer, Hong?... Tú quieres exponer tu vida por salvarme.

—Abatiré a la fiera con la culata de mi fusil.

—¿Estás loco?... ¡Ataquémoslo entre los dos!

—No; arriesgaré la muerte yo solo para salvar a *Flor de las Perlas*.

Esto dicho, sin aguardar más objeciones, confiado en su audacia y en su hercúlea fuerza, adelantóse el intrépido chino, empuñando el cañón de su fusil con ambas manos hacia el temible felino, mientras Than-Kiu, conmovida y estupefacta ante tanto valor, permanecía inmóvil, pero con el dedo en el gatillo de su arma, dispuesta y resuelta a disparar sobre la fiera al menor peligro para su compañero, aunque la detonación atrajese a todos los piratas de la isla.

El felino, al ver acercarse a su adversario, saltó a la orilla, exhibiéndose por completo. Era uno de los que los malayos llaman *karimán-dahán*, animales que tienen el cuerpo largo, piernas cortas y robustas, armadas de potentes garras, cabeza pequeña, pelaje por lo general gris o pardo a manchas negras, y largo y reluciente; con la fuerza del tigre y su agilidad extraordinaria, que les permite trepar por los

árboles. Su estatura no pasa de ochenta a noventa centímetros, y de cabeza a cola miden de un metro diez a un metro quince centímetros.

Hong se dio en seguida cuenta de la calidad de su formidable adversario, pero no vaciló, resuelto al sacrificio de su vida por salvar la de Flor de las Perlas. Sin embargo, adelantaba con gran prudencia, resguardándose tras de los árboles para precaverse de un ataque imprevisto y poder esquivar el salto repentino o irresistible de la fiera.

—¡Hong! —llamóle ella al ver que continuaba adelantando hacia el felino.

—No temas —repuso aquél con voz serena.

El gato de algalia, viéndole acercarse, habíase recogido como si se preparara a dar el salto, lanzando un maullido breve y ronco. Brincó, describiendo una fosforescente parábola, y fue a caer en el sitio mismo en que un segundo antes se hallaba el intrépido chino, quien se había alejado de un salto atrás y refugiado tras el tronco de un sagú. Inmediatamente se precipitó sobre la fiera, antes de que ésta, rabiosa por haber perdido la presa que ya creyó suya, se dispusiese a brincar de nuevo.

El fusil, manejado por los robustos brazos de Hong, cayó por su culata con ímpetu terrible sobre el cráneo del felino, resonando el golpe como si se hubiera dado en un tambor y volando la culata hecha pedazos, mientras la fiera caía entontecida. Than-Kiu, al ver desarmado a su compañero, pues sólo tenía ya entre las manos el cañón de su fusil, lanzó un grito de terror y apuntó para hacer fuego. Pero el chino contaba todavía con su fuerza; arrojó al suelo el inútil bastón que le quedaba, agarró a la bestia por la cola y, con un esfuerzo de titán, la precipitó en el río. El felino se debatió en el agua y trató de ganar la orilla opuesta, aún medio aturdido. La joven se acercó presurosa a Hong, diciéndole con voz conmovida:

—¡Gracias, Hong; eres un valiente... como mi hermano!

El chino se volvió y, mirándola con fijeza, le preguntó con extraño acento:

—¿Crees tú que Romero hubiera podido hacer más?

—¿Por qué me lo preguntas? —exclamó estupefacta.

—Supón que por capricho de saberlo.

—Pues bien; no, Hong.

—Gracias, Than-Kiu.

—¿Me das las gracias, tú que has expuesto la vida por salvar la mía?

—Habría luchado con diez gatos de algalia por conservar salva a *Flor de las Perlas*.

—Una pobre joven...

—La hermana de Hang-Tu, y...

—Acaba, Hong; algo ibas a decir todavía.

—¡Marchemos! —repuso bruscamente—. Ahora tenemos que salvar a Tseng-Kai.

Recogió el cañón del fusil y se puso rápidamente en marcha, como para substraerse a las preguntas de la joven. Debían de hallarse próximos a la boca del riachuelo, porque la corriente se hacía más rápida y por entre la selva oíase un murmullo que parecía producido por una gran masa de agua. En efecto, diez minutos después hallábanse a orillas tal Talaján. Hong miró, y escuchó un momento gran atención.

¡Nada! —dijo—. Hemos llegado antes que los y, si no me engaño, antes de un cuarto de hora estaremos a bordo de la *tow-meng*

—Es necesario atravesar el riachuelo.

—Cierto; pero yo te pasaré sin que te mojes.

La levantó como una pluma, recomendándole asirse a su cuello, y entró resueltamente en el agua, sin ocurrírsele que en aquel río pudiera haber cocodrilos. El fondo estaba a metro y medio, pero la corriente era impetuosísima y hacía muy difícil el pasaje; sin embargo, el chino, robusto y fuerte como un toro, resistía bien, no avanzando un paso sin haber sentado el pie sólidamente. De vez en cuando, bien por miedo de que se soltara o por instinto, estrechaba fuertemente contra su pecho a la joven, y ésta sentía que aquel brazo poderoso que derribara al terrible felino temblaba a su contacto.

—¿Te has estancado, Hong? —le preguntó.

—¡No, no es nada! —repuso él con ahogado acento.

Con un postrer esfuerzo ganó la orilla, y pareció titubear antes de depositar en el suelo a Than-Kiu.

—¿Has oído algo? —le dijo ésta.

—No, Than-Kiu; es que... pesas tan poco, que podría llevarte sin cansarme hasta el junco.

Ella sonrió sin responder, poniéndose en marcha tras su compañero, que se abría fatigosamente paso por entre aquella red de ébanos verdes, cocos, tamarindos, maderas de hierro —así llamadas porque sus fibras desafían el corte de los aceros mejor templados— y demás árboles de aquellas riquísimas selvas.

Tras de bordear un buen rato el río, paróse el chino y señaló a la joven una masa negra que surgía de las aguas.

—¿Es la tow-meng?

—Sí; es el junco de Tseng-Kai.

—¡Budda le ha protegido! —murmuró la muchacha.

Y luego, volviéndose a Hong, estrechóle afectuosamente la mano y le dijo con voz dulce:

—Gracias otra vez, amigo mío. Than-Kiu no olvidará jamás esta noche.

Tras breve pausa, en que le miró a los ojos con fijeza, añadió dándole un golpecito amistoso en el hombro:

—¡Eres de los leales, Hong!

—¿Qué quieres decirme con eso, Than-Kiu?...

—Ya me has comprendido bien... ¡tú que me amas!

—Pero ¿sin esperanza, verdad? —exclamó él con tristeza—. Sin esperanza, porque Romero te ha despedazado el corazón, Than-Kiu.

La joven le tapó la boca con la manita para impedirle continuar, y reemprendió la marcha diciendo dulcemente:

—Sigamos, mi fiel amigo; tendremos apenas tiempo de prepararnos a la defensa.

CAPÍTULO XII. EL ASALTO AL JUNCO

La *tow-meng* hallábase anclada en el mismo punto en que la habían dejado, en medio del río, con las velas casi abatidas, por no considerar prudente el receloso Tseng-Kai hacerlas arriar, para estar en disposición de huir al menor indicio de una agresión. Aunque a doscientos pasos de distancia, Hong y su compañera pudieron distinguir varios hombres en el castillo de proa, que sin duda esperaban el regreso de la chalupa.

El chino iba a gritar para que enviasen la canoa a recogerlos, cuando creyó oír por la parte de la selva a no mucha distancia de allí, rumor de ramas rotas y roce de hojas. Contuvo el grito que iba a lanzar, arrebató el fusil de manos de la joven, y apuntó hacia los árboles.

—¿Los piratas?

—Me lo temo. Than-Kiu.

—Afortunadamente, estamos cerca del junco.

—Pero si gritamos, antes de que llegue Tseng-Kai nos apresarán los piratas.

—¿Qué hacer?

—Atravesar el río a nado, y llegar a la *tow-meng* sin que lo adviertan los piratas. ¿Tienes miedo del agua?

—No.

—Pues agárrate a mi cuello, y yo me encargo de ponerte en salvo.

—Te serviré de estorbo.

—Estoy acostumbrado a atravesar los grandes ríos de la Manchuria, y éste es, al lado de aquéllos, un arroyo. No temas.

—Contigo no temo nada, Hong.

Rodeó con su brazo derecho el cuello del chino, mientras con el izquierdo sostenía en alto el fusil, para que no se mojase, y se dejó llevar. Cuando iban a entrar en la corriente, preguntó a su amigo:

—¿No habrá cocodrilos?

—Es probable —repuso él.

—¿Y si te cortan las piernas?

—No te soltaría aunque me las cortasen... Después de todo... ¿qué te importaría?... ¡No soy Romero!

—¡Hong! —exclamó la joven con acento de dulce reproche—. No quiero que te suceda nada malo.

Volvió él la cabeza para mirarla, rozando con el suyo el rostro de la doncella, como asombrado de sus palabras, y dijo:

—Gracias, *Flor de las Perlas*; ahora puedo desafiar a todos los cocodrilos del Talaján.

Y se puso a nadar vigorosamente, cortando el agua para acercarse al junco y tratando de sostenerse lo más a flote posible, para no mojar el fusil de Than-Kiu. La corriente en el medio era rápida y formaba remolinos peligrosos, necesitando de todo su vigor para no dejarse arrastrar ni revolver. Ya estaban a treinta pasos de la orilla, cuando se oyó un silbido y vio la joven algo delgado y rígido sumergirse a poca distancia de ellos.

—¿Qué ha sido eso?

—Me ha parecido una flecha, Hong.

—Lanzada de seguro con cerbatana. Estemos en guardia, porque estos indígenas, como los de Borneo, suelen envenenarlas con jugo vegetal.

Nadó con brío para ponerse fuera del alcance de aquellos mortíferos proyectiles, y cuando estuvo en medio del río, gritó:

—¡Ohe!... ¡Tseng-Kai!...

Los hombres del castillo de proa, que examinaban ambas orillas, dirigieron entonces sus miradas hacia el río.

—¡Por cien mil pagodas!... ¡Qué me devore un cocodrilo si no oí pronunciar mi nombre!

—Silencio, y echa una escala o una cuerda Tseng-Kai.

El viejo chino hizo lo que le indicaban, y ambos fugitivos, chorrreando agua, subieron.

—¡Vosotros... solos... y de este modo!... ¡Gran Budda!... ¿Qué ha sucedido?...

—Ve a secarte y a cambiar de ropa, Than-Kiu Ahora, amigo mío, si quieres salvar tu barco, no hay que perder un instante.

—¿Qué dices?

—Digo que hemos sido vendidos por ese canalla de pescador, y que en breve seremos asaltados.

Y rápidamente contó cuanto les había acaeció desde que salieron del junco.

—¡Ah!... ¡Salteador malayo! —gritó con ira patrón—. Quiere

apoderarse de mi barco... Ya verá qué recibimiento preparamos a sus piratas. Les romperemos los pies hasta que aúllen como condenados... Vete a mudar de vestido, Hong, y cuando vuelvas verás que todo está preparado para hacer honores a esas lijas de agua dulce.

Dicho esto, llamó a cubierta a toda la tripulación, compuesta de quince robustos jóvenes que habían luchado contra los terribles piratas del Tonkín; mandó calzar el ancla con la zapata y ordenó que subieran a cuatro de los más fuertes una pesada caja que tenía en su camarote. Abierta por Tseng-Kai, rodaron por cubierta miles de pelotillas de metal, gruesas como nueces y erizadas de agudas puntas, que cubrían casi por completo desde la popa a la proa. Eran más de tres millares, inofensivas o poco menos para los marineros, calzados con zapatones de recia suela, pero terribles para los que van descalzos, y muy usadas por los barcos que ejercen la trata de *culies*, o sea de emigrantes chinos destinados a las minas de salitre y guano de Chile y del Perú, cuando se rebelan los pobres diablos, hartos de ser maltratados, como se maltrataba a los africanos esclavos en los barcos negreros. Sembrada la cubierta de esas pelotillas, los *culies*, desnudos de pies, tienen que detenerse y retirarse al entrepuente, si no quieren hacerse exterminar por la tripulación, refugiada en el castillo de proa, y que no tendría escrúpulo en hacer uso contra ellos de las armas de fuego.

Tseng-Kai, que había ejercido la trata indicada, conservaba una caja de aquellas pelotillas, y para herir los pies de los piratas las había echado por la cubierta. Después mandó colocar el cañón sobre el gatillo de popa, que era el más alto, y lo cargó de metralla, poniendo en el de proa una espingarda que tenía en la estiva; repartió sus hombres a ambos extremos de la nave, dotándolos de igual número de granadas, balas y fusiles de los que, con el consentimiento de Hong, substrajera de las cajas destinadas a los insurrectos.

Cuando Than-Kiu, que había recobrado sus vestidos

femeninos, y Hong reaparecieron sobre cuarta, el junco estaba en condiciones de sostener la lucha.

—Veo que no has perdido el tiempo; no creía que dispusieras de tantos medios de defensa.

—Siempre tuve empeño en conservar mi barco y procuré tenerlo bien pertrechado. Si esas lijas de agua dulce quieren probarlo, se convencerán a su costa. Destrozaremos sus pies y escaldaremos sus cuerpos con un huracán de metralla. Cierto que somos pocos; pero tú y la hermana del héroe amarillo valéis por cuatro cada uno.

—Haremos lo que se pueda; ¿verdad, Than-Kiu?

—Sí —repuso ella sonriendo—. Aún sé manejar bien un fusil.

—Os confío a los dos la defensa del castillo de proa con la mitad de mis hombres; yo, desde popa, cañonearé a los paraos que vengan por el mar.

Luego ordenó en voz alta:

—¡Izad velas y levad el ancla!...

Los marineros iban a obedecer, cuando aparecieron dos grandes sombras en la boca del río; una tomó la derecha y otra la izquierda parándose en medio como para impedir la salida al mar de la *tow-meng*.

—¡Por Fo y Confucio!... ¡Ya están aquí! —exclamó el jefe del Lirio de Agua.

—Nos espiaban —observó Than-Kiu.

—Nos abriremos paso a cañonazos, pasando sobre sus cascos si es preciso —dijo Tseng-Kai.

—¡Guarda al río! —gritó un marinero de los del castillo de proa.

El viejo y sus dos amigos volvieron la cabeza precipitadamente y no pudieron contener un grito de furor; diez grandes chalupas, hechas de troncos ahuecados de gigantescos tele, árbol cuyas fibras desafían las balas de cañón, bajaban rápidas por el río en línea de batalla. Eran embarcaciones pesadas, de quince y hasta diez y seis metros, tripuladas por veinticuatro remeros y un timonel, que eran otros tantos combatientes, todos armados de bolos y *kampilang* (espadales con punta en forma de górgola), y bastantes con fusiles.

Eran, pues, doscientos cincuenta hombres, de fijo valientes, los que se aprestaban al asalto del pobre junco, que sólo contaba con diez y ocho defensores, y además los dos *paraos* que habían aparecido en la boca del río para cerrarle el paso al mar. Probablemente estos barcos irían armados de morteretes con balas de dos a cuatro libras, de los que suelen llevar los veleros mindaneses. No obstante la gran desproporción de fuerzas, ni Than-Kiu, Hong, ni Tseng-Kai, llegaron a asustarse.

—Danos tus últimas instrucciones —dijo la joven al patrón.

—Mantened a raya las lanchas; luego saldremos al mar, pasando sobre los *paraos*. ¡Fuego sobre las barcas, mientras yo cañoneo a los veleros!

—Está bien.

—Una palabra: si se empeñaran en subir a bordo, dejadlos llegar a la cubierta, donde les he preparado una diversión con la cual no cuentan; pero evitad que se apoderen del castillo de proa, o somos perdidos.

—No temas; los fusiles y la espingarda bastarán para contenerlos —dijo Hong.

Estrecháronse las manos y se fueron a sus puestos; los unos a proa con los siete hombres, el otro a popa con los ocho restantes.

—No te expongamos demasiado, Than-Kiu; sé que eres valiente, pero tu vida me es muy cara.

—Descuida; trataré de conservarla, pues aún no he cumplido mi misión.

—¿La quieres conservar para Romero?

—No; para pagar mi deuda.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias! Ahora puedo afrontar la muerte tranquilo... Aquí están... ¡Hola!... ¡Preparen... apunten!... Hay que darles la bienvenida antes de que se acerquen al junco.

Las diez canoas avanzaban con rapidez, sabiendo los piratas que, cuanto mayor fuera su velocidad, menos bajas experimentarían, ya que no se hablaban en disposición de contestar al fuego de la tow-meng, pues sus fusiles eran pocos y antiguos.

La fuerza de los piratas está siempre basada en las armas blancas, los poderosos y afiladísimos *kampilang*, bolos, *parang* y *kriss*, y en los *lambing*, especie de jabalina corta y con la punta muy aguda, que lanzan con mucha habilidad. Si logran llegar al puente, la nave está perdida, porque aquellos intrépidos insulares luchan como tigres y atacan con furor y arrojo hasta a enemigos cuatro o cinco veces más numerosos que ellos..

Los marineros chinos, a las órdenes de Hong y Than-Kiu, dispusieron a obedecer, y comenzaron en seguida un fuego terrible contra la primera chalupa, en tanto que el jefe del Lirio de Agua hacía funcionar la espingarda, que habían cargado con pedazos de hierro, y sobre todo con clavos.

Un aullido terrible contestó a la primera descarga; varios remeros cayeron víctimas de aquel vendaval de hierro y plomo, mientras otros, más o menos gravemente heridos, batíanse en el fondo de las embarcaciones lanzando gritos de

dolor.

—¡Bravo! —les gritó Tseng-Kai, desde popa—. ¡Fuego, amigo, sobre esos perros!... ¡Ahora yo!

En tanto que Hong y Than-Kiu recargaban la espingarda, y sus compañeros continuaban haciendo fuego de fusilería, imitándoles los camaradas de popa, el viejo chino hacía tronar el cañón, tratando de desarbolar los paraos que se apresuraban pretendiendo coger en medio al pobre junco. La lucha se había empeñado por ambos bandos con igual furor.

Los piratas de las chalupas no respondían aún, procurando por el momento llegar bajo la tow-meng para saltar a bordo; pero los dos veleros habíanle enviado con espingardas balas de dos libras, que, ya por la mala calidad de la pólvora ya por el poco picanee de las piezas, no conseguían sino escaso resultado. En cambio, el fuego de los asaltados, con sus armas modernas, hacía gran estrago sobre los asaltantes. Las balas de los fusiles sobre todo, dotadas de gran poder penetrante, llegaban hasta los últimos barcos y mataban a veces dos hombres de un golpe.

Hong y Than-Kiu, impávidos y tranquilos, mandaban las descargas y disparaban certeros cañonazos con la espingarda, diezmado a sus enemigos. Ya tres lanchas, privadas de su tripulación, muerta o herida en su totalidad, andaban a la deriva con su carga de muertos y moribundos, cuando las demás llegaron bajo la proa del junco en su rápida carrera.

—¡Todos atrás! —ordenó la joven—. ¡Dejémosles subir y fusilémoslos a quemarropa!

Hong, después de haber cargado la espingarda con metralla, para poder barrer el puente, armóse de un fusil y una segur y se colocó parapetado tras la baranda, dispuesto a rechazar a los primeros asaltantes.

Entre tanto, Tseng-Kai, que debía de ser hábil artillero, había

desarbolado el *parao* más próximo, haciéndolo encallar en un banco de arena, y desmontado la espingarda del segundo, poniéndole casi fuera de combate. Desembarazado por el momento de sus dos adversarios, revolvióse contra los piratas de las chalupas, mucho más peligrosos que los de los *paraos*, por hallarse bajo la proa a cubierto de los cañonazos.

—¡Hong! —rugió el viejo, que había empuñado una especie de cimitarra de hoja ancha y pesada, y un revólver de grueso calibre—. ¡No dejéis entrar a nadie en el castillo o seréis acuchillados todos!

—No temas... Aquí no pondrá nadie el pie.

Los piratas saltaban de las chalupas aullando inspirar mayor terror, tratando de subir por todas partes. Los primeros que lo lograron cayeron con la cabeza rota por la primera descarga, desbandando a los que les seguían. Sin embargo, no se amedraron por aquel primer fracaso. Otros cubrían las bajas, animándose entre sí, y procurando con espantosos gritos aterrar a sus contrarios, mientras los que tenían los fusiles los descargaban con gran atruendo inofensivo.

A proa y a popa, los disparos se sucedían con prodigiosa rapidez, dando excelentes resultados las armas de retrocarga sobre aquellas masas de salvajes que intentaban escalar la cubierta. Los piratas caían a docenas, pero otros los reemplazaban, y veinte consiguieron penetrar por entre el trinquete y el palo mayor. Sus gritos de triunfo trocáronse al instante en aullidos de rabia, que revelaban atroz dolor: se habían clavado en los pies las pelotillas esparcidas por Tseng-Kai, mortificándoles atrozmente.

Trataron de retroceder gimiendo, pero las bolas rodaban, y concluían los desgraciados por caer a la larga sobre cubierta, desgarrándose las carnes, mientras, a balazos y a quemarropa, los remataban los chinos. En tanto, Than-Kiu bajaba con rapidez la espingarda para no herir a sus compañeros de popa, y desalojaba la baranda de babor con la

metralla.

El asalto al centro del junco, que creían irresistible, fue abandonado. Los piratas, más cautos ya y muy asustados a la vista de aquellas terribles pelotillas que rodaban sobre cubierta, concentraron sus esfuerzos en torno de los castillos de popa y proa. Se encaramaban como simios, trepaban a la obra muerta y dirigían fendientes formidables para alejar a los defensores; los primeros caían, pero otros ocupaban los puestos desocupados, y llegaban hasta las bandas con el *kriss* entre los dientes y los bolos o el *kampilang* empuñados.

Los chinos luchaban con el furor que infunde la desesperación; tumbaban a los más lejanos con sus fusiles, y abatían a los más próximos con los revólveres y las hachas; pero comenzaban a cansarse, y los cañones de sus fusiles ardían, quemándoles los dedos. Tseng-Kai, Hong y Than-Kiu los animaban con frases alentadoras y con su ejemplo, multiplicándose para acudir a los sitios de mayor peligro, y haciendo prodigios de valor. La valerosa joven volvía a ser la hermosa admirada por todos en Salitrán, en San Nicolás y en Malabón; su fusil tronaba de continuo, derribando un adversario a cada disparo, y descargando a intervalos su revólver.

Hubo un momento en que cinco o seis piratas, trepando por las cuerdas del ancla, saltaron a proa por detrás de Hong y sus hombres. La intrépida mujer vio el peligro y se lanzó valerosamente a cerrarles el paso, echando a dos por tierra de dos disparos de su revólver; el tercero, un mocetón vigoroso, acaso obedeciendo una orden, la estrechó fuertemente entre sus brazos y trató de llevársela fuera del junco. Sonó un tiro; el pirata perdió el equilibrio y cayó al río, arrastrando en su caída a la joven. Parecióle a Than-Kiu haber oído un rugido y haber visto a Hong dar poderoso salto y caer tras ella al agua; pero se sintió ahogar... y perdió el

sentido...

CAPÍTULO XIII. EL JEFE DE LOS PIRATAS DEL BUTUÁN

Cuando la china volvió en sí, hallóse, con gran sorpresa, en una especie de camarote de dos metros cuadrados, con paredes cubiertas de esterillas pintadas de vivos colores. Estaba tendida en un gran sofá de seda carmesí, en el centro del camarote, y tenía aún los vestidos empapados de agua, pero no oía ni las descargas de fusilería ni los aullidos de los piratas. Sólo llegaba a sus oídos el ruido de un remar acompasado y rápido que debía hacer volar sobre el río al barco en que iba.

Estupefacta en extremo, sentóse en el lecho y observó que la embarcación se balanceaba mucho, como si remontase rápida corriente o navegase en el mar.

—¿Dónde estoy? —exclamó—. ¿Qué ha sucedido?...

Una risita sardónica que oyó en el ángulo más oscuro del camarote le advirtió de que alguien la vigilaba. Volvióse, y un grito de estupor se escapó de sus labios. Un malayo, con los brazos cruzados y los ojos puestos en ella, estaba allí; a la primera mirada lo reconoció.

—¡Tú! —exclamó—. ¡El pescador!...

Era él, en efecto; pero no medio desnudo, como cuando lo vieron antes; vestía una hermosa camisa de seda blanca con dibujos azules, y calzones también de seda, ceñidos a los muslos; una faja roja sostenía dos *kriss*, signo de alto mando, pues sólo los jefes superiores o los notables malayos pueden usar dos puñales, y llevaba a la cabeza un pañuelo escarlata con flores amarillas. Se acercó a la joven, que creía soñar, y

Le dijo sonriendo:

—¿Quieres saber dónde estás, hermosa muchacha?... A bordo de uno de mis paraos. Subimos el río para llegar cuanto antes al Bacat, y de él al Butuán.

—¿Y soy tu prisionera? —preguntó la joven palideciendo.

—He tenido esa dicha —repuso él, siempre sonriente.

—¡Miserable! ¿No era bastante habernos vendido?...

—Sin eso, no estarías tú aquí.

—¡Ah!... ¿Y por apoderarte de mí has asaltado el junco?

—No precisamente por eso; creí poder apoderarme de él, y hubiera hecho mal en dejarle tranquilo, porque entonces no te hubiera recobrado.

—¿Qué ha sido del junco?

A esta pregunta dibujóse en la frente del malayo profunda arruga, y dijo con sorda cólera:

—Eran demonios y no hombres los que lo defendían, y por eso se me escapó de entre las manos cuando menos lo creí. Los condenados forzaron la boca del río, pasando por ojo a uno de mis paraos, y salieron al mar. ¡Ojalá sean todos comidos de perros marinos!...

—¿Y...?

—¿Qué otra cosa deseas?

—Saber lo que ha sucedido al hombre que me siguió al agua —dijo Than-Kiu ruborizándose.

—¿Aquel hermoso chino que se batió como un demonio en el castillo de proa... a quien tú llamabas Hong, si no me es infiel la memoria?

—Sí —murmuró la joven con ansiedad.

—Está aquí.

—¡Aquí... él!...

—Lo pescaron al mismo tiempo que a ti; pero, antes de dejarse prender, estranguló a dos de mis hombres. Fue una verdadera suerte para él que yo le viese, pues iban ya a romperle el cráneo con bolos. Es fuerte como cinco hombres, y valiente como una pantera negra.

—Sí; fuerte y valiente como...

Se interrogó ahogando un suspiro, y, dirigiendo amenazadora mirada al malayo, le preguntó:

—¿Qué has hecho de él?

—Está preso a bordo de este parao, en compañía de los otros dos.

—¿De qué otros?

—De los dos que bebieron mi excelente broto.

—¿Sheu-Kin y Pram-Li?

—Sí; así creo que se llaman.

—¿Cómo?... ¿Los hallaste?...

—En el islote en que los escondisteis —repitió el pirata riendo—. Dormían tan apaciblemente que no se han despertado hasta hace poco, y aun habido necesidad de darles un buen baño para decidirles a que abrieran los ojos. Mira, muchacha para hacer esas jugarretas a un hombre como yo hace falta asegurarse primero de que uno no es espiado, y vosotros ibais seguidos por uno de los míos.

—¿Y no se les ha hecho mal alguno?

—¿A cuento de qué?

—¿Ni siquiera a Hong?

—Si no les hicimos nada a los otros, ¿por qué íbamos a hacérselo a un valiente? Estimo a los valientes, y ese chino es el hombre más intrépido que he visto en mi vida.

Than-Kiu afirmó con la cabeza, y por algunos instantes permaneció pensativa; luego, mirando escrutadoramente al malayo, le preguntó:

—¿Y qué piensas hacer de mí... ahora que me tienes en tus manos?

—Lo que se hace de una mujer que nos gusta.

—¿O sea...? —exclamó la joven poniéndose en pie y estremeciéndose.

—Haré de ti la esposa del jefe de los piratas sultán de Bacat.

—¡Ah!... ¿Y te figuras que yo puedo aceptar?

—Sí, porque haré de ti la verdadera reina del sultanado. Soy poderoso como mi señor, y acaso más: él extiende sus dominios desde las orillas del Butuán y del Bacat hasta las altas montañas del Dicalungan; pero yo mando en jefe todos sus *paraos* y chalupas con dos mil hombres arrojados de tripulación. Además soy riquísimo, y mi nombre hace temblar hasta al mismo sultán de Selangan, pues, como has visto, correteo por sus ríos sin que se atreva a impedirme el paso. ¿Qué mujer rehusaría ser la esposa del jefe Pandaras?... Todas las del sultanado de Bacat se enorgullecerían de aceptar mi mano, incluso las mismas hijas de mi señor.

—Más te valiera haber elegido entre las hijas del sultán; yo no soy sino una pobre mujer.

—Eres una valiente, y la más hermosa que he visto; esto basta para el jefe de los piratas. ¿Quieres ser mi mujer?... Te juro que no tendrás que quejarte de mí, y quizá un día pueda darte también súbditos.

—¿Y si rehusase?

—No respondería de tu vida ni de la de tus compañeros.

—Muy bien; pero hasta ahora no me has dado prueba alguna de tu amor, para que yo lo crea —repuso la joven con sutil ironía.

—Estoy pronto a darte cuantas quieras.

Un relámpago brilló en los ojos de *Flor de las Perlas* de aquel bárbaro, y trató de sacar pronto provecho de su amor.

—Si es cierto que me amas, me dirás qué ha sido de los hombres que iban en la cañonera.

—¿Todavía la cañonera? —exclamó el pirata, cuya frente se cubrió de arrugas.

—Te dije que entre aquellos hombres iba un hermano mío.

—¡Ah!... Sí, creo recordar...

—¿Los hiciste prisioneros, Pandaras?

El malayo parecía vacilar. Than-Kiu se le acercó y le dijo:

—¿Es así como quieres darme una prueba de tu amor?

—Tienes razón —repuso el malayo, herido en lo vivo por el acento sarcástico de la joven—. Sí, fueron mis piratas los que asaltaron la cañonera; los jefes dormían en sus camarotes, y fueron hechos.

—¿Y qué hiciste de ellos?

—Los que se defendieron, murieron; pero los demás dormían, como te dije, y los apresamos.

—¿Cuántos eran?

—Una docena.

—¿Había una mujer entre ellos? —preguntó la niña con ansiedad.

—Sí, una muchacha blanca.

—¡Ah!... ¡Vive!... ¡No la ha abandonado su buena estrella!...

—¿Es así como quieres darme una prueba de tu amor?

Calló un instante e interrogó de nuevo:

—Había también un hombre de tez bronceada y pelo negro, un hombre fuerte y valeroso como Hong... ¿Lo has visto?...

—Sí, recuerdo. Estaba siempre al lado de la doncella blanca.

Than-Kiu hizo un gesto tan brusco, que el malayo la miró estupefacto, conociendo que una tempestad se desencadenaba en su corazón. Instintivamente se acercó a ella, viendo sus facciones desencajadas y anublada su frente.

—¿Qué tienes?... ¡Pareces muy agitada!...

—Nada —replicó ella bruscamente—. Pensaba en mi hermano.
—Y mirando ardientemente al malayo, agregó—: Se amaban aquel hombre y aquella mujer, ¿verdad?

—Me pareció que sí; él hizo toda clase de esfuerzos para protegerla; hablaban mucho en voz baja, y se miraban tiernamente... Después supe que eran novios... pero...

—¡Sigue, sigue! —exclamó la joven palideciendo más y más.

—No habrá sido, seguramente, el sultán quien les haya dado

permiso para casarse... Una esclava tan hermosa no se cede así como así a otro esclavo.

—¿Qué crees que habrá hecho de ella el sultán?

—Lo ignoro; cuando lleguemos al lago lo sabremos.

—¿Estarán ya en Butuán?

—Así lo espero, si esos condenados salvajes no asaltaron mis lanchas. Acechan siempre el paso de mis hombres, y, en cuanto hallan ocasión, los asesinan. Nos han jurado odio mortal. Verdad es que algunos de nuestras tribus, más salvajes aún, los asaltan de vez en cuando para hacer colección de cabezas.

—¿Y habrán matado a los prisioneros?

—Confío en que mis chalupas habrán podido escapar de los igorotes. De todos modos, no habrán hecho nada a los hombres de la cañonera, porque los blancos son temidos y respetados. Pero ¡lo que es a mis hombres!... ¿Exiges alguna otra prueba de mi amor?

—Otra.

—Habla.

—Concede la libertad a mis compañeros.

El pirata, al oírlo, hizo una mueca, y dijo:

—Lo haré en cuanto lleguemos a Butuán. No me fío de ese Hong; es demasiado fuerte y audaz, y podría jugarme alguna mala treta.

—Concédeme, a lo menos, el permiso de verlos.

—No te lo impido... podrás hablar con ellos cuanto quieras. ¿Te basta?

—Sí.

—¿Y serás mi esposa?

—Sí... y te demostraré que puedo combatir a tu lado... pero no seré tuya hasta que lleguemos a Butuán.

—Aguardaré —dijo el pirata radiante—, y serás la mujer más envidiada del sultanado.

—Ahora, mantén tus promesas.

—Manda: eres mi sultana.

—Llévame a donde están los prisioneros; quiero verlos.

—Sígueme.

Y viendo que sus vestidos estaban aún empapados, dijo:

—Estás bañada de agua y no puedo darte nada, porque en mis paraos no entró nunca una mujer de tu país; pero cuando lleguemos a Butuán te daré el arca de la doncella de piel blanca, que está llena de vestidos.

—No te inquietes por ello; hace mucho calor, y un poco de sol bastará para secarlo del todo.

Salieron del camarote y subieron al puente. El velero que los conducía por el Talaján era uno de los dos que pretendieron impedir la salida al mar de la tow-meng; era alto, de doce metros de eslora, con alta proa que terminaba en una horrible cabeza de cocodrilo, tallada groseramente, pintada de verde y con los ojos de escarlata. Tenía roto uno de sus palos, cortado por el cañón de Tseng-Kai, y el otro había tenido que ser reforzado con sólidos bambúes.

Diez hombres a babor, y otros tantos a estribor, pertrechados de largos remos, hacían volar la nave, mientras otros seis, armados de fusiles, vigilaban atentamente desde popa ambas orillas; los esforzados remeros parecían todos

mindaneses, por su piel roja oscura y los bolos que llevaban al cinto; en cambio, los que vigilaban y que tenían trazas de formar parte de algún destacamento de honor, eran malayos.

Pandaras hizo atravesar a Than-Kiu la cubierta, y la guió a proa indicándole una estrecha carlinga que daba indudablemente a algún escondrijo.

—Ahí están... ¿Oyes?

—Sí; oigo la voz de Hong. Estará muy furioso por hallarse preso.

—Lo creo. Háblales, mientras doy algunas órdenes. Hasta luego.

—Gracias, jefe.

Bajó prontamente una escalerilla y se halló en un camarote aún más pequeño que el suyo, y tan tajo de techo que no se podía estar de pie; a la escasa luz que penetraba por la carlinga vio a sus tres amigos, acostados uno junto a otro y con las piernas fuertemente atadas con cuerdas hechas de rotang. Al verla, Hong y sus compañeros dieron gritos de estupor.

—¡Than-Kiu!

—Yo soy, amigos.

—¡Por Fo y Confucio!... ¿No soñamos?...

—No soñáis, Hong.

—Te veo sin ligaduras...

—Y casi dueña del buque.

—¿Te chanceas?... ¿Por qué milagro?...

—No hay milagro... Simplemente me he convertido en la

prometida esposa del jefe.

—¡Muerte de Fo y Confucio!... —rugió Hong, tratando con rabioso esfuerzo de romper sus ligaduras y de levantarse—. ¡Tú... novia de ese perro!... ¡Ah!... Pero no; ¡no es posible que la gentil Flor de las Perlas disipe tan pronto las esperanzas del pobre Hong!

La joven le dejó desahogarse con toda calma, y luego, acercándose más, le dijo sonriente:

—¡Y has podido creerlo!... *Flor de las Perlas* no es falsa y tornadiza, y no olvida a los amigos que han expuesto, más de una vez en veinticuatro horas, la vida por salvarla. No, bravo amigo mío, no; mi corazón no pertenece al jefe de los piratas; soy su prometida, pero... ¿por cuántos días? Tengo que pensar en salvaros... a ti y a mis dos fieles compañeros.

—¡Ah, gracias, Than-Kiu! —exclamó radiante de entusiasmo y amor el chino—. ¿Esperas, pues, poder libertarnos?

—Sí, Hong; y acaso muy en breve.

—¿Y quizá también... tu corazón...? ¡Oh, dímelo, Than-Kiu!...

—Espera —repuso la joven lanzando un suspiro. Y, moviendo con gracia la cabeza, añadió tristemente—: Él está perdido para mí... por siempre. ¡Ellos se aman! ¡Ah! ¡La doncella blanca debía ser fatal a la pobre *Flor de las Perlas*... todavía... y siempre!

CAPÍTULO XIV. LA ASTUCIA DE THAN-KIU

El parao continuaba remontando las aguas del gran río. Había pasado sin detenerse ante Tavrán, pequeña aldea a orillas del Talaján en la confluencia del Sur, y proseguía su rápida carrera para llegar al Bacat y de allí salir al vasto lago de Butuán. Las regiones por donde atravesaban eran salvajes; la parte occidental de Mindanao no tiene pequeños poblados sino en las costas, y lo más hasta la boca de los grandes ríos; pero, a veinte o treinta millas del mar, la naturaleza selvática domina y sólo se hallan selvas inmensas, casi vírgenes, pobladas sólo por monos, panteras negras, cienes, gatos de algalia y osos malayos.

De trecho en trecho, a grandes distancias, pero próximos a los montes, hay indígenas que viven como fieras y que no quieren trato alguno con los habitantes de la costa, que son de origen tulisán-malayo. Pandaras se apresuraba a atravesar aquella región, sabiendo que tenía mucho que temer de los habitantes de los bosques. No concedía reposo alguno a sus hombres durante la jornada, y trataba de que no descansaran un instante los remos; aquellos remeros parecían de hierro, y su duro y fatigoso ejercicio un simple juego. Por la noche anclaba el parao en medio del río, y hacía velar por turno a varios piratas armados de fusiles.

De fijo tenía prisa por llegar al lago para poseer a su graciosa novia, de la que ya estaba locamente enamorado. No se separaba de ella un solo instante, guardándola delicadas atenciones, que parecían incompatibles con un hombre como él, medio salvaje y acostumbrado a la guerra y a la rapiña; le prometía cien veces al día convertirla en la verdadera sultana del Bacat, y, cosa más extraña aún, la respetaba, portándose como el galán más civilizado y rendido.

Than-Kiu, que representaba a las mil maravillas su papel de novia, no se descuidó en aprovecharse de la pasión ardiente del jefe de los piratas. A los dos días consiguió que soltaran las ligaduras a sus compañeros y que les dieran tabaco para fumar; lo que no logró fue que los dejaran salir libres a cubierta.

Un resto de desconfianza le había impedido complacerla. Probablemente creía que el verdadero peligro no podía proceder de Than-Kiu, sino de Hong, cuya audacia y vigor extraordinarios conocía. Sin embargo, había prometido darles mayor libertad en cuanto llegaran al lago, y asegurado que no los regalaría al sultán ni los vendería como esclavos.

La joven se guardó mucho de insistir, para no despertar sospechas que podrían redundar en contra y comprometer la libertad de los cuatro. Sin embargo, día y noche meditaba, discurriendo el medio de librarse de su futuro y huir con sus compañeros, pues no tenía el menor deseo de ser la sultana de los piratas.

También Hong, Sheu-Kin y Pram-Li, que fiaban poco en las promesas de Pandaras, y que estaban hartos de prisión, torturaban sus cerebros buscando un plan que los libertase; pero tampoco habían hallado hasta entonces ningún medio práctico para dejar de una vez tan poco agradable compañía.

El ocaso indicó a Than-Kiu el recurso que con tanta ansia buscaba.

El parao se hallaba ya muy cerca del Bacat, gran corriente que surge del lago de Butuán y que tras largo curso va a descargar por dos brazos en el Talaján y en el Río Grande, en las cercanías de Kabato, cuando Than-Kiu, llegándose inopinadamente a la estiva, sorprendió al jefe de los piratas tendido sobre algunas esteras, teniendo entre los labios un tubo que a su mitad sostenía un pequeño recipiente que terminaba en forma de copa.

La joven creyó que aquella pipa era una yeu-tsciang, o sea una pipa de opio, muy semejante a las usadas por sus compatriotas, y asaltó de improviso su cerebro un nuevo proyecto que debía de tener un éxito inesperado hasta para ella misma.

—¡Ah! ¿Fumas opio como mis compatriotas? —dijo a Pandaras, que parecía avergonzado de haber sido sorprendido por su novia.

—Sí; pero sólo de vez en cuando. Sé que es un vicio que embrutece, y que hace desfallecer a los más vigorosos. ¿Te desagrada?

—No: en mi país, casi todos lo fuman; por eso no me ha sorprendido.

—Verdad que los chinos consumen mucho, el opio que fumo fue cogido en un junco que lo transportaba a Cantón.

—¿Tienes gran provisión a bordo?

—Una bala de veinte onzas, pero de primera calidad; legítimo patna.

—Entonces podrás dar un poco a mis amigos, tendrán una dicha en poder fumar opio.

—Si tienes gusto en ello, les daré y pondré a su disposición algunas pipas mías.

—Eres muy amable, Pandaras —dijo ella con admirable sonrisa.

—Nada puedo rehusar a la hermosa que dentro de dos semanas será mi mujer.

—No es cierto, Pandaras; me rehúsas siempre una cosa.

—¿Qué?

—La libertad de mis amigos. ¿Crees que sufren en su estrecha prisión?

—Desconfío de Hong; es demasiado intrépido.

—¿Qué puede intentar contra tus hombres, todos armados y tan numerosos?

—Podría huir y no quiero que se escape.

—Me has prometido su libertad.

—Pero cuando lleguemos a Butuán. Necesito demostrar al sultán que hice algo en el Talaján, y que, si he fracasado en el golpe del junco, no vuelvo sin prisioneros.

—Eres valiente y astuto.

—Soy jefe.

—Y de los más intrépidos del mundo —añadió la china con acento que entusiasmó al pirata.

—Y hermosísima y audaz.

—Hemos nacido uno para otro, ¿verdad?

—Sí, adorable mujer; y te haré la más feliz del sultanado.

—Lo creo, Pandaras; pero nos olvidamos de mis compañeros, para quienes me ofreciste opio.

—Te daré cuanto quieras. Todos tus deseos son órdenes para mí.

Se levantó con trabajo, pues le temblaban las piernas por efecto del opio; condujo a la joven a un rincón de la estiva, y de un escondite sacó una bola gruesa como un queso de Holanda, en parte ahondada en un espacio en el que podrían caber dos nueces, y se lo ofreció diciendo:

—Toma, para tus amigos; es del mejor que produce la India.

Cogió luego dos pipas, que eran todas las que poseía, y se las dio también.

—Gracias —contestó Than-Kiu; y salió a cubierta para reunirse con sus amigos.

Antes de llegar adonde estaban hizo desaparecer en uno de sus bolsillos la mayor parte del opio que llevaba. Tenía su idea.

Aquella misma noche, cuando anclaron el *parao* en medio del río, en vez de bajar de su camarote a cenar con Pandaras, como de costumbre, se sentó a popa, y en actitud de llamar muy pronto la atención de su futuro marido.

—¿Estás mala? —preguntó, acercándose presuroso—. ¡La cena aguarda y tú estás aquí!

—No tengo ganas de comer.

—¿Qué tienes?

—Estoy triste, Pandaras.

—¿Por qué causa?

—Lo ignoro; me acaece alguna vez caer en honda melancolía...

—¿Qué puedo hacer para disipar tu tristeza?

—Haz cantar algo a tus hombres.

—Y si lo deseas, haré también que toquen.

—Mejor que mejor; la música me devuelve pronto la alegría.

—¿Quieres que haga cantar también a tus compañeros?

—No, déjalos en paz; tendrán sueño.

—Es que si tú quieres, con sueño o sin él me obedecerán y cantarán hasta que digas basta.

—No; es suficiente con tus hombres.

Pandaras, para quien un capricho de Than-Kiu era una orden, se apresuró a satisfacer éste. Llamó sobre cubierta a sus hombres, que acababan de devorar su mísera cena, compuesta de pan de sagú y peces aderezados con aceite rancio de nuez de coco, y les ordenó que cantasen sus mejores canciones, prometiéndoles recompensar las que más agradasen con un poco de *bram*. Dio a cuatro de ellos un *gong*, especie de disco metálico replegado hacia atrás por los bordes, un *bavgsi* (flauta de caña de bambú), y dos *gandaug* o tambores que se tocan con las manos.

A una señal del jefe, improvisado director de orquesta por satisfacer el capricho de su futura esposa, músicos y cantantes se pusieron a la obra, armando infernal estrépito que sobresaltó a Hong y sus compañeros, ignorantes del suceso.

Los marineros, animados por la promesa de una distribución de *bram*, aullaban como condenados, más que una banda de monos rojos, mientras los músicos parecía que iban a destrozar el *gong* y a reventar los tambores. Tal era el estruendo, que en la selva escapaban asustadas fieras y aves, y se corría el peligro de atraer hacia el río alguna tribu de igorotes del interior; pero nadie se preocupaba de ello, y hasta el mismo Pandaras, viendo que Than-Kiu sonreía, alentaba a sus hombres para que subieran el tono, con el placer que puede suponerse por parte de Hong y sus compañeros, que no podían conciliar el sueño con semejante algarabía.

Al primer coro sucedió otro más bárbaro y más estrepitoso, y luego un tercero y un cuarto, mostrando los piratas la

solidez de sus pulmones y lo férreo de sus gargantas; pero al quinto, ya algunos cantores aflojaban.

Than-Kiu, que se había puesto de buen humor, creyó llegado el momento de vigorizar a los pobres cantores. Llamó a dos de ellos y les hizo sacar de la estiva un enorme cántaro con la provisión de *bram* del jefe, y, llenando una gran taza, fue a ofrecérsela graciosamente a su futuro esposo, que pareció agradecer muchísimo tanta amabilidad. Luego repartió entre la tripulación tazas del licor, con tal prodigalidad, que podía temerse que iba a acabarse pronto la bebida.

Pandaras, aunque tuviese en mucho su provisión del excelente *bram*, no protestó; estaba muy alegre; bebía como una esponja y aceptaba cuantas tazas le blindaba su hermosa novia. Cantores y músicos, fortificados por la abundante libación, volvieron a armar una gritería infernal, desgañitándose; en tanto que el jefe, en medio de su tripulación, saltaba como un canguro acompañado por sus fieles guardias.

¡Cosa extraña! Aunque habían bebido pocas tazas, parecía haberse enloquecido todos; cada uno cantaba por su lado, sin hacer caso de la música; se interrumpían para reír ruidosamente, y brincaban con alegría. De pronto, Pandaras y sus guardias, que habían bebido más, se tendieron sobre cubierta, como atacados de un sueño fulminante irresistible.

Ninguno hizo caso. Than-Kiu continuó repartiendo sendas tazas de *bram*, y los marineros, ávidos como salvajes, sólo se preocupaban de beber y alborotar; pero el sueño que había hecho caer a Pandaras y sus guardias los iba diezmando; algunos parecían asustarse de ese sueño tan repentino y miraban recelosos y desconfiados a la joven, que continuaba sonriendo y dándoles de beber. Quizá concibieran sospechas, mas les faltó tiempo de cerciorarse, porque, pocos minutos después, todos los hombres del *parao* yacían sobre cubierta, rígidos como catalépticos, y roncando como una orquesta de contrabajos.

En cuanto cayó el último pirata, se alzó Than-Kiu con los ojos brillantes y el rostro resplandeciente; atravesó el puente, después de lanzar una mirada irónica a Pandaras, que dormía entre sus leales con el rostro apoyado en el pecho del flautista, y bajó lentamente al pequeño camarote de proa donde Hong se daba a los diablos, creyendo que la tripulación del velero se había vuelto loca.

—¡Aquí me tenéis, amigos! —les dijo al aparecer.

—¡Por Fo y Confucio!... ¿Qué pasa?... ¿Qué significa esa gritería infernal?

—Los piratas que festejaban nuestra marcha.

—¿Quieres burlarte, Than-Kiu?

—¿Quieres una prueba? Aquí tienes un *kriss* para cortar las cuerdas que te sujetan los pies.

—¿Y los piratas? —exclamaron a la vez los tres hombres.

—Duermen tan profundamente todos, que ni la gran campana de Pekín los despertaría.

—¿Y ese bribón de Pandaras?

—Mas que los otros; creo que no podrá abrir los ojos antes de veinticuatro horas.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—La cosa más sencilla; que han bebido de aquel excelente *bram* que Sheu-Kin y Pram-Li probaron en la cabaña del pescador —dijo la joven riendo.

—Aquél tenía opio —exclamó Sheu-Kin.

—Y también el que han bebido los piratas; tal vez más que el otro. Pandaras os hizo dormir, y yo he hecho dormir a todos

en desquite.

—¡Ah! ¡Bravo!... ¡A ti te deberemos la libertad, y acaso la vida! —dijo Hong, ya desatado.

—Y yo deberé la mía a vosotros. ¡Vámonos, amigos! Los piratas no despertarán hasta mañana por la tarde, lo menos; pero es mejor partir cuanto antes y alejarnos de aquí para no dejarnos prender.

—¿Prender? —exclamó Hong—. Cuando estemos en el bosque, los cocodrilos se habrán tragado hasta los huesos de Pandaras y de sus compañeros ladrones.

—¿Pretendes asesinarlos?

—Los asaremos, prendiendo fuego al *parao*.

—No, Hong: Pandaras no ha sido cruel con nosotros, y menos sus hombres; dejémosles dormir en paz.

—Pero ¿no ves que nos los encontraremos en Butuán, adonde vamos todos?

—Cierto; pero me repugna matar a quien no puede defenderse. ¡Seamos generosos, amigos!

—¿De qué modo?

—Echando a pique el *parao*; así se verán obligados a volver a la boca en busca de canoas, chalupas u otro *parao*, y mientras tanto llegaremos nosotros al lago.

—¡Soberbia idea! —exclamaron Pram-Li y Sheu-Kin.

—Sí; es más humana que la otra —afirmó Than-Kiu.

—Entonces, vamos a ver a esos dormilones —dijo Hong, armado con el *kriss* que le dio la joven, y dirigiéndose a cubierta seguido de sus compañeros.

—¡Por Fo y Confucio! —exclamó—. Se diría que están muertos.

—Era opio de primera calidad.

—Verdadero, legítimo patna. Soy conocedor.

—Será tarea larga desembarcar a toda esta canalla
—observó Pram-Li.

—¡Bab! Duermen tan profundamente que no se despertarían ni en el agua. Ayúdame a acercar el parao a la orilla. Tenemos tiempo.

Levaron el ancla, y a fuerza de remos arribaron y embarrancaron el velero en la arena entre gigantescas raíces. El malayo y el jefe de la sociedad secreta apoderáronse de dos preciosas carabinas indias, de culata adornada con conchas de madreperlas y cañón largo, armas indias de buena construcción, bajaron a explorar los alrededores. Su ausencia fue breve; no vieron ni oyeron nada.

—Ese rabioso concierto habrá espantado hasta a las fieras. Tienen suerte estos granujas. Merecían ser devorados por las panteras. ¡Hala! Descarguemos el barco, y tú, en tanto, hija mía, elige otros dos buenos fusiles y reúne víveres y municiones. Los dos chinos y el malayo se pusieron inmediatamente a la obra; Hong los sacaba de dos en dos y los dejaba caer sobre el césped, sin que los pobres diablos dieran el menor indicio de vida; tan profundo era su sueño. A la media hora, los treinta piratas y su jefe yacían amontonados en confusión, pues los prisioneros no se habían tomado el trabajo de alinearlos.

Cuando terminaron, Hong buscó todas las armas que había a bordo, eligió cuatro de los mejores sables, y arrojó al río bolos, *kampilangs*, *kriss* y los restantes fusiles.

—Así les quitamos toda esperanza de perseguirnos.

—Pero los expones al peligro de morir de hambre —observó la joven—. ¿Cómo podrán cazar y sobrevivir sin armas?

—Que se arreglen como puedan.

—Además —añadió Pram-Li—, no falta fruta.

—Enflaquecerán, pero no morirán.

—¡Ea! ¡Echemos a pique el *parao*! ¿Están en Serra los víveres y las armas?

—Sí —contestó Than-Kiu.

—¡Ayudadme, compañeros! Armóse de una hacha, que se había reservado y se puso a romper el costado del *parao*, ayudado por Sheu-Kin y Pram-Li. El *parao* era muy viejo, y pronto se inclinó a babor bajo el influjo del agua que entraba por los agujeros abiertos; Entonces lo abandonaron, no sin darle Hong una última sacudida que lo impulsó hacia la corriente, que lo arrastró. Viósele por un momento cabecear y luego hundirse.

—¡Buen viaje!

Volvióse hacia sus compañeros, que acababan de repartirse los víveres y las municiones, cuando sonó un disparo aguas abajo y como a distancia de un kilómetro.

—¡Por Fo y Confucio!... ¡Un tiro!... ¿Habéis oído?

—Y muy próximo —aseveró Than-Kiu.

—¿Quién puede haberlo hecho? Que yo sepa, los salvajes de estas regiones no tienen fusiles.

—¡Calla!... Escucha.

Al primer disparo siguieron con cortos intervalos otros cinco o seis, acompañados de gritos furibundos y exclamaciones

espantosas.

—Than-Kiu —exclamó con inquietud Hong—, ¿estás segura de que no seguían al parao las chalupas?

—Pandaras no me dijo nada; pero, ahora que lo veo, es posible que llevara escolta, pues manifestaba vivo temor de ser asaltado por los salvajes del Bucat.

—Así debe de ser; y sus hombres van armados de fusiles.

—¿Qué debemos hacer?

—Intrincarnos cuanto antes en la selva y alejarnos de aquí todo lo posible.

—¿No nos perderemos por el bosque?

—Tengo una brújula que me dio Tseng-Kai hace pocos días, y espero guiarte al Butuán.

—¡Marchemos, pues! Oigo que se alejan los gritos y que los disparos disminuyen.

—Sí, marchemos —dijo Hong, colgándose a la espalda su paquete de víveres y llenándose los bolsillos de municiones—. Aquí no soplan buenos vientos para nosotros.

Cargaron sus carabinas, lanzaron una última ojeada al río para ver si aparecían las chalupas, y se internaron resueltamente en el bosque, volviendo las espaldas al río Bacat.

CAPÍTULO XV. LOS OSOS MALAYOS

Aventurarse otra vez aún en aquellas selvas, y a la hora en que las fieras se ponían a caza, era tentar al destino; pero el temor de volver a caer en manos de Pandaras, que había de enfurecerse por la treta que lo jugó la joven, los forzaba a desafiar todos los demás peligros. Hong, el más intrépido y fuerte, se puso a la cabeza; seguía-le Than-Kiu, y cerraban la marcha el chino y el malayo, encargados de proteger la retirada. La selva estaba obscura como boca de lobo, y no permitía avanzar a los fugitivos con la rapidez que deseaban.

Viejos trancos de circunferencia enorme, caídos por vejez o derribados por los rayos, impedíanles a menudo el paso y les obligaban a dar largos rodeos; a veces había necesidad de abrirse paso con los *kampilangs* cortando las ramas entrelazadas, y muchas, envueltos entre desmesuradas raíces, como en una red, veíanse obligados de una gimnasia rudísima. Hong, furioso por tantos obstáculos, daba desesperados golpes a diestra y siniestra, derribando ramas, lianas y raíces con verdadera rabia; pero, cuando creía haberse abierto paso, veíase obligado a volver a empezar.

Afortunadamente no se hallaban animales, cual si aquella parte del bosque estuviese desierta, lo cual constituía gran suerte para los fugitivos, porque los tiros podían atraer la atención de las chalupas que seguían al velero de Pandaras.

A media noche, Hong concedió un breve reposo, no queriendo fatigar demasiado a Than-Kiu, y a los treinta minutos reemprendieron la marcha, pues le pareció oír gritos a lo lejos, procedentes quizá del río.

—Nos hallamos entre dos peligros —dijo a la joven—.

Tenemos que guardarnos de los hombres de Pandaras y de los salvajes que los atacaron.

—Prefiero caer en manos de los últimos a caer en las de los primeros. Pandaras no me perdonara nunca haberlo engañado así.

—Ese bribón sería capaz de asesinarte.

—Así lo creo, Hong.

—¡Por Fo y Confucio!... ¡Es extraño! Veo brillar dos luces en el aire.

—¿En el aire?... No puede ser, Hong.

—No estoy ciego. Te digo que he visto sobre los árboles dos puntos luminosos.

—Serán luciérnagas.

—Tendrán que ser muy grandes para... ¡Eh!... ¡Mira allí... en lo alto!

Los cuatro miraron poniéndose juntos, y vieron a algunos metros del suelo dos lucecitas ante la frondosa copa de un árbol.

—Pues es verdad; se diría que hay gentes guisando sobre los árboles —dijo la joven.

—¡Ya caigo! —añadió Pram-Li—; son cabañas de salvajes.

—¡Cabañas sobre los árboles!...

—Sí, Hong; sobre los árboles. Así las hacen los igorotes para substraerse a los ataques de sus enemigos —afirmó el malayo.

—¡Singular costumbre!...

—Que les permite librarse de alguna sorpresa.

—¿Será la tribu que atacó las chalupas?

—Probablemente.

—Entonces, lo mejor es evitar su encuentro.

—Así lo creo, puesto que no sabemos con qué gente tratamos. Los igorotes no odian a los chinos, de los cuales no han tenido hasta ahora que defenderse. Pero lo mejor es que nos larguemos. Estamos demasiado próximos al río.

—Sí; no me agrada quedarme a tan corta distancia de Pandaras.

Continuaron la marcha, tratando de hacer el menor ruido para no despertar la atención de algún salvaje que pudiera velar, y a los trescientos pasos Hong, que andaba delante, se detuvo. La selva, que hasta entonces estaba entapizada de musgo y hierba, comenzaba a presentar un suelo terroso, húmedo, que hacía temer la proximidad de algún pantano.

—¡Otro obstáculo!... ¿Cuándo acabaremos?

—¿Qué hay, Hong?

—Pantanos.

—Los costaremos.

—¿Y por dónde? No veo sino tinieblas por todas partes.

—Volvamos a la selva.

—¿Y los salvajes?

—¡Terrible situación! ¿Y qué hacemos? ¿Aguardar el alba?

—¿Y si los piratas de las chalupas nos persiguen?

—Tratemos de buscar un refugio.

—Me alegraría mucho de poderlo hallar; pero no veo gota, Than-Kiu.

—Vamos a explorar los alrededores; permaneced aquí tú y Than-Kiu —dijo Pram-Li—, y Sheu-Kin y yo buscaremos algún paso.

—Es lo mejor que podemos hacer; pero mirad dónde ponéis los pies, porque hay pantanos de éstos donde abundan los cocodrilos.

El malayo y el chino se desembarazaron de provisiones, dejándolas al cuidado de Hong, alejaron, tanteando el terreno con dos ramas que les servían de bastones, y con el temor de sentir que de improviso les faltara bajo sus pies. Los árboles escaseaban cada vez más y en su lugar aparecían cañaverales, indicio seguro de la proximidad del agua.

Entre aquellos grandes vegetales oíanse de vez en cuando vagos rumores que anunciaban la presencia de animales nocturnos. Sheu-Kin y Pram-Li avanzaban con prudencia, creyendo al principio que eran cocodrilos; pero pronto se convencieron de que se trataba de bichos menos temibles; eran bambirales o gatos pescadores que se proveían de su alimento. No son enemigos despreciables, pues tienen un tamaño algo mayor que el de los gatos comunes; son vigorosos, y alguna vez hacen frente a las panteras hembras; pero es raro que ataquen al hombre, a no estar heridos o acorralados.

Otros animales huían por entre las cañas al sentir el ruido, lanzando gruñidos bastante agudos; los gatos oseznos negros, que los malayos llaman untarong, de recio cuerpo y de más de medio metro de largo, cola de igual longitud, cabeza gruesa terminada por un hocico puntiagudo, piernas cortas y fuertes, y pelaje mezclado de rubio y negro. Como sus colegas los pescadores, rondan cerca de los pantanos, pues son grandes comedores de peces; sin embargo, no son

muy hábiles para pescarlos, y suelen ser víctimas de otros nocturnos ladrones.

Al cabo de diez minutos hallaron una lengua de tierra de unos quince metros de anchura, flanqueada por enormes macizos de cañas, y que se prolongaba en medio de una gran extensión de agua. Detúvose el malayo, y dijo:

—¿Adónde llegará esto?

—Debe atravesar el pantano; a menos que no sea pantano y conduzca al río...

—Será un lago.

—¿Y lo atravesará esta lengua de tierra?

—Parece que se prolonga bastante; hay cañas hasta perderse la vista. Lo que hay es que está tan obscuro que no se puede calcular la distancia.

—Estamos perdiendo el tiempo, que es precioso.

—Y hay cocodrilos; los huelo a derecha e izquierda.

Retrocedieron unos trescientos metros y vieron a Hong y Than-Kiu que avanzaban rápidamente, ocultándose entre las cañas.

—¿Somos perseguidos?

—Lo ignoramos; pero en la selva sucede algo.

Hemos oído gritos y un estruendo de todos los demonios.

—Sospecho que nos hallamos en medio de un pantano; hemos encontrado una lengua de tierra que de un momento a otro puede acabarse.

—Por el momento, es nuestra única vía de salvación; ¡vamos allá! Acaso logremos dar con un refugio más seguro que los

de la plena selva.

—Sí, si —ratificó la joven—; volviendo el paso atrás nos exponemos a caer en manos de los salvajes o de los piratas de las chalupas.

—¿Nos persiguen ya los de Pandaras? —preguntó Sheu-Kin.

—Lo sospecho. Si han encontrado a sus compañeros dormidos, sabiendo que íbamos prisioneros, se habrán imaginado lo hecho y nos perseguirán.

—¡Apresurémonos, compañeros, o dejamos aquí la piel!
—observó la joven.

Los dos hombres recobraron sus paquetes de provisiones, que no había abandonado Hong, y todos se pusieron de nuevo en camino rápidamente, decididos a no detenerse mientras no tropezaran con obstáculos. Adquirieron la convicción de que estaban en medio del lago sondando con una larga caña el agua del camino, a cuyo fondo no pudieron tocar. Aquel estanque, muy extenso en apariencia, estaba sembrado de varios islotes de pequeñas dimensiones, cubiertos de cañas y en torno de las cuales pululaban los cocodrilos.

Hong continuaba avanzando rápidamente y seguido de sus compañeros, pero ojo avizor y temiendo a cada instante que le iba a cerrar el paso alguna fiera, y con la carabina preparada para poder hacer fuego pronto. La lengua de tierra dejaba ver cada vez más su declive, y tendía a ponerse al nivel del agua; por grados iba haciéndose más flojo y fangoso el terreno, hundiéndose bajo los pies, lo cual alarmaba al chino.

—¿Adónde irá a parar esta lengua de tierra? —exclamó, tras otros diez o quince minutos de camino—. Debemos haber recorrido ya dos kilómetros lo menos, y no se ve nada sino agua.

—Atravesará la laguna —opinó Than-Kiu.

—Quiero averiguarlo. ¡Eh, Sheu-Kin! Sube sobre mis hombros y mira dónde termina.

El joven entregó al malayo fusil y víveres, y en un instante se encaramó sobre Hong.

—¿No ves nada?

—Sí; veo dónde termina esta lengua de tierra.

—¿No atraviesa la laguna?

—No; termina en un islote lleno de cañas, que me parece más elevado que esta península.

—¿Está lejos?

—A unos quinientos pasos quizá; pero...

—No veo la orilla opuesta de la laguna.

—Estará más baja, y con esta obscuridad...

—A pesar de las tinieblas, veo perfectamente dos animales que avanzan hacia nosotros.

—¿Son panteras, quizá?

—No tengo ojos de gato para distinguirlos bien; pero, por sus lentos movimientos, sospecho que no son ni panteras ni gatos de algalia.

—Vamos a ver lo que son.

El chino descendió al suelo y recobró su fusil y sus víveres.

—Teneos tras mí y no hagáis fuego; si no son panteras ni gatos de algalia, podemos usar nuestro *kampilang*. Las detonaciones pueden vendernos y atraer a los piratas o a los salvajes.

Colgáronse al hombro los fusiles, sacaron los afilados sables y avanzaron sin separarse de las cañas, bien resueltos a abrirse paso hasta el islote. A los cinco minutos, un gruñido sordo muy fuerte les detuvo.

—¡Bueno! —exclamó Hong—. Ahora veremos con qué clase de animales vamos a luchar.

—O mucho me engaño —observó el malayo—, o se trata de una pareja de *birmang*.

—¿Qué es eso de *birmang*?

—Osos malayos.

—¿Y qué hacen por aquí los osos?

—Habrán venido a buscar insectos o pequeños roedores que, con la fruta, son su principal alimento.

—¿A estas horas?

—Son nocturnos.

—Muy bien; probaremos en ellos el temple de nuestros *kampilangs*.

—No te dejes llevar de tu acostumbrada temeridad, Hong —advirtióle Than-Kiu.

—¡Bah! Los osos no son panteras para caer sobre nosotros con inesperado salto.

Avanzaron todos hacia el bosquecillo de caña de donde saliera el gruñido, empuñando los pesados sables; pero se detuvieron a los pocos pasos, porque vieron a uno de ellos levantarse sobre las patas traseras, como preparándose al ataque.

No se había equivocado Pram-Li; eran *birmang*, osos de cuerpo grueso, pero bastante largo, de una altura de setenta

u ochenta centímetros puestos en cuatro pies, cabeza voluminosa, de largo hocico y orejas pequeñas. En dos patas alcanzaría aquel ejemplar una estatura de unos seis pies cumplidos.

Su pelo era corto, de un negro brillante, y tenía en el pecho una ancha mancha amarilla en forma de herradura.

Hong se precipitó sobre él, sable en mano; pero el animal, espantado quizá por el número de sus enemigos, bajó las patas delanteras y escapó, internándose en el cañaveral.

—¡Ah, miedoso! —exclamó el chino, lanzándose en su persecución; pero halló el bosquecillo vacío; los dos osos galopaban velozmente por la lengua de tierra hacia el islote.

—Allá los encontraremos, a no ser que prefieran tirarse al agua.

—Quizá tienen en el islote su cubil —observó Pram-Li.

Pusiéronse a seguirlos; los animales se volvían de vez en cuando para ver si eran perseguidos, y continuaban la fuga; pero, al llegar ante el canal que dividía la lengua de tierra del islote, se pararon, disponiéndose a la defensa.

—Deben de tener ahí su guarida, y tal vez sus cachorros —insistió el malayo.

—O se largan, cediéndonos el puesto, o los mataremos. No quiero vecinos que puedan ser peligrosos.

Los *birmang* se habían enderezado y lanzaban sordos gruñidos. El más grueso, indudablemente el macho, se precipitó sobre Hong con agilidad que nadie hubiera sospechado en un cuerpo tan macizo, no dándole tiempo de levantar el sable; el otro se precipitó sobre Sheu-Kin y Pram-Li, tratando de abrazar al uno o al otro.

Hong, a pesar de su vigor extraordinario, no pudo sostener a

pie firme el violento encontronazo de la fiera en pleno pecho, y cayó hacia atrás, tanto más cuanto que el terreno era fangoso. El *birmang*, sin preocuparse de Than-Kiu, que acudía en auxilio de su compañero, se echó sobre él para abrazarlo y ahogarlo. La joven, sin embargo, era adversario respetable: serena y arrogante, hizo brillar en el aire su *kampilang*, dando formidable, tajo en el hocico al oso, al cual produjo espantosa herida, de la que brotó sangre en abundancia.

Entonces, el irritado animal abandonó al caído y se precipitó furioso contra la joven. ¡Ay de ella si se hubiera dejado abrazar! Pero comprendió que no era ocasión de caricias, y, con la punta de su sable centelleante y siempre ante el pecho de la fiera, la mantuvo a raya. No obstante, veíase precisada a retroceder; y como la lengua de tierra no tenía más que cinco metros de altura, pronto tocó el agua con el pie.

—¡Muerte de Fo! —bramó el chino levantándose presto—. ¡Firme, Than-Kiu!...

Buscó el *kampilang* que había soltado al caer, y se precipitó sobre el oso, hiriéndole por la espalda. La fuerte hoja vibró en el aire, impulsada por el poderoso brazo del chino, con fuerza capaz de partir en dos el cuerpo de la fiera, y, dejando a ésta debatirse en las convulsiones de la agonía, cogió a la joven, que se había hundido ya hasta las rodillas, y la levantó bruscamente.

Ya era tiempo. En aquel mismo instante, dos enormes mandíbulas, armadas de grandes dientes, se abrieron y se cerraron con ruido semejante al que produce una gran caja cuya tapa se deja caer de golpe.

—¡Mil demonios! —rugió el chino, pálido como un cadáver—. Si me descuido un instante, ese maldito cocodrilo le corta las piernas.

Mientras pronunciaba estas palabras, el segundo oso caía también exánime a los sablazos de Sheu-Kin y Pram-Li.

CAPÍTULO XVI. EN EL PANTANO

Diez minutos después estaban acampados entre las cañas del islote, ante un buen fuego en que se asaba un muslo de oso, bocado exquisito según Pram-Li.

Aquel pedazo de tierra perdido en medio de la extensa laguna, separado de la larga península por un canal de unos diez metros de ancho y fácil de rodear, tenía una circunferencia de cien metros próximamente, y se elevaba sobre el nivel de las aguas más que todos los demás islotes y aquella especie de dique que habían atravesado poco antes.

Hong y sus compañeros, después de explorar las orillas por temor de que hubiera cocodrilos, abrieron paso por el cañaveral espeso y acamparon en torno de las altas cañas, encendiendo aquel fuego no podía verse desde tierra y cuyo humo se perdía en las tinieblas.

El malayo no se descuidó en llevar consigo un par de patas de oso, y una de ellas estaba asándose. Mientras se asaba, discurrían los fugitivos un medio de salir de aquella situación, peligrosa por la proximidad de Pandaras y su gente.

—Si no hallamos cómo atravesar esta laguna, o lago, o lo que sea, corremos muy inminente riesgo de caer en manos de ese canalla de Pandaras y de ser desollados, o decapitados por lo menos —exclamó Hong.

—No veo cómo —observó Than-Kiu—. Este lago parece tan grande, que no podremos pasarlo a nado.

—Y menos, habitado como está por cocodrilos —añadió Pram-Li.

—Entonces, tenemos que volver atrás y ganar otra vez la selva.

—¿Y Pandaras, Sheu-Kin?

—¿Crees que nos persiga?

—Sí, Than-Kiu. Amándote, no se resignará a perderte, y nos dará desesperada caza.

—Afortunadamente nos hallamos en una isla que hace fácil nuestra defensa.

—Pero pésima para sostener el asedio, porque sin algo flotante no es posible desalojarla.

—¿Qué decides, pues, que hagamos, Hong?

—Por lo pronto, no encuentro cosa mejor que permanecer aquí. Tenemos víveres para diez días, y armas y municiones que nos permiten mantener a raya a los piratas e impedirles cruzar el canal que nos separa de la lengua de tierra. Además, el agua tampoco nos falta. Dejemos transcurrir algunos días, y, si no podemos procurarnos barca o almadiá, volveremos a la selva.

—¿Sabes, al menos, dónde nos hallamos, Hong?

—Tengo en el bolsillo un buen mapa de la isla que me procuré en Nasugbu, el del capitán Montero y Gay, el mejor y el más reciente, y lo estudié precisamente ayer, indagando adónde nos conducía ese condenado pirata. Si no me equivoco, debemos de estar a mitad del camino entre el Kabato y el Butuán.

—¿Cuántos días crees que necesitaremos para llegar al lago?

—Por lo menos dos semanas, teniendo en cuenta los obstáculos que hemos de hallar.

—¡Tan pronto!... —murmuró estremeciéndose Than-Kiu.

—Si, lo verás tan pronto... si no ha muerto.

—¿Temes que no viva?

—En esta tierra no está uno seguro de hallarse vivo al día siguiente. Pero confiemos en que viva para arrancar aún muchas lágrimas de los ojos de *Flor de las Perlas*.

—No, te engañas, Hong; *Flor de las Perlas* no llorará más por el hombre que ama a la doncella blanca.

—No lo digas tan pronto, muchacha.

—¡Te engañas! —insistió la joven con energía—. No le amo ya.

—¡Y vas a salvarlo!

—Para pagar mi deuda.

—¿Y luego?

—Cuando lo haya conducido a la costa...

—¿A él y a la mujer blanca? —dijo Hong.

—Cuando los haya salvado —prosiguió ella con profunda amargura, que encerraba cierta dosis de desesperación—, les diré adiós para siempre.

—¿Y te irás?...

—Adonde quiera llevarme el hombre que me ama.

—¿Qué hombre?... ¡Than-Kiu, nómbrale! —exclamó Hong ansioso.

—Ya lo sabes —murmuró limpiándose dos lágrimas que le rodaban por las mejillas.

—¿Lloras? —exclamó el chino con dolor.

—Sí; de rabia —contestó la joven con voz ahogada.

—¡Than-Kiu!

—¡Calla, Hong! Deja que el tiempo realice su obra de destrucción.

Pram-Li había sacado del fuego el asado, que exhalaba apetitoso olor, y lo había puesto ante sus compañeros sobre dos grandes hojas.

—No aguardéis a que se enfríe —advirtió, como si quisiera cortar aquel diálogo que tanto emocionaba a su joven ama.

Hong cortó varios trozos y los repartió, diciendo a su amada:

—Desecha esos tristes pensamientos, y prueba esta carne exquisita, ahora que nadie nos molesta. Acaso mañana nos falte el tiempo para ocuparnos de la cocina.

La joven obedeció, pero comió poco, aunque la pierna era excelente, parecida a la carne del cerdo. En cambio, los hombres, y sobre todo el malayo, lo hicieron bien, como quien no está seguro del mañana y aprovecha la ocasión.

Aunque se hallaban a cubierto de una sorpresa, y casi seguros de pasar tranquilos el resto de la noche, decidieron velar por turno, y Hong se encargó del primero, preparando un lecho de cañas para Than-Kiu, y yendo a hacer centinela a la orilla del islote, frente a la lengua de tierra.

Ninguna sombra humana veía el chino, y ningún rumor llegaba a sus oídos por más que aguzaba sus vigilantes sentidos, a no ser los golpes sonoros dados en el agua con las colas por los cocodrilos, o el crujir de sus mandíbulas cerrándose violentamente. De vez en cuando llegaba hasta él improvisado concierto de bramidos y silbidos de algunos sapos y ranas gigantescas; otras era el grito estridente de

cualquier perdigón zorrero o de bandadas de enormes murciélagos que revoloteaban pesadamente sobre las negras aguas. Del lado de la selva oía alguna vez una especie de ladrido o aullido que duraba breves minutos, se extinguía y volvía a escucharse un cuarto de hora después; eran manada de perros salvajes que los malayos llaman *agiang* y que cazan por su cuenta en las orillas de la laguna.

Hong, ya familiarizado con aquellos rumores, no se inquietaba, pero seguía vigilando y no perdía vista sobre todo a los cocodrilos que nadaban en torno del islote, y que parecían haber olido la carne fresca oculta entre las cañas. Ya dos o tres habían tratado de subir a la orilla, asomando la cabeza; pero el chino, con tremendos mandobles, les había hecho sumergirse medio aturdidos, no obstante lo duro de sus huesos capitales, a prueba de balas.

Temiendo, sin embargo, que alguno de aquellos terribles saurios hubiera logrado subir a tierra y meterse entre las cañas, dio la vuelta al islote, y luego se acercó al fuego, que estaba a punto de apagarse. Con gran sorpresa suya vio a la joven sentada, el rostro oculto por las manos, y como entregada a tristes pensamientos.

—¿No duermes? ¿No se considera acaso *Flor de las Perlas* tranquila bajo mi vigilancia?

La joven, al oírle, alzó la cabeza y procuró sonreír, pero Hong distinguió lágrimas en sus ojos.

—¿Lloras? —le preguntó con tristeza—. Comprendo; piensas en él.

Luego, tras breve pausa, prosiguió con tono en que se traslucía una sorda amenaza:

—Terminaré por odiar a ese hombre; ayer aun no tenía derecho para ello, pero hoy sí.

—¿Y por qué has de odiarle, Hong? —interrogó ella con dulce

reproche.

—Porque no piensas sino en él, y destroza tu corazón su recuerdo.

—Es cierto que pienso en Romero, no intentaré negártelo, amigo mío, pues soy leal; pero te engañas si crees que padezco porque no me ama. Cuando fuiste a mi casita la tarde en que me hiciste huir, lloraba el desamor de Romero; la herida era demasiado reciente... Pero ahora, ya el amor se ha trocado en rencor, y acaso se cambie en odio más adelante. He pensado mucho en él, he llorado y sufrido atrocemente, pues ya sabes que nosotras las chinas amamos con toda nuestra alma, Hong; mas ahora, ¿a qué llorar más ni qué esperar? ¿Qué abandone a la doncella blanca? Cuando no lo hizo aquella noche fatal, que debía ser la última de mi hermano, no lo hará jamás.

—Y, sin embargo, llorabas.

—Cierto; no se puede de un golpe olvidar, destruir el pasado, hacer callar el corazón, ni hacer brotar nuevos sueños de las hondas raíces que en nuestra alma echaron los antiguos.

—Temía que te lamentases de haberme hecho concebir esperanzas...

—No, amigo mío, no; eres valiente, y la hermana del que llaman heroico Hang-Tu ama el valor.

—Entonces... ¿me amarás algún día, *Flor de las Perlas*?

—Espera.

—Gracias, Than-Kiu; pero no quiero verte triste como esta noche.

—No lo estaré más.

—No quiero ver lágrimas de dolor en los ojos encantadores

de la más hermosa hija del Celeste Imperio.

—No lloraré más, Hong.

En aquel instante Pram-Li se levantó, y dijo:

—¿Me toca ya a mí la vela?

—Lo creo inútil, porque apunta el alba y velaremos todos juntos.

—Sea bienvenida y anuncio de un buen día.

—Para no será el mejor de mi vida —exclamó el chino, mirando a la doncella, que se ruborizaba—. Que vengan Pandaras y sus bandidos; los echaremos a la laguna para que hagan compañía a los cocodrilos.

—¿Eres brujo? —dijo el malayo, levantándose bruscamente.

—¿Por qué lo dices?

—Porque veo que avanzan cautelosamente por la lengua de tierra formas humanas.

Alzáronse Hong y Than-Kiu, y a la escasa luz del alba, que se difundía por el cielo reflejándose en la llanura, vieron formas, indecisas aún, pero más bien de hombres que de animales, que avanzaban, en efecto, por la lengua de tierra.

—¡Por Fo y Confucio!... ¡Son hombres!...

—Sí; y no menos de una docena —corroboró la joven.

—Será algún grupo de exploradores en busca de huellas nuestras. ¿No veis cómo se detienen a cada paso y examinan el suelo?

—Las habrán hallado ya por lo blando del terreno.

—Sin embargo, Pandaras y sus hombres no de ben de

haberse despertado todavía —observó el malayo.

—Serán los piratas de las canoas. No habiéndonos encontrado allí, habrán sospechado de nosotros y, para ser gratos a su jefe, nos están buscando.

—Eso debe de ser —agregó *Flor de las Perlas*.

—¿Los dejamos acercarse? —preguntó Pram-Li.

—No conviene atacarlos; dejémosles que se acerquen y preparémonos a la defensa. ¡Quién sabe!... Tal vez no se atrevan a cruzar el canal para venir a registrar estas cañas. Miradlos: son, en efecto, los piratas; veo varios compatriotas de Pram-Li.

—Compatriotas que desearía ver abogados.

—Ocultémonos y veamos lo que pretenden esos bribones.

Apagaron los tizones para que el humo no les hiciera traición, despertaron a Sheu-Kin y se escondieron en medio del cañaveral, poniendo ante ellos las carabinas y sables. El sol apareció bruscamente, pues el alba es brevísima en las regiones ecuatoriales, espantando las tinieblas y haciendo brillar el agua de la gran laguna. Todas las aves que anidaban en los islotes alzaron el vuelo, lanzando alegres gritos; bandadas de ánades silvestres, de magnífico plumaje azul con reflejos metálicos, revoloteaban o flor de agua en busca de peces, sumergiéndose acá y allá a despecho de los cocodrilos, cuyas mandíbulas se veían aparecer por todas partes; y los vencejos, de atrevido vuelo, producían una tempestad de gritos ensordecedores.

Por el agua circulaban y combatían rabiosamente cocodrilos en legión, de arrugados dorsos y vientres amarillentos. Los había de todos tamaños, desde los que medían siete metros hasta algunos no más grandes que un lagarto de los mayores, y todos cubiertos de fango. Algunos carecían de cola, y eran los más peligrosos, por lo batalladores y audaces.

Hong y sus compañeros no se ocupaban sino de los hombres, que eran, a lo menos por el momento, los más temibles. Ya se hallaban a la mitad de la lengua de tierra, y se les distinguía perfectamente: era una partida de doce piratas, la mayoría mindaneses, armados sólo tres de fusiles, y de *kampilangs* y *bolos* los nueve restantes. Debían de haber hallado las huellas de los fugitivos en el fangoso suelo, y andaban más resueltamente, resguardándose tras las cañas, sin duda por saber o sospechar que estaban armados los perseguidos.

—Son exploradores, como sospeché —afirmó Hong, que los observaba atentamente—. Si hubieran estado seguros de que nos habíamos refugiado aquí, habrían venido en mayor número.

—Entonces, ¿crees que se volverán en busca de refuerzos?

—No me cabe duda alguna, Than-Kiu.

—¡Si pudiéramos hacerles prisioneros!...

—No volverían a avisar a sus compañeros. Pero ¿cómo apresarlos? Necesitaríamos una canoa para ir a cortarles la retirada, y no tenemos barca alguna.

—Si no fuera por los cocodrilos, podíamos ir nadando entre dos aguas y salir a tierra tras ellos.

—¿Y las carabinas se habrían mojado? No; lo único que tenemos que hacer es defendernos en este islote, confiando en rechazarlos y producirles tantas bajas que se acobarden.

—Aquí están ya —exclamó Sheu-Kin.

Hong y Than-Kiu apartaron con cuidado las cañas y miraron. Los piratas se hallaban a la orilla del canal, ocultos prudentemente tras las plantas y dirigiendo sus ojos al islote, donde esperaban descubrir a los fugitivos. Después de

algunos minutos, sea que se atrevieran a cruzar el canal, bien que se convencieran de no haberse engañado, iniciaron la retirada. Sheu-Kin y Pram-Li quisieron saludarlos con sus disparos; pero el jefe del *Lirio de Agua* les hizo bajar las armas, diciéndoles:

—No; esperemos que ataquen; acaso no están persuadidos de que estamos aquí. De todos modos, pronto lo sabremos, porque veo otros hombres reunidos en la margen del bosque.

—¿Serán sus compañeros? —preguntó la joven.

Hong iba a responder, cuando sonaron dos tiros: dos de los exploradores habían disparado, quizá para llamar la atención de sus compañeros.

—Amigos —dijo el enamorado de Than-Kiu—. Se trata de quemar bien nuestros cartuchos. Hemos sido descubiertos, y en breve nos veremos empeñados en la lucha. Afortunadamente somos buenos tiradores y tenemos municiones abundantes.

CAPÍTULO XVII. UNA DEFENSA DESESPERADA

Aquellos disparos de los piratas no tenían otro objeto, efectivamente, que el de llamar a sus compañeros, y en breve las dos partidas se reunieron en una bastante numerosa y bien armada. Los treinta hombres, sin pérdida de tiempo, avanzaron en fila india, para no exponerse demasiado a las descargas de sus exprisioneros, y procurando siempre resguardarse tras las laderas de cañas. No se podía dudar de su intención de asaltar el islote.

Hong y Than-Kiu, que se habían tendido en el suelo tras una quiebra del terreno, enteramente cubiertos por las cañas, vieron que sólo ocho hombres estaban armados de fusiles.

—¡Bah! —dijo el primero, encogiéndose de hombros—. Si esos perros pretenden cazarnos con tan pocos dientes, están muy equivocados. Nuestras carabinas, que deben de ser las mejores que tenía Pandaras, son de doble alcance que sus fusiles, y los mantendremos a raya.

—¿Aguardaremos a que lleguen a la orilla del canal para romper el fuego?

—Sería una imprudencia, Than-Kiu; ya saben que estamos aquí.

—Sin embargo, pueden no habernos visto.

—Sí, pero hemos sido vendidos.

—¿Vendidos?... ¿Por quién?

—Por los osos. No serán tan estúpidos los piratas que crean que esos animales se suicidaron.

—Cierto. Fue una imprudencia dejar allá los cadáveres.

—Nos hubieran descubierto lo mismo. ¡Hola! Ya están a trescientos metros. Probemos nuestras carabinas y hagámosles ver que somos adversarios temibles.

El chino, que había sido en su tiempo el mejor tirador de la caballería manchuriana, apuntó cuidadosamente al primero de los piratas e hizo fuego. El pobre diablo cayó fulminado a la laguna, precipitándose sobre su cadáver varios cocodrilos que lo despedazaron en un instante y no dejaron en el agua más que un círculo sangriento.

—¡Buen golpe! —exclamaron Pram-Li y Sheu-Kin, que estaban detrás de Hong.

—Un golpe que los hará prudentes —añadió Than-Kiu.

Los piratas, asombrados por tan excelente puntería a tan respetable distancia, se echaron al suelo, escondiéndose en el cañaveral. Poco después, los que iban armados de fusiles hicieron una descarga; pero sus armas debían de tener poco alcance, pues las balas no llegaron al islote. Hong dijo irónicamente:

—Eso se llama gastar pólvora en salvas. ¡Si creerán asustarnos con el estruendo!...

No era tal el objeto de los piratas. Sea que creyesen de buena fe hallarse a tiro, o que pretendiesen hacerse respetables, demostrando que ellos también tenían fusiles, continuaron las descargas con estrépito tan ensordecedor como inofensivo. Hong dejó que se acercaran otros cien pasos y apuntó otra vez cuidadosamente, imitándole la joven.

Las dos detonaciones fueron tan simultáneas que sonaron como una sola; y los dos piratas más próximos agitaron el aire con las manos, se tambalearon y cayeron uno encima de otro. Era demasiado para aquellos bárbaros. Invadidos por

supersticioso terror, volvieron las espaldas y huyeron a toda prisa, saludados por dos tiros sueltos de Sheu-Kin y Pram-Li.

Aquella fuga vertiginosa no cesó hasta que se hallaron en las márgenes del bosque, al principio de la lengua de tierra. Púsose en pie Hong y gritó:

—¡Buen viaje!... Creo que por hoy tienen bastante.

—¿Crees que no volverán? —preguntó *Flor de las Perlas*.

—No me atreveré a asegurarlo. Si entre los muertos hubiera estado Pandaras, podíamos esperar semejante ventura; pero ese canalla no se habrá despertado aún y él los hará volver; con él es con quien tendremos que habérnoslas.

—Cierto; guiados por su jefe, no escaparán a los primeros disparos.

—Pues, como se deje ver, todos nuestros tiros le serán reservados.

—Enviaré a sus hombres, y él quedará fuera de tiro; sabe que somos audaces, y te tiene un miedo cerval.

—Me alegro de que me tema. Así tendrá menos alientos para el ataque.

Y volviéndose hacia el malayo, prosiguió:

—¡Eh, Pram-Li! Tú que eres tan amante de las patas de oso, ve a preparar el almuerzo: y tú, Sheu-Kin, ven conmigo a buscar los cadáveres de esos animales. Su carne puede sernos preciosa durante el sitio que tendremos que sostener.

No teniendo que preocuparse de los piratas refugiados en el bosque, tal vez aguardando a sus compañeros, los chinos podían recuperar su caza, el malayo hacer la comida y todos descansar, velando por turno, pues había que precaverse contra los cocodrilos.

Aquella primera jornada pasó sin más incidentes que algunos tiros disparados contra los saurios, que cada vez se mostraban más audaces e impertinentes; se habían reunido en gran número alrededor del islote, y varios intentaron ocultarse entre las cañas para atacar a los acampados, pagando algunos con la vida su atrevimiento.

Cuando las tinieblas invadieron la isleta, los chinos y el malayo redoblaron la vigilancia contra los feroces devoradores de carne humana; velaban por parejas, y encendieron numerosas hogueras en torno del islote.

Presentían que los piratas aprovechaban la obscuridad de la noche para acercarse. Sin embargo, transcurrió la noche sin novedad. Próxima el alba, Hong, que vigilaba frente a la lengua de tierra, creyó ver algunas sombras humanas entre el cañaveral.

—Los piratas toman posiciones —murmuró con inquietud—. Si se atrevieron a acercarse tanto, es que recibieron refuerzos y Pandaras está con ellos.

Acercóse a Than-Kiu, que vigilaba la ribera por los cocodrilos y lo dijo:

—Ahí están.

—¿Los piratas?

—Sí.

—Me lo supuse hace algunos minutos, al ver a los cocodrilos moverse hacia el canal.

—Temo que Pandaras esté con ellos.

—Debe haberse despertado ayer.

—Llamemos a los compañeros y preparémonos a defender el canal. ¡Ah!... Voy a valerme de los cocodrilos.

—¿De qué modo?

—Creo haber encontrado un medio.

Despertó a los dos hombres, cortaron cuatro gruesas cañas de tres metros de largo, las unió por la punta con un pedazo de piel de oso fuertemente atada, y dijo al chino y al malayo que le siguieran llevando el cuerpo de uno de aquellos animales y recomendando a la joven que disparara sobre los saurios que intentaran acercárseles. Entraron en el canal, cuya agua, de solo un metro y pico de profundidad, les ponía a cubierto de una sorpresa por parte de los cocodrilos. Sin embargo, iban muy en guardia y armados de sus sables. Al llegar al centro de la anchura plantaron las cañas en el suelo, introduciéndolas en el fango con toda su fuerza a fin de que resistieran bien, y en la cima, que sobresalía de la líquida superficie como metro y medio, hizo atar el cadáver del *birmang*.

—Mientras resistan las cañas, no pasará ningún pirata. Y ahora, amigos, ¡a escape al islote, antes de recibir algún balazo!

Así lo hicieron, poniéndose a observar curiosamente lo que iba a ocurrir. No habían transcurrido cinco minutos, cuando ya siete u ocho saurios, atraídos por el olor de la carne fresca, se dirigían al canal sin separar sus ojos del cadáver del oso, que parecía un ahorcado sobre el agua. Al principio contentáronse con mirarlo mucho, sospechando quizá algún lazo; mas en breve la gula fue más poderosa que el miedo y se acercaron internándose en el bajo fondo del canal y abriendo sus enormes mandíbulas.

—La presa les seduce. ¿Has comprendido mi astucia, Than-Kiu?

—Sí; los cocodrilos impedirán a los piratas el paso del canal.

—Eso es; y como la presa está muy alta para ellos, tardarán

mucho tiempo antes de que sus cerebros obtusos comprendan que con un par de coletazos derribarían las cañas.

—¿Y los piratas?... ¿Dormirán?

—Paréceme —dijo el malayo—, que se preparan a fusilarnos. Si llegan un poco antes de nuestra expedición al canal, no daría una pizca de betel por nuestra piel.

—¡Calla! —exclamó Hong.

Una voz se alzó desde la ribera opuesta, entre los cañaverales de la lengua de tierra.

—¡Escuchadme, chinos! —dijo.

—Es la voz de Pandaras.

—¡Sí; él es!...

—¡Devorado sea por los cocodrilos!

—¡Parece que se ha despertado el canalla!

Hong se acercó a la orilla con la carabina preparada y gritó:

—¿Eres tú el jefe?... Cuida de no enseñarnos un pedazo, por pequeño que sea, de tu cuerpo que pueda servirnos de blanco.

—¡Escuchadme! —repitió Pandaras.

—¡Habla!

—Os intimo devolverme la doncella de cabellos negros, u os haré desollar vivos.

—Gracias por el aviso. ¿Y qué más?

—Que me devolváis las carabinas, que son las mejores que tenía.

—¿Y nada más? ¿No quieres también nuestras cabezas?...

—Dispondrá de ellas el sultán de Butuán.

—Bueno; pues como no nos fiamos de tu sultán, te invitamos a que vengas tú mismo por la doncella pelinegra y por tus carabinas.

—¡Entregadme a mi futura esposa! —gritó furioso el pirata.

—Tu futura esposa ha renunciado al honor de serlo, y me encarga decirte que eres un canalla indigno de ser devorado por los cocodrilos.

—Moriréis todos.

—La puerta está abierta; puedes entrar cuando quieras a retorcernos el pescuezo; pero te prevengo que no te dejes ver, si no quieres que te incruste una bala, ibandido!

La respuesta que recibió Hong fueron cuatro disparos que cortaron algunas cañas próximas.

El chino, que se había fijado en el sitio de donde partieran los tiros, y que vio el humo elevarse entre las cañas, apuntó rápidamente o hizo fuego. Un grito agudo le probó que no había errado.

—Ésa es mi respuesta, Pandaras —gritó reuniéndose con sus compañeros, parapetados en un repliegue del terreno y echándose junto a Than-Kiu. Si quieres más, pide por esa boca. Tenemos muchas bolitas de éstas—. Ahora —añadió dirigiéndose a sus camaradas—, ¡mucho ojo y procuremos impedir a toda costa que vadeen el canal, o somos perdidos!

Empezaba a salir el sol, cuando los movimientos de los piratas les indicaron que se preparaban a pasar el vado. Eran unos cincuenta, pero no disponían más que de diez fusiles y de algunos pistolones de bien poco valor.

Mientras los unos abrían el fuego, los otros, armados de *kampilangs* y *bolos*, se metieron en el agua denodadamente. Bien pronto fueron detenidos por los cocodrilos. Una veintena de éstos había invadido el bajo fondo para disputarse el oso, que ondeaba sobre las cañas, y furiosos por no poder alcanzar su presa, desahogaban su rabia dando coletazos que esparcían agua y fango en todas direcciones. Al ver aparecer a los hombres, volviéronse hacia ellos con la intención de regalarse con la succulenta carne humana, obligándoles a retirarse precipitadamente, no obstante los furiosos aullidos de Pandaras, que se mantenía emboscado por prudencia.

Pero el colmo fue cuando los asaltados comenzaron el fuego, matando siete hombres en dos descargas, con gran satisfacción de los cocodrilos. Los restantes huyeron a esconderse entre las cañas, adonde les siguieron los certeros tiros de los chinos y el malayo. A la cuarta descarga parece que tenían ya bastante, incluso el mismo Pandaras, pues se le vio escapar desordenadamente en busca de refugio más seguro.

—¡Os haré comer por los cocodrilos! —rugió el jefe de los piratas antes de desaparecer.

—Y yo —repuso con voz tonante Hong— te aplastaré el cráneo si vuelves. Así, no pienses más en la doncella de cabellos negros.

—¡Escuchadme! —repitió Pandaras.

—¡Habla!

CAPÍTULO XVIII. UNA NOCHE TERRIBLE

Las fanfarronadas de Pandara —tal, a lo menos, las creían los asaltados— no tuvieron consecuencias durante la segunda jornada, en la cual ni volvieron a aparecer los piratas, como si, descorazonados por aquellas dos infructuosas tentativas, hubieran abandonado por completo la peligrosa empresa que les había costado doce hombres. Pram-Li, subido a hombros de Hong para abarcar mayor horizonte, no pudo descubrir señales de piratas por ningún lado.

Tranquilizados por la ausencia de los bandidos, al llegar la noche se arreglaron para dormir a pierna suelta hasta que les llegara su turno de vela, exigido por el temor a los cocodrilos, y tomaron las precauciones de la víspera, encendiendo hogueras en las orillas del islote. El valiente malayo, a quien le tocó el primer cuarto, había recorrido ya dos o tres veces la circunferencia de la isla y aguardaba la hora en que lo relevase Sheu-Kin. Hacía dos horas que velaba, luchando con el sueño que le invadía a pesar suyo, cuando observó con gran sorpresa que se apagaban todos los fuegos de la orilla y se oía un silbido sospechoso. Sorprendido y alarmado por tan inexplicable suceso, miró con cuidado por todas partes, pero nada vio.

—¿Quién ha hecho eso? No pueden haberse apagado sin una causa... ¿Habrán sido los cocodrilos?... Pero ¡si no es posible! Veamos, sin embargo...

Empezó a dar la vuelta al islote, y a los pocos pasos metió el pie en el agua. Doblemente inquieto por aquel fenómeno, corrió hacia Hong y lo despertó sacudiéndole.

—¿Todavía los piratas? —preguntó el chino, restregándose

los ojos.

—No; pero suceden cosas inexplicables para mí.

—¿Qué ocurre?

—Todas las hogueras se han apagado repentinamente.

—Se habrán consumido las cañas.

—No; se apagaron por el agua.

—¿Por el agua? ¡Si está el cielo estrellado!...

—Sin embargo, el islote se está inundando.

—¡Por Fo y Confucio!... ¿Corremos entonces el peligro de perecer ahogados como topos en la trampa? ¡Sheu-Kin, Than-Kiu! ¡En pie!

Todos, ávidos de encontrar la explicación del fenómeno, avanzaron hacia la orilla, pero en breve les detuvo el agua. La circunferencia del islote, que medía antes cien metros, apenas era ya de cincuenta.

—Es una verdadera inundación —dijo el chino, cuya frente se nublaba—. A poco que continúe, cubrirá todo el islote.

—Y la península está ya cubierta —observó Sheu-Kin, mirando hacia la lengua de tierra—. Sólo se ven ya las cañas.

—¡Qué desgracia que no estén en ellas los piratas con el canalla de su jefe!...

—¿De qué puede provenir esta repentina elevación de las aguas? —preguntóse Than-Kiu—. Del cielo no ha caído una gota.

—¿Será cosa de Pandaras? —murmuró Hong—. ¿Será el cumplimiento de su amenaza? Recuerdo bien sus palabras: «Os haré comer por los cocodrilos».

Un estremecimiento de horror recorrió los miembros de sus compañeros a esta reflexión.

—¿Qué quieres decir, Hong? —exclamó la joven palideciendo.

—Piensa en lo que sucederá si sigue subiendo el agua. ¿Quién impedirá a los cocodrilos despedazarnos?

—¿Y cómo quieres que Pandaras pueda subir al nivel de la laguna?

—No lo sé; pero si este pantano se hallase cerca del Bucat o de algún lago...

—¿Qué?

—Admitiendo que el río o lago estuviese más alto que esta laguna, y abriendo un canal, aumentaría considerablemente el caudal de agua.

—¿Supones que esté próximo el río?

—Lo sospecho...

—Pero se necesita tiempo para abrir un canal.

—Los piratas que nos han asaltado eran más de cuarenta, y, en doce o catorce horas, cuarenta hombres pueden hacer mucho.

—Me asustas, Hong.

—Tampoco yo estoy tranquilo. Mira, mujer; el agua continúa avanzando incesantemente.

Hong decía verdad; el agua subía y avanzaba poco a poco, pero sin interrupción, amenazando anegar aquel pedazo de terreno, único que todavía continuaba visible y seco entre todos los islotes y bancos de la laguna.

¿Qué había sucedido? ¿A qué causa atribuir aquella inundación repentina que amenazaba ahogar a los cuatro fugitivos? ¿Había sido roto el dique de algún lago más elevado y caudaloso que el pantano? Era probable, pues que, durante aquellos dos días, el cielo estuvo despejado y no cayó una gota de lluvia.

La situación resultaba cada vez más desesperada; el agua avanzaba siempre, haciendo sonar las cañas, y en ella una horda de famélicos saurios. Los cuatro compañeros se retiraron al punto más alto del islote, presa de verdadero terror y de inexpresable angustia. Desde aquella plataforma, de unos dos metros escasos, miraban avanzar las aguas con los ojos desmesuradamente abiertos.

En vano escrutaban las tinieblas que los envolvían, esperando ver algún árbol en que salvarse; inútilmente aguzaban los oídos para oír el rumor de unos remos o una voz humana. Nada se distinguía sobre las negras aguas, ni grito alguno vibraba en el espacio; sólo el avance de los cocodrilos y sus coletazos formidables.

—Hong —dijo la joven, cuya voz, acaso por primera vez, temblaba—. Tengo miedo.

—¡Animo, pobre amiga! Nos quedan aún las carabinas para defendernos.

—Pero el agua continúa avanzando —repuso con inquietud la joven.

—En último caso te subiré sobre mis hombros; soy alto, y serás la última en morir, si está escrito que aquí acabemos todos. ¡Amigos, cuidado de no perder los sables y de no errar golpe cuando ya no podamos hacer uso de las armas de fuego! ¡Quién sabe!... Tal vez se restablezca pronto el equilibrio entre las aguas del lago o del río y esta laguna, y podamos salvarnos de una horrible muerte.

Hong, corazón fuerte y animoso, no desesperaba todavía y

se preparaba a sostener gallardamente el espantoso ataque de los reptiles; mientras Sheu-Kin y Pram-Li, a su lado, disponíanse a vender caras sus vidas.

Se habían colocado formando un triángulo, en cuyo centro pusieron a Than-Kiu, para defenderla mejor y para impedir que las agitadísimas aguas la arrastraran en su rápido descenso hacia el Sur. Los Cocodrilos estaban ya a pocos pasos del grupo; eran al menos treinta, casi todos grandes, y castañeteaban los dientes con fruición y abrían sus fauces, como si ya estuvieran saboreando la carne de los desdichados.

—¡Abramos el fuego hasta agotar las municiones! ¡Disparad contra las bocas abiertas de esos Suerosos saurios!

Uno monstruoso, más impaciente y audaz, destacóse del grupo y se precipitó rápidamente sobre aquel pedazo de tierra que empezaban ya a cubrir las aguas. Hong y Pram-Li dispararon a la vez, y el monstruo, herido de muerte por habersele obligado a engullirse las dos balas, se alzó más de medio metro sobre el agua, como una serpiente que se endereza, dio tremendo coletazo que levantó montaña líquida y cayó de golpe como una chalupa desfondada.

En vez de asustarse, sus compañeros parecieron cobrar nuevos ánimos y se apresuraron a iniciar el ataque; Than-Kiu y Sheu-Kin derribaron inmediatamente otro cocodrilo en la misma forma, y comenzó la terrible lucha. Los infelices refugiados en la extremidad del islote, y apoyándose espalda con espalda para resistir a la violencia de la corriente, defendíanse con desesperada energía. Los fogonazos se sucedían alumbrando la famélica horda, y las detonaciones retumbaban incesantemente en la desierta laguna.

Era un espectáculo terrible, espantoso, el de aquellos cuatro seres rodeados de monstruosos saurios que se precipitaban al asalto de un puñado de tierra para comerse la carne de sus defensores, mientras el agua subía implacable,

espumante y con sordos bramidos siniestros. Los reptiles continuaban estrechando el círculo y atacaban cada vez con violencia mayor, cual si les irritara la resistencia, llegando a arrojar al rostro de los desgraciados su aliento cálido y fétido.

¡Ay de los animosos sitiados si los estúpidos saurios, en vez de obstinarse en atacarlos de frente con la boca abierta, hubieran adoptado la táctica de volverse y hacer uso de su potente cola!... Pocos coletazos habrían sido suficientes para dar al traste con el grupo.

La lucha continuaba. Hong y sus compañeros hacían fuego casi metiendo los cañones de los fusiles en las bocas de los monstruos, teniendo que recurrir muchas veces a los *kampilangs*, por no darles tiempo de cargar o por estrecharles demasiado los feroces asaltantes. Llegó un instante en que Sheu-Kin y Pram-Li, dieron un grito; el agua les llegaba a la cintura, y las municiones mojadas les eran inútiles. Hong tenía la frente bañada de frío sudor; miró con angustia a Than-Kiu, rozó sus mejillas con un rápido beso, y subióse a hombros diciendo:

—Si estamos condenados a perecer, tú serás la última que mueras.

Luego, dando a la joven sus municiones, que estaban casi secas, añadió:

—Continúa el fuego, Than-Kiu; nosotros seguiremos defendiéndonos con los sables.

Y entonces vióse una escena todavía más terrible. Aquellos tres hombres que tenían la conciencia de su próximo fin, pero que no querían entregarse a la muerte sin combatir, se defendían encarnizadamente a sablazos, con agua a los riñones, y sobre ellos la intrépida jovencita disparaba su fusil contra los cocodrilos, cuyos coletazos, al morir, levantaban cataratas de espuma. Los tres hombres no cejaban y manejaban sus sables cual si sus brazos fueran incansables,

de acero, machacando, macerando y rompiendo huesos de mandíbulas saurianas, sobre todo Hong, que parecía haber centuplicado sus hercúleas fuerzas.

—¡Valor, amigos!... Si hemos de morir, vendamos caras nuestras vidas. ¡No temas, Than-Kiu, no te suelto!... ¡Fuego contra ese reptil!...

Sheu-Kin lanzó un grito de júbilo supremo.

—¡Hong, Than-Kiu!... El agua ya no sube; no nos ahogaremos.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí; el agua mengua.

—¡Por Fo y Confucio!... ¡Es cierto!... Comienzo a creer que no acabaremos en el vientre de los saurios... ¡Un último esfuerzo, amigos!... ¡Si podemos resistir cinco minutos más, estamos salvados!

En efecto, las aguas, después de haber alcanzado su máxima altura, comenzaban a descender con la misma rapidez con que habían subido. En pocos minutos bajó algunos centímetros su nivel.

Para mayor fortuna, los saurios, ya acobardados por los sablazos y tiros que los habían diezmado, ya por la escasez de agua que les obligara a retirarse a los puntos más bajos de la isla inundada, no se atrevían a atacar con el ímpetu de antes.

La esperanza comenzaba a renacer en los corazones; el peligro mayor había pasado; por poco que continuase el descenso de las aguas, podrían considerarse salvos.

Alentados por tales pensamiento, redoblaron sus esfuerzos, precipitándose audaces sobre los saurios y haciéndoles por fin apelar a la fuga.

La punta extrema del islote comenzaba a descubrirse, y más allá a verse las cañas basta entonces cubiertas por el agua; hasta las plantas de la lengua de tierra dejaban ver sus hojas.

—Ese bandido de Pandaras, si ha sido él quien ha hecho abrir algún canal o romper cualquier dique para que se nos comieran los cocodrilos, no estará muy satisfecho de su obra —exclamó el chino, bajando de sus hombros a la joven—. Puede ufanarse de habernos hecho pasar una hora de horrible angustia; pero todavía estamos vivos y en disposición de hacerle pagar cara su venganza.

—¿Esperas encontrártelo, Hong?

—No lo sé, Than-Kiu; mas el corazón me dice que no acabó todo entre los dos.

—Acaso nos creerá ya muertos y habrá abandonado estos parajes.

—¿Sin visitar antes el islote?... ¡Hum!... Lo dudo.

—No podrá acercarse, pues la lengua de tierra está anegada.

—Tiene las canoas.

—¿Y nos asaltará de nuevo? ¿Y qué haremos, teniendo las municiones mojadas?

—No le aguardaremos aquí; tranquilízate.

—¿Quieres abandonar el islote?

—¡Y me lo preguntas, Than-Kiu!... No tenemos en torno sino algunos pasos de tierra, el espacio apenas suficiente para movernos, y hemos perdido todas nuestras provisiones. No hay más remedio que largarnos lo más pronto posible, para no morir de hambre o ser devorados sin remedio por los cocodrilos.

—¿Y cómo?

—¿De qué modo?

—¿Quieres atravesar a nado la laguna?

—No; malditas las ganas que tengo de dejar mis piernas en las fauces de esos monstruos.

—Entonces, explícate; que nos haces morir de impaciencia.

—¿Has observado, chiquilla, cómo los cocodrilos que matamos el otro día, después de algún tiempo salían a flote?

—Sí; y ¿qué deduces de ello?

—Pues que me han sugerido de medio de construir una especie de embarcación que nos permita abandonar este condenado islote. ¡Eh, Pram-Li!... ¿Ves aquel cocodrilo que flota tripa arriba en medio de aquellas cañas?...

—Sí que lo veo.

—Pues ve a buscarlo y remólcalo aquí. Y tú, Sheu-Kin, apodérate de aquel otro que ha encallado en la arena, mientras yo cojo aquellos dos que la corriente trae.

El malayo y el chino, sin pedir más explicaciones, cumplieron las órdenes de Hong, mientras éste hacía lo que había indicado.

—Ahora necesito cañas. Más tarde remolcaremos otros dos o tres cadáveres, con lo que tendremos bastante para nuestra balsa.

Sus compañeros, que habían adivinado ya su idea, y que eran habilísimos nadadores, sumergiéronse en el agua, y a los pocos minutos tenían acumuladas veinte o veinticinco cañas de bambú, de cinco o seis metros de largas, y gruesas como el brazo de un hombre.

—Me bastan —dijo Hong, que entre tanto había cortado las

correas de las carabinas en estrechas y sólidas tiras—. Ayudadme, para poder huir de este islote antes de que apunte el alba; no sea que a ese maldito Pandaras le dé la ocurrencia de venir y nos coja.

—Pero explícame —observó Than-Kiu— para qué pueden servirnos los cadáveres de los cocodrilos, si se trata, como has dicho, de construir una balsa.

—¿No has adivinado?

—No, Hong.

—Pues para mantener a flote la balsa. Comprende que estos bambúes no pueden sostenernos a los cuatro. Así, para impedirles que se hundan bajo nuestro peso, los sostendremos con vejigas de aire.

—¿Hinchando la piel de los cocodrilos?

—Sí.

—¡Espléndida idea!... Lo que me extraña es que no se te ocurriera antes.

—No pensé en los saurios; pero pongámonos a la obra antes de que vuelvan los piratas.

No era fácil construir una balsa en aquella obscuridad y con los terribles saurios por vecinos; pero comenzaron la labor animosamente, mientras Than-Kiu vigilaba para impedir que los peligrosos adversarios, que no habían abandonado el islote, se acercasen. Hong y Sheu-Kin construían la balsa; el malayo vaciaba los cadáveres para inflar después aquellos pellejos. Faltaban aún dos horas para salir el sol, cuando la embarcación estaba concluida y rodeada de enormes vejigas hinchadas, al extremo de amenazar elevarse como globos. Medía la balsa cinco metros de largo por cuatro de ancho, y era ligerísima, aunque acaso resultaba arriesgado emprender con ella la travesía de aquella laguna llena de cocodrilos.

—¡Embarquémonos! —exclamó Hong, ufano con su obra—. Os recomiendo que vigiléis atentos para impedir que se acerquen esos monstruos, que pueden hacernos naufragar de un coletazo. Mis municiones están secas. Repartámoslas para poder hacer todos fuego.

—¿Y dónde vamos?

—Dejémonos llevar de la corriente hacia el Sur; así nos alejaremos de Pandaras y sus secuaces.

—¡Vayámonos! Estoy harto de laguna y de islote —dijo el malayo.

Embarcáronse todos, e impulsada por la corriente la balsa comenzó a moverse con rapidez y con un leve balanceo de babor a estribor.

CAPÍTULO XIX. UNA DEGOLLINA EN MEDIO DE LA SELVA

La extraña balsa ideada por el emprendedor chino marchaba bien, pero sufría peligrosas ondulaciones, a causa de su excesiva ligereza, al solo choque de la corriente o al menor movimiento de los pasajeros; el encuentro con un banco de arena o con un cocodrilo sería suficiente para romperla; tan frágil era. No obstante, todos tenían confianza en atravesar felizmente la laguna.

Agrupados en el centro, con los fusiles preparados para defenderse de los saurios, estudiaban el modo de mantener una inmovilidad casi absoluta, porque las cañas, aun auxiliadas por las vejigas, les obligaban a tener constantemente los pies bajo el agua. La corriente era ya lenta; se hallaban a unos tres kilómetros del islote, cuyas cañas se distinguían apenas, y las estrellas comenzaban a palidecer, tiñéndose de arrebol el cielo.

—Quizá el mayor peligro ha pasado ya —dijo Hong—. Ha sido una gran suerte que los cocodrilos no se hayan atrevido a atacarnos.

—Habrán tenido miedo; como los escarmentamos antes... —opinó Pram-Li.

—No hubiera dado una partícula de opio por mi piel, a pesar de apreciarla tanto, si nos atacan. Vale más que nos hayan dejado tranquilos.

—¡Ya lo creo!... Me estremezco toda al pensarlo —añadió Than-Kiu—. No hubiera podido soportar una segunda prueba como la de esta noche.

—Ni mujer alguna hubiera podido resistir tanto, yo te lo afirmo. Sólo la hermana de un héroe podía sostener tan ímproba lucha.

—Esperemos que sea la última.

—Con los cocodrilos, tal vez; pero con los hombres, no. Tendremos que afrontar muchos peligros antes de salvar al hombre que has amado.

—Los afrontaré, Hong.

—¿Continúas resuelta?

—Siempre; si tú me ayudas.

—Sabes que te pertenezco en cuerpo y alma.

—Lo sé y te lo agradezco; tengo ya contigo dos deudas, acaso más grandes...

—Prosigue.

—Que la que contraje con Romero.

—Acaso exageras.

—No, Hong; nada te dije esta noche, cuando por salvarme afrontabas la más horrible muerte; pero *Flor de las Perlas* esperaba poder probarte en alguna ocasión su reconocimiento.

—¡Explícate, mujer!

—No ha llegado el momento; pero ya me comprendes.

—No me atrevo a entenderte; podría crearme una esperanza falaz, y caer en la desilusión horrible que tú has padecido.

—No, no; no destruiré un hermoso sueño, como hizo Romero. Las chinas somos generosas, y...

Un choque repentino que hizo cabecear bruscamente la balsa echando uno sobre otro a los cuatro, cortó la palabra a la joven.

—¡Por Fo y Confucio!... ¿Qué ha sucedido?... ¡Otro golpe como éste y zozobramos!

—¿Habrá sido un cocodrilo? —dijo Sheu-Kin.

—No he visto ninguno —afirmó el malayo—. El agua está en calma alrededor.

Ambos se arrastraron con precaución, y metieron los brazos en el agua.

—Hay cañas bajo nosotros —dijo el chino.

—¿Estaremos sobre algún islote sumergido? —preguntó Hong.

—Así lo creo —afirmó Pram-Li.

—Evitemos los choques, pues no respondo de la solidez de la embarcación.

—¡Y tengamos ojo con aquel comedor de hombres! ¿Lo veis? Parece que tiene la intención de acercarse a visitarnos.

A veinte brazas de la embarcación apareció, en efecto, la cabeza de un saurio mostrando sus formidables dientes; sumergióse pronto, pero ya todos le habían visto.

—Ese monstruo es más temible que el choque con otro islote. ¡Qué no nos han de dejar un momento tranquilo esos maldecidos!... Se diría que han jurado nuestra perdición, o que están aliados con ese tunante de Pandaras.

—¡Aguardemos a que muestre las fauces y matémoslo! —sugirió el malayo.

—No; prefiero darle con el sable; la detonación podría vendernos.

—¿Continúas temiendo a Pandaras?

—Sí. Ese hombre debe de ser muy tenaz.

—Creo que tienes razón —observó Sheu-Kin.

—¿Todavía gritos?

—¡Y disparos!...

Con efecto, hacia el Sur y de la selva llegaban aullidos agudos y detonaciones como si se hubiera empeñado ruda lucha en algún islote o en la orilla de la laguna. El estruendo duró un cuarto de hora en espantoso crescendo; luego los tiros se hicieron más raros, y los gritos perdiéronse a lo lejos.

—¡Condenado país!... —exclamó el chino—. Las aguas infestadas de cocodrilos, y los bosques de hombres cuyo único deseo parece ser el de exterminarse.

—¿Crees que se trate de un combate entre salvajes?

—No. ¿Y esos tiros? Más bien creo que Pandaras, por seguimos a todo trance, haya sido atacado por los indígenas.

—Entonces, habría que suponer que no nos cree muertos.

—Así lo creo. Habrá supuesto que conseguimos salvamos.

—Tenemos, pues, la probabilidad de encontrarlo.

—Quizá, fijándose en la dirección de la corriente, se apresuró a aguardarnos, corriéndose con sus hombres a la orilla Sur de la laguna.

—¿Qué piensas hacer, entonces?... ¿No es posible desviarnos...?

—Carecemos de remos, Than-Kiu. Todo lo que podemos hacer es dejarnos llevar.

—¡Qué hombre más vengativo ese Pandaras! —exclamó Sheu-Kin.

—No sería malayo si no fuese tenaz en su odio. ¿Y el cocodrilo que nos seguía, Pram-Li?...

—Ha desaparecido; tal vez se asustó por los gritos y los disparos... ¡Ah!

—¿Qué es eso?... ¿Vuelve?...

—No; es que comienzo a ver una línea negra, que calculo es la margen de una selva.

—Es verdad —corroboró Sheu-Kin—. Veo la orilla del pantano.

—Pronto lo sabremos, porque va a amanecer.

Las aves acuáticas comenzaban a despertarse, apareciendo en grandes bandadas para principiar su pesca. Las estrellas habían palidecido mucho y una claridad nebulosa se extendía por el cielo. Hong, que no separaba los ojos del punto oscuro, que cada vez se destacaba más en el horizonte, se convenció muy pronto de que sus amigos no se habían engañado. Veíase una costa algo baja, interrumpida por grupos de árboles, y, habiendo aumentado la rapidez de la corriente, podían llegar en un par de horas.

A las cinco, el sol surgió bruscamente, iluminando de una vez toda la laguna. Innumerables volátiles aparecieron por todas partes. Hong y sus compañeros pusieron en pie para abarcar mayor horizonte. No se veía embarcación alguna; pero la costa estaba allí, a poca distancia.

—Parece que los piratas han desaparecido —dijo el jefe del *Lirio de Agua* respirando—. ¿Ves algo tú, malayo, que tienes mejor vista que nosotros?

—Absolutamente nada.

—Examina bien la costa.

—Sólo veo árboles.

—Dentro de una hora estaremos en tierra —observó Sheu-Kin—. La corriente aumenta en rapidez por momentos.

—¡Si tendrá la laguna alguna salida hacia la costa!... dijo Than-Kiu.

—¿A algún río o algún canal? Puede ser... ¡Oh!

—¿Chocamos?

La balsa había chocado con algo; giró dos veces sobre sí misma y se detuvo. Pram-Li observó que el agua no tenía más que veinte centímetros de profundidad.

—Aquí acabó nuestra navegación. Hay que abandonar la balsa y seguir a la costa con agua a la rodilla.

—¿No se tratará de algún banco de arena? —exclamó Hong.

—No, no —afirmó el malayo, que se había puesto en pie—; veo por todas partes plantas acuáticas, lo que indica que este fondo se extiende hasta la orilla.

—Cargad con las armas y las municiones, y yo transportaré a Than-Kiu.

—Puedo ir yo por mi pie, Hong.

—No; soy fuerte, y pesas como una pluma para mí —insistió el chino—. No me cansaré. ¡Ven!

La cogió en sus brazos, y con el pie en el agua tanteó el fondo.

Abandonaron la balsa, que había encallado, y se pusieron a vadear aquel trozo de dos o tres millas que les separaba de

la costa.

La travesía de aquel bajo fondo realizóse con facilidad, y una hora después los fugitivos reposaban tranquilamente bajo la sombra de los primeros árboles de la selva.

El primer cuidado de Hong fue el de poner a secar las municiones, para poder hacer uso de ellas cuando llegara la ocasión. Sheu-Kin y Pram-Li internáronse en el bosque, a guisa de exploradores y para coger fruta, pues no habían comido desde el día anterior y habían perdido todas sus provisiones a causa de la inundación.

Al principio sólo vieron algunas especies de palmeras; después de un rato lograron descubrir un *pombo*, enorme planta que produce naranjas grandes como la cabeza de un niño y a las que los malayos llaman *buá kdarigsa*; y poco más allá un palmito-col que produce una legumbre colosal de tallo de cerca de un metro y de recio como el muslo de un hombre, que contiene una pulpa blanca algo dulce y de sabor parecido al de las almendras.

Los dos fieles compañeros de Than-Kiu, recogidas sus provisiones, volvían hacia la orilla de la laguna, cuando, al pasar cerca de un macizo de bananas silvestres, hallaron en el suelo varias lanzas rotas y bolos y *kriss* arrojados por inservibles.

—Aquí ha habido lucha —dijo el malayo parándose.

—Y reciente —corroboró Sheu-Kin, que estaba examinando el terreno—. Veo sangre en la hierba y en las hojas.

—¿Será el que hemos oído esta madrugada? Los tiros y los gritos llegaban de esta parte.

—Veamos: si hay sangre, habrá también algún cadáver.

Apartaron las gigantescas hojas de los bananos y penetraron entre los árboles, deteniéndose a los pocos pasos. De sus

gargantas surgieron dos gritos de horror simultáneos. Ante ellos, en una especie de plazoleta, había quince o veinte cadáveres confusamente amontonados, y todos sin cabeza. Casi todos estaban cubiertos de espantosas heridas, causadas, al parecer, por bolos y *kampilangs*, pero sin tener casi manchas de sangre.

Alrededor de aquellos míseros cadáveres se veían armas quebradas: algunos fusiles despedazados, lanzas despuntadas; cartuchos, trozos de tela, césped y hojas pisoteadas y manchadas, y algo más lejos dos cuerpos más, con cabeza. Perteneían a hombres de pequeña estatura y cutis más obscuro que el de los otros.

—Aquí ha habido una verdadera degollina —exclamó Sheu-Kin palideciendo—. ¿Quiénes serán estos desgraciados?

—¿Quiénes? —repitió el malayo, que había levantado y examinado algunos—. ¿Quieres saberlo? Pues éstos eran de los piratas de Pandaras.

—¿De Pandaras?

—Sí; he conocido uno, el que llevaba siempre a la cintura una faja de seda azul. Era el timonel del *parao*. Estoy seguro de no equivocarme. ¡Toma!...

Y aquel otro que está más allá, con la rodilla encogida sobre el vientre y que conserva aún la cartuchera, lo he visto también en el *parao*. Era uno de los malayos que formaban la guardia de honor del pirata.

—¿Y a Pandaras no lo ves?

—Le busco, pero no lo encuentro.

—¿Se habrá librado de la degollina?

—Lo supongo.

—Entonces, puede que se halle todavía en estas inmediaciones.

—Es lo más probable, y creo que haremos bien en largarnos de aquí.

—¿Quiénes pueden ser los asaltantes?

—Pues los igorotes. Esos dos negros que conservan sus cabezas son igorotes, nombre de los salvajes que habitan la parte interior de esta isla.

—¿Ésos son los feroces cazadores de cabezas?

—Sí, amigo; hay algunas de estas tribus que coleccionan cráneos.

—Entonces conviene huir, para que no nos decapiten también a nosotros.

—Así me parece. Opino que liaremos bien alejándonos lo más pronto posible de esta maldita laguna. Apresurémonos a reunimos con nuestros compañeros para huir.

Salieron del bosquecillo vivamente alarmados, temiendo ya que durante su ausencia los salvajes hubieran atacado y decapitado también a sus compañeros; y después de asegurarse de que no eran seguidos, dirigiéronse muy ligeros hacia la laguna. Un suspiro de satisfacción salió del pecho de cada uno al ver a Hong y Than-Kiu tranquilamente tendidos bajo la sombra de los árboles y charlando animados y descuidados. Apenas llegaron, el malayo se apresuró a darles cuenta de su descubrimiento, demostrándoles el gran peligro que corrían si permanecían en aquellos sitios.

—¡Condenado país! —exclamó Hong—. ¡Apenas acabamos de salvarnos de ser despedazados por los cocodrilos, y ya corremos el riesgo de que nos decapiten!... Pero ¿es que no se va a poder descansar un momento en esta isla?... ¡Gracias a que tenemos buenas piernas y podremos poner pies en

polvorosa antes de que esos feroces salvajes nos sorprendan!

—¿Y Pandaras ha conseguido huir? —preguntó Than-Kiu.

—Comienzo a creer que ese bergante, causa todos nuestros males, no nos dará más que hacer. Si ha perdido sus hombres, se habrá apresurado correr hasta llegar al Bacat. ¡Ea!... Comamos un bocado y marchemos en busca de algún refugio que nos permita dormir tranquilos veinticuatro horas de un tirón.

—Y comer un buen asado. Un pedazo de oso o de babirusa no vendría mal.

—No nos faltará salvajina, Pram-Li —repuso Hong.

Devoraron su parca colación; dividiéronse las municiones secadas al sol y orientándose por medio de la brújula y del mapa que llevaba Hong cerrados en una cajita de hojadelata absolutamente impermeable, se pusieron en camino costeano la inmensa laguna, que parecía convertida en pantano.

Al principio iban por entre las cañas, no atreviéndose a internarse en la selva; mas a las dos o tres kilómetros de marcha, al observar que los árboles crecían muy juntos y con grandes hojas, ofreciendo escondites casi inaccesibles, se atrevieron a cambiar de ruta penetrando en un gigantesco bosque, que padecía no haber sido hollado todavía por planta humana. Quizá, en efecto, ni siquiera los indígenas lo habían atravesado, pues no existía en él ni rastro del más pequeño sendero.

En aquel caos vegetal, entre aquellas inmensas redes de cálamos y lianas de toda especie, crecían uno junto a otro y como mezclando sus raíces los más espléndidos y magníficos árboles de la flora malaya. Acá, tropel de plantas de pimienta, ora serpenteando por el suelo, ya pendientes como festones de los troncos más añosos y gruesos; allá carga de racimos de hermoso color coralino o pardo obscuro, según su

grado de madurez; en un lado, entre un montón de monstruosas raíces, alzábanse los macizos troncos de los enormes alcanforeros que no miden menos de cinco metros de circunferencia; y más lejos, entre bananos silvestres y beteles de gigantescas hojas, alzábanse grupos de sagúes que contienen la preciosa fécula con la cual se hace un pan excelente, y grupos de una clase especial de pinos de cuyas cortezas, haciendo en ellas una incisión, destila una sustancia olorosa muy buscada y que se denomina benjuí; y en otras partes grandes palmeras y suculentos palmitos, sándalos, ébanos, tecas, mangos, cuya exquisita fruta se deshace en la boca, y número infinito de naranjos, de frutos más o menos jugosos y deliciosos, pero impregnados del agradable sabor de la trementina.

Entre esa hojarasca de tamaño enorme en general y por las lianas, soberbias aves gorjeaban ruidosamente y en plena seguridad. Veíanse faisanes de pluma dorada, grandes augang o pájaros rinocerontes, así llamados por crecerles en el pico una excrecencia córnea que les da extraño aspecto; palomas coronadas, vestidas de azul y oro; magníficos epimacus de aterciopeladas plumas de reflejos bronceos; vecinnurus reales, del tamaño de tordos y hermosos sobre toda ponderación, y otras cien clases de preciosas aves que, al volar, presentaban todos los colores del iris y todos los matices imaginables.

Hong, Than-Kiu, Sheu-Kin, y hasta el mismo Pram-Li, aunque acostumbrado a recorrer las selvas de la Malasia, parábanse a cada instante para admirar tan soberbio espectáculo formado por aquellos magníficos árboles y sus graciosos y espléndidos habitantes, olvidándose del peligro que les amenazaba y que les había obligado a abandonar precipitadamente la orilla de la laguna.

De pronto vibró en los aires un grito extraño, que no podía saberse si había sido lanzado por algún ser humano o por cualquier animal desconocido, y al oírle substrajéronse al encanto de su contemplación.

Hong, que, como de costumbre, abría la marcha, se detuvo, preparando apresuradamente su carabina y echando una mirada inquieta en torno suyo.

—¿Una señal? —preguntó alarmada la joven.

—Lo ignoro —contestó el chino, que no parecía más tranquilo que ella.

—Nunca oí a ningún animal lanzar un grito semejante —observó el malayo.

—Entonces, es que alguien nos espía.

—Me lo temo, Hong.

—Pongámonos tras el tronco de este colosal alcanforero, y preparad las armas, prontos a hacer fuego en cuanto yo os lo mande.

SEGUNDA PARTE. LOS CAZADORES DE CABEZAS

CAPÍTULO I. LA MUERTE DE PANDARAS

Pasaron dos minutos de angustiosa expectativa.

Aquel grito no tuvo repetición; reinaba el más profundo silencio en la selva. Hasta las palomas, los faisanes, los calaos de mandíbulas de sierra y los papagayos, eternos parlanchines, habían suspendido arrullos, gorjeos y cánticos, como si los hubiera asustado, lo mismo que a los hombres, aquella imprevista señal de alarma, o lo que fuere.

Los cuatro fugitivos, inmóviles tras el inmenso tronco del alcanforero y con las carabinas preparadas para hacer fuego, espiaban los alrededores, tratando de penetrar con los ojos a través de las inmensas hojas de los plátanos, beteles y sagúes.

—¡No podemos permanecer aquí quietos como estatuas! —dijo Hong—. ¡Sea lo que fuere lo que haya de suceder, busquemos al autor de aquel grito que me pareció una señal!

—¿Salió de por acá? —preguntó Than-Kiu.

—Lo ignoro; por más que me desojo, no veo hombres ni animales por ninguna parte.

—¿No habrá querido asustarnos algún salvaje?

—Es posible; y por eso quiero salir de aquí antes de que se reúna con sus compañeros para atacarnos.

—¡Ten cuidado, Hong! —advirtió el malayo—. En esta isla conocen el uso de la cerbatana y el jugo venenoso de la uva lupina. Una flecha se envía pronto a su destino, especialmente entre tantas plantas que pueden ocultar al

enemigo.

—¡Abriremos bien los ojos!

—¡Sobre todo los oídos! ¡Al primer silbido que oigáis, echaos todos al suelo!

—Seguiremos tu prudente consejo, Pram-Li; pero vamos adelante.

—Deberíamos explorar antes los alrededores. Supongo que el que lanzó la señal no se habrá escondido bajo tierra.

—Quizá tengas razón. Sheu-Kin. Antes de exponer a Than-Kiu a recibir una flecha mortal, conviene explorar estos contornos. Yo me encargo de este bosquecillo de la derecha; tú y Pram-Li registrad el de la izquierda, y tú, muchacha, no abandones este tronco protector.

—¡Cómo! ¿He de permanecer inactiva?

—Tu misión es muy importante; tienes que guardarnos las espaldas.

Los tres hombres se habían alejado apenas unos cuantos pasos, cuando al volverse Than-Kiu vio aparecer cautamente por entre las hojas de un plátano silvestre, a unos veinticinco metros de distancia, una cabeza y el cañón de un fusil que le apuntaba. Fue tal su estupor al reconocer al hombre que iba a disparar sobre ella, que permaneció inmóvil, sin pensar en huir ni en defenderse. Un grito de terror se le escapó:

—¡Pandaras!

Hong oyó la exclamación, y dando un salto extraordinario, que habría envidiado un tigre, se lanzó ante la joven para servirle de escudo con su cuerpo, mientras, echándose la carabina a la cara, rugió:

—¡Ah, perro! ¡Por fin!

El jefe de los piratas no le dio tiempo a disparar. Se oyó una detonación, y el intrépido chino dobló una rodilla y se le escapó el arma de la mano.

Sheu-Kin y Pram-Li se volvieron a punto para ver caer al chino y huir al pirata. Ávidos de venganza, no pensaron en el herido, al cual ya auxiliaba Than-Kiu, y se lanzaron tras el asesino, que huía abriéndose vigorosamente paso por entre los bejucos y ramas entrelazadas.

—¡Alto!, imiserable! —gritaban—. ¡Alto, o hacemos fuego!

En vez de obedecer, Pandaras redoblaba la velocidad. De repente se le vio vacilar, caer y alzarse súbitamente a tres metros del suelo, al extremo de una especie de cilindro grueso como el muslo de un hombre robusto y que le envolvía cual gigantesca espiral. Un aullido terrible, un grito de agonía, se escapó de los labios del traidor: sus facciones expresaban en aquel instante un terror indescriptible; sus ojos parecían que iban a saltar de las órbitas. El malayo sujetó al chino, que iba a lanzarse sobre el asesino, y le dijo:

—¡Alto, si estimas en algo tu vida!

—¡Es nuestro! ¡Suelta! ¡Cojámosle antes de que vuelva a emprender la huida, y...!

Helósele la frase en los labios: no se había dado aún cuenta de que un enemigo más terrible que ellos dos se había apoderado del pirata. Un crótalo monstruoso, una serpiente atigrada, de cinco metros de largo, con la que quizás había tropezado el fugitivo, se había erguido repentinamente y enlazado con la rapidez del rayo entre sus horribles anillos al desdichado, que, sintiéndose ahogar y triturar los huesos, olvidando que el chino y el malayo le seguían para vengar a Hong, tendía hacia ellos el brazo que tenía libre, murmurando con desesperación:

—¡Socorro! ¡Socorro!

El malayo, más vengativo, se cruzó de brazos; pero el generoso Sheu-Kin desenvainó su *kampilang* y se precipitó sobre el monstruoso reptil, que continuaba oprimiendo el cuerpo de su víctima y cubriéndola de asquerosa baba.

—¡Llegarás demasiado tarde! —advirtió Pram-Li.

El valiente chino, aun sabiendo a lo que se exponía, se acercó; evitó ser envuelto por la cola del crótalo, que trató de apresarle, y descargó un sablazo desesperado y con toda su fuerza. El reptil, cortado en dos, cayó al suelo, pero sin abandonar su presa y oprimiendo el cuerpo agonizante. Se oyó un crujido horrible de huesos, seguido de ahogado estertor, y hombre y serpiente exhalaban su último aliento en el mismo instante.

Sheu-Kin contempló por algunos instantes el cuerpo de Pandaras, reducido a una informe masa de carne sangrienta, y se apresuró a seguir al malayo, que corría hacia el alcanforero a cuyo pie había caído Hong, al cual, con gran sorpresa y júbilo, vieron en pie, sonriendo a Than-Kiu, que le vendaba el brazo derecho.

—¿Vivo? ¿Estás vivo? —exclamaron.

—Tengo la piel dura, amigos; pero estaré inválido algún tiempo. ¿Verdad, Than-Kiu? ¡Pandaras se apresuró demasiado a disparar!

—¿Tienes el brazo herido?

—Por la bala de ese tunante; y precisamente el derecho, el más importante. No sé con qué clase de balas cargaba su mosquete ese bandido; pero debían de ser muy duras para destrozarme de tal modo el brazo y derribarme. ¡Bah! —añadió encogiéndose de hombros—. ¡Más vale que haya sido a mí que a Than-Kiu, a quien apuntaba al pecho! ¿Qué fue del miserable? ¿Logró escapar?

—Ha perecido.

—¿A vuestras manos?

—No; triturado por una monstruosa serpiente.

—¿Estáis seguros?

—Ha sido reducido a una masa informe.

—¡Quiero verlo! ¡Temo siempre que logre salvarse!

Quiso, en efecto, echar a andar; pero la joven le detuvo.

—Me has salvado la vida, y ahora me toca a mí curarte; te prohíbo, pues, que cometas la menor imprudencia.

—Las piernas están fuertes: sólo se trata de un brazo roto.

—Que mal curado, podría gangrenarse y obligarnos a cortártelo. *Flor de las Perlas* no se consolaría nunca de tener un marido manco.

—¡Ah, Than-Kiu! ¡Repite esas palabras!

—¡Silencio! —ordenó sonriente la joven llevándose el dedo a los labios.

—¿Me amas al fin? ¿Me amas? ¡Dímelo, *Flor de las Perlas*!

—Si lo sabes, ¿para qué quieres que te lo repita?

—¿Y Romero?

—¡No me lo nombres, Hong! —dijo melancólicamente—. ¡Deja dormir esos recuerdos!

Tras una brevísima pausa, esforzándose por sonreír, agregó:

—¡Basta! ¡Soy la enfermera, e impongo al enfermo silencio e inmovilidad!

—¡Un enfermo pronto a sanar desde que sabe que es amado!

—¡Acabemos; voy a curarte!

—¿Y cómo, si falta todo lo necesario? Fájalo bien, y déjalo que se cure por sí solo.

—Y lo perderías. ¡Déjame a mí! Entiendo de curar heridas, y he curado a no pocos combatientes en el campo de la insurrección. Quédate aquí, guardado por Pram-Li, y aguarda a que yo vuelva.

Hizo seña a Sheu-Kin, y volvió hacia atrás por el sendero que siguieron para llegar allí, deteniéndose ante un grupo de bambúes altísimos y de distintos gruesos. De un sablazo cortó uno grueso como el brazo de un hombre, y luego un pedazo de unos veinte centímetros comprendido entre dos nudos, y volvió a partirlo por la mitad.

—Esto se adaptará perfectamente al brazo de Hong —murmuró—. Ahora, Sheu-Kin, súbete a aquel árbol y haz acopio de algodón.

El joven chino trepó silenciosamente por la planta indicada, hermoso árbol silvestre muy abundante en las selvas malayas y que produce notable cantidad de excelente algodón, muy usado por aquellos pobladores, y especialmente por los sumatranos. Recogida una buena cantidad de hebras, volvieron los dos al alcanforero.

—Dame tu brazo ahora, amigo —dijo la joven al herido—. Examinaré la herida, y aplicaré mi aparato.

El chino tendió el brazo a la gentil enfermera, que con mano hábil desató el vendaje provisional colocado en los primeros momentos para contener la hemorragia, y examinó con atención la herida. La bala, muy gruesa indudablemente, había penetrado algunos centímetros bajo el codo, dejando en la carne lacerada huella sangrienta y rompiendo el hueso. Debía de ser la herida muy dolorosa, aunque Hong no parecía

darle importancia, pues continuaba sonriendo. Además de su extremado valor, el jefe del *Lirio de Agua* tenía una voluntad de acero.

—No es nada, ¿verdad? —preguntó.

—No es cosa tan leve como crees; sin embargo, espero que curarás perfectamente.

—Si pierdo el brazo, no me amarás. ¡Prefiero morir!

—¿Te preocupa eso?

—¡Bastante, Than-Kiu!

—¡Loco! ¿Crees tú que *Flor de las Perlas* iba a rechazar a un valiente que ha expuesto su vida por salvar a la mujer a quien tanto ama?

—¡Ah! ¡Me quitas un peso de encima!

—Piensa sólo en curarte, Hong, y no te preocupes de otra cosa por ahora. Te lo aconseja *Flor de las Perlas*.

—¡Gracias, gracias; vas a hacerme morir de júbilo!

—¡Chist! ¡Quieto; no te muevas! Sheu-Kin, ¿has preparado el algodón?

—Sí.

—¡Vamos, pues, a operar!

Con extremada delicadeza juntó los dos pedazos de hueso partido, vendó la herida con aquel algodón, tan sutil y suave como la seda, y luego encerró el brazo entre las dos medias cañas de bambú como en un aparato hecho *ad hoc*, sujetándolo con más algodón y con bejucos.

—¡Está hecho! —dijo.

Hong, que durante la operación no había lanzado la menor queja, aun cuando el frío sudor de su frente indicaba cuánto padecía, miró dulcemente a su amada y exclamó:

—¡Gracias, *Flor de las Perlas*! ¡Jamás lamentaré esta herida, aunque debiera costarme el brazo, puesto que a ella debo la esperanza de la realización de mis sueños de ventura! ¿Es verdad que has olvidado a Romero, Than-Kiu?

—Sí, Hong. Creía que mi pobre corazón no volvería a palpitar por ningún otro hombre y que mi amor no tornaría a florecer; pero veo que me equivoqué. Lo pasado se ha desvanecido poco a poco, como se desvanecen las fantasías de mis compatriotas los fumadores de opio. El sol ha vuelto a iluminar mi corazón, y me parece que una bruma espesa envuelve en mis recuerdos al hombre a quien amé y a la rival que me odiaba. Aún veo alguna vez la imagen de Romero; pero no turba ya la serenidad de mi alma: la contemplo indiferente, y mi corazón no palpita más de prisa. Veo que la herida que hace ocho días sangraba aún va cicatrizándose ahora.

—¿Y crees que no se abrirá de nuevo?

—¡No; jamás, Hong!

—¿Ni aun cuando te halles frente a frente con él?

—¡No, no! Para entonces, el corazón de *Flor de las Perlas* pertenecerá por completo a su intrépido compatriota, al valiente que amó mucho tiempo en silencio, al que la siguió espontáneamente a esta isla y expuso su vida por salvarla.

—Es que Romero también la expuso por ti.

—Cierto; pero amaba ya a otra, y tú me ofreces un corazón exento de todo otro amor.

—¿Me amas, pues? ¿No es el agradecimiento sólo el que...?

—Hong —interrumpió la joven con cierto reproche—. ¡Than-Kiu es sincera y leal!

—¡Perdóname, *Flor de las Perlas*! ¡Te amo tanto, que tengo miedo de todo, y me estremezco ante la sola idea de que me concedas tu mano por agradecimiento o por vengarte de Romero!

—¡No! Te amo, eres valiente y creo que me harás feliz.

—¡Oh, sí! Cuando hayas pagado tu deuda con Romero y le hayamos salvado, te llevaré a nuestro país, a orillas del río Amarillo, que tantas veces has recordado con nostalgia, y en tu casita de techo azul y paredes pintadas, a la sombra de la gran cúpula de piel de lagarto bajo la cual duerme eterno sueño el héroe de los mongoles, tu intrépido hermano, viviremos dichosos. Allí, besada por las auras patrias, lejos de los lugares en que has conocido y amado a Romero, concluirás por creer que todo ha sido una pesadilla, y tornarás a vivir venturosa y alegre.

—Sí, Hong; en el país del Sol lo olvidaré todo, para amar únicamente al hombre que me ha devuelto la vida y la tranquilidad.

—¡Ah, Than-Kiu! ¡Vas a matarme de gozo!

—¡Más te vale vivir! —dijo la joven con adorable sonrisa.

—¡Sí, sí; para hacer feliz a Than-Kiu, la más valiente y hermosa doncella del Celeste Imperio!

—¡Calla! Tienes necesidad de reposo. Acuéstate a la sombra de aquel árbol, y duerme tranquilo: tu prometida te vela.

—¡Te obedezco, adorada mía! ¡De hoy más, Hong sólo cifra su ventura en ser tu esclavo!

CAPÍTULO II. EL ASALTO DE LAS PANTERAS

Than-Kiu y sus compañeros acamparon en la selva, en expectativa de la curación de Hong. Pram-Li y Sheu-Kin, después de haber explorado los alrededores para asegurarse de que no había salvajes, construyeron una cabaña bajo la sombra de un árbol colosal, sirviéndose para ello de ramas gruesas, hojas enormes de plátanos y cuantos materiales les brindaba el bosque; a la choza trasladaron al herido para preservarle del excesivo calor reinante por el día y de la humedad de la noche, que suele ocasionar terribles fiebres.

En tanto que la joven velaba su sueño, los otros salieron en busca de provisiones; escalaron los árboles para coger fruta, y registraron los matorrales para apoderarse de algunos nidos.

Los víveres, pues, abundaban en la cabaña. Los cazadores volvían siempre con aromáticos plátanos, con deliciosos frutos de mangostán, con enormes *duriones* —fruta que tiene olor a ajo machacado, pero exquisita como la mejor crema—, o con sabrosos artocarpos —gruesos como la cabeza de un hombre, y que asados sustituyen el pan—. Tampoco dejaban de llevar babirusas, nidos de papagayos y faisanes, hermosos huevos, y alguna que otra vez una tortuga terrestre.

Doce días habían transcurrido en completa calma, durante los cuales casi se había cicatrizado la herida de Hong y consolidándose el hueso roto, con gran satisfacción del herido, que sufría bastante con aquella forzada inmovilidad, cuando un acontecimiento inesperado vino a turbar la tranquilidad de los acampados en la selva.

Al acercarse Sheu-Kin a cierto lago pantanoso en busca de tortugas, vio un animal que le heló la sangre en las venas. Era corpulento, de metro y medio de largo y ochenta o noventa centímetros de alto, cuello grande y recio, piernas cortas y musculosas, cabeza pequeña y de aspecto feroz, cola de cerca de un metro, piel negra y luciente con manchas opacas. Era una pantera negra; fiera que goza de triste celebridad por ser muy feroz y voraz.

Aunque era valiente, como se ha visto, tuvo miedo al hallarse de improviso tan cerca de aquel formidable adversario; tanto más, cuanto que iba armado solamente con el sable, pues hasta entonces no habían visto por allí fiera alguna. No huyó. Aguardó a pie firme mirando con fijeza a la bestia; desnudó el *kampilang*, dispuesto a vender cara su vida, y permaneció inmóvil, mientras la pantera le miraba, también sin moverse, con sus ojos verdosos y fosforescentes. Hombre y fiera estuvieron examinándose durante varios minutos, y por fin la última se alejó lentamente, volviendo de vez en cuando la cabeza para mirar al primero.

Cuando desapareció de su vista, el mísero chino se enjugó el frío sudor que bañaba su frente, y escapó como alma que lleva el diablo a través de la selva para reunirse con sus compañeros. Había recorrido unos trescientos pasos, cuando oyó el crujido de hojas secas y ramas detrás de sí: creyó al principio que sería alguna babirusa asustada; pero al ver que el ruido continuaba, volvióse, se ocultó tras el tronco de un sagú y empuñó con desesperada resolución el *kampilang*.

La noche se acercaba con rapidez; pero como no era muy espesa aquella parte de la selva, pudo distinguir a unos cincuenta metros un animal corpulento. Volvió a inundarse su frente de sudor, miró tras sí y resolvió cortar el paso a la pantera negra si continuaba avanzando. Porque no se había engañado: era la misma fiera que encontró en el pantano, la cual avanzaba hacia él y se había detenido a unos cincuenta pasos. No iba sola, sino acompañada de otra pantera de igual

tamaño, pero de piel amarillenta, manchas pardas, y blancas las extremidades de las patas.

«Si me siguen —pensó—, es que esas bestias han contado con mi cuerpo para cenar. Así, pues, hay que tratar de ponerse fuera del alcance de sus garras y dientes. ¡Si consigo verme en la cabaña, podré considerarme afortunado!».

Las dos panteras se habían detenido imitando al chino; la parda, que los malayos llaman *hariman-bintang*, se echó en el suelo, sin apartar del hombre sus ojos fosforescentes, en tanto que la negra seguía de pie y azotábase los flancos con la cola, como impaciente. Transcurrieron otros dos minutos, sin que ninguno de los tres se moviera de su sitio; por fin, el hombre, algo tranquilizado al ver la pasividad de las fieras, se resolvió a continuar la retirada, seguro de no estar muy lejos del campamento.

Espió el momento en que menos atentamente parecía ser vigilado, y abandonó el árbol protector deslizándose en un matorral, con la esperanza de burlar a las panteras; pero muy en breve se convenció de que le seguían de nuevo.

Las tinieblas eran espesísimas: apretó el paso sin separarse de los árboles, que podían brindarle un escudo llegada la ocasión, y en cuanto se halló cerca de la cabaña corrió dando voces de alarma.

La joven y el malayo, que preparaba la cena, salieron al oír los gritos, temiendo que fuese el chino perseguido por alguna partida de igorotes.

—¿Qué ocurre? —le gritaron al percibir su palidez intensa y la alteración de sus facciones.

—¡Las panteras! —repuso con trémula voz—. ¡Pronto, preparad los fusiles! ¡Me siguen!

—¿Dónde están esas panteras? —preguntó la joven, que no veía nada.

—¡Me han seguido dos kilómetros a la distancia de cincuenta pasos! ¡Hace medio minuto me seguían todavía!

—¡No veo nada!

—Yo tampoco las veo —añadió el malayo.

—¡Os digo que me han seguido hasta aquí!

—¿Cuántas eran?

—¡Dos!

—¿Y no te han atacado?

—¡No; pero no me han dejado un instante!

—¿Quién habla de panteras? —dijo Hong, que al ver al malayo salir afuera con las carabinas se había incorporado, no queriendo permanecer inactivo en caso de peligro, aunque imposibilitado de hacer uso del brazo derecho.

—Parece que estamos espiados por dos panteras que han seguido a Sheu-Kin hasta ahí cerca.

—¡Mala vecindad, amigos! Son más peligrosas que los tigres. ¿Eran dos?

—Sí, Hong, una negra y otra parda.

—¡Imposible! —afirmó Than-Kiu—. O serían las dos negras, o amarillentas las dos.

—No; Sheu-Kin no puede haberse engañado. Las panteras negras no forman una verdadera especie; son resultado de un cruce, y suelen verse apareadas con alguna parda. Sea lo que fuere, tan temibles son las unas como las otras, pues no temen al hombre ni aun armado. ¡Hay que estar muy en guardia!

—¿Crees que se habrán escondido en estos alrededores, Hong?

—Sí; buscando el momento propicio para asaltarnos. ¿No te parece, Pram-Li?

—Así lo creo. Son pacientes y astutas, y no desperdiciarán la ocasión de apoderarse de alguno de nosotros.

—Si las tinieblas no fueran tan densas, podríamos obligarlas a huir; pero con esta oscuridad es imposible intentar nada —dijo Than-Kiu.

—Podríamos tenderles un lazo —dijo el malayo.

—¿Cómo?

—Si han visto la cabaña, estoy seguro de que dentro de un par de horas vendrán a rondarla para tratar de introducirse en ella, pues son audaces en extremo. En vez de dormir, pongámonos en acecho, y larguémosles una buena descarga.

—¿Y dónde hemos de escondernos?

—Hagamos un agujero; metámonos en él, cubriendo la boca con gruesas ramas, y aguardemos.

—Pero ¿acudirán?

—Conozco un medio infalible para atraerlas.

—¡Entonces, manos a la obra! ¡Dentro de una hora saldrá la luna, y podréis hacer fuego con la certeza de no marrar!

—Ayúdame, Sheu-Kin; la obra será larga, porque carecemos de picos y azadones.

Escogieron un lugar a cincuenta pasos de la cabaña, entre dos arecas que con sus desmesuradas hojas proyectaban espesa sombra en el suelo, y se pusieron con los sables a escarbar, logrando después de una hora larga, y con la ayuda

de Than-Kiu, abrir un hoyo capaz de contener dos hombres. Pram-Li, después de dar sus instrucciones a Sheu-Kin, metióse en el agujero con la joven, que era la mejor tiradora de los tres, pues rivalizaba con el mismo Hong.

El joven chino se apresuró a cubrirlos con ramas de árboles muy gruesas, previamente preparadas y dispuestas para preservarlos contra un ataque repentino de las fieras, y cerca del hoyo, sobre un montón de ramas secas, echó una buena cantidad de grasa de tortuga.

—Este olor bastará para atraerlas. Vosotros encerraos en la cabaña, y no salgáis mientras no oigáis que pedimos socorro. ¡No hay que cometer la menor imprudencia con esos animalitos!

—¿Y yo tengo que permanecer en actitud pasiva? —exclamó Hong melancólicamente.

—¡Ya tendrás ocasión de desquitarte, mi pobre amigo!

—¡Así lo espero! ¡Buenas noches, amada mía, y que Buda te proteja!

Los dos chinos volvieron a la cabaña, y cerrando tras ellos la puerta con gran cuidado la atrancaron, mientras el malayo y la joven en la fosa escudriñaban la selva, con el dedo en el gatillo de las carabinas.

A la charla ensordecedora de los papagayos y a los gritos discordes de los monos había sucedido profundo silencio: sólo de vez en cuando el caer de algún fruto maduro o de alguna rama seca sobre las hojas hacía estremecerse a los cazadores en acecho.

Muy en breve extraños y misteriosos rumores rompieron bruscamente el pavoroso silencio. Oíanse suspiros ahogados, cual si vagase por la selva algún ánima en pena; crujidos bruscos de hojas y ramas; silbidos estridentes y aullidos de terror. Luego volvía a restablecerse la calma durante pocos

minutos y a oírse nuevos crujidos, como si alguien se abriera paso a la fuerza por entre espesos matorrales: este rumor era el que predominaba, escuchándose también el batir de alas y algún maullido de gato montés.

El malayo y la joven, arrodillados uno junto a otro, con el rostro protegido por las ramas que cubrían la boca del agujero y sin poder cambiar de postura, acechaban con ansiedad los alrededores. Parecía que, no obstante el olor de la grasa de tortuga quemada, las dos fieras no tenían prisa por mostrarse. De pronto, el oído agudísimo del malayo percibió un rumor ahogado.

—¡Ya llegan! —murmuró.

—¿Las panteras?

—¡Sí!

—¡No oigo nada!

—Las *hariman* no tienen la voz fuerte como los tigres, y a treinta pasos no se las oye.

—¿Las ves?

—Todavía no.

—¿Asaltarán primero la cabaña?

—El olor de la grasa quemada las hará venir; ¡no temas! Te recomiendo que no dispires sino sobre seguro, pues, si erramos los tiros, se arrojarán furiosas sobre nosotros y harán todo lo posible por remover las ramas y agarrarnos.

—¿Son, pues, muy terribles las panteras?

—Son más audaces y animosas que los tigres. Casi nunca huyen, y menos si las amenazan. En Java he asistido muchas veces a las luchas que los rajás hacen sostener a sus lanceros con las panteras para aguerrirlos, y vi muchas de

ellas atacar denodadamente una vez y otra a doscientos hombres armados. Tienen el salto más rápido y poderoso que los tigres, y por eso son más peligrosas. ¡Chist! ¿Oyes?

Una nota breve, baja, que parecía un mugido, llegó a ellos de la parte de la cabaña. Than-Kiu volvió el rostro, encajándolo en una de las aberturas para mirar atentamente en aquella dirección. La sombra proyectada por las desmesuradas hojas de los árboles le impedía distinguir nada a pocos pasos. La luna no había aparecido todavía.

—Con esta oscuridad, no será fácil herirlas.

—¡Descuida; se acercarán! ¿Has oído romper una rama?

—Sí.

—¡Se aproximan!

—¡Estoy dispuesta a recibirlas!

—¡Calla! ¡Otra rama rota!

—¡Y las hojas se agitan ante nosotros!

—¿Se preparan a asaltarnos por dos partes a la vez?

—murmuró con inquietud el malayo.

—No importa, Pram-Li; cuídate tú de la que se ha oído por cerca de la cabaña, y yo me cuidaré de la otra.

Otro grito gutural resonó más cerca; luego vieron una masa que salía de un matorral, a treinta o cuarenta pasos. El malayo se estremeció.

—¡La pantera negra! —dijo.

—La veo perfectamente, y estoy apuntándola. ¿Ves la otra?

—¡Todavía no!

—¡Atendamos, pues, a ésta por lo pronto!

El animal se había detenido junto al matorral, con el cual se confundía; pero se veían brillar sus verdes ojos, fijos en las ramas y hojas que cubrían el hoyo abierto por los aventureros. Sin duda, la fiera había olido la carne humana, y trataba de distinguirlos para atacar. La joven pasó por entre las ramas el cañón de la carabina, procurando no hacer ruido, y apuntó a la pantera, tratando de sujetar sus nervios.

Iba a disparar, cuando sintió caer una pesada masa sobre las ramas que cubrían la boca del hoyo. Pram-Li la obligó a agacharse dando un grito.

—¿Qué es eso?

—¡Qué ha caído sobre nosotros la pantera parda! ¡No te incorpores, o estás perdida!

En efecto, la *hariman-bintang* había saltado sobre ellos, creyendo apoderarse fácilmente y por sorpresa de los cazadores; pero se halló con un enrejado de troncos y ramas que le impedía el paso. Furiosa por haber fracasado en su intento, metió las garras para coger la cabeza de los cazadores, y, al verse otra vez engañada, comenzó a remover el obstáculo con furor creciente.

En aquel instante llegó una detonación de la parte de la cabaña; pero la pantera prosiguió impávida su tarea. Pram-Li y Than-Kiu no perdieron la serenidad. Pasado el primer instante de terror, apuntaron a lo alto. El animal cogió uno de los cañones con los dientes, tratando de romperlo, y los dos tiros partieron casi simultáneos, destrozándole la cabeza y haciéndola caer ante el hoyo.

—¿Está muerta? —gritaron Hong y Sheu-Kin.

La joven apartó ramas y miró al sitio en que había quedado la pantera negra, la cual, asustada quizá por las detonaciones y la muerte de su compañera, no se dejaba ver.

—Creo que no volverá a importunarnos más. ¡Salgamos de aquí!

Apartaron las ramas, y auxiliándose mutuamente salieron del hoyo, encontrando a Hong y Sheu-Kin que acudían en su ayuda.

CAPÍTULO III. LA PANTERA NEGRA

La pantera estaba bien muerta; una bala le entró por la boca y le destrozó el cráneo; la otra le hirió una pata y le penetró en el pecho. Era un espléndido animal, de treinta a treinta y cinco kilogramos de peso, de pelaje sedoso y brillante, y dotado de potentes uñas de cinco a seis centímetros de largo.

Hong, una vez convencido de su muerte, la arrastró hacia la cabaña cogiéndola por la cola, para despellejarla y ofrecer su piel como alfombra magnífica a su prometida.

—¿Crees que pasaremos la noche tranquilos? —preguntó a Pram-Li.

—Creo que no se atreverá a atacarnos, pues, aunque son muy audaces, se habrá dado cuenta de que no somos hombres que nos dejamos devorar como pollos o monos inofensivos.

—Apoya la cabeza en esta almohada —dijo Hong a su novia indicándole el cadáver de la pantera—. Estarás más cómoda que sobre las hojas.

—La aprovecharé: es una almohada que me ha costado no poca fatiga y emoción.

—Te creo; son animales temibles y estoy seguro de que ninguna mujer se hubiera atrevido a arrostrar una lucha con semejante fiera. Te lo afirmo, y éste es el mejor elogio que puede hacerse de tu valor: ¡eres digna hermana del héroe mongólico!

Cerraron la puerta atrancándola, examinaron las paredes

para ver si las ramas estaban bien unidas y se echaron sobre sus lechos de hojas, teniendo al alcance de las manos carabinas y sables. Llevarían descansando un par de horas, cuando el malayo, que dormía siempre con un ojo abierto, como suele decirse, se despertó al oír un gruñido que parecía bajar del techo.

Sorprendido en alto grado, se sentó y oyó un ruido como si alguien arañase el techo de la cabaña.

—¿Qué puede ser eso? ¡Cómo no haya saltado algún mono!

Escuchó unos momentos más, pero ese ruido había cesado.

—¡Bah! ¡Indudablemente, se trata de algún mono!

Cerró los ojos, disponiéndose a reanudar su sueño; pero, a vueltas con el suceso que le había despertado, se le ocurrió la idea de que podía ser la pantera negra o algún gato de algalia, animales ágiles que pueden trepar casi sin ruido a los árboles más altos.

La alarma le impidió dormir, lo cual fue gran suerte, pues no tardó en cerciorarse de que alguien trataba de apartar las ramas del techo como para abrirse paso. Se levantó, y con el cañón de la carabina tocó arriba para asustar al que seguía creyendo que era un mono. El ruido cesó, y le pareció oír que saltaban al suelo, haciendo crujir las hojas del matorral próximo a la cabaña.

—¡Se fue! ¡Vaya una idea la de venir a dormir sobre nuestro techo!

Volvió a acostarse, y esta vez se quedó dormido. ¿Cuánto duró su sueño? No hubiera podido decirlo. Le despertó un grito de Sheu-Kin, que se había incorporado. Abrió los ojos, y su mirada se encontró con otros ojos que brillaban como dos puntos fosforescentes en un ángulo de la cabaña.

—¡Por Alá! —exclamó con voz entrecortada.

—¡La pantera! —gritó el chino—. ¡Está abriéndose paso por la pared! ¡Hong, Than-Kiu, alerta!

Los dos novios se despertaron sobresaltados a los gritos de sus compañeros; levantáronse aturdidos, buscando las armas y empuñando los *kampilangs*, que fue lo primero que hallaron y que, por otra parte, eran las armas más a propósito para usarlas en aquel recinto estrecho.

—¡Aquí! ¡En este ángulo! —gritaron Sheu-Kin y el malayo.

Los cuatro se refugiaron en un rincón de la cabaña, con las espaldas apoyadas en la pared y los sables en las manos. La fiera, entre tanto, había logrado meter la cabeza por la abertura, y con las patas procuraba abrir paso al cuerpo.

—¡No os mováis, amigos! —ordenó Hong, que empuñaba el *kampilang* con la mano izquierda.

—¡Y no tenemos las carabinas!

—Con esta oscuridad poco adelantaríamos, nos mataríamos unos a otros. ¡Estad atentos, y dirigid los sablazos a la cabeza!

La pantera negra, haciendo un esfuerzo supremo, entró en la choza; pero, lejos de lanzarse sobre sus codiciadas presas, se agachó en un rincón. Acaso la vista de aquellos aceros la hizo prudente; quizás esperaba sorprenderlos dormidos, y, al hallarlos despiertos y prontos a la defensa, se desanimó, sin duda.

Hong y sus compañeros, estrechamente unidos con los sables levantados, no perdían de vista los ojos fosforescentes de la fiera, cuyo cuerpo se perdía en las tinieblas.

Transcurrieron algunos instantes, largos como horas para los desdichados, sin que el animal se resolviera a moverse: los miraba y gruñía sordamente, pero sin avanzar. Tal vez la angustia era igual por ambas partes.

¡Esto no puede seguir así! Si la pantera no se decide a acercarse, tendremos que acercarnos nosotros a matarla. ¡Pareceme que tiene más miedo que nosotros!

—Puede ser; pero no se va, Hong.

—Quizá, porque para salir necesita volverse de espaldas, y tendrá miedo de que nos aprovechemos para caer sobre ella. ¡Es más astuta de lo que parece!

—¿Y qué hacemos? —exclamó la joven—. ¡No podemos aguardar al alba en esta posición!

—Pram-Li, mira si con el pie hallas una carabina; pero sé prudente, porque un movimiento de parte nuestra puede provocar el ataque.

El malayo alargó una pierna; pero la fiera desconfió de aquel movimiento, lanzó un gruñido de amenaza y se achicaron los dos puntos luminosos, como si el animal se recogiera para dar el salto. Pram-Li, asustado, volvió a su inmovilidad.

—¡Es imposible; nos atacaría en seguida! —dijo.

—¡Pues bien, salgamos al campo de una vez! —exclamó el jefe del *Lirio del Agua* cortando con un vigoroso sablazo las ramas y hojas de la pared, y saliendo por aquella abertura seguido de sus compañeros.

La pantera permaneció en el interior; pero sus broncos gruñidos anunciaban que a la inquietud sucedía en ella la rabia.

Temiendo que los persiguiera, se apresuraron a correr hasta refugiarse tras el tronco de un sagú.

—¡Por Fo y Confucio! ¡No nos ha seguido! ¿Apostamos a que tiene más miedo que nosotros? ¡Comienzo a creerlo!

—También lo creo yo. Quizá sospeche que ha caído en alguna

trampa.

—O que la aguardamos escondidos a los lados de las aberturas para matarla cuando salga.

—¡Lo siento por nuestras provisiones, que eran abundantes, y que esa bestia devorará!

—¡Calla! ¡Tienes razón, Pram-Li! ¡No había caído en ello! ¡Ah, canalla que nos saquea la despensa! ¡Comprendo el dolor de Pram-Li, que tanto se preocupaba de los víveres!

—¡Sí, burlón! Lo lamento, porque la carne de la pantera es demasiado basta para que pudiera servirnos de adecuada compensación.

—¡Alerta! ¡La pantera va a salir! —exclamó Than-Kiu.

—¡No nos separemos un instante; el que huya es hombre muerto!

La fiera había devorado cuanto halló en la choza: ya estaba harta y se preparaba a salir para volver a su cubil; pero al ver el grupo de sus adversarios se apresuró a retroceder lanzando un sordo rugido. Como no tenía ya hambre, hízose más prudente: su único deseo era irse a hacer una digestión tranquila.

Al contemplar su irresolución cobraron ánimos nuestros amigos, y pensaron en hacerle pagar caro el saqueo de su despensa.

—¡Qué pague su escote con la piel, ya que su carne no es comestible! —dijo Hong.

—¡Es un escote algo caro! —replicó Than-Kiu—. ¡Somos peores que los antropófagos!

—¡Peores o mejores, vamos a decapitar a esa ladrona! Coloquémonos a ambos lados de las aberturas con los sables

levantados, y en cuanto asome la cabeza, iduro con ella! Than-Kiu y yo nos pondremos en la más estrecha, y vosotros en la otra.

—¡Vamos! —dijeron Sheu-Kin y el malayo.

—¡Tratad de que no salga antes de descargar el golpe!

—¡No tengas cuidado, Hong!

Escucharon un instante, y no oyendo rumor alguno, se dividieron las parejas para ocupar cada cual su puesto junto a las paredes exteriores de la cabaña, en acecho a los lados de ambas aberturas.

La pantera, a pesar de sus hábitos batalladores, no se había movido, considerándose quizá más segura en la caseta que fuera. Se la oía gruñir y arañar las paredes como si intentase abrir una nueva salida, en tanto que las dos parejas humanas, aguardaban, sable en mano, a que apareciese. Pasaron algunos minutos de angustiosa expectación.

—¡Por Fo y Confucio! ¿No se decidirá a salir de una vez? La cabaña es nuestra, y si no se apresura a desalojarla, la obligaremos, aunque tengamos que ahumarla.

—¡Ya me parece que va a salir, Hong!

Encorvóse el jefe del *Lirio de Agua*, miró por entre las ramas y sus miradas se cruzaron con las de la fiera. Introdujo rápidamente el sable y tiró una violenta estocada al enemigo, que lanzó un rugido ronco y se precipitó contra la pared dando un zarpazo, con el cual destrozó varias ramas e imprimió fuerte sacudida a toda la cabaña.

—¡Alerta, Than-Kiu!

En aquel instante la fiera, con el pelo erizado y la boca ensangrentada, salió precipitadamente, recibiendo dos formidables sablazos en el lomo; pero no se detuvo y escapó

hacia los árboles. En un momento se la vio caer, levantarse, caer de nuevo y revolcarse furiosamente sobre la hierba y las hojas.

—¡Acudid! ¡Es nuestra! —gritó el chino penetrando de un salto en la cabaña y sacando dos carabinas.

Sheu-Kin y el malayo acudían con los sables; al ver a Hong con las carabinas las cogieron y se lanzaron sobre la pantera, que continuaba revolcándose, y que, viendo llegar a sus adversarios, reunió sus últimas fuerzas para saltar sobre ellos; pero, gravemente herida, no se hallaba en condiciones de continuar la lucha. Entonces comenzó a arrastrarse por el suelo tratando de acercarse. Era ya tarde: sonaron dos detonaciones, y la pantera negra cayó como herida por un rayo.

—¡Por Fo y Confucio! ¿Tendría el diablo en el cuerpo está condenada? ¡Veamos si por fin está bien muerta!

—Sí lo está; y en estado tan deplorable, que no puede pagar lo que se ha tragado, ni siquiera con el pellejo —dijo Sheu-Kin, que se había aproximado a la fiera y la examinaba—. Tiene la cabeza destrozada por nuestras balas, y el cuerpo horriblemente abierto por los sablazos.

—¡Bah! ¡Ya pagó el escote con su vida, y podemos estar satisfechos de haber logrado desembarazarnos de esa ladrona, que se hubiera engullido a cualquiera de nosotros como un bistec! ¡Vaya! ¡A ver si ahora nos dejan terminar tranquilamente la noche!

CAPÍTULO IV. LOS IGORROTOS DE MINDANAO

Quince días después de esta aventura, los chinos y el malayo abandonaron la cabaña para intentar acercarse al lago de Butuán y salvar a Romero y a su novia.

Hong estaba casi curado y, con las debidas precauciones, podía hacer uso de su brazo derecho sin experimentar el menor dolor, gracias al cuidado eficaz de su gentil enfermera. Pram-Li y Sheu-Kin habían acopiado provisiones, consistentes en carne seca de tortuga y unos diez kilogramos de sagú, para hacer pan, con las cuales podrían alimentarse dos semanas. Para transportarlas más fácilmente habíanse construido dos mochilas con pieles de monos y algodón.

Con las dos pieles de pantera había hecho Sheu-Kin una espléndida manta, que protegía a la joven contra la humedad y el frío de la noche y le proporcionaba al mismo tiempo blando techo. Repartieron las municiones, que alcanzaban en total a unos doscientos cartuchos, y pusieron en marcha a través de la selva hacia el este, para llegar cuanto antes a la orilla del Bacat, río que, como se sabe, desemboca en el lago de Butuán.

La selva parecía interminable. Por fortuna, cada vez era menos espesa y dejaba veredas sombrías entre tupidos matorrales y bosquecillos. Abundaban por todas partes plátanos, sagúes, arecas, beteles, ébanos verdes, mangos, teks y palmeras de toda especie, alcanforeros y todas las demás especies de árboles gigantescos ya mencionados en anteriores capítulos, rodeados y abrazados por cálamos y nipas, extrañas plantas cuyas hojas, en forma de vasos que se cierran a la salida del sol y se abren a la puesta de ese astro, destilan durante la noche cierta cantidad de agua

potable, a veces hasta medio litro.

En medio de aquel magnífico mundo vegetal, espléndidas aves daban armonioso concierto, desentonando con sus gritos desacordes los cuadrumanos, que saltaban de árbol en árbol ágilmente para apoderarse de los exquisitos mangostanes y demás frutos, y que al ver a los viajeros les lanzaban feroces aullidos.

La primera jornada transcurrió sin incidentes, y la noche sin alarmas, a excepción de la causada por un disparo de Sheu-Kin, algo después de media noche, contra un animal corpulento que se acercaba al campamento, pero que no volvió.

Al día siguiente continuaron la marcha, y al quinto decidieron reposar durante veinticuatro horas seguidas; tanto más, cuanto que las provisiones, por efecto de la humedad de la noche, se habían echado a perder. Construyeron una tienda en un claro, y mientras Than-Kiu y Sheu-Kin preparaban la cena, Hong y Pram-Li se fueron de caza.

Faltaban dos horas solamente para la puesta del sol, y los cazadores no habían logrado cobrar pieza. Durante su larga expedición habían tenido que matar un *matjang tionghock*, animal muy parecido al tigre, de poco más de medio metro de largo, de pelo fino, suave, amarillento, con manchas castaño oscuras, y gran destructor de volátiles.

De pronto, al apartar el malayo con precaución las hojas de un matorral para penetrar en él vio en la semioscuridad un bulto sospechoso que le hizo retroceder.

—¡Oh, oh! —murmuró—. ¡Creo que hay algún animal montés ahí!

—¿Alguna fiera?

—No puedo decirlo; pero más parece un gran mono que un cuadrúpedo.

—Si se trata de un mono, dejémosle en paz. Ya sabes que a Than-Kiu no le gusta mucho esa clase de carne.

—Tal vez me engañe. ¡Si fuese una babirusa!

—Me alegraría en el alma. ¡Hace tanto tiempo que deseo probar esa carne, que dicen que es tan exquisita!

—¡Deliciosa! —afirmó Pram-Li espiando por entre las ramas—. Pero... ¡calla! ¿Dónde se habrá escondido ese animal? ¡No le veo por ninguna parte!

—Sin embargo, no debe de haber salido del matorral. ¡Mira: se agitan aquellos sarmientos!

—¡Es verdad!

—Cacémosle. Tú haz fuego en esa dirección: yo estaré preparado, y si sale...

Partió el tiro, e inmediatamente oyóse un grito que no parecía de animal, sino de persona.

—¡Por Fo y Confucio! ¿Has oído, Pram-Li?

—Sí —repuso el malayo, cuyo rostro habíase tornado gris, que es la manera de palidecer que tienen los de su raza—. ¿Habré matado a algún pobre habitante de la selva?

—¡Me lo temo! ¡No se oye nada!

—¡Vamos a verlo, Hong!

Abriéronse paso, y con gran estupefacción, entre aquellos vegetales hallaron tendido en el suelo un hombrecillo de un metro a lo más de estatura, salvaje, de piel amulatada, casi negra, con los miembros muy delgados y abultadísimo el vientre. Aquel pobre diablo, que Pram-Li confundió con una babirusa o un cuadrumano, al ver aparecer a los dos cazadores saltó con agilidad sorprendente tratando de huir.

Hong le detuvo cogiéndole por un brazo.

Le examinaron cuidadosamente sin hallar en él traza de herida alguna.

—Se ha tirado de miedo al suelo —dijo el malayo.

—Así lo creo: tal vez nos ha tomado por cazadores de cabezas. ¿Qué crees que sea, Pram-Li?

—Pues sencillamente, un igorroto.

No se engañaba el malayo. Las facciones de aquel salvaje, que, ya tranquilizado, no trataba de huir, eran las de un igorroto; tenía el cabello lanudo, la nariz corta y ancha, la boca grande, los labios gruesos, pero sin ser hinchados como los de los negros, los ojos horizontales, con la pupila amarillenta y la expresión vivaz, y curvas espaldas. Iba casi desnudo, sin más que un taparrabos de un palmo de ancho, hecho con fibras vegetales, y llevaba la piel plagada de tatuajes, o, mejor dicho, de largas cicatrices que se producen levantando la piel con los dedos y haciéndose incisiones con una punta aguda. Llevaba ligas de piel de jabalí sobre las desnudas piernas, adorno y distintivo que aquellas tribus otorgan al cazador más valiente.

Esta raza de negros no se halla sólo en la isla de Luzón, sino esparcida por varias de las Filipinas, y sobre todo en Mindanao y Borneo; son los mismos que viven en la península de Malaca y en las islas indostánicas de Andamane y Nicobar, y, lo que es más sorprendente, en el África meridional, donde forman la tribu de los *Bushmen*, y en el centro del continente negro, donde constituyen el pueblo de los pigmeos. Se ignora cómo han podido extenderse tanto los que en las Filipinas se llaman igorrotos, que son los más próximos parientes del mono.

El que cayó en manos de los dos cazadores había cobrado ánimos al ver que no intentaban maltratarle y trató de entablar conversación en una lengua absolutamente

incomprensible. Pram-Li probó a interrogarle en malayo y mindanés, y el igorroto sonrió con viva satisfacción meneando la cabeza, como para asegurarse de que no se la habían cortado.

—Me parece que con un poco de paciencia llegaremos a entendernos —dijo a Hong el malayo.

—Lo deseo. Si logramos conquistarnos su amistad, creo que ganaremos mucho.

Entre el salvaje y Pram-Li entablóse, no sin trabajo, el siguiente diálogo:

—¿Está lejos tu tribu?

—No; en medio de la selva.

—¿Es numerosa?

—Quince familias acampan en los árboles.

—¡Ah! ¡Es un pueblo aéreo!

—Sí.

—¿Qué buscabas por aquí?

—A los espías del *bagani* Matutu.

—¿Quién es ese *bagani*?

—Un despiadado cazador de cabezas que posee algunos centenares de mandayas, de bisayos y...

—¿Son tribus de negros ésas?

—Sí.

—¿A cuál perteneces tú?

—A la de los mandayas.

—¿Y qué quiere ese *bagani*?

Destruir mi tribu: lo ha jurado.

—¿Para qué? ¿Por qué causa?

—Para adornar su cabaña con nuestras cabezas.

—¡Ah, bribón! Por fortuna estaremos a tu lado cuando vaya a asaltar a tu tribu.

—¿Vendréis a defendernos? —exclamó el eufórico salvaje.

—¡Ya lo creo!

—¿Con las armas que truenan?

—Y con nuestros excelentes *kampilangs*.

—¿Y salvaréis a mi *Lagayán*?

—¿Quién es tu *Lagayán*?

—La mujer a quien amo, y que hoy hubiera sido mía a no ser por la alarma causada por uno de los nuestros.

—Salvaremos también a tu *Lagayán*; pero a condición de que tu tribu nos reciba como amigos.

—Lo sois ya de todos los *mandayas*.

—¿Cuándo calculas que os asaltará ese bandido de *bagani*?

—Esta noche.

—Entonces no hay tiempo que perder.

Enteró a Hong de lo que habían tratado, aconsejándole que consintiera en ayudar a la tribu contra los feroces cazadores de cabezas, en gracia a lo que podría aprovecharles la amistad de aquellos indígenas.

—Si sólo se trata de eso —repuso el chino—, vamos a fusilar a ese señor *bagani* y a sus compañeros. Quizá los mandayas puedan facilitarnos la más breve llegada al lago. Apresurémonos a volver al campamento para ir luego al pueblo aéreo.

Salieron del matorral, y cogiendo el salvaje una lanza de madera con la punta endurecida por el fuego, única arma que poseía, se dirigieron rápidamente al campamento; informaron a Than-Kiu y Sheu-Kin de lo ocurrido, y se convino en socorrer a los igorotes.

—Es una buena acción —dijo la joven—. Estos pobres salvajes nos lo agradecerán.

Devoraron la cena en pocos minutos, y casi a la puesta del sol se encaminaron hacia la tribu, guiados por el igorrote, que avanzaba con muchas precauciones, sintiendo por instinto la vecindad del enemigo. Pero parecía que los cazadores de cabezas no habían llegado por allí. Hacía una hora que caminaban, siempre cautelosamente, cuando el salvaje señaló al malayo algunos puntos luminosos que brillaban a gran altura del suelo.

—¿Es ése tu pueblo?

—Sí. El *bagani* no ha llegado aún.

—Tanto mejor. ¡Le prepararemos el recibimiento que se merece!

Apretaron el paso, no teniendo ya nada que temer, y poco después llegaron a un bosquecillo aislado formado por quince o veinte árboles, en las copas de los cuales se distinguía confusamente una inmensa plataforma que sostenía media docena de tejados en círculo. Entre las hogueras encendidas acá y allá destacando sus luces rojas, veíanse sombras humanas.

—¡Admiro el ingenio de estos salvajes! —exclamó Hong contemplando el pueblo aéreo.

—Pero ni aun así están a cubierto de los ataques de sus enemigos.

—Pues parece que, viviendo en esa forma, no debían temer ningún ataque —dijo la joven.

—Es que no son tan tontos para asaltarlos; talan e incendian, haciendo caer de una vez las cabañas y sus habitantes; y como no sabrían qué hacer de estos negritos, se llevan sus cabezas para adornar la villa.

—¡Canallas!

En tanto el salvaje había trepado por una alta caña de bambú que tenía incisiones hechas para apoyar los pies, y llegó a la plataforma para comunicar al jefe de la tribu la llegada de los extranjeros. Su ausencia no fue larga: en breve bajó con rapidez, y acercándose radiante de júbilo al malayo, dijo:

—El jefe me encarga que os dé la bienvenida y que os diga que toda la tribu estará a vuestras órdenes.

—Está bien —dijo Hong en cuanto le tradujo Pram-Li el mensaje—. Pero me pregunto: ¿cómo vamos a hacer para subir a esa plataforma? Acaso para ti no sea difícil; pero para nosotros tres, que no somos marineros ni poseemos la habilidad de esos hombrecillos...

Probablemente lo comprendió el salvaje, porque sonrió mostrándoles una especie de espuerta que en aquel instante bajaba desde la plataforma por medio de cuerdas hechas con fibras vegetales. Sheu-Kin fue el primero que se metió dentro, y le izaron enseguida; luego subieron en la misma forma los otros dos chinos, en tanto que el malayo trepaba ágilmente por el bambú.

Aquel extraño pueblo, situado a doce metros del suelo, más

parecía obra de doctos ingenieros que de míseros salvajes, por lo sólido de su construcción. Componíase de una inmensa plataforma de bambú apoyada en las ramas de los árboles y de modo que no hubiese el menor riesgo de hundimiento; una docena de cabañas, una para cada familia, alzábanse en círculo, donde ardía un buen fuego. Era el hogar de toda la tribu, encendido sobre un lecho de piedra.

Unos cuarenta hombres, treinta mujeres y dos docenas de chiquillos formaban la población bajo el mando de un anciano de barba y cabellos blancos, de baja estatura como sus súbditos, y que llevaba por único distintivo un collar de conchas blancas y dientes de pantera. Debía de haber sido el más intrépido de todos, pues su cuerpo estaba lleno de cicatrices de heridas hechas con bolos y *kampilangs*.

Apenas llegaron los extranjeros acudió solícito a su encuentro, y al ver a Than-Kiu la cogió de la mano y la condujo cerca del fuego, diciendo en malayo:

—Te ofrezco mi puesto, bella extranjera. Por esta noche tú serás la que mandes en mi tribu.

Hizo sentarse a los chinos y al malayo junto a ella, y les ofreció pan de sagú, tubérculos comestibles llamados *carnode*, plátanos y un buen trozo de gato montés recién asado, rogándoles que honrasen sus provisiones y lamentando no poder ofrecer nada mejor, porque la proximidad de los enemigos impidió a sus cazadores explorar la selva.

Mientras comían, por no desagradar al jefe, la tribu toda se reunió en torno de la hoguera, mirando con viva curiosidad a aquellos extranjeros de aspecto tan valeroso y robusto. Eran todos pequeños y delgados, pero no feos, pues, en particular los jóvenes, tenían rostro gracioso y de facciones infantiles. Destacábase entre el elemento femenino una mozuela linda, de grandes ojos, de mirar dulce, pelo negro, buen talle y cutis moreno tostado. Más elegante que las otras, llevaba una faja de algodón además de taparrabos de colores, collar

de conchas y brazaletes de dientes de jabalí. Comprendieron pronto que era la prometida del guerrero que hallaron en el bosque, porque el hombrecillo no apartaba de ella los ojos, y Pram-Li le preguntó:

—¿Es tu mujer?

—Lo será cuando nos libremos del bagani. Entonces subiremos juntos al árbol.

Than-Kiu, que se había hecho traducir la respuesta, se quitó una de sus pulseras de oro, se acercó a la joven, y se la colocó en el brazo derecho. Aquel acto produjo en la tribu un murmullo de admiración, y la obsequiada se echó a los pies de la joven china y le besó el vestido.

El jefe entonces sacó un collarín de dientes de pantera, al que quizá dan gran valor por la dificultad que deben de tener aquellos enanos para matar tamañas fieras, sobre todo con armas tan primitivas como las que poseen, y se lo puso a Than-Kiu.

—Eres tan buena como valiente —le dijo—, y mereces que te regale este collarín, emblema de la intrepidez, y que yo heredé de mis abuelos.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando entre las espesas tinieblas viose que surgía del pie de los árboles un rápido fulgor que se extinguió súbitamente. El jefe se levantó con una agitación que en vano trataba de ocultar: las mujeres huyeron; los hombres cogieron las armas.

—¿Qué sucede? —preguntó Hong.

—¡Qué se preparan a asarnos! —dijo Pram-Li.

—¿Quiénes?

—El bagani y sus cazadores de cabezas.

—¡Ah! ¿Están ya aquí esos bribones? ¡En vez de que corten las cabezas a estos pobres diablos, les saltaremos los sesos a tiros! ¡El *bagani* tendrá el mismo fin que Pandaras, o dejaré de ser yo Hong, el ex capitán de la caballería manchúrica!

CAPÍTULO V. LOS CAZADORES DE CABEZAS

Mientras los mandayas se esparcían por las márgenes de la plataforma donde tenían acumulada buena provisión de sólidos y grandes guijarros, que con palos y lanzas de punta endurecida al fuego constituían todas sus armas, Hong y sus compañeros miraban atentamente hacia el sitio donde estaba plantada la alta caña de bambú que servía de escala para llegar al pueblo aéreo, sin poder distinguir a los asaltantes, porque la luna estaba cubierta por densas nubes. Percibían, sin embargo, misteriosos susurros y ligeros cuchicheos, como si el *bagani*, antes de comenzar el ataque, dispusiera sus fuerzas y dictase las últimas órdenes a sus gentes.

—¿Serán muchos? —preguntó Hong apretando el gatillo de su carabina—. ¡Sentiría mucho encontrarme sin municiones al terminar la batalla!

—Trataremos de economizarlas —dijo Than-Kiu.

—Siempre resultará que con esta oscuridad se han de perder muchas balas.

—Muy pronto se verá bien —dijo Pram-Li.

—¿Has descubierto algún proyector eléctrico para distinguir a esa canalla?

—No, Hong; pero el *bagani* encenderá luminarias.

—¿Tratará de asarnos?

—Pegará fuego a los árboles del contorno para obligar a los mandayas a que bajen.

—¡Por Fo y Confucio! ¡La perspectiva es muy poco agradable! Combatir es bueno; pero que nos asen vivos, no es nada lisonjero.

—Cuando los hombres del *bagani* oigan nuestras carabinas, no resistirán mucho.

—¿No tendrán ellos también armas de fuego?

—Quizás algunos fusiles viejísimos.

—¡Oh!

Oíase una especie de rumor prolongado, procedente del sitio donde estaban las dos altas pértigas que servían de acceso al puente.

—¡Alguien sube! —murmuró con trémulo acento el anciano jefe.

—Sí —dijo el malayo—. Tratan de sorprendernos.

—¿Doy la señal de la defensa?

—¡Todavía no; dejémosles subir!

El rumor continuaba: varios hombres trepaban por las cañas, creyendo sorprender dormidos a los salvajes. Hong y Than-Kiu se acercaron a la entrada del pueblo con los sables empuñados para ahorrar municiones, y medio minuto después apareció una forma humana que se disponía a penetrar en la plataforma. Dos sablazos la hicieron caer con el cráneo roto y lanzando un grito de angustia. Un aullido siniestro dejóse oír, y luego dos detonaciones.

—¡Por Fo y Confucio! —exclamó Hong—. ¡Los bribones tienen fusiles!

Se adelantó hasta el borde de la plataforma, y con tres tajos de *kampilang* cortó el bambú que servía de escala por aquel lado, haciendo lo mismo luego con el otro. Las largas cañas

cayeron, y con ellas los que las escalaban ya.

—¿Oyes qué griterío? —exclamó Sheu-Kin.

—¿Comenzamos el fuego? —preguntó la joven.

—Aún no, hijita: aguardemos a verlos. Sin embargo, Pram-Li puede decir al jefe que ordene dar principio a la pedrea.

Los gritos de los asaltantes habían cesado; pero no se retiraron del campo, a pesar de aquel primer fracaso. Al momento una luz intensa en torno de los árboles que sostenían el pueblo rompió bruscamente las tinieblas; enormes haces de ramas gomíferas, ardiendo como azufre, lanzaban al aire chispas a millares y un humo acre y pesado.

Ya se veía a los cazadores de cabezas: eran ciento, por lo menos, casi todos medio desnudos y armados de segures, bolos, *kampilangs*, y algunos de cuchillos, arcos y flechas, probablemente envenenadas; servíanles de defensa sendos escudos hechos de corteza de árbol y de pieles de tapir. Su estatura era mayor que la de los mandayas, su piel bronceada y sus facciones feroces. En medio de ellos se mostró por un instante el *bagani*, guapo, con el rostro cubierto por espesa barba y llevando a la cabeza un turbante rojo, enseña de la intrepidez. Llevaba en una mano un fusil viejo, de cañón grueso y largo, y del cinto pendíale un *kampilang* enorme. Como hombre prudente dio con rapidez las órdenes y se apresuró a refugiarse tras un árbol antes de que Hong pudiera apuntarle con su carabina.

—¡Se escapó por esta vez! ¡No importa; más tarde te visitará el cráneo una bala mía, bandido!

En tanto los mandayas, espantados por el fuego que amenazaba destruir sus cabañas, y medio ahogados por el denso humo, se defendían como les era posible, arrojando a los asaltantes piedras, palos y lanzas con poco éxito, a causa de los escudos de los enemigos. Las mujeres corrían de una parte a otra, apagando las chispas que caían sobre los

techos de las cabañas.

Los cazadores de cabezas, por su parte, no permanecían inactivos: unos enviaban flechas a la plataforma; otros trataban de destruir los árboles para arruinar el poblado.

—¡Amigos —dijo de pronto Hong—, llegó el momento de obrar!

Y atravesando rápidamente la plataforma, se parapetó tras la cabaña última sobre la bifurcación del árbol más grueso, seguido por sus tres camaradas.

—La muchacha y yo tiraremos contra los que asaltan los árboles, y vosotros contra los arqueros. ¡Ojo al bagani, y en cuanto se muestre, fuego sobre él!

Oyéronse casi simultáneamente cuatro disparos, y cayeron fulminados cuatro cazadores de cabezas. Los asaltantes se detuvieron asombrados y miraron con estupor la plataforma. ¿Cómo podían venir de lo alto aquellas balas? Imposible que los mandayas tuviesen armas de fuego. Creyendo haberse engañado, reanudaron pronto el ataque; pero otros cuatro disparos tendieron muertos a otros tres hombres.

Era demasiado para aquellos bandidos, acostumbrados a hallar a los enanos casi inermes e indefensos. Tras otro instante de vacilación volvieron las espaldas y huyeron a resguardarse tras los grandes troncos. Gritaban como ocas molestadas de pronto, y se preguntaban a gritos en su bárbara lengua cómo era que tenían fusiles los mandayas. El bagani y uno de sus hombres, los únicos armados de carabinas, dispararon sobre el pueblo aéreo, sin duda con ánimo de asustar a los defensores. Hong y sus amigos no respondieron, aconsejando a los salvajes que se refugiaran en las chozas.

—¡Ahora reiremos! ¡Por lo pronto ya hemos tendido siete y aún enviaremos unos cuantos más al infierno!

—¿Volverán al asalto, Hong? —preguntó la joven.

—El *bagani* ha de estar furioso por este segundo fracaso, Than-Kiu, e intentará otra prueba.

—Tanto más —añadió Pram-Li—, cuanto que le va en ello la fama, o, por mejor decir, el turbante rojo. Si vuelve a su aldea sin cabezas, los *datos*, o sea los ancianos nobles de la tribu, le destituirán de su cargo de proveedor de ese artículo.

—Entonces, se mostrará al descubierto.

—Es seguro.

—¡Lo deseo, para alojarle una bala en el cráneo! ¡Así, su cabeza servirá de adorno a los *mandayas*!

—Te aseguro que no dejarán de ufanarse con ella.

Los asaltantes no se atrevían a presentarse: parecían celebrar consejo antes de tomar la ofensiva. Probablemente su ánimo se había quebrantado mucho ante aquella inesperada resistencia y aquellas armas de fuego, más modernas, mejor manejadas y de mayor alcance que las suyas.

En cambio, los *mandayas* se preparaban a secundar valerosamente a sus amigos. Arrancaron gruesas ramas de los árboles, y las pusieron a la orilla de la plataforma para arrojarlas; por consejo del malayo encendieron varias hogueras para lanzar también tizones encendidos a los asaltantes.

Transcurrieron diez minutos. Los cazadores de cabezas abandonaron los árboles protectores y se precipitaron contra el pueblo aéreo como lobos voraces. Cada uno llevaba en la cabeza un haz de leña, creyendo preservarse mejor con él y con sus escudos de los golpes de los asaltantes, y reavivar el fuego para el incendio.

—¡Aquí están! ¡Fuego al centro del grupo!

Los disparos hicieron gran estrago; pero, animados por el *bagani*, los asaltantes no cesaron. Echaban los haces contra los troncos, atizando el fuego en todas direcciones. Los asaltados lanzábanles los tizones con excelente resultado, pues más de uno escapó aullando de dolor. Por su parte, Hong y sus amigos pusieron a una docena de los cazadores de cabezas fuera de combate.

Entretanto las llamas eran cada vez más amenazadoras, y el humo tan denso, que en ocasiones impedía ver a los asaltantes. Muchas lenguas de fuego rodeaban como culebras los árboles, chamuscando las cortezas por distintos sitios, y una lluvia de chispas caía sobre el pueblo. Las mujeres se multiplicaban apagando las ramas y hojas que principiaban a incendiarse; pero no podían hacer milagros.

Hong comenzaba a alarmarse y lanzaba miradas angustiosas a Than-Kiu, la cual estaba tranquila y continuaba sus disparos impasible. Los mismos Sheu-Kin y Pram-Li desconfiaban del resultado, preguntándose si no valdría más la pena abandonar aquel sitio peligroso.

Pero la tenacidad de los cazadores de cabezas se quebrantó. Espantados por las graves pérdidas sufridas, principiaban a vacilar. Algunos menos animosos, manteníanse detrás de los árboles, no obstante las excitaciones del *bagani*. Hong comprendió que había llegado el momento decisivo.

—¡Amigos, otro esfuerzo y los vencemos!

Mientras los mandayas echaban abajo un pedazo de la plataforma, los chinos y el malayo no cesaban en sus disparos. Los cazadores de cabezas, fusilados por una parte y aplastados por otra, concluyeron por huir a la desbandada.

Furioso el *bagani*, que hasta entonces había permanecido escondido, se precipitó aullando hacia los árboles que sostenían la aldea mandaya, esperando animar a los suyos

con el ejemplo. Era el instante que aguardaba Hong.

—¡Ah! ¡Por fin! —exclamó.

Y después de apuntar un instante, hizo fuego. El feroz jefe, herido en el cráneo, se paró súbitamente, abandonó el bolo que empuñaba y cayó pesadamente sobre un haz de leña encendida. Fue la señal de la desbandada; sus guerreros, ya desmoralizados, viendo morir a su jefe huyeron precipitadamente en todas direcciones.

—¡Qué el diablo los lleve! —dijo Hong.

—¡Y que las panteras los devoren! —gritó Pram-Li.

Los mandayas, viendo huir a sus implacables enemigos, se apresuraron a descender para apagar el fuego y arrancar las cortezas inflamadas. El jefe los había seguido, y lo primero que hizo fue apoderarse de un *kampilang* abandonado y cortar la cabeza del *bagani*, envolviéndola en el turbante rojo de su mortal enemigo. Subió inmediatamente con el sangriento trofeo, y acercándose a Hong, le dijo:

—¡Tú eres el más valiente; a ti te corresponde, pues, la cabeza del *bagani*!

—¡Renuncio a ella! —contestó el chino por boca del malayo, que le había traducido el ofrecimiento—. ¡No hago colección! ¡Puedes quedártela!

—Entonces, la conservaré para adornar mi cabaña. Pero —añadió con nobleza— como os debemos la salvación de la tribu, pide lo que desees, y te daremos todo lo que tengamos. Habla. Aguardo tus órdenes.

—¿Qué deseo? Sólo una cosa: que nos mostréis el camino para llegar al lago.

—¿A qué lago?

—Al de Butuán.

—¿Vais allá?

—Sí.

—¿Tal vez para ver al sultán?

—Sí.

—Es hombre perverso y cruelísimo.

—¿Cómo lo sabes?

—He sido su esclavo antes de ser jefe de esta tribu. No os acerquéis a él porque indudablemente os reducirá a la esclavitud.

—Necesitamos verle.

—¿Por causa grave?

—Para libertar a hombres blancos que tiene prisioneros.

—¿Hombres de piel blanca? Pero ¿estáis seguros de que son prisioneros del sultán de Butuán?

—Así lo creemos.

—Quizá te engañas.

—¿Cómo?

—Yo sé que los blancos se hallan prisioneros de un jefe mandaya, pariente mío.

—¿Cuántos son? —hizo preguntar con ansiedad Than-Kiu.

—Cuatro.

—¿Hay una mujer entre ellos?

—Sí.

—¿Blanca también?

—Sí.

—¿Hay entre ellos un mulato?

—Sí, lo recuerdo.

Al oír la traducción palideció Than-Kiu. Hong exclamó celoso y con acento de dulce reproche:

—¿Serás capaz de amar aún al hombre que causó la muerte de tu heroico hermano?

—No, Hong; no: te convencerás de ello el día en que me veas ante él.

Luego, asiendo el brazo del malayo, le dijo con voz muy afligida:

—Ruega al jefe que te lo cuente todo. ¡Todo! ¡Quiero saber dónde se encuentran y cómo lograron huir del sultán de Butuán!

CAPÍTULO VI. LOS SUPERVIVIENTES DE LA CAÑONERA

Pocos minutos después, la joven y sus compañeros hallábanse en torno del hogar de la aldea, encendido de nuevo, y junto al anciano igorrote. Había cesado el peligro: los mandayas, que bajaron para recoger las armas de los muertos, armas preciosas para ellos, volvieron con la buena noticia de que los asaltantes habían abandonado la selva. El jefe, después de enviar algunos centinelas a tierra por temor de una sorpresa, tomó la palabra y comenzó la narración, que Pram-Li traducía a sus amigos palabra por palabra.

—Sí; he visto a los hombres blancos —principió a decir— como os estoy viendo a vosotros, y los vi porque el jefe Bunga no tenía secretos para mí. Uno era moreno, de pelo negro y ensortijado, y barba clara y negra también; los otros eran todos blancos, incluso la mujer.

»Fui a visitar a Bunga para pedirle armas con qué defenderme del *bagani* que estaba matándome hombres continuamente. De esto hace cuatro semanas, cuando al llegar al Bacat vi con sorpresa a uno de esos hombres de piel blanca, que estaba paseando en compañía de algunos negros. Como no había visto nunca un hombre tan raro, me apresuré a preguntar a Bunga si el extranjero estaba pintado. Me afirmó que era blanco en realidad, y para probarme su afirmación me enseñó otro hombre del mismo color y una joven muy hermosa, de ojos negros, y que me pareció muy apesadumbrada.

—¿Sabes cómo se llamaba aquella mujer? —hizo preguntar Than-Kiu.

—No, pero aunque hubiese oído su nombre, no sería fácil recordarlo. Aquella joven hablaba una lengua completamente desconocida para mí, lo mismo que el moreno, con quien andaba siempre.

—¡Ah! —suspiró la joven.

—Continúa —dijo Hong—. ¿Quiénes eran los otros dos blancos?

—Eran jóvenes, trataban con gran deferencia a la mujer y al moreno.

—¿Y no viste un hombre de cabello gris?

—No; sólo a esos dos jóvenes vigorosos.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿Habrá muerto el padre de Teresita? —preguntó el chino a la joven, que se había entristecido.

—Puede ser —contestó ella distraídamente.

—Prosigue, jefe.

—Curioso por averiguar cómo había llegado Bunga a poseer aquellos esclavos blancos, se lo pregunté, y me contó que se los había quitado a los piratas del sultán de Butuán cuando remontaban el Bacat con tres canoas.

—¿Y no sabes dónde los habían apresado los piratas?

—Sí; en la boca de un río que se llama... No recuerdo en este momento el nombre; pero.

—¿El Talaján, acaso?

—¡Sí, sí, eso es; el río Talaján!

—¡Than-Kiu! —exclamó Hong emocionado—. ¡Son ellos! ¡No es posible dudarlo!

La joven no respondió. Con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en las rodillas, parecía sumida en hondas reflexiones. El chino la miró unos instantes en silencio, y suspiró murmurando:

—¡El amor de Romero no ha desaparecido aún del corazón de *Flor de las Perlas*; pero el tiempo cicatrizará la herida que ha causado en el pecho de la más hermosa y valiente hija del Celeste Imperio!

Luego, dirigiéndose a Pram-Li, hízole preguntar al jefe si se hallaba muy distante la tribu de Bunga.

—A dos jornadas de camino en dirección de levante —respondió el igorroto—. Tiene su pueblo a la orilla de un gran lago que se llama el Linguasán; pero sus habitantes, quiero decir sus súbditos, suelen alejarse hasta el Bacat para pescar.

—¿Crees que seremos bien acogidos por el jefe Bunga?

—Bunga me debe la vida, que le salvé con riesgo de la mía hace unos seis meses, y nada me rehusará: ni tocará siquiera un pelo de mis buenos amigos. ¿Quieres ir a verle?

—Sí.

—¿Para salvar a los hombres blancos?

—No tiene otro objeto nuestro viaje.

—Los salvaréis. Bunga pagará su deuda de agradecimiento cediéndote los esclavos blancos, y te protegerá hasta donde pueda. Si yo fuese más joven y mi tribu no corriera peligro, te acompañaría personalmente; pero te daré un guía fiel que me represente.

—Yo seré ese guía —dijo el mandaya a quien habían hallado en la selva.

—Sí, mi valiente Tiguma. Al alba, ahora que estamos libres de los cazadores de cabezas, subirás al árbol, con tu amada, y luego irás al lago Linguasán. Eres intrépido y leal, y Bunga te conoce.

—¿Qué quiere decir eso de subir al árbol con su amada?
—preguntó Hong al malayo.

—Es la ceremonia de casamiento. Estos igorotes tienen costumbres raras.

—¿Y luego nos acompañará el joven?

—Sí, y no nos pondremos en marcha antes de la tarde, para dar tiempo de alejarse a los hombres del *bagani*.

—¡Cómo no nos preparen alguna emboscada en plena selva!

—No temas; muerto el jefe, terminó la expedición. Además, la lección ha sido tan dura, que no volverán a importunar a estos pobres salvajes.

El jefe de los igorotes miraba hacia oriente para dar la señal de la ceremonia en cuanto apuntara el primer rayo de sol. Las estrellas comenzaban ya a palidecer, y la oscuridad se disipaba rápidamente.

La bella igorrote a quien Than-Kiu había regalado el brazalete aguardaba la aparición del astro diurno mirando a la cara a su prometido, que empuñaba el *kampilang* cogido al *bagani*. Ambos se habían emperifollado en atención a la solemnidad de las circunstancias, adornándose cuello, brazos y piernas con collares de dientes de jabalí, conchas blancas y escamas de tortuga, y los cabellos con plumas de palomas. Toda la tribu los rodeaba: los hombres, armados para defenderlos.

Los chinos y el malayo aguardaban la celebración de la ceremonia. Los cuatro habían hecho regalos a los desposados. Hong obsequió a Tiguma con un cinturón de seda; Pram-Li, con un cuchillito; Sheu-Kin y Than-Kiu obsequiaron a la novia: el primero, con un bolsillo; la joven, además del brazalete que ya le había dado, con un pañuelo de seda amarilla que llevaba al cuello.

Cuando el primer rayo de sol brilló en las altas copas de los árboles, el jefe hizo sujetar a la plataforma varios sólidos bejucos y cuerdas de rotang para suplir a los bambúes rotos. Toda la tribu bajó a tierra, poniéndose en marcha a través de la selva. El jefe iba delante; seguían Than-Kiu y sus amigos; luego, los novios, y detrás, hombres, mujeres y niños.

Después de recorrer unos doscientos pasos se detuvieron todos en torno de dos altas palmeras que crecían juntas a distancia de sesenta o setenta centímetros, de tronco liso, elástico y esbelto. El jefe mandó vigilar los matorrales próximos, y llevó de la mano a los desposados ante los árboles.

Ágil como un mono, Tiguma trepó hasta la copa de la palmera y arrancó algunas hojas, que depositó a los pies de su amada. La novia las repartió entre sus amigas, que las distribuyeron a su vez entre las suyas en pedazos que guardaban como recuerdo de la ceremonia.

Hecho esto, Tiguma cogió de la mano a su futura y la condujo hasta el pie de las palmeras, donde se detuvieron ambos, aguardando la señal del jefe para trepar a los troncos. Si el novio subía fácilmente, no menos fácil parecía ser para ella tal ejercicio, pues lo efectuaba sonriendo y mirando a su futuro esposo.

—¡Extraño modo de casarse! —dijo Hong, que seguía con vivo interés la ascensión—. Quisiera saber cómo se las ingeniaría para casarse un pobre diablo que hubiera perdido

un brazo. ¡Tendría que permanecer eternamente soltero!

Una vez en la cima los dos, el novio agarró la palmera en que se hallaba Lamayán, y la obligó a encorvarse. Cuando los desposados se hallaron uno junto a otro, tocáronse tres veces cada uno recíprocamente la frente, y se dejaron deslizar al suelo. Estaban casados: sólo faltaba festejar el matrimonio con un banquete. La tribu regresó a la aldea cantando y danzando en torno de la feliz pareja, y todos se sentaron ante un gran cerdo salvaje que estaba ya puesto a asar. Los trozos mejores fueron distribuidos a los esposos y a los huéspedes, y el resto, a partes iguales, entre los demás igorrotos.

Terminada la comida, el jefe condujo a sus amigos a la mejor cabaña de la aldea para que descansaran, puesto que no lo habían hecho en toda la noche, y los viajeros, que tenían sueño atrasado, no se despertaron hasta la puesta del sol.

El jefe les ofreció tortuga para cenar, los proveyó de carne seca de jabalí y otros víveres, y como muestra de agradecimiento cortés quiso escoltarles durante unas millas con un grupo de sus guerreros escogidos, aunque era ya seguro que los cazadores de cabezas se habían alejado de la selva.

Tiguma abrazó a su esposa y se puso a la cabeza de la expedición, llevando cuatro bolos de los tomados a los secuaces del *bagani*, como regalo a Bunga; regalo precioso, porque los mandayas no saben trabajar los metales.

A las dos millas el anciano igorrote saludó con voz conmovida a sus huéspedes, agradeciéndoles calurosamente su valiosa ayuda contra el *bagani*, y se volvió a la aldea, mientras los expedicionarios continuaban en dirección al Bacat.

Ni el más leve rumor turbaba el imponente silencio de la selva, que parecía exenta de animales nocturnos; no se oía

más que el crujir de las hojas secas al posar en ellas el pie los viajeros, y alguna rama descuajada de golpe por el joven guía para abrir paso a sus compañeros. Than-Kiu, absorta en sus pensamientos, caminaba tristemente al lado de Hong, también ensimismado, pues quizá sentía vagos temores al pensar en el inmediato encuentro de su prometida con Romero, el hombre a quien tanto amara.

A eso de la medianoche, después de una marcha bastante precipitada de cuatro horas, se detuvieron para descansar a la orilla de un afluente del Bacat. Tiguma, Pram-Li y Sheu-Kin quisieron aprovechar aquella parada para cazar alguna tortuga de las que abundaban en aquel sitio, según decía el igorroto. Than-Kiu se había sentado, y su novio, de pie apoyado en su carabina a pocos pasos de ella, vigilaba; pero continuaba meditabundo y vivamente inquieto. Luego fijaba intensa mirada en el rostro de la joven, como si quisiera leer su pensamiento.

De pronto se acercó lentamente a Than-Kiu y le tocó suavemente el pelo: ella pareció despertar de súbito y se irguió, mirándole con las facciones contraídas; pero al ver que era Hong, serenóse, sonrió y dijo:

—¡Ah! ¿Eres tú, mi querido amigo?

—¿Qué tienes, amada mía? ¡Estás triste, muy triste! ¿Qué pensamientos angustiosos atormentan el corazón de mí adorada *Flor de las Perlas*? ¿Te destrozan el alma los celos?

—No; pensaba en mi hermano.

—¡No es cierto, Than-Kiu!

Ella le miró exponiendo el rostro a la luz de la Luna, y repuso con voz lenta:

—Tienes razón; mentí, e hice mal en ocultarte la verdad, a ti que eres mi más leal amigo.

—Pensabas en Romero.

—Más en la *Perla de Manila* que en él.

—¿Y qué te importa la doncella blanca?

—¿Crees que podré ver impasible a la que me robó el hombre a quien amé tanto?

—¿Son celos?

—Más que celos, es rencor: peor aún, odio! Creía que todo había muerto en mi corazón, y veo que hay en él un furioso sentimiento de venganza hacia esa mujer, que fue causa, aunque involuntaria, de la muerte de Hang-Tu y de todas mis desventuras.

Hong se la quedó mirando y dijo con voz sorda:

—¿Quieres que te vengue? ¡Manda! ¡Soy tu esclavo!

En los ojos de la joven brilló un relámpago.

—¿Quieres que muera esa mujer? ¡Di una palabra, y serás vengada!

—¡No; no quiero hacerle desgraciado, como él me hizo a mí!

—¡Más vale así! —dijo el chino respirando—. Te prefiero generosa a vengativa. Pero a él, a Romero, ya no le amas; ¿verdad?

—No, Hong; te lo juro por el alma de mis abuelos. ¡Sólo a ti te amo!

—¡Gracias, mujer! ¡Con esas palabras has salvado la vida a Romero, porque estaba decidido a matarle!

CAPÍTULO VII. LA PERSECUCIÓN DE LOS GUERREROS DEL BAGANI

Dos horas después reanudaban la marcha sin haber aumentado las provisiones, pues no lograron cazar ninguna tortuga.

La selva continuaba extendiéndose hasta la orilla del Bacat, a trechos tan espesa, que los chinos, el malayo y el igorroto tenían que abrirse camino a sablazos. De vez en cuando el suelo era pantanoso, y entonces tenían que ir rompiendo enormes cañas para seguir adelante. En medio de aquellas breñas no era raro hallar alguna que otra de esas flores enormes que miden abiertas tres metros de circunferencia por cerca de uno de diámetro, y que suelen contener hasta diez litros de agua. Son aromáticas y hermosas a la vista, con sus tintes rojos brillantes y sus ribetes blancos al extremo de las hojas.

A las cinco, cuando el sol comenzaba a apuntar y los pájaros y monos a despertarse, Tiguma, que marchaba el primero, se detuvo bruscamente, y echándose al suelo, apoyó una oreja en tierra y escuchó con la mayor atención.

—¿Has oído algún rumor sospechoso? —le preguntó Pram-Li preparando la carabina.

—Sí —repuso el salvaje, que parecía bastante alarmado.

—¿Qué ha sido?

—He oído que hollaban ramas.

—Habrá sido alguna babirusa.

Tiguma meneó negativamente la cabeza, como quien pone en duda la afirmación oída, y repuso en voz muy baja:

—Nosotros los habitantes de la selva, tenemos ejercitado el oído, y distinguimos perfectamente el rumor que produce un animal al andar y el que produce un hombre.

—¿Temes, pues, que seamos espiados?

—Es lo más probable.

—¿Quizá por las gentes del *bagani*?

—Pueden haber dejado algunos hombres en la selva para vigilar.

—¡Bah! ¡Estamos bien armados, Tiguma!

—Pero ellos son muchos más, y deben de estar sedientos de venganza.

—¿Qué te parece que debemos hacer?

—Deteneos aquí y aguardadme; voy a registrar la selva.

—Te acompañaré yo.

—No; vosotros no podéis moveros sin hacer ruido, por poco que sea. Preparaos, y aguardad mi vuelta.

El igorroto dijo adiós con la cabeza, se tiró sobre el césped y se alejó silenciosamente arrastrándose como una culebra. Hong y sus compañeros oyeron por algunos instantes crujir ramas y hojas; pero muy en breve ni oyeron ni vieron absolutamente nada.

—Estemos prestos para todo, amigos —exclamó Pram-Li—. Hemos tenido la desgracia de encontrar la retaguardia de los asaltantes, y van a darnos muchísimo que hacer.

—Si pudiéramos poner el Bacat entre ellos y nosotros, sería cosa fácil burlar su persecución —dijo Hong.

—En efecto, pero parece que el río está lejos todavía.

—Para el caso de que nos ataquen, buscaremos refugio en algún árbol grande —dijo Than-Kiu.

—Tienes razón, *Flor de las Perlas*. Mira: aquel colosal alcanforero puede servirnos para una larga defensa. Para escalarlo, podemos aprovecharnos de los bejucos que cuelgan de sus numerosas ramas.

—Justo; y una vez arriba, nos apresuraremos a cortarlos para impedirles que nos imiten a su vez.

—Sí, Than-Kiu.

—¡Chist! —interrumpió Sheu-Kin—. ¡Me parece haber oído agitarse una rama!

—Será Tiguma que regresa.

Apenas hubo pronunciado Hong estas palabras, cuando vieron alzarse en la margen de un espeso sotillo de plátanos al joven igorroto, que les hizo seña de que no se movieran: permaneció algunos minutos en observación escuchando atentísimamente, y se acercó al grupo, atravesando con gran rapidez y en silencio el espacio descubierto.

—¿Qué hay? —le preguntó Pram-Li.

—¡Somos espiados! —repuso el salvaje con voz alterada.

—¿Quiénes son los que nos espían?

—Los hombres del *bagani*; los cazadores de cabezas.

—¿Estás seguro?

—He logrado verlos.

—¿Cuántos son? —hizo preguntar Hong después de que le hubieron traducido la noticia.

—Unos diez o doce —repuso Teguma.

—¿Están muy lejos de aquí? —le preguntó Pram-Li.

—A unos quinientos pasos.

—Habría que sorprenderlos y combatirlos antes de que se unan al resto de la fuerza.

—Sí; pero —dijo Than-Kiu al oír la traducción de estas palabras— a los disparos acudirían los demás. No creo que sea prudente: vale más apresurar la marcha y cruzar el Bacat. Pregúntale si está muy lejos aún el río.

Pram-Li hizo la pregunta y el igorroto replicó:

—Podremos llegar al oscurecer.

—¿Temes que nos ataquen por el camino?

—No; aguardarán la noche para sorprendernos, sabiendo por experiencia propia que tenéis armas que truenan y lanzan el rayo; pero nos tendremos en guardia, y, además, confío en hacer fracasar su ataque.

—¿De qué modo?

—Os llevaré a un sitio donde será fácil la defensa y casi sin exposición.

—¿Acaso a la aldea de alguna tribu mandaya?

—No, a una de las muchísimas cavernas que hay en la orilla del Bacat.

—Bueno, pues, entonces, apresurémonos y tratemos, a ser posible, de hacer perder nuestra pista a los hombres del bagani

, a esos malditos cazadores de cabezas.

Después de haber escuchado largo rato con la mayor atención, continuaron a buen paso la marcha a través de la selva. Tiguma iba a la cabeza; tras él Hong y Than-Kiu, y Sheu-Kin y Pram-Li formaban la retaguardia. Todos llevaban los fusiles preparados, dispuestos a responder al primer ataque, y el igorrote, la lanza pronta para emplearla con la mayor rapidez.

La selva tendía a aclararse; pero había aún acá y allá espesos bosquecillos de plátanos y de arecas cubiertas de bejucos que se prestaban a la emboscada.

Nuestros caminantes andaban de prisa, procurando alejarse de los matorrales para evitar una imprevista descarga, ya de fusiles o de flechas envenenadas. Tiguma en particular, como verdadero hombre de los bosques, no se acercaba a un bosquecillo sin observarlo bien y escuchar atentamente explorando el terreno, pues estaba seguro, aunque no oyese rumor alguno, de que eran perseguidos y vigilados por los secuaces del bagani.

Al mediodía, fatigadísimos por aquella caminata apresurada y larga, decidieron reposar brevemente al pie de un colosal alcanforero, entre cuyas ramas podrían organizar en caso de peligro una resistencia desesperada. El joven salvaje, acostumbrado a las grandes marchas, en vez de descansar volvió atrás para asegurarse mejor del número de cazadores de cabezas que los seguían. Duró su ausencia casi dos horas, y cuando regresó estaba jadeante como si hubiera hecho una larga correría.

—¿Has visto a los enemigos? —le preguntó el malayo.

—¡Sí; nos siguen siempre!

—¿Están muy lejos de nosotros?

—Una hora de camino.

—¿Son muchos?

—Ha aumentado su número.

—¡Bandidos! ¡Indudablemente esperan sorprendernos!

—Esta noche nos atacarán; es seguro.

—¿Y está todavía muy lejos el Bacat?

—Dentro de cuatro horas llegaremos.

Traducidas las noticias, preguntó Hong:

—¿Y dice Tiguma que hallaremos allí cavernas?

—Parece que hay muchas —contestó Pram-Li.

—Cuando estemos en una de ellas daremos a esos testarudos tal lección, que no la olviden en su vida. ¡Than-Kiu, hermosa mía, hay que hacer un último esfuerzo!

—Estoy pronta a proseguir la marcha, Hong.

—¡Pues pongámonos en camino, amigos! ¡No hay que dejar a esos canallas que se nos acerquen!

Así lo hicieron por temor de que los alcanzaran los cazadores de cabezas. Hong daba ánimos a la pobre joven, que parecía extenuada y de vez en cuando la levantaba con sus robustos brazos, llevándola un buen trecho como si fuese una niña.

Todos comprendían instintivamente que los perseguidores no estaban lejos. Tiguma, que había vuelto atrás, había oído sus pisadas y visto que uno de ellos se encaramaba a un árbol para ver a distancia la ruta que llevaban los perseguidos.

Por suerte, la selva continuaba aclarándose y permitía al grupo apretar el paso sin tener que abrírsele por entre los

vegetales entrelazados. Los bosquecillos y matorrales eran cada vez menos espesos y más raros. A la puesta del sol el igorroto, que observaba siempre los árboles, volvióse a Pram-Li y con expresión de júbilo le dijo:

—¡El Bacat está muy próximo!

—¡Ya era tiempo, porque me siento completamente desfallecido de hambre y de cansancio!

—¡Silencio! —dijo el salvaje echándose en tierra para escuchar.

—¿Qué ocurre?

—¡Sí; lo oigo!

—¿Qué es lo que oyes?

—¡El río!

—¡Adelante, pues!

Atravesaron corriendo la última parte de la selva, formada por altísimas palmeras y soberbios plataneros cargados de exquisitas y aromáticas frutas, y se hallaron muy pronto a la orilla del Bacat.

Este río, uno de los principales de Mindanao y acaso el más importante por su longitud y por el caudal de agua que lleva, corre entre dos riberas altísimas y escarpadas, abriéndose paso entre innumerables islotes cubiertos de bambúes y de plantas acuáticas y entre bancos de arena, sobre los cuales se veían muchos cocodrilos adormecidos. En la orilla opuesta, a unos trescientos metros de distancia, no se veía pueblo, ni cabañas aisladas, ni una sola canoa.

—¿No es aquí donde estaba la aldea de Bunga?

—No, es más al norte; pero mañana, en cinco o seis horas de camino, llegaremos a ella. Entretanto, busquemos un refugio

para no dejarnos sorprender por los hombres del bagani.

—¿Y dónde vamos a hallar ese refugio?

—Aguardadme aquí: mi ausencia será breve.

El joven igorroto partió a la carrera por la escarpada orilla mientras Hong y sus compañeros vigilaban la margen de la selva. No habían transcurrido cinco minutos, y ya Tiguma se hallaba de vuelta.

—Seguidme sin perder tiempo: he hallado un refugio seguramente inabordable.

Hong y sus compañeros se apresuraron a seguirle. El salvaje bajó a la orilla bordeando los peñascos, casi cortados a pico, sumergiéndose alguna vez en el agua hasta el muslo, y llegaron a una alta roca hendida. A los últimos resplandores del crepúsculo, creyó distinguir Hong una abertura negra semicubierta de festones vegetales de plantas trepadoras.

—¿Es aquél el refugio? —preguntó Pram-Li.

—Sí.

—¿Podemos escalar la roca?

—He subido hasta la abertura hace poco.

—Esperemos que también podamos subir nosotros.

Iban a emprender la ascensión, cuando por la parte del bosquecillo oyeron un grito que podía confundirse con el de algún cuadrumano.

—¡Ahí están ya! —dijo Tiguma—. ¡Pronto! ¡Arriba!

No era fácil la subida, pues la roca estaba casi cortada a tajo; pero agarrándose a plantas y raíces, apoyándose en hendiduras y con no poco trabajo, llegaron en algunos minutos a la abertura, que conducía a una caverna, o mejor,

a una especie de galería. Apenas pusieron en ella los pies cuando vieron huir desordenadamente una docena de taiuanes, enormes murciélagos que parece tenían allí su guarida.

—¡Qué desgracia que se hayan ido tan pronto! —exclamó el malayo—. ¡Tengo tal hambre, que me hubiera comido uno entero!

—¡Puaf! —hizo Sheu-Kin—. ¡Murciélagos!

—¡Hazles ascos! ¡Cómo si vosotros los chinos no comierais cosas peores! ¿Valen acaso más las lombrices saladas y los topos?

—¡Silencio! —dijo Tiguma, que se había puesto en observación en la boca de la galería.

—¿Vienen? —preguntó el malayo.

—He oído otra señal.

—¿Nos descubrirán?

—Es posible; mas os será fácil rechazar el asalto.

—Así lo creo, porque poseemos aún buen número de cartuchos. Pero hay otro peligro mayor: el de un asedio.

—¡Es verdad; no había pensado en ello!

—No tenemos nada que comer y estamos hambrientos.

—Hay plátanos no lejos de aquí.

—Sí; pero ¿quién irá a cogerlos?

—Yo.

—¿Para hacerte matar?

—Soy ágil y prudente. Si los enemigos no están aún en la orilla del río, puedo intentarlo.

—¡Eres valiente, Tiguma!

—Vosotros me habéis salvado a mí, a mi mujer y a toda mi tribu: es, pues, justo que trate de salvaros ahora a vosotros.

—¿Quieres que te acompañe?

—No; tú no tienes mi agilidad. Vigila y no temáis por mí.

Esto dicho, el bravo igorroto se armó con un cuchillo que le dio Hong y bajó silenciosamente la roca. Los tres chinos y el malayo le vieron llegar a la orilla del río e internarse entre las altas peñas.

—¿Le matarán? —preguntó Than-Kiu—. ¡No me consolaría jamás si ese joven tan leal y abnegado cayese a los golpes de esos hombres feroces!

—Es prudente y diestro —dijo Hong—. Tengo completa confianza en él.

Escucharon con el dedo en los gatillos de las carabinas, resueltos a acudir en su socorro al primer grito de alarma. Pasaron cinco minutos de angustiosa expectativa sin que llegase hasta ellos el menor rumor o grito. Luego, bajo la roca misma en cuyo centro se hallaban, oyeron como un ruido de agua al gotear.

—¿Qué es eso? —dijo Pram-Li inclinándose hacia adelante—. Se diría que alguien se está lavando en el río, o que sale de él y se sacude el agua.

Miró, y creyó distinguir una forma humana junto al río.

—¿Eres tú, Tiguma? —preguntó en voz baja.

—Sí respondió el igorroto, que empezó a subir trabajosamente, como si llevara un gran peso.

Pram-Li y Sheu-Kin se apresuraron a salir a su encuentro, y

vieron que llevaba a las espaldas un enorme fardo de plátanos que pesaría unos treinta o cuarenta kilogramos.

—¡Bueno! —dijo alegremente Sheu-Kin cogiendo el fardo, demasiado pesado para un hombre tan pequeño—. ¡Ya tenemos para un par de días!

Apresuráronse a reunirse con sus compañeros en la gruta y preguntó Pram-Li:

—¿Qué hay del enemigo?

—Están ya en la orilla —repuso el igorrote sacudiéndose el agua.

—¿Y tú, de dónde vienes tan empapado?

—Atravesé el río para coger los plátanos en un islote.

—¿Cómo no fuiste a la selva?

—Era imposible.

—¿Y no pensaste en los cocodrilos? ¡Si llegan a verte, te dividen en dos!

—No se han despertado aún; y, además, tenía el cuchillo.

—¿Son muchos los enemigos?

—Unos treinta.

—¿Qué hacían?

—Buscar nuestras huellas.

—¿Las hallarán?

Son listos, y acabarán por descubrirlas; pero vosotros poseéis las armas que truenan.

—Tienes razón. Los aguardaremos.

Than-Kiu, Hong y Sheu-Kin se acomodaron lo mejor posible para dormir, en tanto que el malayo y el igorroto hacían la primera vela junto a la abertura, con las armas a mano y el oído atento al menor rumor.

La oscuridad habíase hecho profunda a causa de algunas nubes que habían invadido la bóveda celeste, hasta el punto de no poder distinguirse las rocas del río. No era, pues, posible ver a los hombres que andaban por la orilla del agua hacia la base de la peña que les servía de refugio. Ni aun los rumores, como se produjesen a cierta distancia, eran fáciles de recoger, pues los ahogaba el murmullo sordo de la corriente y el fragor del agua chocando contra los islotes y los bancos de arena.

Había transcurrido una hora en calma, cuando Tiguma, que había salido un instante de la abertura para observar, volvió a la boca de la galería y tocó en el brazo a Pram-Li.

—¿Vienen ya? —preguntó el malayo en voz baja.

—No estoy seguro; pero creí oír un cuchicheo significativo al pie de la roca.

—¿Serán los que buscan nuestras huellas?

—¡Chist!

Tiguma avanzó de nuevo el cuerpo fuera de la boca de la cueva, y vio dos sombras humanas en la orilla; aguzó el oído, y pudo escuchar el siguiente diálogo:

—Las huellas se pierden aquí.

—Entonces, es que han buscado refugio en alguna caverna.

—Así debe ser.

—¿Qué hago?

—Avisar a los compañeros para que vengan.

—¿Quieres asaltarlos en la gruta?

—Sí, porque estoy seguro de hallarlos y sorprenderlos.

—¿Dormirán?

—Si estuvieran despiertos, ya nos hubieran saludado con una descarga de sus armas.

—¡Corro a advertir a mis compañeros!

Tiguma sabía ya bastante; retiróse prontamente de su observatorio, y dijo al malayo:

—Se disponen a atacarnos.

—¡Ah!

—Han ido a llamar a los otros.

—Advirtamos nosotros a los nuestros.

Internóse en la galería y despertando a los tres exclamó:

—¡Vivo! ¡Va a empezar el combate!

—¡Estamos prontos! —dijo con sencillez Hong.

Colocáronse en la boca de la gruta, en primer término Hong, Pram-Li y Tiguma, y en segunda fila Than-Kiu y Sheu-Kin. Apenas se hubieron acomodado, cuando el igorrote, que vigilaba con el cuerpo casi fuera, vio una fila de sombras humanas avanzar silenciosamente por la orilla del río.

—¡Aquí están!

—¡Dejémosles llegar! —dijo el jefe del *Lirio de Agua*.

Uno de ellos había ya comenzado a escalar la roca. Oyóse desprenderse de ella algunos pedruscos que rodaban y caían

al agua produciendo ligero chapoteo. Hong se arrodilló para estar más libre en sus movimientos, y apuntaba con su arma.

—¡No os mováis vosotros! —ordenó.

El hombre continuaba subiendo; se le oía jadear por lo penoso de la ascensión; a poco viose trepar a otros. Luego apareció una sombra ante la boca de la galería, y el chino disparó. Sucedió a la detonación un aullido espantoso, y el hombre cayó rebotando por las peñas hasta sumergirse en el río.

Pram-Li, Sheu-Kin y Than-Kiu avanzaron inmediatamente el cuerpo, y viendo bajo ellos otros hombres, hicieron fuego al centro del grupo. Tres o cuatro rodaron mortalmente heridos, cayendo sobre los otros que subían detrás, a quienes arrastraron también en su caída, incapaces de resistir el choque. Un aullido formidable de rabia, al mismo tiempo que dos detonaciones, eleváronse desde la base de la roca. Hong, que había vuelto a cargar su carabina, avanzó el cuerpo y vio que los cazadores de cabezas se retiraban alejándose.

—¡Se han ido! —dijo Pram-Li dirigiéndose al igorrote—. ¡Parece que ya tienen bastante!

Tiguma movió la cabeza en señal de duda, y dijo:

—¡No os fiéis, no conocéis lo vengativos que son esos hombres!

El malayo se estremeció al oír estas palabras.

—¿Crees, pues, que no han huido? —preguntó con cierto temor.

—Así lo creo.

—¿Y qué nos pondrán sitio?

—Me lo temo. ¡Creo que no se irán sin nuestras cabezas!

Hong se tornó sombrío al oír la traducción de estas palabras, miró desesperadamente a Than-Kiu y murmuró con voz sorda:

—¡Y todo por salvar a ese hombre!

CAPÍTULO VIII. UN AMIGO MISTERIOSO

Reinó un profundo silencio, sólo interrumpido por los murmullos del agua. Hong, entregado a sus tristes pensamientos, se sentó en la margen de la abertura con las piernas colgando sobre el río y miraba distraídamente la corriente, ajeno, al parecer, a la preocupación del peligro que corrían. Tiguma, por su parte, escuchaba con profunda atención, tratando de discernir el menor rumor que pudiese indicar el retorno en actitud ofensiva de los cazadores de cabezas. Than-Kiu, en tanto, sentada junto al malayo y al joven chino, parecía también absorta en sus pensamientos y no prestaba atención alguna a las palabras que se cambiaban entre los dos compañeros. Un silbido repentino sacó a los sitiados de sus meditaciones.

—¿Es una serpiente, o una flecha? —preguntó Hong alzándose con rapidez.

—Una flecha —repuso Pram-Li.

—¿Desde dónde la han disparado? ¿Has visto a alguien por el río?

—No; si alguien hubiera tirado desde el agua, lo habríamos visto.

—Entonces, ¿cómo puede haber llegado aquí la flecha? —preguntó la joven.

—¿Se trata, pues, en realidad de una flecha? —dijo Sheu-Kin—. ¡Tendría curiosidad de verla!

—¡Busquémosla! —exclamó el malayo.

Encendió un trozo de yesca, y se pusieron todos a buscar la flecha, mientras Sheu-Kin vigilaba el río. No tardó mucho en descubrirla Pram-Li. Su dirección indicaba que no había sido lanzada por la parte del Bacat.

—¡Es extraño! —murmuró con ansiedad mirando a la parte opuesta de la galería—. ¡Tiguma!

—¿Qué hay?

—¿Dónde termina esta galería?

—No la he explorado nunca.

—¿No sabes si tiene comunicación con el exterior?

—Lo ignoro.

—Sheu-Kin, ponte en guardia con el fusil apuntando al fondo de la galería. Vamos a examinar la flecha.

Se puso de puntillas y alcanzó a desclavar el dardo: era una caña de bambú con punta de hierro: en medio llevaba arrollada una especie de cinta vegetal.

—¿Qué significa esto? ¿Será una señal o un adorno?

—Descifra, pues, estos signos.

—Creo que se trata de una flecha mensajera —repuso el igorroto.

—¿Qué quieres decir?

—Que en esta hoja debe de haber algo escrito.

—En efecto, he oído que ciertas tribus usan los vegetales como papel.

Desenrolló la cinta, y a la luz de la yesca vio dos rayas cuadradas y desiguales.

«¿Serán esto palabras?», se dijo estupefacto.

Tiguma, que se había inclinado para examinar aquel pedazo de hoja, dio un grito de júbilo.

—¡Conozco la letra!

—Pero ¿llamas letra a esto? —exclamó con estupor el malayo.

—Son signos que comprendo, porque los usamos en mi tribu.

—¡Es posible! Entonces hay que suponer...

—Que entre los hombres del *bagani* hay algún compatriota mío —concluyó el igorroto.

—Ya los he leído.

—¿Qué dicen?

—Que sigamos la galería hasta el fin, y que alguien vela por nosotros.

—¡Vela por nosotros! —exclamaron estupefactos al saberlo Than-Kiu y Hong.

—¿Habrá algún conocido nuestro entre los hombres del *bagani*? —preguntó el malayo.

—Todo lo hace suponer así —repuso Tiguma.

—¿Quién puede ser? No tuvimos nunca relación con los cazadores de cabezas.

—Puede ser alguno de mi tribu.

—Vamos a cuentas. ¿No matan siempre a sus prisioneros esos hombres?

—Algunas veces, no.

—¿Han hecho prisioneros en tu tribu?

—Sí; el año pasado asaltaron la aldea, y se llevaron varias mozas y algunos mozos.

—¿Iría entre los que nos perseguían alguno de esos mozos y te habrá reconocido?

—Así lo supongo.

—¿Y este escrito dice que caminemos hasta el fin de la galería?

—Sí.

—¿Habrá algún paso que nos permita huir?

—Vamos a verlo —dijo con resolución el chino.

—¡Cómo no sea un lazo que nos tiendan! —insinuó receloso el malayo.

—Estaremos en guardia y no nos dejaremos sorprender. ¿No habrá por ahí un trozo de cuerda embreada para hacer una tea?

—Yo la tengo.

—Pues enciéndela, y en marcha.

Dejaron de centinela a Sheu-Kin para evitar que los bandidos, aprovechando su ausencia, escalasen la roca, y los otros, precedidos por Pram-Li, que iluminaba el camino, se pusieron en marcha con los fusiles preparados. A medida que avanzaban iba haciéndose la galería más estrecha y más baja, acentuándose la pendiente, como si tendiera a perderse en las entrañas de la Tierra. Las paredes, muy desiguales, tenían a veces hendiduras profundas y convexidades que estrechaban el paso, no permitiéndolo más que a una sola persona. En algunas partes, en cambio, las hendiduras

formaban verdaderas cuevas.

Habían recorrido poco más de doscientos metros, cuando desembocaron de improviso en una amplia caverna circular, que medía lo menos cien metros de circunferencia. Apenas penetraron en ella, cuando una ráfaga de aire fresco agitó bruscamente la luz de la antorcha.

—¡Aquí hay alguna salida! —dijo Hong deteniéndose.

—Sí, y debe de hallarse en aquella parte.

—¡Estad prontos a disparar en cualquier momento!

—¿Temes alguna sorpresa, Hong? —le preguntó Than-Kiu.

—Todo puede esperarse de tales hombres.

Avanzando cautamente llegaron ante una abertura de medio metro de largo y de anchura apenas suficiente para poder pasar Hong una pierna. La corriente de aire procedía de aquel sitio.

—He aquí un paso que no nos será de ninguna utilidad, pues, a causa del gran espesor y dureza de la pared, no podemos ensancharlo. ¿Por qué motivo nuestro desconocido protector nos ha invitado a venir aquí? ¡Es un misterio!

—Como es incomprensible también lo de la flecha —dijo Than-Kiu.

—¿Qué quieres decir?

—Que no se concibe que la flecha lanzada por la abertura pueda llegar hasta la boca de la galería.

—Cierto; tanto más, cuanto que hemos ido en descenso siempre —dijo el malayo.

—Tienes razón. ¿Qué opinas tú, Than-Kiu?

—Que debe de haber sido lanzada sin duda, desde otra parte.

—¿Habrá alguna otra salida que no habremos visto?

—Así debe de ser, y la buscaremos al regreso.

—Pero ¿por qué nos ha hecho venir aquí el autor del escrito?

—Algún propósito habrá tenido. Voy a examinar la grieta.

Cogió de manos del malayo la cuerda embreada, la introdujo en la abertura y dio un grito de sorpresa y de júbilo.

—¿Qué hay, Hong?

Por toda respuesta el chino metió el brazo, y sacó un ave gruesa, del tamaño de un pavo pequeño, que tenía el cuello atravesado por una flecha delgadísima, pero absolutamente igual a la que había llevado el aviso misterioso. Era uno de esos volátiles de abundante plumaje negro, con pintas blancas y rojizas, que les hace parecer mucho más grandes y gruesos de lo que en realidad son.

—¡Ahora comprendo por qué nos ha hecho venir! —dijo Tiguma—. Sabiendo que nos sitian, ha querido proporcionarnos víveres.

—Entonces, debe de ser un compatriota tuyo —repuso Pram-Li.

—¡Oh, ahora no me cabe duda!

—Veamos si hay algo más —dijo Hong—. Quizá nuestro proveedor no haya olvidado que somos cinco.

Alargó nuevamente el brazo, y sacó dos palomas algo más gruesas que las nuestras, con plumas de color azul brillante en el pecho, y en el lomo oscuras y con reflejos dorados: había, además, dos estorninos, plátanos y unas ramas resinosas que podían servir de antorchas.

—¡Ese desconocido protector ha pensado en todo! —dijo Hong satisfechísimo—. ¡Nos ha provisto hasta de velas!

—¿Ya no hay nada más?

—No, ya no hay más, Than-Kiu.

—¡Pues hasta la próxima! —exclamó la joven sonriente.

—¡Oh! Seguramente continuará abasteciéndonos. Con esto sólo tenemos para dos comidas.

—¡Quisiera conocer a ese misterioso protector! —dijo Pram-Li a Tiguma.

—¡Ya se dará a conocer!

—¿Cuándo?

—Quizás antes de lo que creéis —repuso el igorroto trazando con la punta de su cuchillo algunos signos, incomprensibles para los chinos, en unas hojas que arrolló en la flecha y depositó en una grieta de la abertura. Luego añadió—: El hombre que nos favorece sabe ya que deseamos conocerle.

En aquel instante se oyó un disparo y el grito de alarma de Sheu-Kin.

—¡A las armas!

Mientras corrían a reunirse con él resonó una segunda detonación. Al llegar hallaron a Sheu-Kin en observación.

—¿Atacan? —le preguntó Hong alarmado.

—Vi algunos hombres que trataban de subir desde la orilla: eché a uno a pique metiéndole una bala en el cráneo, y los otros se ocultaron en aquella escollera de enfrente.

—¿Eran muchos?

—Lo menos una docena.

—Quisiera saber cuántos son los que nos sitian.

—Supongo que no intentarás una salida, Hong.

—Si fuera posible, ¡vaya si la intentaría! ¿Qué dice Tiguma?

—Que deben de ser muchos los sitiadores —repuso Pram-Li.

—Es una triste cosa que estemos aquí sitiados, a pocos pasos de la aldea.

—¡Ah! ¡Qué idea!

—¿Qué es lo que se te ha ocurrido, Hong?

—Pregúntale —dijo en vez de responder— a qué distancia se halla la aldea.

El malayo hizo la pregunta y tradujo la respuesta:

—A seis o siete horas de camino, calculando los rodeos que da el río.

—¡Si pudiésemos avisar al amigo del jefe de Tiguma! ¿Tiene muchos guerreros el jefe mandayo?

—La tribu no es muy numerosa, pero podría poner en armas los suficientes para hacer huir a esos bandidos.

—¿Se puede intentar?

—Los hombres de *bagani* vigilan —dijo el igorroto.

—Trataremos de burlar su vigilancia —dijo entonces Pram-Li.

Al conocer estas palabras, la joven preguntó:

—¿Habéis olvidado a nuestro misterioso protector? ¿Por qué no hemos de valernos de él, más bien que exponer la vida de

uno de nosotros?

—¡Tienes razón, *Flor de las Perlas*; le había olvidado!

—Aguardemos su respuesta, y luego resolveremos lo que haya de hacerse.

—Y en tanto, ¡fuego sobre esos canallas, que se han propuesto no dejarnos tranquilos un momento! —exclamó Sheu-Kin.

—¿Vuelven? —preguntó Hong.

—Míralos entre las peñas, tratando de acercarse. ¡Cuidado! ¡Acaso estén envenenadas sus flechas!

De un empujón el joven chino había echado adentro a la joven y a Hong. En aquel instante tres flechas se clavaron en las paredes de la galería a pocos pasos de ellos. El jefe del *Lirio de Agua* y el malayo se echaron al suelo, ordenando a los demás que los imitaran retirándose al interior, mientras ellos se arrastraban hacia la boca con cautela.

—¿Los ves, Pram-Li?

—Sí.

—¡Pues a ver si hacemos carambola! ¡Tiremos al centro del grupo!

—Es que...

—¿Qué?

—Quisiera antes ver lo que hacen. Me parece que efectúan alguna maniobra misteriosa.

—¡Tienes razón! ¡Parece que cortan algo!

—Y alzan del río un barril o una caja.

—¿Contendrá pólvora?

—No creo que esos salvajes, que usan más las flechas que los fusiles, puedan tener tanta cantidad.

—¿Qué contendrá, entonces, ese bulto? —se dijo Hong, no muy tranquilo.

—Tirémosles antes de que puedan terminar su misteriosa operación.

—Eso quería proponerte, Pram-Li; apunta al medio del grupo.

—¡Estoy pronto!

—¡Fuego!

Retumbaron los dos disparos como si fuesen uno solo: los bandidos se apresuraron a saltar al agua; pero dos de ellos rodaron sin vida a la extremidad de un banco de arena.

—¡Buen golpe! —exclamó Sheu-Kin.

Hong le respondió con un grito de rabia. Había visto brillar una llama entre las hierbas trepadoras que cubrían el flanco de las rocas, produciendo una nube de espeso humo.

—¡Salteadores! ¡Quieren ahumarnos!

En aquel mismo momento sintió en la garganta un cosquilleo y un picor insoportables, mientras sus compañeros se llevaban las manos a los ojos.

—¡Por la torre de Nankin! ¡Me escuecen los ojos, y me parece que he perdido la vista!

—¡Por cien mil cocodrilos! ¿Qué hay bajo nosotros?

Estas exclamaciones de Sheu-Kin y Pram-Li eran justificadas. Un humo acre, punzante sofocante, que dañaba la garganta y los ojos, subía de la escollera, mientras la cortina de plantas

trepadoras desarrollaba un calor tan intenso, que no podía resistirse a la entrada de la galería. Hong y sus dos compañeros, medio asfixiados y casi ciegos, se arrojaron adentro, rechazando a Tiguma y a Than-Kiu, que se lanzaban en su ayuda.

—¡Huid! —exclamó el chino.

—¿Qué sucede? —preguntó *Flor de las Perlas* comenzando a toser.

—¡No lo sé! ¡Huyamos a la caverna del fondo, o nos asfixiamos!

Recogieron apresuradamente las ramas resinosas y los víveres, y huyeron mientras las primeras nubes de humo penetraban lentamente en la galería. Cuando llegaron al extremo detuviéronse cerca de aquella especie de buzón abierto en la roca, para poder respirar mejor.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Than-Kiu.

—¡Qué esos canallas han intentado asfixiarnos prendiendo fuego a las plantas trepadoras que crecen en las laderas de la roca!

—Y ese olor acre que nos irritaba la garganta y los ojos, ¿calculas tú, Tiguma, de dónde procedía?

—Indudablemente de algunas hojas de *cumakru*.

—¿Y qué es eso?

—Un arbusto cuyas hojas al quemarse despiden un olor tan fuerte, que no puede soportarse durante un solo minuto.

—¡Al diablo esos canallas!

—Por suerte, tenemos esta gruta: de otro modo, no hubiéramos podido resistir mucho en la galería.

—Lo malo es que, después del fuego, no dejarán de subir esos bribones.

—Tened por seguro que vendrán.

—¡Serán recibidos como merecen! —exclamó Hong al conocer las palabras del igorrote—. ¿No tienes miedo tú, Than-Kiu?

—¡La hermana de Hang-Tu nunca ha temblado ante el peligro! ¡Estoy pronta!

—¡Silencio! —dijo en aquel momento Sheu-Kin.

—¿Vendrán ya?

—No, pero ¿oís?

Se oyó un ligero silbido, que parecía lanzado por una serpiente. Inmediatamente Hong se echó a la cara el fusil, gritando con energía:

—¿Quién vive?

El mismo silbido, más dulce que antes, se repitió, y al final una voz humana pronunció una palabra. Tiguma dio un salto precipitándose a la abertura y contestó:

—¡Aquí estoy!

Hong encendió precipitadamente una antorcha, sin soltar el fusil, y miró por la abertura, alumbrándose. Por el otro lado aparecía una cabeza humana: la de un joven de piel muy oscura con reflejos color de ladrillo, de facciones dulces y ojos pequeños y negrísimos. Llevaba el cabello largo, recogido en dos trenzas adornadas con escamas de tortuga y espinas de pescados. Al ver a Tiguma sus ojos se animaron brillando como brasas encendidas.

—Soy el muchacho que...

—¡Vindhít! —le interrumpió con júbilo Tiguma.

—¡Sí, Vindhít!

—¿Te perdonaron, pues, los cazadores de cabezas?

—Lo estás viendo.

—¿Y me has reconocido?

—Sí; aunque han pasado cuatro años, te reconocí esta mañana al verte pasar por el bosque con los hombres de piel amarilla.

—¿Y te propusiste ayudarnos?

—Ya lo ves.

—¿Conocías esta caverna?

—Sí.

—¿Y desde dónde enviaste la flecha?

—Desde una grieta que hay en la galería.

—¿Y eres tú quien nos ha provisto de víveres?

—Sospeché que no tendríais, y fui a cazar para vosotros.

—¿Son muchos los hombres del bagani?

—Ciento lo menos —contestó Vindhít.

—Y resueltos a cogernos, ¿verdad?

—Dicen que habéis matado al bagani, y están decididos a vengarle.

—¿No habrá algún medio de huir de ellos?

—Lo he buscado en vano. Todo lo que puedo hacer es abastecerlos de víveres. ¡Adiós! Volveré en cuanto pueda;

dentro de algunas horas. Los hombres del bagani me aguardan para intentar un asalto decisivo contra vosotros. Tratad de defenderos bien, si no queréis perder la cabeza. Si no me matáis, volveré pronto.

El joven desapareció sin hacer ruido, internándose en la selva que se extendía detrás de la caverna, y Tiguma se apresuró a informar a sus amigos de lo que dijo Vindhít.

—¡Cien hombres! —exclamó Hong—. Son demasiados para nosotros.

—¿Qué hacer? —dijo la joven, que se había estremecido al conocer los propósitos de los cazadores de cabezas—. ¿Nos salvaremos? ¡Ah! ¡Qué mi misión tenga que terminar aquí! ¡Hong, tengo miedo!

—¿Tienes miedo por él? —murmuró el chino a su oído.

La joven negó con la cabeza.

—¡Sí, Than-Kiu; sí, *Flor de las Perlas*: tienes miedo de no poder salvar a Romero!

—¡No! —afirmó ella con voz entera—. ¡Te juro que no, Hong!

—¡Gracias; gracias, amada mía! —repuso él exhalando un suspiro de alivio. Luego gritó con voz tonante—: ¡Vamos a dar la batalla y a salvar a *Flor de las Perlas*! ¡Sheu-Kin, Pram-Li, Tiguma, seguidnos!

—¿Adonde pretendes ir, Hong mío?

—¡A forzar el paso del río!

—¿Y si te matan?

—¿Qué importa? ¡Moriré ante tu vista, y...!

—¡No, Hong; no quiero! ¡No me consolaría nunca de tu muerte! ¡No; no quiero! ¡*Flor de las Perlas* te lo suplica, Hong!

¡Aguardemos al amigo de Tiguma!

—¿Qué esperas, Than-Kiu?

—¡Quién sabe! ¡Aguardemos!

En el mismo instante se oyó rumor de voces humanas procedentes de la galería.

—¡Ya están aquí! —exclamó el malayo lanzándose en aquella dirección.

—¡Sí; ya vienen! —confirmó Sheu-Kin.

—¡Pues bien; vamos a su encuentro! —gritó Hong con voz preñada de siniestras amenazas.

CAPÍTULO IX. EL PASO DEL BACAT

A fin de evitar que le hiriese alguna flecha envenenada, Hong hizo apagar todas las luces, y luego de haber rogado a la joven que se mantuviese cerca de la abertura, medio oculta tras un gran grupo de estalagmitas que unían el suelo y la bóveda de la caverna, se lanzó con los tres hombres intrépidamente hacia la galería, resueltos a impedir el paso a los invasores.

Un poco de humo entraba aún rozando el techo; pero había perdido mucho de su acritud, y bastaba encorvarse para evitarlo. Los cuatro hombres, sofocando con gran esfuerzo algún golpe de tos que hubiera podido denunciarlos, llegaron en breve, no obstante la oscuridad, al ingreso de la galería.

—¡Todos al suelo! —ordenó Hong en voz muy baja—. ¡Es el mejor medio de evitar las flechas y el humo!

Acostóse el primero y escuchó con gran atención.

—¡Oigo un leve rumor, como de cuerpos que se arrastran!

No había terminado de decir esas palabras, cuando a la entrada de la galería se oyeron toses trabajosamente sofocadas.

—¡El humo les hace traición; parece que no respeta su garganta!

—Están aún lejos —dijo Pram-Li.

—Se ve que no se atreven a avanzar rápidamente —respondió Hong—. ¡Temen! ¡Buen síntoma!

—¿Adelantamos nosotros? —preguntó el malayo.

—Es inútil. Cuanto más afuera, más humo habrá, y nuestra tos les advertiría nuestra presencia. Además, éste es un puesto excelente para defender la gruta. Tanto más, cuanto que estas convexidades de la roca pueden servirnos de resguardo.

—¡Chito! —murmuró Tiguma—. ¡Me parece que los hombres del *bagani* están más cerca de lo que sospechamos!

—¿Has visto algo?

—¡Calla! ¡Están hablando en la galería! ¡Aguardadme aquí!

Apenas había avanzado unos quince pasos, cuando oyó un cuchicheo. Detúvose apoyado en la pared, y escuchó:

—¿Los oyes? —preguntaba uno.

—No —respondía otra voz.

—¿Habrán huido?

—¡Imposible! ¡La galería no debe de tener salida alguna!

—Pero no hemos llegado aún al fondo ¿La has explorado tú alguna vez?

—Nunca.

—¿Dónde acabará?

—Eso es lo que no sé.

—¿Nos siguen los otros?

—Sí; los oigo arrastrarse.

—Este silencio me inquieta.

—También a mí.

—¿Habrá ahogado el humo a los chinos?

—Eso se me estaba ocurriendo.

—Quizá se hayan ido a morir a algún antro que no hayamos visto.

—Busquemos, pues, algún tizón para ver bien.

—¿Y si viven? Ya sabes que esos chinos tienen armas de fuego.

—¡Y que las manejan muy bien!

—¿Qué hacemos?

—¡Adelante! ¡Hemos jurado vengar al *bagani*, y necesitamos la cabeza de los chinos!

—¡Adelante!

Tiguma había escuchado sin perder palabra. Sabía bastante, e iba a retirarse, cuando sintió que alguien tropezaba con él: instintivamente aferró el cuchillo y lo clavó en un cuerpo próximo. Un aullido horrible de dolor, que terminó en estertor de agonía, rompió el silencio. El igorrote se había puesto en pie de un salto; pero en el mismo instante sintió que le agarraban cuatro manos vigorosas y que le levantaban en el aire llevándole a través de la galería. Lanzó un grito:

—¡Socorro! ¡Me han cogido!

Hong y sus compañeros, imaginándose lo que había pasado, se precipitaron resueltamente hacia delante, chocando en breve con los cazadores de cabezas, que se habían introducido en la galería.

—¡Fuego! —mandó con voz tonante Hong.

Tres relámpagos rasgaron las tinieblas, seguidos de tres detonaciones. Al rápido fulgor de la pólvora vieron los chinos y el malayo que huían varios hombres ante ellos.

—¡Adelante! —Ordenó Hong, empuñando el fusil por el cañón a guisa de maza.

Los enemigos, aterrados por la imprevista descarga y por los gritos de dolor de sus compañeros, a quienes rompían el cráneo con las culatas los sitiados, emprendieron precipitada fuga, sin pensar en oponer la menor resistencia. El pánico había cundido, y los tres hombres llegaron a la boca de la galería machacando cráneos y quebrantando costillas. Desde la abertura los cazadores de cabezas se precipitaron al agua, escondiéndose en las escolleras. Hong, el malayo y Sheu-Kin, reanimados por la fuga de sus enemigos, los persiguieron aún con nuevas descargas.

—¡Aprovechemos su pavor para huir! —dijo Hong—. ¡Sheu-Kin, ve a llamar a Than-Kiu!

—¡Presente! —exclamó la joven compareciendo fusil en mano.

—¡Ven, *Flor de las Perlas*! —murmuró él cogiéndola con sus robustos brazos—. ¡Tratemos de ganar la orilla opuesta del Bacat!

—¿Y Tiguma?

—¡Secuestrado!

—¿Y le abandonaremos?

—Por el momento no hay otro remedio. ¡Pero no dejaremos a ese valiente en manos de tales bandidos! ¡Agárrate a mi cuello, y vosotros dos proteged la retirada! ¡Tú, amiga mía, toma todas las municiones y consérvalas donde no se mojen! ¡Las necesitaremos en breve!

Dicho esto se precipitó al agua y nadó vigorosamente. Than-

Kiu, abrazada a su cuello con una sola mano, sostenía en alto con la otra los dos fusiles y las municiones. Mientras el chino surcaba la corriente, sus dos compañeros desde lo alto de una roca protegían su huida disparando contra los cazadores de cabezas que se habían precipitado sobre él para apresarle y lanzaban sobre el nadador una lluvia de flechas. Los primeros tiros de Sheu-Kin y el malayo mataron a los dos hombres que se habían metido ya en el agua y que dejaron en el río un doble círculo sangriento. Alzóse entre los salvajes un alarido de rabia y espanto; pero otras dos víctimas les quitaron el valor de perseguir a los fugados afrontando a tan diestros tiradores, y se desparramaron escondiéndose entre las escolleras.

El malayo vio que había llegado Hong a un banco de arena y depositado allí a su preciosa carga felizmente, y gritó a su compañero:

—¡Ahora tú! ¡Al agua! ¡Ten el fusil y las municiones con la mano izquierda, y cuida de que no se mojen uno ni otras!

—¡Soy buen nadador; descuida!

Al verlos sumergirse, los del bagani salieron otra vez del bosque con ánimo de ver si eran más afortunados y podían apresarlos o matarlos a flechazos, pero su retirada la protegían Hong y Than-Kiu desde el banco en que habían puesto pie. Dos nuevas víctimas, una de ellas con un turbante que indicaba pertenecer a cierta categoría superior, los hicieron retroceder de nuevo. Era demasiado para aquellos bribones, no acostumbrados a una resistencia tan desesperada y mortífera.

Reputando ya imposible la persecución, una vez que los adversarios habían logrado atravesar el Bacat, después de aullar, amenazar y casi agotar su provisión de flechas, desaparecieron por entre los árboles del bosque.

—¡Gracias, Hong! ¡Nuevamente me has salvado la vida! —dijo

la joven con efusión.

—¡Bah! ¡Cuenta que con la tuya había que salvar la nuestra!

—Y todavía queda otra que hay que arrebatarse a la muerte.

—Sí, la de Tiguma; pero esa empresa es mucho más difícil, Than-Kiu.

—No podemos abandonar a ese valiente en manos de tan feroces bandidos.

—Y no le abandonaremos, aunque tengamos que arrostrar la muerte: tanto más, cuanto que le necesitamos para llevar a feliz término nuestra empresa.

—¿Y cómo haremos, Hong? ¿Sabe alguno dónde está la aldea de los cazadores de cabezas?

—¡Pero si a estas flechas le habrán matado ya!

—¿A Tiguma?

—¡Claro!

—Si no le decapitaron al cogerle, supongo que conservará la vida. Ya sabes que los cazadores de cabezas respetan alguna vez la vida de los que caen en sus manos.

—De cualquier modo, ha de costarnos mucho libertarle.

—Acaso menos de lo que te figuras, *Flor de las Perlas*.

En aquel instante el chino se levantó precipitadamente.

—¿Qué hay, Hong?

—Veo un hombre que atraviesa el río.

—¿Algún bandido? —exclamó el malayo cargando su carabina.

—No; por ahora se trata de un amigo, o mucho me engaño.

—¿Tiguma, acaso?

—No; es nuestro proveedor. ¡Estoy casi seguro de no equivocarme!

Salieron de detrás de los árboles que los resguardaban, y se acercaron a la orilla. Precisamente en aquel momento, un joven salvaje casi desnudo, pues sólo llevaba una especie de pequeña sotana de piel de pantera, llegaba al banco de arena.

En la mano llevaba un arco con algunas flechas y al cinto, un cuchillo grande de ancha, afilada y reluciente hoja.

—¡Es Vindhít! ¡Una fortuna que no esperaba! —exclamó Hong.

El igorrote se había parado a la orilla del banco, como dudando si avanzar o retroceder. Hong y Pram-Li salieron a su encuentro haciéndole señas afectuosas.

—¡No temas! ¡Somos amigos de Tiguma!

Pero el salvaje pareció no enterarse. Seguramente no comprendía el chino.

—¿No me has comprendido?

Vindhít permanecía inmóvil. Miró curiosamente a los dos hombres, y luego, tocando con el dedo el pecho de Pram-Li, pronunció algunas palabras.

—Sí, soy malayo —dijo éste sonriendo.

El igorrote sonrió a su vez, y dijo en su lengua, que sólo Pram-Li entendía:

—¿Sois los amigos de Tiguma?

—Así es, en efecto.

—Tiguma se halla en poder de los cazadores de cabezas.

—Lo sabemos.

—¿Y le abandonaréis a su triste suerte?

—No, trataremos por todos los medios de libertarle.

Un relámpago de júbilo brilló en los ojos negríssimos y expresivos del igorrote.

—Yo os ayudaré a salvar a mi compañero de infancia.

—¿Corre riesgo de ser decapitado?

—Sí, dentro de tres días. Apenas los hombres del bagani regresen a su aldea, será inmolado mi amigo para aplacar el irritado ánimo del jefe.

—¿Y está muy lejos la aldea?

—A dos jornadas de camino hacia el lago Linguasán.

—¿Crees que podremos alcanzarlos antes de que lleguen a la aldea?

—Están ya lejos.

Pram-Li tradujo a sus compañeros las noticias.

—¡La cosa es grave! —dijo Hong—. Perseguirlos hasta su aldea me parece empresa demasiado ardua. ¿Qué opinas, *Flor de las Perlas*?

—Aunque lo sea, creo que cometeríamos una mala acción abandonando a ese intrépido joven.

—Pero es que tendremos que arrostrar mil peligros graves: no somos más que cuatro, y quizá sean varios centenares los cazadores de cabezas.

—Vence a veces la astucia al número y a la fuerza.

—No digo lo contrario —murmuró Hong, ya a punto de arrojarse de cabeza a la empresa, que consideraba arriesgadísima.

Vindhít, que escuchaba atentamente haciendo esfuerzos por comprender aquellas palabras, hizo un ademán con la diestra y dijo a Pram-Li:

—Tus compañeros dudan del éxito de la empresa, ¿no es verdad?

—Sí, somos muy pocos para asaltar la aldea de los cazadores de cabezas.

—Pero no es necesario aguardar a que estén en su aldea.

—¿Qué quieres decir?

—Que podemos alcanzarlos antes de que lleguen.

—Pues ¿no decías que no podía ser, pues llevaban mucha delantera?

—Por tierra no puede ser; pero el río camina más que ellos.

—No te comprendo.

—Los bosques son difíciles de atravesar; pero el Bacat es fácilmente navegable. Sé dónde alcanzarlos.

—¿Y querrás acompañarnos hasta allá?

—Sí; hasta el sitio por donde tienen que vadearlo.

—¿Y cómo llegar al vado antes que ellos? Piensa que va una mujer con nosotros.

—Construyendo una balsa.

—¡No me parece mala idea! El Bacat no ha de ser de navegación difícil.

Comunicó la idea a sus compañeros, y resolvieron construir la embarcación. De este modo podían ahorrarse mucho camino, aunque se alejaran del pueblo adonde los guiaba Tiguma.

—¡Bah! ¡Ya iremos a esa aldea más tarde! ¡Tiguma nos llevará!

Como no tenían segures, decidieron construir una balsa ligera con bambúes, que crecían abundantemente en ambas orillas: eran de unos quince metros de largo y poco menos gruesos que el muslo de un hombre. Los tres chinos y el igorroto cortaron en breve las cañas que necesitaban, eligiendo las más convenientes por su longitud y solidez, y transportándolas junto al agua, comenzaron alegremente y con afán su obra.

El malayo, que había servido como marinero y lo entendía, dirigía la construcción, que a las dos horas se hallaba concluida. Sus proporciones eran de diez metros de largo por cinco o seis de ancho: tenía en el centro una especie de tienda para resguardar del sol a la joven.

—¡Marchemos! —dijo Hong, ayudando a *Flor de las Perlas* a subir a bordo—. ¡Cada minuto que perdamos es una probabilidad menos de salvarle!

—¿Le salvaremos, Hong?

—¡Esperémoslo, Than-Kiu!

Subieron todos, y pertrechados de largas cañas que debían hacer oficio de remos comenzaron la navegación. La corriente en aquel sitio era fuerte, pues el río describía una rápida curva. Hizo dar varias vueltas sobre sí misma a la balsa, y la empujó hacia la orilla opuesta; pero muy en breve comenzó a arrastrarla con una velocidad de seis o siete kilómetros por hora.

Entonces Hong, viendo que no necesitaban ya su ayuda, se metió en la tienda con su amada, mientras el malayo guiaba

desde popa y Sheu-Kin y Vindhít, tendidos a proa, vigilaban las dos orillas y advertían a Pram-Li la presencia de los bancos de arena.

El río parecía correr por entre una región desierta en absoluto: en aquellos matorrales de plantas silvestres, entre las cuales sobresalían frutas como nogales moscados, tamarindos, arecas, mangostanes y sagues, se alzaban multitud de pintadas y trinadoras aves. Lo que no se veía eran cuadrumanos ni fieras, con gran satisfacción para los viajeros.

A mediodía, después de haber recorrido unos treinta kilómetros, halláronse con una pequeña cascada que interceptaba por completo el paso. Con una barca no hubiera sido difícil pasar; pero con una balsa no había que pensarlo, pues se trataba de una angostura entre dos peñones.

—Tendremos que desocupar la balsa —dijo Hong, bastante contrariado por aquel obstáculo.

—No hace falta —dijo Vindhít, a quien Pram-Li tradujo la observación de su compañero.

—¿Por qué?

—Porque estamos ya en buen sitio.

—¿Qué quieres decir?

—Que es inútil continuar la navegación. Yendo rápidamente por el bosque, podremos cortar el paso a los cazadores de cabezas. Con esta marcha por el río hemos evitado la montaña que obliga a dar un largo rodeo para llegar a la aldea del bagani.

—¿Estás seguro?

—Conozco estos sitios palmo a palmo.

—Desembarquemos, entonces.

Empujaron la balsa a la orilla derecha, y desembarcaron en la margen de un inmenso bosque de teks.

—Antes de reanudar la marcha, comamos algo; desde ayer no hemos probado bocado.

—¡Tienes razón, Hong! ¡Vamos!

—Que venga con nosotros Vindhít, que puede sernos útil.

Than-Kiu se tendió a la sombra de un colosal árbol para descansar algunas horas; Sheu-Kin se quedó de centinela a su lado, y los tres emprendieron la marcha en busca de alguna caza.

Aquella selva era la más hermosa de cuantas había visto Hong. Formada exclusivamente por teks, valía mucho oro. Son estos árboles de bellísimo aspecto y de gigantescas proporciones; suelen alcanzar una altura de cincuenta hasta sesenta metros, y el diámetro de su tronco es de metro y medio; su madera es la mejor que hay para construcciones, y muy superior en resistencia a la encina. Sus compactas fibras no son atacables por la carcoma ni otro insecto alguno, y, lo que es más importante, no sufren ninguna alteración, ni aun sumergidas en el agua de mar: por el contrario, parece que adquieren mayor dureza. Bien trabajada esa madera, desafía durante siglos la intemperie.

Hoy se hace enorme consumo de este material, especialmente en los astilleros, aplicándolo a la construcción de las carenas. Para dar una idea de su resistencia, baste decir que hasta hace pocos años podía admirarse en el puerto de Marsella una nave construida toda de tek un siglo hacía, y a pesar del tiempo transcurrido sin dejar de navegar, conservábase en excelente estado su carena, en inmersión durante toda una centuria.

El gran consumo que de esta madera se hace en Europa ha

elevado prodigiosamente su precio, y hoy no se puede obtener un metro cúbico de tek por menos de trescientas pesetas.

—¡Cuánta riqueza perdida! —exclamó Hong—. ¡Hay aquí millones, que acaso nadie venga a recoger!

—Y también abundan las fieras, que sólo aguardan el momento oportuno para devorar a los admiradores de las plantas —dijo el malayo preparando precipitadamente el fusil.

—¿Qué has visto, Pram-Li?

—No puedo decir de qué clase de animal se trata; pero, en plena selva, tenemos el deber de vigilar.

—Pero ¿has visto alguna fiera?

—Sí; está oculta en ese bosquecillo de bambúes.

—¿Era un animal grande?

—Me pareció voluminoso.

—Ha de ser algún jabalí. Me han dicho que abundan en esta isla.

—Vamos a asegurarnos.

—¡Despacio, malayo, que también hay panteras y tigres en este país!

Mientras cruzaban ambos estas palabras, el salvaje examinaba el suelo con atención.

—¿Qué buscas?

—Babirusas.

—¡Ah! ¿Ha pasado alguna por aquí?

—Sí.

—Es un animal que bien merece un disparo de fusil.

—¡Vamos a verlo! —dijo Hong, enterado de la noticia.

A cincuenta pasos había un cañaveral espinoso que parecía extenderse al borde de un pantano, formado quizá por alguna avenida del Bacat. Era de vastas dimensiones y de fácil acceso, y los tres cazadores no dudaron que la babirusa se había refugiado en él.

—¡No hagamos ruido, o escapará el animal! —dijo Hong.

El chino y el malayo, precedidos por Vindhít, que había colocado una flecha en su arco, se acercaron a los vegetales y escucharon. No se oía rumor alguno sospechoso entre las cañas; pero no podía dudarse de que el animal se había internado allí, pues había dejado sus huellas: una especie de surco que desaparecía entre los bambúes. Algunas cañas habían sido dobladas, y hasta rotas dos o tres. Los tres se ocultaron en aquella especie de sendero, moviendo muy despacio las cañas, que recobraron su posición vertical, y miraron con atención.

—¡Hum! —murmuró Hong moviendo la cabeza—. ¡Me parece que estas huellas son de un animal muy distinto de la babirusa! ¡Se diría que alguien ha sido derribado al suelo por algún ladrón!

—En realidad estas huellas no son de una babirusa —añadió el malayo con inquietud.

—Mira, Pram-Li: manchas de sangre en estas cañas.

—¡Cierto! ¿Habrá sido herida la babirusa y se habrá arrastrado hasta aquí?

Interrogó a Vindhít, que examinaba las manchas, y repuso:

—Animal herido.

—¿Por quién?

—¡Quizá por una pantera!

—¡No nos faltaría más que un encuentro con una fiera tan temible!

En aquel momento oyeron un débil susurro, como si alguien tratara de alejarse lentamente hacia el centro del matorral.

—¿Has oído? —dijo Hong al malayo.

—Sí; y he visto agitarse las puntas de las cañas.

—¿Será la babirusa?

—Indudablemente.

—¡Sigámosla, Pram-Li!

Se dirigieron hacia aquella parte, que era muy espesa, abriéndose paso a sablazos. El rumor aumentaba; el animal huía rápidamente de los cazadores, apartando ruidosamente las grandes cañas. Parecía haber abandonado toda prudencia. Hong y sus compañeros trataban de acercarse; pero dificultaban la marcha aquellos vegetales espinosos, que les oponían increíble resistencia. A cada momento, el chino y el malayo tenían que detenerse y andar con tiento para evitar que se desgarraran sus vestidos. De pronto cesó el rumor.

—¡El animal se ha detenido!

—¡Sí; ya no se mueven las cañas!

—¡Y veo manchas de sangre aquí!

—¿Habrá expirado la babirusa, Pram-Li? ¡Vayamos con cuidado! ¿No sientes un olor...?

El malayo se detuvo, y el terror se pintó en su rostro.

—¡Es un olor salvaje!

—¡Diríase que ha pasado por aquí alguna pantera!

—¡Algún tigre, Hong! ¡He sentido muchas veces este olor en las selvas de la península malaya!

—Pregunta a Vindhít.

—¡Una gran fiera! —repuso el igorroto.

—¡Adelante y con prudencia!

—¡Preferiría hallarme aún en el río Bacat! ¡Los tigres me han causado siempre mucho miedo!

—Acaso no se trate de uno de esos animales.

—¿Qué supones de la babirusa?

—No desespero aún de encontrarla.

Con el dedo en el gatillo del fusil y con toda clase de precauciones, despacio, escuchando y explorando a cada instante, avanzaron los tres, presos de una gran agitación nerviosa que la ansiedad aumentaba de minuto en minuto. A los cincuenta pasos halláronse ante una masa ensangrentada sin vida. Era un animal grande como un ciervo, semejante a un cerdo y con piernas de corzo.

—¡Por fin! —exclamó Hong—. ¡Ya tenemos la babirusa!

—¡Y en qué estado! ¡Tiene un flanco despedazado de un zarpazo!

—El tigre que la mató, viéndose perseguido, ha renunciado a su presa.

—¡Se la robamos!

—Sí, Pram-Li; pero apresurémonos a salir de este matorral.

Indudablemente el cazador no está lejos: cortadle las patas posteriores, y vámonos.

Mientras el chino vigilaba, el malayo y el igorroto cortaban las patas a la babirusa.

—Al tigre le queda aún mucha carne. No podrá quejarse: tiene para adquirir una indigestión; pero nosotros somos personas de conciencia, y no queremos defraudar a los cazadores.

—¿Habéis acabado?

—Sí.

—Pues preparaos para recibir al dueño de la babirusa.

—¿Qué dueño? —preguntó el malayo palideciendo.

—¡Por Fo y Confucio! ¿Qué dueño ha de ser? ¡El tigre!

—¿Viene?

—¿Oyes?

A veinte pasos se agitaban las cañas, y de pronto resonó un rugido. ¡A o-ung! Era el poderoso grito de guerra del tigre, y el malayo lo había oído bastantes veces para no dudar.

—¡Amenaza saltar sobre nosotros! —dijo Pram-Li sin poder dominar tan fuerte estremecimiento.

—¡Mejor! —contestó Hong con admirable sangre fría—. ¡Si tiene la intención de castigarnos por ladrones, va a llevarse un chasco! ¡Hola! ¡En retirada con la frente hacia el enemigo!

CAPÍTULO X. EL ATAQUE DEL TIGRE

El tigre se había anunciado con su grito de guerra.

Estos animales son ferocísimos, sobre todo cuando han empezado a verter sangre; pero son también prudentes en extremo: no atacan a nadie de frente, cara a cara, sino que prefieren hacerlo por sorpresa, confiando en su agilidad, realmente maravillosa.

No se crea por eso que abandonó la persecución de los cazadores; pero los seguía despacio por entre las hojas y las cañas, sin perderlos de vista y sin mostrarse al descubierto.

Hong y sus compañeros se retiraban también despacio con las armas preparadas y los ojos vigilantes, sin atreverse a volver la espalda, por miedo a que en uno de sus poderosos saltos el terrible felino cayera sobre ellos antes de darles tiempo para hacerle frente. El chino no había perdido su extraordinaria sangre fría y se mantenía tranquilo; en cambio, el malayo y el igorroto temblaban como atacados por la fiebre.

—¡Ánimo! —les repetía Hong.

—¡Tengo ánimo! ¡Esto es la primera impresión, que pasará al primer disparo!

De pronto el salvaje se detuvo haciendo con la mano un ademán.

—¿Qué hay?

—Ya no nos sigue el tigre.

—¿Estás seguro?

—Ya no se agitan las cañas de bambú.

—¿Habrá renunciado a perseguirnos?

El joven movió la cabeza con gesto de duda.

—¿Qué dice Vindhít?

—Parece que el tigre se ha detenido.

—¿No habrá dado un rodeo para caer sobre nosotros por la espalda? ¡Estos animales son unos traidores!

—Me lo temo, Hong.

—¡Aguardemos!

Apoyáronse espalda con espalda para hacer frente en triángulo a la fiera, y escucharon. Nada turbaba el silencio del matorral. Las cañas permanecían inmóviles en torno de los tres cazadores.

—¡Nada; que el tigre habrá preferido entretenerse con la babirusa!

—¡Vindhít, lanza una flecha hacia aquel sitio!

Hízolo así el igorrote, y le respondió un rugido tremendo.

—El tigre está emboscado. ¡Vamos a hacerle salir!

—¡No expongamos en vano la piel, Hong!

—Si no nos decidimos, ese condenado animal va a tenernos en jaque. ¡Vale más dar la batalla de una vez! ¡Déjame a mí disparar primero!

El chino se tendió en el suelo, miró por entre las cañas, que no tenían hojas hasta cierta altura, y vio los ojos acerados que enviaban rayos hacia él.

—¡Allí está, a cincuenta pasos!

Arrodillóse y apuntó con escrupulosa atención. Pram-Li, de pie tras él, se disponía a hacer fuego en cuanto el felino se mostrase, y el igorroto tenía también preparado el arco. El tigre, sospechando algo, maullaba sordamente, y de vez en cuando veíase entre las cañas agitarse su cola amarillenta con anillos negros. Hong hizo fuego. La detonación fue seguida de un aullido espantoso: el tigre dio un tremendo salto, tronchando las cañas que tocó con las garras, y cayó entre los vegetales.

—¡Está muerto! —exclamó Pram-Li.

—¡Vamos a asegurarnos! —dijo Hong, muy ufano por aquel tiro magistral.

Sin tomarse el trabajo de volver a cargar el arma, se lanzó hacia el sitio donde había caído la fiera, y la vio muerta y bañada en sangre.

Iba a asegurarse de ello inclinándose sobre la presa, cuando el tigre se puso en pie y se lanzó sobre el imprudente, que cayó derribado de espaldas por el encontronazo. Aquella caída le salvó la vida; pues si hubiera podido resistir, habría probado sus terribles uñas. Pero la fiera no le persiguió, para hacer frente al malayo y al igorroto, que se le echaban encima. Para su desgracia, titubeó un instante en lanzarse sobre ellos, y aquella vacilación le perdió. Ante la inminencia del peligro, Pram-Li había recobrado su sangre fría: instintivamente apuntó al pecho del tigre, hizo fuego y el animal cayó fulminado; la bala le había atravesado el corazón.

—¡Está muerto! —gritó el malayo alborozado, mientras el salvaje degollaba a la fiera y Hong se levantaba empuñando el fusil por el cañón.

—¡Por Fo y Confucio! ¡Ha sido un golpe tan maestro como el mío!

—¡He disparado a tiempo: ya creía que me desgarraba las carnes!

Examinaron al animal, que era un tigre de los más grandes, aunque no igualaba a los de la India, los cuales son los más soberbios ejemplares del mundo.

—¡Siento mucho tener que abandonar tan hermosa piel!

—Déjala, Pram-Li: hemos perdido demasiado tiempo, y Than-Kiu estará inquieta por nuestra tardanza. No olvidemos tampoco a Tiguma.

Cargaron las armas y se apresuraron a salir del matorral que por poco se convierte en su tumba. A cincuenta pasos del río hallaron a Than-Kiu y Sheu-Kin, que habían oído los disparos y creían en peligro a sus amigos.

—Preparemos la comida para proseguir nuestra marcha. Vindhít nos ruega que nos apresuremos o no llegaremos a tiempo de cortar el paso a los cazadores de cabezas.

Encendieron un buen fuego y asaron una pierna del cerdo salvaje, que aderezaron previamente con hierbas aromáticas. Mientras se asaba, esparciendo exquisito aroma, el amigo de Tiguma fue a buscar frutas, y volvió cargado de plátanos y cocos cuando estaba el asado a punto de retirarse del fuego. Aquella refacción, hecha a la orilla del río y bajo la sombra de los grandes árboles, fue deliciosa: la babirusa estaba sabrosísima, y hasta Than-Kiu comió con excelente apetito.

Media hora después se dirigían hacia el oeste a través de la selva. Los árboles gigantes se sucedían sin interrupción, aunque separados por varios metros de distancia unos de otros, por lo cual la marcha no se hacía difícil. Aquellos enormes troncos, perfectamente derechos, daban la ilusión de una inmensa columnata sosteniendo una bóveda impenetrable de verdura. A pesar de aquel alto techo, la temperatura era cálida en extremo, como de invernadero, y

hacía sudar a todos los viajeros, que experimentaban muchas dificultades para el funcionamiento de sus pulmones.

Pocos pájaros y aves habitaban aquella selva majestuosa, en la cual no había cuadrúpedos, tal vez porque no tenían dónde esconderse. Al cabo de dos horas de fatigosa marcha llegaron a la orilla de una gran laguna que se extendía hasta la base de una cadena de colinas boscosas. En aquella ribera había muy pocos árboles, aislados entre sí y de aspecto triste, no viéndose en torno de ellos ni césped ni hierba en el suelo, cual si su sombra hubiera esterilizado la tierra. El igorroto hizo al verlos un gesto de disgusto y se apresuró a apartarse de ellos, mientras que Hong y Than-Kiu se detuvieron a contemplarlos.

No eran feos aquellos vegetales: tenían el tronco liso, alto como de treinta metros, y sus anchas hojas eran de color verde oscuro.

—¿Qué árboles son éstos, y por qué te apartas de ellos?
—hizo preguntar Hong al salvaje.

—Son *bohon upas* —contestó el igorroto con voz que traslucía secreto terror.

—¡Los árboles del veneno! ¡Comprendo por qué crecen y vegetan aislados!

—¿Qué árboles son? —preguntó Than-Kiu.

—Una especie de manzanillos colosales, cuya savia es un veneno activo con el cual los indígenas de esta isla, lo mismo que los de Borneo y de varias regiones de Malasia, envenenan sus flechas.

—¿Y es terrible el veneno que contienen estos árboles?

—Hasta ahora no se conoce el antídoto. Sólo en rarísimos casos el amoníaco ha logrado curar a algunos heridos de flechas envenenadas con el jugo de estas plantas.

—¿Y cómo se usa ese veneno?

—¡Ah! No sé; acaso lo sepa Pram-Li, que es malayo.

—Sí; he visto varias veces efectuar esa operación. Hacen pequeñas incisiones, pero profundas, en el tronco de la planta, e introducen en ellas a la fuerza delgadísimas cañas de bambú divididas por la mitad a lo largo, y por aquel canalito se desliza una substancia lechosa que se recoge en cubiletes y se expone al sol para que se condense. Luego se mezclan la pasta con jugo de tabaco o tuba para hacer más potente el veneno, y así puede conservarse hasta un año sin que pierda sus propiedades letales.

—¿Y basta untar la flecha con esa pasta? —preguntó Hong.

—Sí; pero hay que repetir la operación de vez en cuando, porque la humedad destruye un poco la virulencia del upas. Por eso la pasta debe conservarse en lugar seco y, mejor que todo, cerca del fuego.

—Debe de ser peligrosa la recolección de ese jugo.

—Sí, aunque esa savia recién salida del tronco no tiene acción destructora alguna sobre los tejidos de la piel. Pero la sombra que proyecta este maldito árbol proporciona a los cosecheros muchos desarreglos orgánicos, y hasta enfermedades graves. Produce, entre otras dolencias, violentísimas jaquecas y la caída de los dientes.

—Se ve la letal influencia de esa planta. En torno de ella no nace hierba.

—Hasta los animales huyen de ella. Si un ave se posara en sus ramas un instante, caería como herida por el rayo.

Mientras charlaban llegaron a la orilla de la laguna. No era profunda, y el lecho estaba cubierto de plantas acuáticas, entre las cuales se veían grupos de cañas palustres

formando isletas pintorescas, seguro asilo de serpientes acuáticas. Algunos asquerosos cocodrilos se calentaban al sol sobre los bancos fangosos bostezando tranquilamente, mientras en gran número distintas especies de aves revoloteaban sobre ellos.

Nuestros amigos avanzaban rápidamente sin hallar obstáculos a su paso, por la escasez de vegetales que por allí había. Sólo a doscientos o trescientos pasos volvía a verse de nuevo la selva espesa en apretado bosque de palmeras, plátanos, arecas, pombos, cauchos y rotangs. Al oscurecer habían dejado atrás la laguna, y se detuvieron ante las primeras colinas.

—Por aquí tienen que pasar los cazadores de cabezas —dijo Vindhít.

—¿Y si han tomado otro camino?

—No hay otro, pues si bajan por más allá encontrarán una laguna inmensa que no puede cruzarse sin barcas. ¡Mira allá! ¿No ves una especie de surco entre las plantas?

—Me parece distinguirlo.

—Es un sendero; el único que atraviesa las colinas boscosas.

—¿Bajarán por él?

—Estoy seguro de que sí.

—¿Y no habrán pasado ya?

—Es imposible: deben de estar aún lejos.

—Entonces, mañana podremos alcanzarlos.

—Ellos serán los que nos alcanzarán; ¡y quién sabe si esta misma noche! ¡Os aconsejo que no encendáis fuego!

—¿Temes que puedan verlo?

—Sí; tal vez no están muy distantes, y sería bueno construir un campamento que pudiera servirnos de defensa.

Aprobaron la idea de Hong y Than-Kiu y mientras ésta descansaba, pues su extenuación era notable, los cuatro hombres se pusieron activa y alegremente a la obra, levantando con ramas y hojas de plátano una gran tienda, donde podían resguardarse de las flechas. Después construyeron en derredor una especie de muralla, escogiendo con preferencia plantas espinosas y bambúes. Apenas habían concluido de cenar el trozo de asado de babirusa que les quedó de la mañana, cuando el igorroto subió como un mono a la copa de un árbol gigantesco junto al cual habían construido la cabaña, y bajó precipitadamente.

—¿Qué hay de nuevo?

—Hogueras en la cumbre de la colina.

—¿Muchas?

—Unas veinte.

—¿Serán los cazadores de cabezas?

—No cabe duda alguna.

El malayo se apresuró a comunicarlo a sus compañeros.

—¡Excelente noticia! —exclamó Hong—. ¡Temía que hubieran pasado ya!

—¿Qué hacemos? —preguntó Than-Kiu.

—Ante todo, ir a enterarnos si se trata en realidad de los cazadores de cabezas.

—¿Pretendes subir a la cima de la colina, Hong?

—Sí, *Flor de las Perlas*; es preciso. ¡Quién sabe si podremos

intentar un golpe de mano esta misma noche!

—Yo iré contigo, Hong ¿No es cierto?

—No, Than-Kiu. No quiero exponerte a esa clase de peligros. Además, estás delicada, y alguien tiene que quedarse para guardar nuestra fortaleza. Sheu-Kin te acompañará.

—Me duele permanecer inactiva cuando vais a batiros.

—Tiempo te quedará de desquitarte, mi valiente *Flor de las Perlas* —dijo el chino con dulzura—. Nuestra misión no está acabada.

—Cierto. ¡Quizá tendremos que arrostrar aún serios peligros!

—¡Y todo por él! —murmuró Hong apretando los dientes.

—¡Calla! ¡Yo sabré recompensar tanta abnegación y valor! ¿Partís en seguida?

—Sí; quiero asegurarme de la posición del enemigo.

Se agarró a las ramas inferiores del árbol y remontóse a fuerza de puños a las superiores, desde donde pudo ver las hogueras que ardían en la cumbre de la colina; en torno de sus llamas, que iluminaban siniestramente el bosque vecino, circulaban varias sombras humanas.

—¡Sí! indudablemente son los hombres del *baganil* —murmuró el chino—. ¿Dónde tendrán a Tiguma? ¿En el centro del campamento, o en algún ángulo? ¿Podremos liberarle sin que lo adviertan por lo pronto? ¡Esperémoslo!

Bajó lentamente, y apenas tocó tierra dijo al malayo y al igorroto:

—¡Marchemos, amigos!

—¿Vamos a sorprender a esos tunantes?

—Vamos a tratar de robarles a Tiguma. ¿Estáis decididos a todo?

—¡A todo!

—Tú no te muevas de aquí, *Flor de las Perlas* —dijo el chino.

—Y tú sé prudente, Hong.

—¡No temas! Nos valdremos más de la astucia que de la fuerza.

Le estrechó la mano mirándola amorosamente por algunos instantes, saltó la barrera espinosa y fue a reunirse con sus compañeros, que ya habían salido.

—¿Sabrás guiarnos? —hizo que preguntasen a Vindhít.

—Os conduciré hasta el mismo campo enemigo —contestó el igorroto—. Conozco un sendero que va a la cumbre de la colina.

En efecto, atravesaron unos espesos matorrales, y llegaron a una senda entre bosquecillos que cubrían todo el flanco de la colina. Era un paso apenas visible, que parecía hecho más bien por animales que por hombres, lleno de plantas, sembrado de raíces prominentes y que se cruzaban entre sí como enormes serpientes formando caprichosos zigzags.

Vindhít iba delante, sin titubear, apartando con cuidado algunas ramas y obstáculos que podían dificultar la marcha de sus compañeros, cautelosamente, parándose a trechos para escuchar, pues no era difícil que entre aquellos matorrales se ocultara algún animal peligroso. No obstante tantas precauciones, su marcha no pasaba inadvertida.

A veces era algún ladrón nocturno que al verlos llegar huía haciendo crujir las hojas secas bajo sus zarpas, algún cuadrumano que lanzaba al aire su grito de alarma, obligando a los tres compañeros a detenerse un momento.

Después de un cuarto de hora de marcha silenciosa y prudente, el joven salvaje se detuvo en el fondo de un barranco. Al mirar hacia arriba había visto una claridad, proyectada seguramente por las hogueras del campamento. En medio del resplandor grandes aves revoloteaban desordenadamente: eran pájaros zorros, enormes bípedos voladores, que tienen hocico semejante al de los perros.

—¡Ya estamos! —dijo Vindhít al malayo—. ¡El campamento se halla sobre este barranco!

—¿Habrá centinelas?

—Ordinariamente se contentan con hacer hogueras como avanzadas. Los cazadores de cabezas no tienen enemigos en estos contornos, y el fuego basta para alejar a las fieras.

—¿Qué dice? —preguntó Hong.

Pram-Li se lo tradujo.

—¿Estarán aún despiertos?

—Seguramente, Hong.

—Convendrá, pues, aguardar a que se duerman. En tanto, podríamos llegar a alguna altura que domine el campamento.

El malayo manifestó este deseo de Hong al igorroto, que dijo lacónicamente:

—Seguidme.

En vez de subir el barranco de frente dobló a la izquierda, metiéndose por entre la maleza: el paso era difícilísimo, pues tenían que ir abriéndose camino. De pronto retrocedió vivamente el igorroto como si se hubiese hallado ante algún peligro.

—¿Qué hay? —le preguntó el malayo, que le seguía.

Un silbido agudo que les heló la sangre en las venas fue la respuesta.

—¿Una serpiente?

—¡Y de las peores! —murmuró el isleño con voz trémula.

—¿La has visto?

—No; pero debe de estar muy próxima.

Al oír el silbido del reptil, Hong había palidecido, no obstante su intrepidez.

—¡No hagáis uso del fusil! —dijo precipitadamente—. ¡Un solo disparo nos perdería! ¡Mano a los cuchillos!

Repitióse el silbido, más cercano. El malayo dio un paso atrás.

—¡Un *ular-burong*! ¡Cuidado Hong! ¡Es venenosísima!

—¿La has visto?

—Sí.

—¿Dónde está?

—¡Entre la maleza que cubre la senda!

—¡Volvamos al fondo del barranco! —murmuró Vindhít—. ¡Ya hallaremos otro camino!

—¡Es demasiado tarde! —dijo Pram-Li—. ¡Ya está aquí!

El reptil se había echado fuera de la maleza que lo cubría y se alzaba amenazador ante los tres hombres. El malayo no se equivocó al clasificarla: era una serpiente grandísima, de piel azul oscura con manchas amarillodoradas, y de unos dos metros de largo; de las llamadas por los filipinos *ular-burong*.

Viendo delante al joven salvaje, se precipitó sobre él para

clavarle en la pierna sus dientes venenosos; pero Hong lo había previsto: apartó de un vigoroso empujón al isleño, a quien el miedo tenía paralizado, y presentó el brazo armado del fuerte *kampilang*. El reptil se lanzó sobre la nueva presa; pero el sable bajó bruscamente, y la bien templada hoja, empuñada con vigor por el robusto brazo del chino, hirió a la serpiente cortando en dos su cuerpo cilíndrico.

—¡Muere! —exclamó Hong con repugnancia, rompiendo la cabeza del reptil, que retorció sus dos pedazos en las convulsiones de la agonía—. ¡Prefiero habérmelas con un tigre de Bengala a luchar con tan asqueroso animal!

Saltó sobre la serpiente partida, seguido por el malayo y por el salvaje, ya repuesto de su terror.

—¿Por dónde vamos, Vindhít? —dijo Pram-Li.

—¡Subamos! —indicó, señalando a la cumbre, que formaba dos jorobas muy pronunciadas.

La selva hacía más y más espesa a cada paso. A los árboles colosales sucedían matorrales que dificultaban seriamente la marcha, obligándolos a arrastrarse como reptiles para no hacer ruido al abrirse camino con los sables. El campamento de los cazadores de cabezas debía de estar muy cercano. Por intervalos oíanse voces humanas.

—Desviémonos un poco —dijo el isleño—. Puede haber centinelas en estos contornos.

—¡Alto! —exclamó Hong—. ¡Alguien se dirige hacia nosotros!

CAPÍTULO XI. LA LIBERACIÓN DE TIGUMA

Agazapáronse los tres en unas malezas y permanecieron inmóviles. A poca distancia oyeron movimiento de ramas, como si alguien se abriera paso por entre los matorrales. Podía ser cualquier animal que huía del campamento, o algún centinela explorador. Hong y sus compañeros escuchaban, con la ansiedad que puede imaginarse, conteniendo la respiración, pues temían ser descubiertos, cuando ya se consideraban a punto de salvar a Tiguma.

Pasaron algunos minutos en angustiosa expectativa, y a la incierta luz que proyectaban las hogueras encendidas en la cumbre vieron aparecer una sombra humana. Debía de pertenecer a uno de los cazadores de cabezas, pues no era probable que en aquel paraje hubiera habitantes. El hombre permaneció unos minutos inmóvil, escuchando y mirando atentamente; luego, volviéndose a alguien que le seguía, dijo en un idioma que de los tres escondidos sólo Vindhít podía comprender:

—¿Es por este lado por donde oíste el ruido?

—Sí.

—No veo ni oigo nada.

—Sin embargo, no creo haberme engañado.

—Habrá sido algún animal.

—Juraría también haber visto sombras humanas flanquear el barranco.

—¿Y sospechas que sean los hombres amarillos que

atravesaron el Bacat?

—Tenemos en nuestro poder al hombre que les servía de guía y pudieran...

—¡Bah! ¿Quién se cuida de un salvaje? ¡Debes de haber soñado! ¡Volvamos al campamento!

Los dos cazadores de cabezas se internaron en el matorral. Hong y sus compañeros oyeron agitarse las ramas y crujiir las hojas; luego quedó todo en silencio.

—Sospechan nuestra presencia —dijo Pram-Li cuando el igorroto le hubo traducido el diálogo.

—Quiere decir que los tunantes vigilan. ¿No habrán hecho como que se alejaban, y se habrán quedado escondidos?

—Quedémonos aquí quietos un rato; no es prudente abandonar por el momento este escondite.

—Así opino también yo. ¿Qué le parece de esto a Vindhít?

—Es del mismo parecer que nosotros, Hong.

—¡Pues aguardemos!

Se acomodaron lo mejor posible, y permanecieron inmóviles y vigilantes durante una hora, que se les hizo larguísima, sin escuchar ni ver nada sospechoso. En el campamento habían cesado las conversaciones, y las llamas debilitáronse mucho, como si todos estuviesen durmiendo.

Seguros de no ser espiados, continuaron la ascensión y llegaron felizmente a la cima de una de las dos jorobas. El campamento de los cazadores de cabezas se hallaba en la hondonada que formaban aquellos lomos pétreos.

Componíase de una treintena de pequeñas tiendas hechas con ramas y hojas para preservar a los acampados del rocío nocturno, muy peligroso en aquellos climas, y en torno de

ellas ardían ocho hogueras que lanzaban sobre las cabañas reflejos amarillos y rojos. No se veía centinela alguno, pero varios hombres dormían cerca del fuego con las armas al alcance de la mano.

—¿Dónde estará Tiguma?

—¿No lo ves, Hong?

—No, Pram-Li.

—Allá, junto a aquellos árboles, atado a un tronco.

En uno de los extremos del campamento alzábase una areca cuyas grandes hojas combadas proyectaban espesa sombra. Atado al tronco de aquel árbol había un bulto que podía ser un hombre.

—Debe de ser aquél. ¿No es así, Vindhít?

—Sí; es Tiguma.

—¡No me había engañado, Hong! ¡También Vindhít le ha reconocido!

—Se trata ahora, pues, de acercarnos y llevárnoslo.

—Es un proyecto quizá demasiado audaz.

—¿Tienes tú otro mejor?

—No, Hong; pero me parece peligroso. Es imposible atravesar esos fuegos sin que los hombres que duermen fuera de las tiendas adviertan nuestra presencia.

—Interroga a Vindhít: a veces estos salvajes tienen mejores ideas que nosotros.

El malayo expuso al igorrote el proyecto del chino; Vindhít lo escuchó en silencio, reflexionó algunos instantes y dijo:

—Creo que es el único proyecto realizable.

—¿Y podremos acercarnos al prisionero sin atraer la atención de los centinelas?

—Los hombres del *bagani* duermen.

—Acaso sólo con un ojo.

—Entonces los espantaremos.

—¿Cómo?

—Todo el césped y las malezas están secos: mira.

—Bueno, ¿y qué?

—Los incendiaremos. El viento sopla de la parte en que está Tiguma.

—Todavía no te comprendo.

—Las llamas invadirán pronto el campamento e incendiarán las cabañas; los cazadores de cabezas huirán asustados, sin cuidar del prisionero, a quien podremos salvar a favor del humo y la confusión.

—¡Nunca se me hubiera ocurrido a mí semejante idea! —dijo el malayo mirando con admiración al isleño—. ¡Estos salvajes son más astutos que nosotros!

Hong, informado del plan de Vindhít, no tuvo nada que objetar.

—¡No perdamos tiempo! —se apresuró a decir.

Dieron la vuelta con precaución al campamento acercándose al sitio en que se hallaba el prisionero, donde ardían dos hogueras casi extinguiéndose por falta de combustible, una a cada lado de Tiguma. Tendidos en el suelo y con las armas al alcance de la mano había ocho salvajes, que probablemente

se habían rendido a un sueño profundo.

Mientras Hong y sus compañeros intentaban acercarse al prisionero, uno de sus guardianes se despertó y comenzó a atizar el fuego de una de las hogueras que se apagaba. Antes de volver a dormirse se dirigió hacia la areca y, al asegurarse que el igorrote dormía bien atado, reanudó su sueño.

—¡No te fíes, Hong! —dijo el malayo al oído del chino—. ¡Estos salvajes tienen oídos finísimos, y el menor ruido les descubrirá nuestra presencia!

—Me lo figuro, y creo que ese hombre se despertó porque oyó entre sueños algún rumor sospechoso.

—¿Prendemos fuego a las matas?

—Sí. ¿Tienes cañamos o cuerda en los bolsillos?

—No hace falta, Hong: estas plantas son todas resinosas, y arderán como azufre o yesca.

Incendiémoslas por tres partes, para que las llamas invadan todo el campamento. ¿Tiene con qué encender fuego nuestro compañero?

—Le enviaremos cerca de una de aquellas hogueras, y se servirá de uno de los tizones de ella.

—¡De acuerdo! ¡Comunícale las instrucciones, y cada uno a su puesto!

Los tres hombres se separaron en opuestas direcciones. No habían transcurrido dos minutos cuando por el sitio en que estaba Hong se vio surgir una llama, y casi en seguida alzaronse otras dos a breve distancia. Ningún salvaje había advertido el incendio.

La maleza se quemaba con rapidez increíble, avanzando el fuego muy deprisa hacia el campamento, impulsado por el

viento. Por fin, los centinelas que dormían cerca del prisionero lanzaron un alarido de espanto al oír el rumor de las ramas secas al quemarse.

Las llamas habían tomado tal incremento envolviendo el campamento en semicírculo, que no era fácil dominar el incendio: millares de chispas caían ya sobre el techo de las cabañas, y el humo invadía el campo. Los cazadores de cabezas, asustados por aquella imprevista irrupción del terrible elemento, huyeron desordenadamente.

Era el momento aguardado por Hong, quien sin reflexionar en el peligro saltó por encima de las llamas y se precipitó hacia donde estaba Tiguma, que bramaba desesperadamente y hacía terribles esfuerzos por desatarse; las chispas le caían como lluvia en la espalda chamuscándole la piel; Hong cortó rápidamente las cuerdas, cogió al igorroto en sus brazos y, viendo un sitio por donde el césped se había ya consumido, escapó gritando:

—¡A mí, Pram-Li!

En aquel momento estalló un aullido de furor en el campamento. Los últimos cazadores de cabezas se dieron cuenta de la sustracción del prisionero y volvieron vociferando espantosamente. Las llamas, que se alzaban ya entre las cabañas, no fueron bastante causa para detenerlos en su impulso rabioso; entre las nubes de humo y la lluvia de chispas corrieron detrás de los tres raptos, sin hacer caso de las quemaduras que sufrían. Varias flechas cayeron en medio del grupo de los fugitivos. Vindhít, que iba el último, lanzó un grito agudo.

—¿Estás herido? —le preguntó Pram-Li acercándose a él al verle derribado.

—¡Estoy muerto! —repuso el pobre igorroto.

Tenía dos flechas clavadas en la espalda.

—¡Pobre amigo mío! —exclamó Tiguma deslizándose de los brazos de Hong y precipitándose sobre Vindhít ciertamente moribundo.

—¡Salvaos! ¡Yo estoy perdido!

Hong se había vuelto hacia los cazadores de cabezas y los apuntaba con un fusil. El malayo le imitó.

—¡Fuego!

Resonaron dos detonaciones y cayeron dos salvajes.

Aquel doble golpe, y sobre todo la barrera de fuego, ya colosal, detuvo el ímpetu de los hombres del *bagani*.

—¡Pram-Li, cógele en brazos, y bajemos la montaña antes de que nos alcancen las llamas!

—¡No hace falta! ¡Está muerto!

Era cierto; el desdichado había expirado bajo la mortal influencia del veneno.

—¡Huyamos!

El incendio avanzaba amenazadora y rápidamente, extendiéndose desde lo alto hacia abajo. Parecía la colina un océano de llamas. Las chispas, esparcidas por el viento, caían acá y allá, provocando otros incendios. Hong y el malayo, seguidos por Tiguma y protegidos por el humo que los ocultaba, bajaban la colina a grandes saltos, ansiosos por reunirse con Than-Kiu y Sheu-Kin. El chino estaba inquieto, pues no había podido fijarse en la dirección tomada por los cazadores de cabezas al huir, y, no sin razón, temía que el acaso los hubiera conducido hacia el refugio que habían improvisado pocas horas antes.

—¡Pronto, pronto! —decía—. ¡Tal vez corre peligro *Flor de las Perlas*!

Abriéndose impetuosamente paso entre los matorrales llegaron por fin al pie de la colina; sentáronse breves instantes para tomar aliento y asegurarse de que no eran seguidos, y continuaron su carrera.

La colina entera parecía un volcán en erupción, lanzando en torno millones de chispas sobre el bosque. Los grandes árboles comenzaban ya a incendiarse y chisporroteaban algunas ramas. Entre el fragor del incendio oíanse lejanos gritos humanos.

—¿Qué dirección habrán tomado esos tunantes? —se preguntaba Hong con angustia.

—Creo que se han dividido —repuso el malayo—. Algunos han debido huir al llano, y otros parece que se han refugiado en la colina inmediata.

—¡No os dejéis sorprender por esos hombres! —dijo Tiguma—. Son muy vengativos, y si os cogen, os degollarán sin piedad.

—¡Nos guardaremos bien de dejarnos coger! Pero apresurémonos a reunimos con Than-Kiu y Sheu-Kin.

La casualidad los llevó a un sendero que atravesaron a la carrera tomando a la derecha una vez en la llanura. El refugio debía de estar en aquella dirección y, en efecto, no habían recorrido cincuenta pasos cuando oyeron gritar a Sheu-Kin.

—¿Quién vive?

—¡Somos nosotros! —contestó Hong sin detenerse.

El joven chino y *Flor de las Perlas* habían atravesado la barrera de espinas sirviéndose de una especie de puente formado con gruesas ramas. La joven acudió al encuentro de su amado.

—¿Todos salvados?

—Hemos libertado a Tiguma, Than-Kiu.

—¿Y Vindhít? ¡No lo veo!

—¡Ha muerto!

—¡Ah! ¡Pobre joven!

—Las flechas envenenadas de los hombres del bagani acabaron con él.

—¿Quién ha incendiado el bosque?

—Nosotros.

—¿Y os siguen los cazadores de cabezas?

—No sabemos por dónde se han refugiado. ¿No habéis visto alguno por aquí?

—Ninguno; pero oímos vuestros disparos y me angustié, creyendo que os habían descubierto esos bandidos.

—En efecto, nos han visto, pero parece que han perdido nuestras huellas.

—¿Huimos?

—No, Than-Kiu; no es prudente abandonar este refugio por ahora. Quizá los cazadores de cabezas se hayan reunido por las lagunas.

—¡Y el incendio sigue propagándose!

—No creo que se extienda hasta aquí. Los grandes árboles de la selva no están secos, como aquellas malezas. De todos modos, nuestra encerrona no será muy larga. Mañana, si no oímos los gritos de nuestros enemigos, dejaremos este lugar y nos iremos hacia el río.

—Será demasiado pronto mañana —dijo Tiguma, informado de esta resolución por el malayo—. Los cazadores de cabezas no se irán tan pronto.

—¿Crees que permanecerán por estos entornos?

—Sí, y nos buscarán activamente. Tienen que vengar la muerte de dos jefes y la de muchos compañeros —dijo el mandaya.

—¿No tienen bastante con las pérdidas sufridas? —dijo Hong cuando Pram-Li le tradujo las palabras de Tiguma.

—Parece que no.

—¿Tendremos que acabar con todos uno por uno para librarnos de esas sanguijuelas?

—¡Son muy vengativos!

—¡Y nosotros estamos dispuestos a exterminarlos!
—exclamó Hong furioso—. ¿Qué opina Tiguma?

—Permanecer aquí ahora—hizo responder el salvaje—. Este refugio está bien escondido, y lo habéis amurallado ya. Esta barrera de espinas, que podemos y debemos engrosar todavía, constituye una buena defensa, un obstáculo formidable.

—Entonces, nos quedamos aquí hasta que pase todo peligro. No hay por qué exponer a Than-Kiu a nuevas aventuras, que podrían costarle la vida.

—Te preocupas demasiado de mí, Hong. Ya sabes que estoy acostumbrada a respirar el inextinguible humo de todas las batallas.

—¿Y si te mataran?

—¡Me vengaríais!

—¡Pero no me consolaría jamás de haberte perdido!
¡Tratemos de hacer este refugio inexpugnable, compañeros!
¡Quizá no ha terminado todo entre los cazadores de cabezas
y nosotros!

Antes de emprender las obras de refuerzo, Pram-Li y Hong treparon al árbol que servía de apoyo a la cabaña, para conocer la dirección que llevaba el incendio. La cumbre de la colina llameaba aún vivamente; pero el incendio había hallado un obstáculo para propagarse a la selva; después de chamuscar muchos árboles, derribar varios y quemar algunos, el fuego se había detenido ante los plátanos silvestres, demasiado ricos en hojas verdes y humedades jugosas para arder así como así. A la sazón las llamas volvíanse contra la colina de al lado, incendiando las malezas resinosas que cubrían también su cima.

—No corremos peligro de tostarnos. Dentro de pocas horas las llamas habrán devorado todos los vegetales de la colina. Lo que quisiera saber es dónde han podido refugiarse los cazadores de cabezas.

Bajaron al suelo, y ayudados por Sheu-Kin y Tiguma se pusieron a reforzar el fortín, como le llamaba *Flor de las Perlas*. Principiaron por cubrir la cabaña con grandes hojas de plátanos y arecas para resguardarla de las flechas, y luego reforzaron la barrera espinosa haciendo una muralla de varios metros de ancho y de la altura de un hombre. Multitud de ramas plantadas dentro y fuera debían impedir que pudieran ser sustraídas las espinas.

Al terminar su obra el fuego se había extinguido en la primera colina, y el viento nocturno empujaba las escasas llamas de la segunda hacia otra altura próxima, hacia el este. Por todas partes, la selva opuso al incendio la barrera infranqueable.

La lluvia de chispas había alarmado a todos los habitantes de

la selva. A cada instante se veían pasar por las cercanías de la cabaña fugitivos de todas clases: cuadrumanos, gatos de algalia y monteses, babirusas y hasta alguna pantera negra; pero tan asustados, que no pensaban en atacar.

Hong y sus compañeros, después de obligar a la joven a que descansara un poco, se habían puesto de centinela tras la barrera. Aunque no volvieron a oír los gritos de los cazadores de cabezas, estaban inquietos temiendo a cada instante el ataque de sus enemigos, y más recelosos aún por aquel silencio sospechoso. Pero pasó la noche sin que se realizasen sus temores.

—Indudablemente se han largado —dijo Pram-Li al surgir el alba.

Tiguma meneó la cabeza dubitativamente.

—¡No lo creo; no os forjéis ilusiones! ¡Conozco demasiado a esos hombres!

—A esta hora ya habrían venido si tuvieran intención de atacarnos.

—Acaso no se han atrevido a moverse de noche. Arden en deseos de vengarse, pero también os temen.

—¿Crees que nos darán qué hacer?

—Tengo ese presentimiento.

—¿Está lejos la aldea adonde nos conducías?

—A unas diez horas de camino.

—¡Si se pudiese en una buena carrera llegar al río y vadearlo!

—No salgamos de este refugio. Aquí estamos en condiciones de resistir mucho tiempo y de dar una ruda lección a esos miserables. En la selva no podríamos resistirlos, pues son muchos.

—¿Cómo cuántos serán?

—Sesenta o setenta.

—En efecto, son demasiados para nosotros. Subamos al árbol, Tiguma; desde allí podemos dominar un gran espacio; hasta las mismas lagunas.

El sol se había alzado por detrás de la colina, y sus rayos caldeaban la selva y la llanura reflejándose en las aguas estancadas de las lagunas. No habiendo apenas vegetales en la llanura, podía fácilmente descubrirse un campamento, pero ni el malayo ni el igorroto lograron distinguir el de los hombres del bagani.

—¡Se han ido! —dijo Pram-Li respirando.

—Todavía no; veo allí dos hombres sacando afanosos agua de la laguna.

—¿Son cazadores de cabezas? —exclamó el malayo fijando los ojos en la dirección indicada.

—Sí; los reconozco.

—¿Y dónde estarán sus compañeros?

—Probablemente habrán acampado en la base de la colina.

—¡Si fuésemos de exploración por el bosque! Creo que, asegurándonos acerca de su posición, podríamos tomar medidas para evitar un encuentro con ellos. ¿Qué te parece?

—Se puede intentar la suerte.

—¿Quieres acompañarme?

—Sí.

—¿Cogiste el arco de Vindhít?

—Y también las flechas envenenadas.

El malayo se preparaba a bajar, cuando el igorroto le detuvo por un brazo.

—¡Demasiado tarde! —le dijo.

—¿Por qué lo dices?

—¡Los bandidos se acercan!

—¿Cómo lo sabes? ¡Yo no veo nada!

—Los papagayos y las cacatúas se han escapado de aquel bosquecillo de arecas.

—¿Y eso qué?

—Que alguien ha espantado a esas aves.

—Puede haber sido algún mono.

—No lo creo: ni los papagayos ni las cacatúas tienen miedo a los cuadrumanos.

—¿Ves moverse alguna rama?

—No, pero estoy seguro de que hay hombres bajo aquellos árboles.

Pram-Li se inclinó y dejó caer una ramita en la cabeza de Hong, que alzó el rostro.

—¡Alerta! ¡Despierta a Than-Kiu!

—¿Vienen?

—¡Me lo temo!

—¿Bajáis?

—En el momento oportuno, estaremos detrás de la trinchera.

Tiguma continuaba vigilando, sin apartar los ojos del bosquecillo de arecas que se extendía casi hasta el fortín. Poco después vio volar también unas palomas, y un pájaro zorro que escapaba y fue a refugiarse en la copa de un mangostán.

Cuando aquel extraño animal de vida nocturna se había decidido a abandonar su escondite, algo le había obligado.

—¡Bajemos; ya sé bastante! —dijo Tiguma.

—¿Se dirigen hacia nosotros los hombres que sospechas?

—Sí; todas las aves han huido en la misma dirección.

—¡Entonces preparémonos a la defensa!

Bajaron del árbol y se reunieron con los compañeros. Than-Kiu estaba ya en pie.

—¿Es cierto que se acercan? —preguntó.

—Sí, *Flor de las Perlas* —respondió Pram-Li, sin dar a conocer sus temores.

—¿Son muchos?

—Lo ignoramos aún; quizá se trate de una avanzada exploradora.

—¿Qué hacemos?

—Aguardarlos, por ahora —dijo Hong; y volviéndose a Pram-Li añadió—: Ordena a Tiguma que prepare su arco.

—¡Estoy pronto! —contestó el salvaje.

—¿Eres buen arquero?

—Nunca he perdido una flecha.

—Arrodíllate al lado de Hong, y está pronto a lanzar el dardo. Nuestras armas de fuego son inútiles por el momento, pues hacen demasiado ruido.

Todos se colocaron detrás de la trinchera, con la mirada fija en el bosquecillo. La ansiedad y la alarma estaban pintadas en todos los rostros. De pronto se oyó crujido de ramas; un mono saltó, refugiándose en lo alto de un árbol. Al menos, tal lo parecía.

—Seguramente es un explorador —dijo Hong a Than-Kiu—. Si estuviera solo, no tendríamos por qué inquietarnos.

—Sin embargo, no sería prudente hacer uso de nuestras armas, porque los disparos atraerían a sus compañeros.

—No obstante, le escarmentaremos.

—¿Cómo?

—Tiguma se encargará. Las flechas no hacen ruido y matan también. ¿Oyes?

—Sí. ¡Otra rama rota; el espía se acerca!

—Oigo moverse hojas.

—¡Eso es! ¡Allí!

—¡Mírale, Than-Kiu!

Apartáronse unas hojas y apareció una cabeza humana, que permaneció inmóvil por algunos minutos y mirando atentamente la barrera de espinas y la cabaña; luego, satisfecha, sin duda, su curiosidad, se dispuso a irse, no tan pronto que salvara la vida. Pram-Li se había inclinado sobre Tiguma ordenando a gritos:

—¡Mátale!

Se oyó un ligero silbido, atravesó el aire una flecha y fue a clavarse bajo la nuca del espía. Éste lanzó un aullido feroz al sentirse herido. Con una mano se arrancó la flecha; con la otra desnudó el *kampilang* y se precipitó hacia la trinchera, no dudando ya que estaban allí sus enemigos. Pero pronto se dejó sentir el efecto del veneno. Antes de llegar a la barrera el desdichado se paró súbitamente, vaciló y cayó de espaldas.

—¡Ha muerto! —dijo Tiguma.

De repente palideció. Un grito extraño, que no parecía ser de ninguna clase de animales, se alzó estruendoso y vibrante de en medio de la selva.

—¡Estamos perdidos! —murmuró involuntariamente el igorrote.

CAPÍTULO XII. EL ÚLTIMO COMBATE

Todos habían oído aquel grito, semejante al aullido de un chacal o de un perro salvaje; pero no hicieron caso, creyéndolo lanzado por alguna fiera: mas al ver a Tiguma mirar azorado por todas partes, comprendieron instintivamente el peligro.

—¿Qué buscas? —le preguntó Pram-Li. El hombre ha caído y está bien muerto.

—¡El caído no estaba solo!

—¿Cómo lo sabes?

—¿No has oído ese grito?

—Sí, ¿y qué?

—Era una señal.

—¿Una señal? ¿De qué o de quiénes?

—De los hombres del *bagani*. Lo he oído otra vez cuando me llevaban prisionero.

—¿Y estamos descubiertos?

—Dentro de pocos minutos nos asaltarán.

—Pram-Li previno a Hong, que exclamó mirando con terror a su amada:

—¿Será nuestro destino caer en manos de esos perros? ¡No temo la muerte, y la arrostraría indiferente si no fuera por

esta mujer! ¡La idea de que pueda caer en sus manos hiela la sangre de mis venas!

—Hong —le dijo la joven, adivinando el pensamiento que atormentaba a su futuro—, ¿tiembles por mí?

—¡Sí, *Flor de las Perlas*!

—¡La hermana de Hang-Tu no caerá viva en manos de esos canallas!

—¿Me lo prometes, Than-Kiu?

—¡Te lo juro! Llevo el revólver al cinto, y el último tiro será para mí.

—¡Gracias, *Flor de las Perlas*! ¡Ahora preparémonos a vender cara la vida! ¡Pram-Li!

—¿Qué quieres?

—Tú defenderás el lado derecho del fortín; tú, Sheu-Kin, la izquierda, y nosotros acudiremos donde el peligro sea mayor. ¿Tenéis bastantes municiones?

—Cerca de doscientos cartuchos por cabeza.

—¡Son más que suficientes para derrotar a esa horda feroz! ¡Cada cual a su puesto, y sobre todo ahorrad cuanto podáis las municiones!

Rogó a Than-Kiu que se acercara a la trinchera, preparándole un resguardo con ramas contra las flechas envenenadas, y luego se dedicó a espiar al enemigo. Transcurrieron varias horas de angustiosa expectativa, sin que aparecieran por ninguna parte los salvajes. Acaso vacilaban en dar el ataque en pleno día, tanto por el fortín como por la precisión de los chinos en el tiro.

—Aguardarán a la noche, y eso es más grave de lo que parece —dijo Hong—. Se lucha mejor a la luz del sol, sobre

todo con las armas de fuego.

Al mediodía subió Tiguma al árbol para ver si veía a los cazadores de cabezas y para tratar de proporcionarse alguna fruta, pues carecían de víveres y de agua. Por fortuna, la planta estaba llena de una especie de naranjas colosales bastante buenas, a las cuales los malayos llaman *buá-kadangsa*. El isleño hizo caer varias, y subió a las ramas más altas para ponerse en observación.

—¡Es extraño! —exclamó al bajar—. ¡No pude ver ni uno!

—¿Se habrán decidido a dejarnos en paz? —dijo Pram-Li.

—O más bien aguardarán a que abandonemos este refugio para asaltarnos en plena selva —objetó Hong.

—¡Me haces dudar!

—Pero no seremos tan imbéciles que salgamos de aquí para ponernos bajo el filo de sus *kampilangs* y bajo la punta de sus *bolos*. Permaneceremos en el fortín hasta que estemos seguros de que se han marchado.

—El asedio puede prolongarse —dijo Than-Kiu.

—Y carecemos de víveres —añadió Sheu-Kin—. Estas naranjas no son suficiente alimento para conservar nuestras fuerzas.

—¿Y qué hacer? ¿Qué decisión tomar? —preguntó el jefe del *Lirio de Agua*.

Nadie respondió. Todos convenían en que la situación era grave y en que no había escape posible. Así, pues, volvieron a sus puestos sin tomar ninguna decisión, esperando que los salvajes perdiesen la paciencia y atacaran o se fuesen a su aldea. Deseaban a la sazón ardientemente lo mismo que temían poco antes: el asalto de los hombres del *bagani*. Pero parecía que los cazadores de cabezas no tenían prisa, y el

día transcurrió sin que dieran señales de vida. Puesto el sol y envueltos por las tinieblas, los sitiados redoblaron la vigilancia. Sus previsiones no fallaron.

No había transcurrido una hora desde que quedaron envueltos por las tinieblas, cuando el malayo, que estaba más próximo a la selva, oyó un cuchicheo continuado y cierto rumor de hojas. Seguro de no equivocarse, acercóse a Hong diciéndole:

—¡En guardia! ¡Los cazadores de cabezas tratan de sorprendernos!

—¡Estamos prontos! ¿Por qué parte vienen?

—De la colina.

—¡Cambieemos las posiciones!

Cogió las ramas que defendían a Than-Kiu, y las llevó al lado por donde oyera el rumor Pram-Li: haciendo a la joven cambiar de sitio, llamó a Sheu-Kin.

—Nosotros, que tenemos armas de fuego, pongámonos aquí. Tiguma vigilará a nuestra espalda.

Los dos chinos, el malayo y la doncella se colocaron tras la barrera de espinas, con los ojos fijos en el espeso matorral que tenían delante. Los enemigos avanzaban, y en fila cerrada indudablemente, a juzgar por los rumores de hojas y ramas. Los sitiados tenían apuntados sus fusiles y conservaban la calma, aunque considerasen desesperada la situación.

De improvviso un clamor ensordecedor turbó el silencio de la selva. Salió del matorral un alud humano que se precipitó con fuerza irresistible sobre el reducto. Los cazadores de cabezas se habían lanzado al asalto, creyendo dar fácilmente cuenta de sus adversarios. Iban con sables y machetes empuñados, y dejaron los arcos como inútiles. El *kampilang* es un arma

terrible que corta de un solo tajo el cuello más robusto.

En un instante sus clamores de triunfo se trocaron en espantosos aullidos de dolor. Los asaltantes tropezaron con la muralla hiriéndose en las espinas sus piernas y pies desnudos. Los primeros que se lastimaron retrocedieron; pero sus compañeros, ignorantes del obstáculo, los empujaron contra la barrera.

—¡Fuego! —exclamó Hong. Y siguieron a esta orden cuatro relámpagos y otras tantas detonaciones.

Tres hombres cayeron sin vida, y otros dos, quizá gravemente heridos por la misma bala, retrocedieron dando aullidos lastimeros.

El asalto se aplazó.

Al advertir aquel muro de espinas insuperable para sus pies desnudos, se detuvieron vociferando.

—¡Fuego! —rugió de nuevo Hong.

Otros cuatro disparos derribaron a igual número de combatientes. Era demasiado para aquellos salvajes. La tercera descarga produjo otras cuatro víctimas, y los cazadores de cabezas, aterrados por la matemática precisión de aquellos disparos, que se sucedían casi sin interrupción, y considerando acaso invencibles a sus adversarios, huyeron a la desbandada, arrojando hasta las armas. El pánico fue terrible.

Hong, Pram-Li y Sheu-Kin atravesaron la barrera por un puente de ramas y persiguieron a los fugitivos en todas direcciones, causándoles algunas bajas más, resueltos a librarse de una vez para siempre de aquellos testarudos que durante tres días los habían perseguido sin tregua.

Los cazadores de cabezas huían siempre ante ellos, sin volver la vista, sin intentar ya defenderse, aullando de

terror, con miedo cerval, atravesando a brincos la llanura para esconderse en el bosque. Sus gritos se perdían a lo lejos, y no tardaron en dejar de oírse.

—¡Basta! ¡Volvamos y levantemos el campo! —dijo Hong deteniéndose anhelante—. ¡Creo que esos brutos no se atreverán a volver!

—Les hemos ajustado bien las cuentas, y con seguridad que no esperaban ese saldo en contra. Deben de tener los pies destrozados, especialmente con esta carrera.

—¡Bueno, pero no perdamos tiempo! —dijo Sheu-Kin a su vez—. Han demostrado tanta tenacidad, que aún temo que vuelvan.

—Cuando hayamos puesto entre ellos y nosotros el Bacat, no habrá que temer. ¡Vamos, y no les dejemos tiempo para rehacerse y volver! —ordenó Hong.

Regresaron al fortín, donde aguardaban ansiosos Than-Kiu y Tiguma.

—¿Estamos libres de ellos por fin? —preguntó la joven—. He oído perderse sus gritos en la llanura.

—Ya no son de temer, al menos por el momento.

Luego hizo preguntar al isleño si podrían llegar a la orilla del Bacat sin tener que atravesar la llanura.

—Sí —repuso Tiguma—. Atravesaremos las colinas, y bajaremos por la margen de las lagunas. El camino será más largo, pero no corremos el riesgo de encontrar a esos hombres.

—Ya sabes que el cansancio no nos asusta y que estamos acostumbrados a las grandes marchas —replicó el malayo—. Así, pues, desalojemos desde luego el fortín.

Recogieron dos *kampilangs* de los abandonados por el enemigo y se pusieron en camino, llegando en breve al incendiado campamento de los cazadores de cabezas. El fuego se había extinguido, falta de alimento: había consumido césped y malezas y respetado sólo algunos grandes árboles; una capa de ceniza, que agitaba el viento de vez en cuando, cubría los flancos de la colina, haciendo más penosa la marcha, pues se alzaba al pisarla, y aquel polvo blanco les entraba por boca, ojos, oídos y narices.

Traspuesta la segunda colina, entraron en el bosque.

El fuego se había detenido ante los primeros árboles.

—¡Descansaremos! ¡La pobre Than-Kiu está muy fatigada!

—Es cierto, Hong. Esta caminata me ha debilitado mucho.

—Nos detendremos aquí hasta el alba. Creo que ya nada tenemos que temer de los cazadores de cabezas.

Acamparon en torno de un árbol colosal, en el cual había unos cuantos huecos a modo de nichos, que podían ofrecer en caso de peligro un excelente refugio. Sheu-Kin y Pram-Li los atrincheraron con ramas y hojas de plátanos, y quedaron de centinelas mientras sus compañeros dormían.

Reinaba profundo silencio. El chino y el malayo vigilaban cuidadosamente y a las dos horas de vela atrajo su atención cierto susurro, inexplicable por el momento.

—¿Has oído, Pram-Li?

—Sí.

—Parece que alguien se acerca.

—¡No sé! ¡Calla!

El murmullo continuaba, y parecía no proceder de en medio de la selva, sino de lo alto. Por momentos se agitaban las

hojas, y parecía como si arañasen el tronco de un árbol. El chino, muy inquieto, se puso en pie empuñando el fusil. Miraba por todas partes sin acertar a percibir nada.

—Si se tratase de algún animal, veríamos brillar sus ojos.

En vez de responder, el malayo levantó la cabeza hacia la copa del árbol en torno del cual habían acampado. Era un *durión* de colosales dimensiones, alto de cuarenta metros por lo menos y muy frondoso. A causa de la oscuridad, Pram-Li no podía ver lo que se escondía en el tupido follaje, pero oía como si alguien tratara de abrirse paso por entre el espeso follaje.

—El ruido viene de arriba —dijo a Sheu-Kin.

—¿Habrá cazadores de cabezas escondidos en la copa?

—Calculo que ha de ser algún animal.

—¿Qué trata de bajar?

—Probablemente.

—¿Alguna pantera?

—¡Oh! ¡No suben tanto!

—Entonces, algún gatazo de algalia o algún cuadrumano gigantesco.

—Creo que no. ¡Ahora veo una masa negra, que no se asemeja a gato ni a simio!

—¡Vamos a despertar a Hong! ¡No sabemos lo que puede suceder!

—¡Es inútil! ¡Ya sé lo que es! Con nuestro *kampilang* nos basta.

—Pero, en fin, ¿de qué se trata?

—Es simplemente un oso; un *birmang*, como los llamamos nosotros.

Era, en efecto, un oso malayo de los más pequeños, apenas de un metro de largo y de sesenta centímetros de alto, que, como sus congéneres europeos, son habilísimos trepadores y se mantienen de insectos y de frutas. El animal, acaso sin sospechar que abajo había hombres, continuaba descendiendo. Fácilmente domesticable, huye del hombre y sólo se defiende en último extremo, pero de modo que no es peligroso.

De vez en cuando lanzaba un sordo gruñido y se detenía mirando al suelo. Tal vez había olfateado algo y no estaba tranquilo. Pram-Li se ocultó con su compañero en un matorral para que el oso no les viese y bajara.

—¡Tendremos un excelente almuerzo! —le dijo al oído.

En cuanto estuvo en tierra advirtió el animal el peligro al ver a Hong y sus compañeros dormidos. Titubeó un momento como reflexionando si le convendría más trepar de nuevo o huir a través de la selva. El malayo aprovechó aquel instante para precipitarse sobre él sable en mano. El oso se puso en dos pies enseñando las uñas. Con agilidad que apenas se concibe en cuerpo tan tosco y pesado, evitó el tajo y se echó sobre Pram-Li, abrazándole.

—¡Sheu-Kin! —exclamó el malayo, que no esperaba aquella resistencia.

El chino se lanzó en socorro de su compañero y partió el cráneo al animal. El golpe fue tan violento, que soltó un chorro de sangre, manchando a Sheu-Kin. El malayo sintió aflojarse los velludos brazos, y se deslizó por debajo, diciendo a su camarada:

—¡Gracias, amigo!

El birmang, herido de muerte, se mantuvo derecho por algunos instantes tratando de herir a sus dos adversarios, y cayó, lanzando un grito que despertó a los durmientes.

—¿Qué hay? —preguntó Hong levantándose fusil en mano.

—¡Qué nos hemos ganado el almuerzo! —contestó el joven chino.

—¿Es un oso?

—Sí.

—¡Excelente asado!

—Y que ha costado poco.

—Lo prepararemos para almorzar: precisamente soñaba que teníamos babirusa.

Y volvió a acostarse al lado de Than-Kiu, mientras Tiguma y Sheu-Kin despellejaban el oso y lo descuartizaban. El resto de la noche transcurrió sin incidentes.

Al día siguiente, tras una excelente comida, continuaron la marcha atravesando las lagunas, sin que tuvieran que lamentar malos encuentros. La región parecía desierta; los cazadores de cabezas no aparecieron.

Después de tantas pérdidas los sanguinarios degolladores habían renunciado, sin duda, a vengar al bagani y regresado a su aldea.

Por fin, después de tres días de marcha anunció Tiguma que se hallaban ya muy próximos al Bacat y, según creía, a muy poca distancia de la aldea mandaya.

CAPÍTULO XIII. UNA SUPERVIVIENTE DE LA CAÑONERA

No se había engañado el mindanés. Al día siguiente llegaron a la orilla del río al salir de un bosquecillo. En la ribera opuesta había dos pesadas canoas atadas al tronco de un arbolillo, en cuya popa se hallaba disecada una cabeza de cocodrilo.

—¡Ya hemos llegado; la aldea debe de hallarse tras de aquellos árboles!

—No veo hombre alguno. ¿Habrán abandonado la aldea los mandayas?

—No lo creo, puesto que están ahí las barcas: los hombres no estarán lejos.

—¿Cómo arriesgarse a atravesar el río a nado con tanto cocodrilo?

—Quizá los lancheros estén de caza; pero, indudablemente, acudirán si haces tronar el fusil.

—¡Vamos a verlo! —dijo Pram-Li descargando al aire.

La fragorosa detonación despertó los dormidos ecos de la selva. El trueno debió de haberse oído a varias millas de distancia. Aguardaron el efecto con los ojos fijos en la orilla opuesta, y a los cinco minutos vieron salir un hombre de entre los árboles.

No era un igorroto, ni una mindanés de la costa; de cutis bronceado, pero muy claro, y de facciones regulares, vestía una especie de levita de un color dudoso que inducía a creer

que fue en sus buenos tiempos azul a rayas, pantalón blanco con franja roja, y en la cabeza uno de esos birretes de paño azul que usan los marineros de todas las naciones de Europa y América.

Al ver aquel grupo de hombres armados de fusiles y vestidos casi a la europea, el hombre, joven de poco más de veinte años, lanzó una exclamación de asombro y se quedó mirando a los chinos con cierta emoción.

—¡Por Fo y Confucio! ¡O soy ciego, o ese hombre es un español de los de la cañonera Concha! ¿Crees que me equivoco, Than-Kiu?

—No; ese hombre es uno de los que acompañaban a Romero.

El marino continuaba mirándolos, y de pronto exclamó:

—¡Caramba! ¡Hombres de la costa!

En aquel momento seis o siete igorrotos que hasta entonces se habían mantenido ocultos detrás de los árboles salieron de la selva y se reunieron con el marinero en la orilla del río. Apenas los vio, Tiguma lanzó un grito extraño, estridente, que debía de ser una señal de reconocimiento entre los negros. Los siete salvajes se metieron en una de las canoas, empuñaron los remos y bogaron hacia nuestros amigos, cortando casi en línea recta el río; al llegar corrieron a saludar a su compatriota.

El marinero, por su parte, se llegó al lado de los chinos, se quitó cortésmente el gorro y dijo con voz trémula por la emoción:

—¿No sois chinos?

—Sí; y chinos que venimos de las Filipinas —contestó Than-Kiu.

—¿De las Filipinas?

—De Manila misma.

—¿Y qué venís a hacer entre estos salvajes?

—A buscaros.

—¿A nosotros? ¿A quiénes?

—A los supervivientes de *La Concha*.

—¡Por Nuestra Señora del Pilar! ¿A los supervivientes de *La Concha* has dicho?

—Sí. ¿Es cierto que Romero vive?

—¡Sí, vive!

Una ola de sangre subió al rostro de la joven tiñendo de rojo su faz marfileña; pero desapareció bien pronto, tornando la palidez cadavérica a sus mejillas.

—¡Vivo!

—¡Sí, vivo!

—¿Y también Teresita de Alcázar?

—También, pero está bastante delicada.

—¿Y el comandante?

—Murió; fue degollado por los piratas que asaltaron la cañonera.

—¿Cuántos os salvasteis?

—Cuatro solamente: dos marineros, el señor Romero y su esposa.

—¡Su esposa! —exclamó la joven estremeciéndose y rechinando los dientes—. ¡Ah, sí; su esposa! ¿Y se aman?

—¡Mucho! —repuso el marinero mirando con asombro a aquella mujer amarilla, que con tanto interés preguntaba por Romero y quería enterarse de si amaba a su mujer.

Hong, que hasta entonces no había despegado los labios con el ceño arrugado y la mirada sombría, se acercó a la joven y murmuró casi a su oído en chino:

—¿*Flor de las Perlas* se olvida de su fiel y leal amigo?

Than-Kiu se estremeció, cerró los ojos como sustrayéndose a una visión angustiosa y tendiendo la mano a su compañero replicó:

—¡Ésta es la última emoción! ¡*Flor de las Perlas* es toda tuya!

Volvióse hacia el marinero, y con acento completamente tranquilo, que probaba su gran fuerza de voluntad, preguntó:

—¿Estamos muy lejos de tus compañeros?

—A unas ocho o diez horas de camino.

—¿Tenéis alguna cabaña en la orilla?

—Sí, señora.

—Pasemos el río.

Metióse en la canoa, todos la siguieron y dio orden de partir. La chalupa pasó en breve el Bacat; el marinero, a la cabeza del grupo, detúvose a los quinientos pasos ante una choza cubierta de hojas de areca. Cerca cocíanse en una hoguera unos cuantos peces de río y se asaba una pierna de jabalí. En la tienda había algunos toscos asientos de bambú y una mesa de caña, obra, sin duda, de los españoles, pues los igorrotes nunca experimentaron la necesidad de esos muebles.

Than-Kiu y sus compañeros fueron invitados a sentarse, y el marinero, que hacía los honores de la casa, puso los

manjares en la mesa sobre una gran hoja de palma, añadiendo pan de sagú, plátanos, cocos y naranjas y un tarro de barro a modo de vaso con un licor dulce y picante obtenido por fermentación del sagú. Terminada la comida, en la cual dio la joven muestras de buen humor y libertad de espíritu, volvióse Hong hacia el español agradeciéndole su hospitalidad, y le pidió noticias del suceso de La Concha.

—Tenemos algunas noticias; pero no conocemos los pormenores del naufragio, porque Pandaras no tenía interés en contarlo: antes, al contrario, lo callaba.

—¡Pandaras! ¿Habéis conocido a ese pirata?

—Hemos sido sus prisioneros.

—¿Y lograsteis escapar de sus manos?

—Hemos hecho más; le hemos matado.

—¡Gracias por habernos vengado! Asesinó a casi todos los que íbamos en la cañonera.

—¡Cuéntalo todo; estamos impacientes por oírte!

El marino, en vez de responder, se quedó mirando fijamente a la joven; se pasó la mano por la frente, arqueó las cejas como quien hace un esfuerzo por recordar algo y lanzó una exclamación de asombro.

—¡Ya decía yo que le había visto a usted y que había oído otra vez su voz! ¡No caía en la cuenta de dónde y cuándo; pero ya recuerdo!

—¿A mí? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Era una noche oscura, sin luna, sin estrellas, y su voz de usted estaba entrecortada por los sollozos. Pero pude verle la cara desde el puente de la cañonera.

—Puede ser.

—Estaba usted en el muelle de Binondo.

—Sí.

—Iba usted acompañada por un chino de aspecto intrépido, que me dijeron que era uno de los jefes de la insurrección.

—Es verdad.

—Lloraba usted mucho.

—¡Pero ya no lloro! —contestó prorrumpiendo en una carcajada que hacía estremecer.

—Lloraba usted porque se iba el señor Romero.

—¡No! ¡Lloraba de rabia!

—¡Pobre niña!

—¡Cállate y cuenta!

Y la joven, cogiendo el vaso de barro, apuró de un trago el licor que contenía:

—¡Ya lo ves, Hong! ¡Lo pasado ha muerto en mí por completo! —dijo al chino, que estaba a su lado—. ¡Mañana, ante él, te daré la prueba más concluyente de esto!

El marino echó un trago para humedecerse la garganta, se acomodó en su asiento y comenzó la narración del suceso de que había sido testigo.

—La travesía de Manila a Mindanao fue en extremo feliz. En alta mar un fraile embarcado con nosotros exprofeso celebró el matrimonio de la hija del comandante Alcázar con el jefe insurrecto que llevábamos a las Molucas por orden del capitán general del archipiélago, desterrado para impedirle tomar parte en otras insurrecciones.

»Al sur del archipiélago de Joló nos sorprendió la tempestad, un verdadero tifón que nos puso el corazón en un puño. El mar estaba espantoso, las olas subían a bordo y barrían la cubierta con rugidos que hacían palidecer hasta al mismo capitán; algunos hombres fueron arrastrados por las ondas enfurecidas. Decidióse que se dirigiera la cañonera a la bahía de Illana para buscar refugio en Costabado, en la boca del río Grande; pero el tifón, a pesar de nuestros esfuerzos, nos arrastraba al sur, y tuvimos que meternos de arribada forzosa en la boca del Talaján. Allí la corriente impetuosa hacía imposible nuestra estancia, y tuvimos que internarnos más adentro, hasta que de repente chocamos con un banco de arena y embarrancamos.

»El embarrancamiento se produjo con tal violencia, que *La Concha* se inclinó a babor de improviso, cayendo al agua buena parte de la tripulación y ahogándose muchos. Cuando nos contamos, éramos veintidós, y habíamos salido de Manila cuarenta y seis.

»Como estábamos tan próximos a la capital del sultanato, no tomamos apenas precauciones, y aquella confianza nos perdió. La misma noche, cuando dormíamos, los piratas de Pandaras rodearon *La Concha* y subieron audazmente a bordo. Cuando quisimos reaccionar, los mindaneses estaban ya en el puente y se habían apoderado de los cañones. El capitán, los oficiales y el comandante comenzaron una desesperada resistencia; pero pronto fueron asesinados todos, no salvándose más que seis marineros, el señor Romero y su mujer, bloqueados a popa. Todos teníamos alguna herida, y habíamos intentado en vano correr en auxilio del comandante Alcázar y de la oficialidad de la cañonera. El señor Romero Ruiz había sido también herido en el pecho al defender a su esposa.

»Creíamos que íbamos a ser pasados a cuchillo; pero, con gran sorpresa nuestra, no sólo nos dejaron con vida, sino que nos dieron excelente trato. Decíase que Pandaras esperaba un buen rescate de nosotros, convencido de que el señor

Romero y su señora eran grandes personajes.

»Fuimos curados y embarcados en dos chalupas para ser llevados a Butuán. Durante la larga travesía murieron cuatro de nuestros compañeros. Los demás nos habíamos resignado ya con la esclavitud, no viendo la posibilidad de poder eludir la vigilancia de nuestros guardianes, cuando una noche los piratas fueron atacados a su vez por una partida de igorotes. Sorprendidos durante el sueño, fueron fácilmente vencidos y degollados, salvándonos nosotros del degüello merced a nuestra piel blanca.

»Al saber que éramos pobres prisioneros nos ofrecieron hospitalidad, diciendo que nos dejaban en libertad de marcharnos si queríamos. Por desgracia, doña Teresa estaba tan débil, que no era posible emprender tan largo viaje. Tenía la fiebre de los bosques desde que entró en el Bacat, y fuimos conducidos hasta aquí y hospedados por este jefe, una especie de rajah que manda varias tribus. Yo tengo siempre la esperanza de ver llegar algún destacamento de soldados enviados en socorro nuestro, y veo que hice bien en no alejarme mucho del Bacat.

—Hubiéramos ido a buscaros donde estuviésteis. Supimos que estabais aquí.

—¿Por quién?

—Por un jefe de igorotes amigo de Bunga. Dime: ¿podría doña Teresa emprender el viaje?

—Aunque no está buena del todo, creo que sí.

—¿Hasta la costa?

—Sí. Del Linguasán al mar no hay mucha distancia.

—¿Hay otra vía de comunicación?

—Sí; por medio del río Grande, que desemboca cerca de

Costabado. El viaje es mucho más seguro, porque es a través del sultanato de Selangán.

—¡Cierto! —exclamó Hong—. Podemos ir por el río, y quizás en Costabado hallemos al viejo y su junco.

—¿A Tseng-Kai? ¿Crees que aguarde aún? —preguntó Than-Kiu.

—Me prometió que no iría de Mindanao sin estar convencido de nuestra muerte.

—¿Cuándo partiremos?

—¿Tienes prisa, Than-Kiu?

—Sí; para probarte que no amo ya a Romero Ruiz.

—¡En guardia, *Flor de las Perlas*! ¡A veces, el corazón prepara sorpresas increíbles!

—Estoy segura de mí misma; lo verás mañana.

—Partiremos esta noche, al salir la luna. Ve a descansar, muchacha; hemos estado caminando toda la noche, y debes recuperar las fuerzas para arrostrar la prueba suprema.

—Te obedezco; pero soy fuerte, y tú lo verás en breve.

Tiguma y los igorotes prepararon lechos con hojas secas, previendo que los chinos y el malayo, extenuados por la larga caminata nocturna, querrían descansar antes de ponerse en camino para el Linguasán. Durmieron bien, en efecto, y al salir la luna emprendieron la marcha. El marino español y dos igorotes los guiaban.

La gran selva que se extendía de la orilla del Bacat a la del Linguasán no era tan espesa como la que acababan de atravesar Hong y sus amigos: estaba formada por árboles aislados y pequeños bosquecillos, y de vez en cuando hallaban alguna aldea aérea. A las dos de la madrugada, y

después de un descanso de un par de horas, entraron en terreno pantanoso que anunciaba la vecindad del gran lago. A veces cortaban el camino arroyos habitados por serpientes y aun por cocodrilos, teniendo necesidad de vadearlos por falta de puentes. En estos casos siempre Hong pasaba a cuestras a su amada.

Comenzaba a despuntar el alba cuando se hallaron casi de repente ante una gran extensión de agua; era el lago Linguasán, uno de los más vastos de Mindanao, al cual alimentan gran cantidad de ríos, engrosando él a su vez el caudal del río Grande. Aunque tan temprano, hallábanse ya dispuestas a zarpar varias canoas con velas de junco. Than-Kiu se detuvo y exploró los alrededores, sorprendida de no ver la aldea.

—¿Dónde está ese pueblo? —dijo al marinero.

—La aldea de Bunga está allá, detrás de ese promontorio boscoso.

La joven abrió los labios, como si fuese a preguntar algo más; pero al ver a Hong que la observaba, enmudeció.

—¡Guía! —dijo el chino al español.

Pusiéronse en camino, por entre un sendero de cañas de una parte y árboles gigantescos de la gran selva por otra; Hong se colocó al lado de la joven, inquieto, pensativo y receloso en espera de los acontecimientos.

La china lo comprendió y le dijo:

—¡Tú no estás tranquilo, Hong!

—¡Lo confieso! —murmuró el chino lanzando un suspiro.

—¿Dudas de tu *Flor de las Perlas*?

—¡No, pero tengo miedo!

—Haces mal, amigo mío. ¡Mira: estoy tranquila! Apoya tu oído en mi corazón, y lo oirás palpar en calma. Nunca como en este momento estuve quizá tan serena y tan resuelta.

—¿Resuelta a qué?

—A demostrarte que no amo a nadie más que a ti.

—¿Luego lo has dudado, o no lo creías antes?

—Dudé, sí; pero ahora estoy segura.

—¡Than-Kiu, amiga, adorada mía! ¡Si supieras cuánto te amo! ¡Preferiría morir a perderte!

—Seré tu esposa, Hong; pero con una condición.

—¡Habla! ¡Tus menores deseos son órdenes para mí!

—Que me lleves a nuestro país natal. El aire de Filipinas no me sienta bien, y tengo viva ansiedad por respirar el del país de los lirios.

—Al irnos de aquí no volveremos a Manila; te lo prometo. Te llevaré directamente a las riberas del río Amarillo.

—¡Gracias, amigo! ¡Con qué placer volveré a ver mi casita, que se refleja ufana en las doradas aguas del gran río, y las altas copas que proyectan su sombra bienhechora sobre los lirios de mi jardinito, junto al cual reposan los restos de mi heroico hermano! ¡Ah! ¡Cuánto mejor habría sido que no hubiese abandonado la casa de mis padres y no hubiera visto nunca Manila! ¡Mi corazón no se habría despedazado por tantos dolores, y Hang-Tu aún estaría vivo! ¿Qué nos importaba a nosotros la independencia de estas islas? ¿No nos bastaba el Celeste Imperio? ¡Pero Hang-Tu, espíritu aventurero y batallador, no resistió al llamamiento de las sociedades secretas, y así acabó su vida en plena juventud, expirando bañado en su sangre generosa sobre el muelle de

Binondo!

—Quiso probar al mundo que los chinos, que no se habían opuesto apenas a la invasión japonesa, sabían luchar y morir como bravos. Tu hermano cayó como un héroe, y con su vida ha lavado la mancha que ensombrecía a sus compatriotas.

—¡Sí, pero ahora duerme el sueño eterno! —dijo con tristeza.

—Y no por causa de la insurrección.

—¡Por culpa de mi desdichado amor; lo sé! ¡Cómo yo, no pudo sobrellevar la terrible desilusión!

—Y el culpable es Romero.

—¡No, Hong!

—¡Cómo! ¿No fue él quien destruyó su sueño y la esperanza de tu hermano?

—¡Fueron el destino y la *Perla de Manila*! —suspiró Than-Kiu con desaliento.

—Si Romero hubiese querido, habría podido hacerte suya y olvidar a Teresita de Alcázar, que era la hija de uno de los opresores, de los enemigos.

—Y me hubiera hecho su esposa si antes no hubiese jurado amor y fidelidad a la *Perla de Manila*. Tuve la desgracia de conocerle demasiado tarde, o, mejor, de hacerle conocer demasiado tarde mi pasión. ¡En fin, todo acabó! Pero en mi desdicha me ha otorgado el destino un consuelo.

—¿Cuál?

—¡El de poseer el corazón del más noble e intrépido de los chinos! ¡El tuyo, Hong!

—¡Sí; lo posees por completo! ¡Tuyo soy, tuya es mi vida! ¡Juro hacerte feliz y que no recuerdes ya nunca tu primer

amor!

En aquel instante el marino tuvo un movimiento de asombro.

—¡Por la Virgen del Pilar! ¿Qué pasa en la aldea de Bunga?

También los dos igorotes que le acompañaban se detuvieron lanzando sendos gritos guturales que parecían de estupor y alarma.

—¿Qué pasa? —dijo Hong en español al marinero.

—¿No ven esa numerosa flotilla que avanza por el lago?
¡Ahora dobla aquella punta que la ocultaba a nuestra vista!

Volvieron los ojos hacia una estrecha península que se prolongaba en el lago, y vieron unas treinta canoas tripuladas por gran número de hombres armados con fusiles. Iba delante una chalupa gigantesca con pabellón en el centro y cuarenta remeros casi desnudos que bogaban vigorosa y acompasadamente.

—¿Quiénes son? —preguntó Than-Kiu con un ligero estremecimiento.

—¡Temo adivinar! —repuso el marinero.

—¿Qué quieres decir?

—Hace tiempo se susurraba en la aldea que el sultán de Butuán iba a venir a reclamar y llevarse los prisioneros blancos.

—¿Es posible? —exclamó la joven sintiéndose morir.

—Sí, señora.

—¿Y qué pretende hacer de vosotros?

—Sus esclavos.

—¿Y no puede resistir Bunga que le robe ese bárbaro?
—preguntó Hong.

—No tiene suficiente fuerza para oponerse a las pretensiones de tan poderoso monarca.

—¡Hong! —exclamó Than-Kiu con acento de ferviente súplica.

—¡Vamos a la aldea, *Flor de las Perlas*! ¡Cuándo desembarque el sultán, allá estaremos también nosotros!

CAPÍTULO XIV. EL SULTÁN DE BUTUÁN

La aldea de Bunga se hallaba en la punta extrema de un promontorio que dominaba las aguas del lago. Formábanla tres o cuatro centenares de cabañas construidas allí para preservarlas de cualquier inundación. Algunas, más grandes que las otras, estaban circundadas por murallas de espinas, y en medio de ellas un grupo de siete u ocho estaban más sólidamente edificadas, y tenían cierto número de guerreros de guardia. Era la plaza fuerte habitada por el jefe y las principales autoridades de la tribu.

Cuando llegaron nuestros amigos, viva agitación reinaba en el pueblo. Tropas de igorotes armados con bolos, arcos, mazas y algunos con antiguos fusiles de chispas salían al camino o circulaban por entre las chozas y por la terraza. Grupos de ancianos, niños y mujeres huían hacia la selva llevando grandes cestos de provisiones.

Por todas partes gritaban y discutían animadamente. Los guerreros de la plaza fuerte miraban con atención a la flotilla que avanzaba directamente hacia la aldea. El marino, que parecía gozar de gran consideración entre aquellos hombrecillos, quizá por su piel blanca y su alta estatura, tal vez por ser español, se abrió paso por entre la multitud que miraba estupefacta la partida, y la condujo ante la cabaña del jefe.

Bunga iba a salir acompañado por unos veinte soldados con fusiles. Era un hombre de metro y medio de alto y de edad avanzada. Tenía el cutis algo más claro que sus compatriotas, era más musculoso y sus facciones denotaban que era más inteligente que sus súbditos.

Llevaba una especie de camiseta de nanquín rojo con flores; pero no se adornaba con brazaletes ni collares de conchas o vidrios: sólo llevaba en la cabeza un copete de plumas de cacatúa con broche de oro. Empuñaba una escopeta de dos cañones, y de su cinto pendía el ancho y afilado bolo. Al ver aparecer al marinero y los chinos detúvose algo receloso tras el cerco de espinas, y preguntó en mal español:

—¿Quiénes son esos hombres?

—Amigos nuestros.

—Y de los igorotes —dijo Tiguma adelantándose—. ¿No me reconoce el jefe?

—¡Calla! ¡Tiguma! ¿Cómo estás aquí?

—Me ha enviado mi jefe para presentarte esta doncella y los hombres que la acompañan.

—¿Y qué quieren de mí?

—Vienen a buscar a los prisioneros blancos para llevarlos a su patria. Han salvado a nuestra tribu de los cazadores de cabezas que nos atacaron, matando al bagani y a muchos de sus guerreros, y son hermanos de los igorotes.

Bunga escuchó en silencio. Cuando el joven terminó, le cogió por una mano y entró con él en una de las cabañas, de la cual salieron al cabo de pocos minutos. Al aparecer de nuevo, el jefe parecía muy preocupado e inquieto. Aproximóse a Than-Kiu, y poniéndole una mano en el hombro le dijo:

—¡Mucho me temo que hayáis llegado tarde!

—¿Acaso no están ya aquí los blancos? —preguntó la joven con temblorosa voz.

—No; continúan aún en mí poder, y los he hecho marchar a la selva. Pero ¿cuánto tiempo serán míos? ¿No ves avanzar esa

flotilla?

—Sí.

—Ahí viene el sultán de Butuán.

—¿Y qué quiere ese hombre?

—Arrebatarme los hombres blancos.

—¿Con qué derecho?

—Con el derecho del más fuerte. Ha sabido que los tenía en mi poder, y viene a reclamármelos. Parece que tenía grandes deseos de poseer esclavos blancos.

—¿Y serás capaz de dárselos?

—No tengo fuerzas suficientes para resistirle. Viene con numeroso séquito de guerreros.

—¿Y si rehusaras? —preguntó Hong, hasta entonces silencioso.

—Haría una degollina general de mi tribu.

—¿Quieres delegar en mí el encargo de contestarle?

—¿Qué pretendes? —preguntó el igorroto con cierto temor.

—Rehusarle francamente los prisioneros, y matar al sultán si es preciso —repuso el chino con enérgica resolución.

—¡No te atreverás a tanto!

—¿Temes a ese hombre?

—Sí, es muy poderoso.

—Nosotros lo somos más. Manda a tus hombres que estén prontos a todo, hasta a combatir si es necesario, y déjame obrar.

—¿Y serás capaz de matarle? —exclamó el igorroto, que sonreía ante la idea de desembarazarse de su temible adversario.

—Lo sabrás más tarde. Tú límitate a decirle que hemos venido como embajadores de la poderosa nación de los amarillos. Del resto me encargo yo.

El jefe asintió, no del todo confiado, y Hong dijo a su amada:

—¡Ven, *Flor de las Perlas*! ¡Vamos a jugar nuestra última carta!

La flotilla hallábase ya a unos quinientos pasos de la rada. La canoa del sultán, que precedía a las demás, llevaba cuarenta remeros y veinte guerreros armados de fusiles. Las otras chalupas eran veinte, llenas de indígenas, armados casi todos con armas blancas: *bolos*, *kampilangs* y lanzas. Unos cuantos tenían fusiles antiguos. Fuerza imponente aquella para los pobres igorrotos, mal armados y quizá poco aptos para sostener una lucha contra enemigos tan corpulentos.

—Son, por lo menos, doscientos —dijo Hong—; pero ¡bah! ¡Todo es cuestión de audacia!

—¿Qué intentas, Hong? —preguntó la joven con angustia.

—Ya veremos lo que se haya de hacer, pero te aseguro que no se llevarán a los hombres blancos.

—¿Cuál es tu proyecto?

—¡Silencio ahora! ¡Vamos a recibir al sultán!

La canoa atracó a la orilla ante la primera empalizada. La población, compuesta sólo de hombres, pues mujeres y niños habían huido a la selva, se agrupaba en las terrazas, armada y presa de gran temor. El sultán era ya viejo y tenía la cara arrugadísima; iba vestido con una túnica de seda blanca sujeta a la cintura por una faja de varios colores, y llevaba

turbante verde. Al cinto pendíale una cimitarra con vaina de marroquí y empuñadura de plata, y un *kampilang*. Bunga se apresuró a salirle al encuentro, diciéndole:

—¡Salud al sultán de Butuán!

El saludado se dignó contestar con una leve inclinación de cabeza. Miró con ira y recelo a los igorotes agrupados en las terrazas y exclamó con acento imperativo:

—¿Qué hacen ahí esas gentes armadas? ¡El sultán de Butuán no tiene miedo!

—Ignoraba quién venía en la canoa —repuso Bunga—. Si hubiera sabido que la flotilla era mandada por el alto y poderoso sultán de Butuán, habría ordenado a mis súbditos desarmarse.

—¿Quiénes son esos hombres amarillos que están detrás de ti?

—Embajadores de la poderosísima nación de los hombres amarillos.

—¿Qué tienen que hacer contigo? ¿Por qué no han ido a verme a mí primero? ¿Ignoraban que quien reina aquí es el sultán de Butuán? Mías son las aguas de este lago; míos los pueblos que lo circundan; míos los bosques, las fieras, los peces y los pájaros. ¡Díselo así!

—Lo saben ya.

—¿Y por qué no vinieron a rendirme el homenaje debido?

—Acaban de llegar, y pensaban partir esta misma noche.

—¿Qué buscan? He oído hablar de su nación y me han dicho que es poderosa, fuerte y pobladísima; que tiene muchos navíos y cañones.

—Han venido a reclamar algunos hombres blancos que antes

estaban aquí.

—¡Los hombres blancos! —exclamó el sultán lanzando una sombría y centelleante mirada sobre Hong, que había dado un paso adelante—. Diles que llegaron demasiado tarde, porque también yo he venido a reclamarlos para mí.

—Entonces tú también has llegado tarde —dijo Hong atrevidamente cuando le hubieron traducido las palabras del sultán.

Pronunció la frase en español: el déspota, que entendía esta lengua, le lanzó otra mirada terrible y contestó:

—¿Qué quiere decir el amarillo?

—Lo que ha oído el negro. Que todos hemos llegado tarde.

—¿Por qué?

—Porque los blancos han huido.

—¿Cuándo?

—Por el bosque, hace tres días.

—¡Mientes!

—Los hombres amarillos no son tus perros ni tus esclavos para que les des un mentís. ¡Mi nación tiene navíos, hombres y cañones en tal número, que puede de un bocado tragarse tu sultanato!

—¡Pero está muy lejos!

—Quizá menos de lo que te figuras.

—Y, en cambio, yo estoy muy cerca de ti.

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó Hong cruzándose de brazos y mirando amenazadoramente al sultán.

Éste sostuvo por algunos instantes aquella centelleante mirada, y luego bajó los párpados diciendo:

—Si los hombres amarillos son fuertes y poderosos, el sultán de Butuán tiene muchas canoas y muchos guerreros, y se apoderará de los blancos.

—¡Te he dicho que han huido!

—Mandaré a mis hombres que los sigan.

—¡Están ya lejos!

—Sé que entre ellos hay una mujer enferma, y no pueden haber recorrido mucho camino. Además, mis guerreros alcanzan a las babirusas a la carrera, y los alcanzarán a ellos también. ¡Bunga, el sultán de Butuán te pide hospitalidad!

—Mis cabañas son tuyas —dijo a regañadientes el jefe igorroto.

—¡Tomaré posesión de tu morada!

Luego dirigiéndose a los igorrotos de las terrazas, les gritó con imperio:

—¡Mis guerreros tienen hambre; dadles de comer, y poned a su disposición vuestras chozas!

—¿Y adónde irán mis súbditos? —preguntó Bunga.

—¡Dejo la selva a su disposición! —replicó brutalmente el sultán.

Pocos minutos después el sultán y su escolta tomaban posesión de la plaza fuerte, mientras los guerreros invadían la aldea, haciendo desalojar terrazas y cabañas, más como señores que como huéspedes, o, mejor aún, como conquistadores. Los pobres igorrotos, impotentes para resistir a aquellas hordas salvajes, reuniéronse en la margen

de la selva, resueltos a defender a sus mujeres refugiadas en la espesura. Sólo Bunga obtuvo permiso para ocupar un grupito de miserables chozas viejas junto a la rada, bajo una de las empalizadas. Con él estaban los chinos, a los cuales el monarca había enviado como regalo dos cerdos, raíces, frutas, pan de sagú y vino blanco de palma. El jefe estaba furioso, pues se consideraba independiente, y no súbdito de aquel brutal déspota.

—¡Esto acabará mal, muy mal! —dijo a Hong y a Than-Kiu.

—¿Para ti, o para él? —le preguntó el chino con gran flema.

—Quizá para ambos.

—Entonces, ¿meditas alguna venganza?

—Los igorrotos somos hombres libres, y no debemos tolerar tales humillaciones.

—¡Al fin! ¡Estaba aguardando esa palabra! ¿Qué quieres hacer?

—No lo sé; pero algo sucederá forzosamente.

—Y no más tarde de mañana, si queremos salvar a los hombres de piel blanca —replicó Hong—. Si el sultán manda sus guerreros a registrar la selva, Romero y Teresita están perdidos.

—¿Tienes algún plan, Hong? —preguntó Than-Kiu con ansiedad.

—Sí, *Flor de las Perlas*.

Tras breve pausa volvióse a Bunga, y le dijo:

—¿Es fiel tu escolta?

—Fiel y resuelta —contestó el jefe.

—Esta noche tendremos necesidad de ella.

—Está a tu disposición.

—¿Tienes licores espirituosos?

—Vino de palma destilado.

—¿Bastante?

—Sí, hay gran cantidad.

—¿Y animales?

—Trescientos o cuatrocientos cerdos.

—Necesitaremos sacrificar buena parte de tus provisiones.

—Estoy dispuesto a todos los sacrificios, con tal de librarme de ese peligroso personaje. Es un mal hombre, cruel, traidor y perverso, que sería capaz de llevarme a Butuán como esclavo suyo.

—Él es quien corre el peligro de convertirse en esclavo tuyo.

El jefe igorroto miró al chino con estupor imposible de describir.

—Olvidas que tiene aquí doscientos guerreros —exclamó vivamente.

—Esta noche estarán todos borrachos perdidos —dijo Hong sonriendo.

—No bastará para ello el vino de palma.

—Sí, porque yo echaré en él ciertas píldoras maravillosas.

—¡Cómo! ¿Has conservado el opio, Hang? —preguntó Than-Kiu.

—¡Ya lo creo! Hice buena provisión en la barca del pirata, y Sheu-Kin tiene también gran cantidad.

—Y cuando estén dormidos, ¿qué harás? —interrogó la joven con curiosidad.

—Entonces el sultán será nuestro. ¡Silencio! ¡Aquí vienen unos mensajeros! ¡Sin duda, el sultán desea vernos de nuevo!

Diez guerreros mindaneses, mandados por el jefe de la escolta, se dirigían a la cabaña ocupada por Bunga y los chinos. S. M. enviaba a rogarles que pasaran con el jefe igorrote a su cabaña *inmediatamente* para hacerle compañía durante algunas horas.

—¡Ese bergante nos toma por bufones suyos, a lo que parece! —exclamó Hong—. ¡Si tendrá el capricho de que bailemos ante él!

De pronto se volvió a Than-Kiu y le dijo imperativamente:

—Tú te quedarás aquí, *Flor de las Perlas*, custodiada por el marinero. No sabemos lo que puede suceder. Diremos al monarca que no puedes tenerte en pie a causa del cansancio. ¡Sheu-Kin, Pram-Li, no olvidéis los fusiles!

Salieron tras la escolta y dirigiéndose a la cabaña ocupada por el sultán, instalado en la plaza fuerte como verdadero amo y señor, que había ordenado alzar la barrera de espinas y derribar parte de la empalizada, so pretexto de que le impedirían ver el lago.

Cuando Bunga, los dos chinos y el malayo entraron, el monarca estaba tendido en unas esterillas de juncos, acompañado por su ministro y algunos jefes. Comían y bebían alegremente a costa de los pobres igorotes, de cuyas provisiones se habían apoderado. Al ver a los hombres armados los miró con recelo.

—Vuestros fusiles no eran necesarios aquí —les dijo.

—No nos separamos nunca de nuestras armas —repuso Hong—. Es costumbre en nuestro país.

—Sentaos y comed. Os he hecho el honor de invitaros a mi mesa, y... Pero me parece que falta alguno. Sí, el joven o la joven que os acompaña.

—Ese muchacho está muy fatigado.

—¡Ah! ¿Es un muchacho? —exclamó el Sultán con acento burlón—. Le había tomado por una doncella. ¡Bueno, comed y bebed! Las provisiones abundan en la aldea de Bunga.

—Tengo aún más —dijo éste.

—¿Y por qué no me las has enviado? Soy tu huésped, y tengo mucha gente que mantener.

—Las reservé para ofrecerte a ti y a tus guerreros un gran banquete.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¡Eres un buen amigo, Bunga! Ya sé que estás abastecido, y ése es el motivo de que haya venido con tan numeroso séquito. De otro modo, habría venido sólo con mí escolta.

Al hablar así miraba con los párpados entornados a Bunga y sonreía malignamente; pero el jefe igorroto permaneció impasible y se limitó a responder:

—Has hecho bien, Sultán, en venir con tanta gente: es un honor más que no esperaba.

—¡Bueno, bueno; comed y bebed! Por el momento eres aquí mi huésped.

Hizo ofrecer por sus siervos a los cuatro recién llegados los manjares que tenía, y al terminar la refacción el monarca dijo a Bunga:

—Ahora hablemos de los hombres de piel blanca.

El igorrote arrugó el ceño y miró a Hong, quien con gesto expresivo le indicó: «¡No tengas cuidado!».

—¿Quieres decirme dónde se hallan? —repitió el déspota.

—Te he dicho ya que han huido hace tres días.

El monarca sonrió, meneó la cabeza y dijo:

—No; uno de mis espías acaba de decirme que ayer mañana el hombre que tiene consigo la mujer blanca fue visto a la orilla del lago.

—¿Dónde? —preguntó Bunga con sorda cólera.

—Cerca de tu cabaña.

—Ese espía te ha engañado.

—Entonces haré cortar la cabeza del hombre que pretende burlarse de mí.

—Y harás bien.

—Eso creo; pero...

—¿Qué?

—Si el hombre que me engaña fueses tú, ¿qué merecerías?

Bunga se puso en pie y miró airadamente al sultán.

—Soy un jefe independiente, y no tu súbdito. Te he recibido como amigo, he puesto a tu disposición mi aldea, te he dejado saquearme: ¿y vienes a amenazarme?

—No he tenido tal intención —repuso con tono irónico—. También yo te considero como mi mejor amigo, y por eso he venido a que me regalaras esos hombres blancos. Hace muchos años que deseo tener esclavos pálidos, de los de piel

blanca y cristianos.

—Pues tendrás que buscarlos, porque ya no están aquí.

—¿Me dirás, al menos, hacia dónde se han fugado?

—Hacia el Bacat.

—Está bien —replicó el monarca con acento amenazador—. Los cogeremos, y haré cortar la cabeza al hombre que me haya engañado.

—¿Te refieres a mí? ¿Es una nueva amenaza?

—¡No, no! ¡A ti no; al otro! —dijo con sonrisa de tigre—. ¡Tú eres mi amigo!

—Así es —repuso el jefe con sonrisa enigmática—. Nosotros saldaremos nuestras cuentas y consolidaremos nuestra amistad con el banquete de esta noche.

—¿Esta noche va a ser?

—Sí; esta noche, si no dispones otra cosa.

—Está bien. ¡Gracias, amigo; cuento contigo!

CAPÍTULO XV. LOS REHENES

Aquella noche la aldea resplandecía de un extremo al otro.

Inmensas hogueras ardían en torno de la pequeña plaza fuerte, y en medio de las llamas asábanse multitud de babirusas y muchos gatos. Patrullas de igorotes llegaban con víveres y vasijas de barro llenas de vino de palma.

Ante la ciudadela, tendido en una esterilla de colores, hallábase el sultán rodeado por sus jefes principales, Bunga, Hong y sus compañeros. Cuatro cerdos asados enteros, gallos silvestres, fruta abundante y muchos vasos de vino fueron colocados en una mesa improvisada, y el monarca daba ejemplo comiendo por dos y bebiendo por cuatro.

Bunga mostrábase amabilísimo, incitando al sultán y a sus jefes a comer y beber, y daba incesantes órdenes a sus súbditos para que todos los guerreros mindaneses tuvieran víveres y licor en abundancia. Hong, por su parte, parecía el mejor amigo del monarca, y a cada momento le proponía un nuevo brindis. Pero al igual que Bunga y sus compañeros, se guardaba muy bien de beber: unas veces no echaba líquido en su taza, y otras vertía por detrás de sí disimuladamente el que ya había escanciado.

A medianoche casi todos los guerreros tenían una borrachera tan descomunal y violenta que imponía, y hasta el mismo Hong estaba algo alarmado. Querellábanse por nada, armaban ruidosas disputas y amenazaban matarse unos a otros y acabar con los pobres igorotes a machetazos y sablazos. Alguno resultó con la cabeza rota, y muchos habían caído como muertos.

Los igorotes, retirados a la margen de la selva, miraban y dejaban hacer, sabiendo por experiencia que nada iban a ganar tratando de apaciguar a aquellos energúmenos. En tanto los guerreros caían a grupos y en confusión indescriptible: sólo tres o cuatro docenas resistían aún los efectos del narcótico, aullando, cantando o insultándose. Hasta el sultán, después que todos sus jefes hubieron caído uno a uno, quedó rendido por el sueño. El opio había hecho su efecto.

—¡Creo que ha llegado el momento! —dijo Hong dirigiéndose a Bunga.

—¿Qué vamos a hacer?

—Coger a todos estos borrachos y trasladarlos a sus canoas.

—Y de sus guerreros, ¿qué haremos?

Desarmar el mayor número de ellos que se pueda, sin que lo adviertan los que no han bebido y los que todavía resisten al opio, y mañana, cuando los ebrios sean un poco razonables, hablaremos.

—¿Quieres matar al sultán? Sus súbditos le vengarían degollando a los míos.

—¡No temas! Ninguno se atreverá a molestar a los de tu tribu. Por lo demás, nunca tuve la intención de enviar al otro mundo a ese canalla de sultán. ¡Pram-Li, Sheu-Kin, ayudadme!

El sultán, repleto como un odre, había caído sobre su ministro, y roncaba ya: no era de temer que opusiera resistencia. Hong le sacó del cinto la cimitarra y el *kampilang*; luego le cogió entre sus brazos y se dirigió hacia el río. El joven chino y el malayo llevaron al primer ministro. Ambos fueron depositados en la canoa real, bajo el pabellón, uno al lado de otro. Los guerreros que se hallaban aún en pie, poco más de cincuenta, no advirtieron el secuestro.

—¿Qué hacemos? —dijo el viejo igorroto—. Los que resisten son los más feroces, y casi todos están armados con fusiles: si se dan cuenta de que nos hemos llevado a sus señores, degollarán a mis súbditos y destruirán la aldea.

—¡Es verdad! —dijo Hong contrariado—. ¡Hay que evitarlo! ¿No tienes más vino?

—Ya se agotó todo.

—Las mujeres, los niños y los ancianos, ¿están bien ocultos?

—Se han refugiado en la selva virgen, y se habrán acomodado en la antigua aldea. Será difícil que puedan dar con ellos.

—Entonces somos dueños de la situación.

—¿Qué pretendes? —le preguntó Than-Kiu.

—Tenemos veinte canoas del sultán. ¡Qué se embarquen en ellas todos tus súbditos, Bunga —ordenó Hong sin responder a la joven—, y en ellas aguardaremos a que el sultán despierte!

—¿Y vamos a dejar el pueblo a la absoluta merced de los enemigos? —preguntó el jefe.

—No se lo comerán.

—Pero pueden arrasarlo, destruirlo.

—No lo harán. Tenemos en nuestro poder a su señor, y no se atreverán a irritarle. ¡No temas! Ordena que todos tus hombres se embarquen en silencio. ¡Yo respondo de todo!

Un igorroto fue enviado ante sus compañeros con órdenes del jefe, y poco después los habitantes de la aldea, que se habían refugiado a la entrada de la selva, entre los árboles, para evitar que aquéllos, ebrios furiosos por la excitación de la bebida mezclada con opio, hiciesen armas contra ellos y

los matasen, abandonaban silenciosamente el bosque, y evitando el resplandor de las hogueras se reunían en la playa uno a uno.

Todos iban bien armados con bolos, arcos y flechas.

Bunga les mandó embarcarse y seguir sin perder tiempo la canoa real.

Apenas se habían separado varios metros de la orilla, cuando llegó a sus oídos una feroz gritería.

—¡El sultán! ¿Dónde está el sultán?

Los guerreros no embriagados corrían de cabaña en cabaña rugiendo y blandiendo las armas: parecían presa de una cólera terrible.

—¿Dónde está el sultán? ¡Traición! ¡Traición!

Algunos, más serenos que sus compañeros, sospechando algo, se precipitaron hacia la playa. Al ver alejarse la flotilla, bramaron ferozmente:

—¡Traición! ¡Traición! ¡Sangre y exterminio! ¡Hemos sido traicionados!

Sus compañeros acudieron a estos gritos, moviendo confusa y estridente algarabía y blandiendo las armas amenazadoramente. Varios, no del todo narcotizados, despertaron con aquel estruendo y se unieron a los demás.

La canoa grande se había detenido a trescientos pasos de la orilla, y Hong mostróse en la proa, de pie y fusil en mano, mirando a aquellos frenéticos.

Al verle, los guerreros del sultán que tenían fusiles hicieron una descarga que fue absolutamente inútil, pues sólo produjo espantoso estruendo. Eran mosquetes y fusiles de chispa de pésima calidad.

—¡Cobardes! ¡Volved a tierra, y os haremos pedazos! —gritó un anciano guerrero con los pies ya en el agua.

—¡Escuchen los súbditos del sultán! —gritó Hong con voz potente.

—¡Silencio! —dijo el anciano a sus compañeros—. ¡El hombre de la cara amarilla va a hablar! ¡Dejémosle, y después le mataremos!

—¡El sultán está en nuestro poder, así como su primer ministro!

Un rugido terrible acogió estas palabras de Hong, y varios guerreros hicieron ademán de arrojarse al agua; pero el anciano los contuvo.

—¡Continúa! —gritó al chino.

—Os prometemos que no se le hará ningún mal. Pero os prevengo que si quemáis o destruís la aldea, le arrojaremos al fondo del lago con una piedra al cuello. ¡He dicho!

—¿Qué quieres hacer entonces con nuestro sultán? —preguntó el viejo.

—Mañana lo sabréis.

—¡Vengaremos terriblemente la afrenta hecha a nuestro señor!

—¡Probad a hacerlo!

Y dicho esto ordenó a los remeros que se alejaran para reunirse con la flotilla, que estaba ya lo bastante lejos para hacer perder a los guerreros mindaneses la esperanza de alcanzarla a nado.

—No intentarán nada hasta que volvamos —dijo el chino a Bunga, que no parecía muy tranquilo—. Nuestra amenaza los

calmará un poco.

—¿Y crees que después no se vengarán cruelmente?

—No, porque les cortaremos las uñas y los dientes. Déjame hacer: yo pondré en tus manos rehenes que basten para paralizar su acción. Quedarás contento y satisfecho; te lo prometo.

La flotilla, a un kilómetro de la playa, viró de bordo cruzando a la vista de la aldea. Los guerreros del sultán seguían atentamente las evoluciones de su escuadra, no sospechando el objeto de aquella jira nocturna. El número engrosaba con el despertar de algunos compañeros; pero todos se mantenían tranquilos, al menos por el momento. La amenaza de Hong había surtido efecto, calmando un tanto a aquellos hombres furibundos.

Al alba, la flotilla se acercó de nuevo a la aldea, deteniéndose a cuatrocientos metros de la primera cabaña. Los guerreros eran ya más de ciento, y agrupados en la playa gesticulaban animadamente discutiendo lo que debían hacer sin hallar solución para el conflicto. Privados de las barcas, no atinaban a acordar una acción eficaz contra los igorotes.

Entretanto Hong, por medio de vigorosas sacudidas, había conseguido despertar al sultán y a su ministro. Al verse bajo el pabellón, el monarca, aun no despejado por completo, volvió el rostro hacia su secretario que estiraba los brazos desperezándose, y le gritó furioso:

—¿Quién ha dado orden de embarcarse? ¡No tengo aún en mi poder los esclavos blancos, ni he visto arder la aldea por sus cuatro costados!

—La orden la he dado yo —repuso Bunga, que se hallaba al lado de Hong.

El sultán miró al jefe y al chino con recelo, se incorporó, alzó

una punta de las cortinas del pabellón y advirtió entonces que las canoas, en vez de estar tripuladas por sus guerreros, lo estaban por igorrotos. Una lividez cadavérica cubrió sus mejillas: aun a través del velo espeso de la embriaguez que cubría su mente, comprendió que era víctima de una traición. Llevó al cinto las manos, y se halló sin armas; pero Hong, que no le perdía de vista, le cogió por la túnica con presteza y le obligó a sentarse de nuevo.

—¡Cuida mucho de no moverte, porque te mato! —le dijo fríamente.

Al oírle y al ver que preparaba el fusil, el monarca tuvo miedo; su ministro no osaba moverse y el terror le hacía castañetear los dientes.

—Escúchame.

—Habla y explícame lo que ha sucedido.

—Una cosa sencillísima. Hemos dejado en tierra a tus hombres, y nos hemos embarcado en tus chalupas.

—¿Y con qué objeto habéis cometido esa felonía? —dijo el sultán rechinando los dientes.

—Para impedirte que persiguieras a los hombres blancos, y para enseñarte a respetar la hospitalidad que Bunga te había dispensado generosamente. Tú no habías venido aquí como amigo, sino como señor, y más aún, como enemigo, pues tenías el propósito de destruirlo todo. ¡Niégalo si te atreves!

—Yo vine para apoderarme de los hombres de piel blanca, y nada más.

—Y para hacer tus esclavos a Bunga y a sus súbditos.

—¿Y qué te importaría a ti que así fuera?

—Ya lo verás.

—¿Qué pretendes?

—Poca cosa. Si no aceptas nuestras condiciones, te arrojaremos al lago, así como a tu primer ministro, y haremos esclavos a tus guerreros.

—¡Son muchos!

—Los guerreros de la gran nación de los hombres amarillos no están lejos, y tienen buenos fusiles y cañones en gran número. A una orden mía vendrán y pasarán a cuchillo a tus hombres.

El monarca palideció intensamente.

—¿Qué quieres, en resumidas cuentas?

—Que renuncies a perseguir a los hombres blancos que están bajo la protección de los amarillos.

—¿Nada más?

—Escucha. Si tus guerreros quieren reembarcarse y volver a su pueblo, tienen que entregar todas sus armas a los igorotes.

—¿Hasta las armas de fuego? —preguntó con dolor el sultán.

—También. ¡Ésas sobre todo!

—¿Has concluido?

—Aún no. Tú estás libre de volver a tu pueblo; pero dejarás en rehenes a Bunga a tu primer ministro y diez de tus jefes principales.

—¿Y para qué he de dejar esos rehenes?

—Como garantía de que no volverás a vengarte de Bunga cuando nosotros nos hayamos ido. Al primer amago de tu

vuelta, los igorrotos decapitarán a tu primer ministro y a tus diez guerreros. ¿Me has comprendido?

—Sí —contestó el sultán con voz sorda.

—¿Aceptas estas condiciones?

El monarca no contestó: miraba feroz y alternativamente a Hong, a Bunga y a Pram-Li, que acababan de entrar en el pabellón.

—Prepara dos cuerdas, Pram-Li, y ata a ellas dos piedras pesadas. Servirán para estos dos hombres —dijo él chino.

Oyendo aquella amenaza, el sultán levantó el brazo y exclamó precipitadamente.

—¡No, no! ¡Alto! ¡Cedo!

—Pues ordena a tus guerreros que depositen sus armas y se rindan a los igorrotos.

El sultán le miró con desconfianza.

—Y cuando no tengan armas, ¿los mataréis?

—Los hombres de la gran nación amarilla —repuso con solemnidad Hong— son siempre veraces. Su palabra es sagrada.

—¿Y seré libre de volver a Butuán?

—Te lo he prometido.

El sultán se levantó y se dirigió a proa, seguido muy de cerca por Hong, Bunga y Pram-Li, que no tenían gran fe en la palabra de aquel salvaje.

Los guerreros, al ver a su jefe, corrieron precipitadamente hacia la orilla agitando las armas con furor y clamando:

—¡Venganza! ¡Venganza!

El monarca hizo una mueca horrible y alzó la diestra. A esta indicación, sus súbditos guardaron profundo silencio.

—¡Dejad todas vuestras armas en la orilla y retiraos a las cabañas! —ordenó.

Los guerreros, estupefactos ante aquella orden inesperada, permanecieron inmóviles, sin atreverse a cumplirla y creyendo haber oído mal.

—¡Obedeced! —insistió con voz de trueno el déspota.

—¡Queremos vengarnos! —vociferaron los guerreros.

—¡Y los igorotes matarán a vuestro sultán —repuso el monarca—, y además os matarán a vosotros; porque los guerreros de la gran nación amarilla no están lejos y vendrán a exterminaros!

Ante aquella amenaza desapareció como por encanto el furor belicoso de los guerreros del sultán. Acostumbrados a obedecer, y algo asustados, depusieron las armas y se retiraron lentamente a las cabañas. Inmediatamente, cuatro canoas atracaron, y los igorotes que las tripulaban se apoderaron de los bolos, fusiles, *kampilangs* y hachas de guerra.

—He cumplido mi palabra —dijo el sultán con voz trémula.

—Y a mi vez, yo cumpliré la mía.

Atracaron. Hong hizo ocupar todas las terrazas por los igorotes, y con una escolta de veinte hombres depositó las armas en la plaza fuerte. Luego eligió los diez guerreros que con el ministro habían de quedar en rehenes, y dijo al monarca salvaje:

—Ahora podéis marchar tú y tus guerreros. Pero acuérdate

de que, si intentas algo contra Bunga, hará éste matar a tus amigos, y además me avisará, y los hombres de la gran nación amarilla irán a tu capital y arrasarán tu pueblo.

—¡Cumpliré mi promesa! —murmuró el sultán humildemente.

Se tapó el rostro con el turbante, como si tuviera vergüenza de mostrarlo a sus súbditos, y se dirigió a toda prisa a la playa, no estando aún muy seguro de haber escapado a tan poca costa del peligro. Sus gentes habían embarcado ya.

—¡Salud al sultán de Butuán! —gritó irónicamente Hong.

El monarca respondió con una especie de gruñido y saltó a su canoa. Un momento después la flotilla se alejaba rápidamente, desapareciendo tras un promontorio.

—¿Qué te parece? —preguntó el chino a Bunga.

—¡Gracias! ¡Los hombres amarillos son valientes y astutos!
—repuso el jefe.

—Pues ahora acompáñanos a donde están los hombres blancos.

—¡Seguidme! ¡Son vuestros!

CAPÍTULO XVI. ROMERO Y TERESITA

Media hora después, Hong, Than-Kiu y Bunga llegaban al lugar de la selva virgen en que se habían refugiado las mujeres, los viejos y los niños a la llegada de los mindaneses del sultán, y donde se hallaban escondidos Romero, Teresita y los dos marinos españoles. En una pequeña plazoleta rodeada por un bosquecillo muy espeso hallábase la antigua aldea ocupada en otro tiempo por los súbditos de Bunga, formada por unas cincuenta cabañas, las más de ellas medio derruidas. Algunas, sin embargo, más sólidamente construidas, habían resistido bien las injurias del tiempo.

El jefe igorroto preguntó por Romero, y le dijeron que había salido de caza acompañado por uno de los marinos y varios indígenas, pues faltaban en la aldea las provisiones. Than-Kiu se mostró contrariadísima por ello: tenía vivas ansias de hallarse frente a aquel hombre a quien tanto amó un tiempo, y a quien no había vuelto a ver desde aquella noche memorable y fatal.

—¿Cuándo volverá? —preguntó, limpiando algunas gotas de frío sudor que le brotaban de la frente.

—Quizá no vuelva antes de la noche.

—¡Ocho o diez horas de espera! ¡Es una eternidad! —murmuró ella con voz ahogada.

—Pero la mujer blanca está aquí.

Brilló un relámpago en los ojos de *Flor de las Perlas*.

—¡Teresita! —exclamó con acento sombrío.

—Ve a verla antes que a él —le dijo Hong—. Así le evitarás un acceso de celos que podría serle fatal, dado su estado enfermizo.

—Es cierto; está delicada, enferma. ¡Sea pues: estoy impaciente por verme ante ella!

—¿Quieres que te acompañe?

—No, Hong; quiero estar sola.

—Tienes razón; quizá quieras reprocharle muchas cosas que vale más que yo ignore.

—No, amigo mío. *Flor de las Perlas* sabrá ser generosa. Ahora ya no tengo que lamentar lo pasado, puesto que he ganado un corazón tan noble como el tuyo. ¿Dónde está Teresita?

—Sígueme —dijo el jefe de los igorotes, a quien la joven había dirigido la pregunta.

Than-Kiu estrechó la mano de Hong, le tranquilizó con una sonrisa y siguió a Bunga con paso firme, pero bastante pálida. Llegaron ante una cabaña de las últimas, graciosa construcción de bambú que había sido la del jefe, y éste se detuvo diciendo a la joven:

—Entra.

Flor de las Perlas se detuvo un instante, como tratando de recobrar la calma y de refrenar los estremecimientos convulsivos que agitaban sus nervios. Con una mano se arregló el cabello, sin darse cuenta de lo que hacía; con la otra se subió la manteleta cubriéndose parte del rostro, entró de puntillas y se paró en medio de la cabaña.

También en aquella vivienda, tan lejana de los países civilizados y construida en medio de una selva virgen, se adivinaba a primera vista la presencia de una mujer habituada

a los usos del mundo. El suelo estaba esterado con tejido burdo de fibras de cocotero, trabajo que, indudablemente, no se debía a la industria de los igorotes; algunos asientos de bambú bastante cómodos veíanse alrededor de una mesa, semejantes a los muebles que había visto ya en la choza del marinero que los guió al lado de Bunga. En los ángulos de la estancia se veía una especie de enormes tiestos llenos de flores, sin duda cogidas en la selva, que exhalaban delicado aroma. Además, veíanse vasijas de extrañas formas, que parecían destinadas al servicio de la cocina. En un lado, sobre el lecho de mullidas hojas y cubierta con una magnífica piel de pantera negra, vio Than-Kiu una joven a quien reconoció inmediatamente.

—¡Ella! —murmuró sombríamente.

Era, en efecto, Teresita de Alcázar; pero no tan hermosa y fresca como la había visto en Manila dos meses antes. La fiebre y las fatigas de aquel largo viaje por las regiones ecuatoriales habían dejado marcadísimas huellas en su rostro bello y juvenil. Pálida y demacrada, perdió su tez el delicado matiz moreno peculiar de las andaluzas, y que tantos atractivos añadía a la hermosa *Perla de Manila*.

Teresita dormía aún, con un brazo debajo de la cabeza, oculta a medias por sus largos y negros cabellos; su respiración era agitada, porque el corpiño de percalina azul se levantaba con rápidas intermitencias.

Than-Kiu continuaba inmóvil, con las manos cruzadas, contemplando a su ex rival con ojos en que brillaban siniestras llamaradas. Hacía varios minutos que se encontraba allí cuando Teresita, tal vez presintiendo la presencia de aquella mujer que podía dejarse arrastrar por los impulsos de una pasión, si bien vencida no domada por completo, se despertó bruscamente.

Sus ojos negros, fulgurantes y expresivos, después de mirar vagamente en derredor suyo, fijáronse en *Flor de las Perlas*,

que conservaba siempre su amenazadora inmovilidad. Repentinamente, la española se levantó con un salto de fiera, el rostro alterado, fruncido el ceño, las miradas centelleantes, escapándosele un grito involuntario de estupor y de ira contenida con gran esfuerzo.

—¿Estoy soñando? —exclamó—. ¿Es una sombra, o es Than-Kiu en carne y hueso a quien veo?

La china adelantó algunos pasos, y dejando caer la punta del mantón de seda con que se embozaba, repuso con voz sorda:

—¡Sí, soy yo! ¡Estás bien despierta, *Perla de Manila!*

Teresita se acercó hasta tocarla.

—¡Tú! —dijo asombrada—. ¡Tú aquí, Than-Kiu!

Y añadió con una explosión de celos:

—¿Vienes a robármelo, miserable?

Arrepintióse inmediatamente de estas palabras, y continuó con voz dulce:

—¡Perdóname, Than-Kiu! Ya sé que no tengo derecho para dirigirte tales reproches, a ti que has sido tan generosa. ¡Dispénsame! Pero... ¡le amo tanto!

Flor de las Perlas no pronunció una sílaba; continuaba inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, y miraba a la española con ojos que fulguraban sombrías amenazas.

—Than-Kiu —prosiguió Teresita con acento en que se sentía vibrar una viva inquietud—, ¿qué has venido a hacer aquí? ¿Por qué te fuiste de Manila? ¿Quién te ha dado noticia de nuestro infortunio? ¿Quién te ha guiado a través de las inmensas selvas de esta isla salvaje? ¿Has venido tal vez para vengarte? ¡Gran Dios! ¡Habla, habla, Than-Kiu! ¡Tus miradas me dan miedo!

Se acercó más a ella, y poniéndole una mano en el hombro con movimiento convulsivo, añadió trémula:

—¡Tú amas aún a Romero! ¡Sí, sí; lo leo en tu mirada! ¡Y es mío! ¡Mío! ¡Habla; habla, *Flor de las Perlas*!

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de la china.

—¿Te causo miedo, *Perla de Manila*? ¿Y por qué? ¿Quizá porque aquella noche fatal en que te vi partir con el hombre a quien tanto amaba no te di un abrazo? Era un presentimiento; un presentimiento terrible y fatal, porque el siguiente día debía ser memorable para alguien. ¡Ah! ¿Me preguntas a qué he venido aquí? Voy a decírtelo en dos palabras: a salvaros.

—¿A salvar a Romero?

—No; a salvaros a los dos.

—¡Tú! ¡Tú, que debes odiarme! —exclamó Teresita estupefacta.

—Un día —dijo Than-Kiu con voz sombría—, sí; un día hubo en que te odié, y te habría matado si el destino te hubiese puesto ante mí; pero ahora, ¿qué me importa a mí Romero? ¡Le he olvidado!

—¿Y por qué has venido?

—Para pagar la deuda que tenía con él.

—¿Cuál?

—Una noche, cuando la insurrección estaba a punto de ser ahogada por las armas victoriosas de tus compatriotas y mientras combatíamos desesperadamente en las riberas del Malabón, caí prisionera de un coronel español. Mi suerte no era dudosa, al día siguiente iban a fusilarme. Romero, que entonces me amaba todavía, me salvó de la muerte

ocupando mi puesto. ¿Lo recuerdas?

—Sí, le salvó a su vez mi padre.

—Pues bien, aquella deuda me pesaba, y he venido aquí a pagarla salvándote a ti y a él. ¡Ahora júzgame, Teresita!

La española hizo ademán de arrojarse en brazos de la china; pero un impulso de celos la detuvo.

—¿Ya no le amas? —preguntó dudosa.

—No.

—¿Me lo juras?

—¡Por el alma de mis padres!

—¡Tengo miedo de ti, Than-Kiu!

—Haces mal, porque mi corazón palpita por otro hombre, tan intrépido o más que Romero.

—¡Hermana mía! —exclamó, ya sin poder contenerse, precipitándose en los brazos de la china y estrechándola entre los suyos sin rencor.

Un silbido que oyeron las separó bruscamente.

—¿Qué significa eso? —preguntó la española.

—¡No hagas caso! ¡Es un aviso de Hong!

—¿Quién es Hong?

—Uno de mis mejores y más queridos amigos, que me ha acompañado en esta excursión.

—¿Y qué significa ese aviso?

—Te lo diré más tarde.

La joven envolvió de nuevo su rostro en el mantón de seda, hizo seña a Teresita de que no la siguiera y salió con paso rápido.

A pocos pasos de la puerta aguardaba Hong apoyado en su fusil.

—¿Qué ocurre, Hong?

—Romero llega.

—¿Cómo lo sabes?

—Bunga me lo ha dicho.

—¿Le acompañan los indígenas?

—No, viene solo. Los igorotes le han precedido.

—Voy a su encuentro.

—¿Y yo?

—Sígueme. Deseo que mi futuro esposo escuche nuestro coloquio. Para ti no debo tener secretos, ni permitir que te asalte la más mínima duda respecto a mi conducta. Pero no te dejarás ver de él hasta que yo te llame.

—¡Vamos, Than-Kiu, y sé fuerte!

—Lo seré, no lo dudes. ¡El corazón de *Flor de las Perlas* es tuyo!

—¡Vamos!

Guiados por un indígena se internaron en la selva, y siguiendo un sendero por el cual los precedían ya Sheu-Kin y Pram-Li, a quienes seguía el otro igorrote, llegaron a un matorral junto a una plazoleta.

—¡Ya llega! —dijo el malayo—. No se halla a más distancia de

un tiro de fusil.

—¿Viene solo?

—Sí, y trae consigo un cuarto de babirusa.

—¿Le hallaremos siguiendo este sendero?

—Sí, Than-Kiu.

—¡Gracias, amigos!

La joven continuó su camino al lado de Hong, que no separaba la mirada de su rostro, espiondo sus impresiones ávidamente y tratando de leer sus más recónditos pensamientos. Pero Than-Kiu parecía tranquila y sonriente, y sus ojos negros, sombreados por aterciopeladas pestañas, lanzaban de vez en cuando sombríos relámpagos.

A los trescientos pasos se detuvo ella apoyándose en el tronco de un sagú. Había oído a breve distancia el susurro de hojas aplastadas por un paso firme.

—¡Ya está aquí! —dijo con voz alterada—. ¡Ocúltate tras el tronco de aquel ébano, amigo Hong, y podrás oírlo todo!

—¡Estás pálida, *Flor de las Perlas*! —murmuró él melancólicamente.

—¡Es cierto; pero mi corazón palpita por ti sólo, Hong!

—¡Tengo miedo de este encuentro! ¡Te amo tanto, *Flor de las Perlas*!

—¡Y *Flor de las Perlas* también se siente orgullosa de amarte, Hong! —repuso la joven con adorable sonrisa—. ¡En breve te daré la mejor prueba!

Dicho esto le indicó con un ademán cariñoso el árbol tras el cual había de ocultarse, se desembozó y quedó de pie en medio del sendero.

Estaba en extremo pálida, pero resuelta a sostener intrépidamente el choque moral que representaba para ella aquella entrevista suprema. Sin embargo, sus facciones no expresaban angustia ni vacilación, y sus miradas habían recobrado la serenidad y la calma.

Apenas transcurrió medio minuto cuando de un espesísimo matorral vio salir a un hombre, a quien reconoció al primer golpe de vista. Era Romero, el mismo a quien amó con delirio durante la insurrección, el que parecía destinado a hacerla feliz y que la había abandonado por otra, causando su desesperación y la muerte de su querido hermano, el heroico Hang-Tu.

No era, sin embargo, el hermoso y arrogante mulato de antes. La fatiga, las privaciones, la prisión, la nostalgia y aquel suelo tórrido habíanle desfigurado. Avanzaba con lentitud, con la mirada baja y como absorto en tristes pensamientos, llevando al hombro un cuarto de babirusa y apoyado en un bastón de férrea punta.

A pesar de su indomable energía, al verle sintió Than-Kiu revolverse en su alma la antigua pasión no del todo vencida, a pesar, del afecto que profesaba a Hong. Vaciló; pero su vacilación tuvo la rapidez del relámpago. Se acordó de los sufrimientos pasados, de la muerte de su hermano, de su cruel abandono, y experimentó un impulso de odio hacia aquel hombre que, después de haberla amado, la había dejado por la mujer blanca, aunque fuera por fatales circunstancias. Apelando a toda su energía dio dos pasos al frente, y deteniéndose ante él le preguntó con energía:

—¿Me conoces?

El mestizo, que, embebido en sus pensamientos, no la había visto, alzó vivamente la cabeza, dio dos pasos atrás dejando caer al suelo el bastón y la babirusa, palideció y exclamó con voz trémula:

—¡Tú!

Frotóse bruscamente los ojos, como dudando si era víctima de una alucinación, y repitió:

—¡Tú!

—¡Sí, yo; *Flor de las Perlas*... la hermana de Hang-Tu!

—¡La hermana de Hang-Tu! ¡*Flor de las Perlas*! ¡Hang-Tu!

Interrumpióse súbitamente, y fijando los ojos con cierto extravío en la joven, preguntó con voz entrecortada por reprimidos sollozos:

—¿Es cierto que murió Hang-Tu?

—¡Sí! —repuso ella sombríamente—. ¡Tu amistad fue fatal al héroe y a su hermana!

—¡Gran Dios! —exclamó Romero, cubriéndose la faz con las manos—. ¡Perdóname, Than-Kiu! ¡Perdóname! —continuó, cayendo de hinojos—. ¡Perdóname, en memoria de nuestro pasado amor!

¡Calla! —replicó ella apretando los dientes—. ¡No recuerdes nuestro amor, Romero! ¡Ha sido demasiado fatal para todos!

—Pero ¿qué has venido a hacer aquí? ¿Quién te ha dicho que la cañonera naufragó y que me hallaba prisionero?

—¿Qué te importa? Tenía contigo una deuda que me pesaba en el alma, y he venido a pagarla.

—¿Una deuda?

—La que contraí contigo en la ribera del Malabón: ¿lo recuerdas?

—Sí, pero eso no constituía una deuda. Te amaba

intensamente, y, aunque ya no podía hacerte mía, quise demostrarte que sacrificaba gustoso mi vida por salvarte.

—Lo sé, pero ahora ya acabó todo entre los dos. Tú eres de la mujer blanca, y yo soy de otro hombre.

—¿De quién?

En vez de responder, Than-Kiu se aproximó al ébano tras el cual estaba oculto Hong: cogió por la mano al intrépido chino, lo llevó ante Romero y dijo con voz firme:

—El hombre a quien amo es éste. Mañana seré la mujer de Hong.

Romero vaciló, murmurando:

—¡Hong! ¡Hong!

—Sí, Romero; *Flor de las Perlas* es mía, ¡y guay del que la toque!

Luego, cogiendo en sus robustos brazos a la joven, añadió:

—¡Ven, amada mía! ¡La felicidad te aguarda a la orilla del río Amarillo, cerca de la tumba de tu heroico hermano, bajo las cúpulas de lirios!

Than-Kiu le sonrió y se abandonó entre sus brazos, mientras Romero cerraba los ojos para no ver aquella feliz pareja.

CONCLUSIÓN

Tres días después de los acontecimientos narrados, dos canoas se alejaban de la aldea del jefe igorroto con rumbo hacia la costa septentrional del lago Linguasán. En la primera, iban Than-Kiu, Hong, Pram-Li y Sheu-Kin; en la segunda, Teresita, Romero y los dos marineros de la cañonera. Bunga había abastecido a los viajeros de víveres suficientes, regalando fusiles, bolos y municiones a los españoles.

Tiguma se había quedado en la aldea aguardando la oportunidad de volver por el Bacat a su pueblo, donde le esperaba su esposa.

Las dos canoas llegaron después de treinta horas de navegación a río Grande, caudaloso río que sirve de desagüe al Linguasán, y que va a desembocar en el mar cerca de Costabado, capital del sultanato de Salingán.

La travesía del río se verificó sin incidentes; pero, durante los doce días que duró, los dos grupos se mantuvieron alejados entre sí, acampando a distancia. Hong por celos de Romero, y Teresa por celos de Than-Kiu habían impuesto esa condición, no admitiendo la unión de todas las fuerzas, sino en caso de peligro.

En Costabado, Hong y sus amigos hallaron el junco del viejo Tseng-Kai. El buen hombre, seguro de verlos volver un día u otro, los aguardaba allí organizando frecuentes expediciones al río Talaján. Por algunos piratas que cayeron en sus manos supo la prisión de Hong y Than-Kiu por Pandaras, y conociendo su audacia, no dudó que llegarían a escaparse. No se había engañado, como ya hemos visto.

Antes de embarcarse para China, la joven quiso ver por última vez a Teresita y a Romero, que se quedaban en Costabado aguardando un buque que los trasladara a sus posesiones de Ternate.

Las dos mujeres se saludaron, abrazándose y besándose como verdaderas amigas. Cuando Than-Kiu alargó la mano a Romero, notó que la de éste temblaba, y le oyó exhalar un suspiro.

—¡Sed felices! —dijo el mestizo con voz débil—, ¡Hong es un valiente que te amaré como yo te amé un día!

—¡Gracias! —repuso ella con altivez—. ¡Adiós para siempre!

Le miró a la cara y le vio palidecer.

—Antes de separarnos para siempre, ¡perdóname la muerte de Hang-Tu! —murmuró sollozando.

—¡Te he perdonado! ¡Adiós!

Pocos minutos después el junco de Tseng-Kai desplegab sus velas y se ponía en marcha rápidamente, tornando a la patria a *Flor de las Perlas* y al intrépido chino que tan bien supo conquistar su amor.

Emilio Salgari



Emilio Carlo Giuseppe Maria Salgarin 1 (Verona, 21 de agosto de 1862-Turín, 25 de abril de 1911) fue un escritor, marino y periodista italiano. Escribió principalmente novelas de aventuras ambientadas en los más variados lugares —como Malasia, el Océano Pacífico, el mar de las Antillas, la selva india, el desierto y la selva de África, el oeste de Estados Unidos, las selvas de Australia e incluso los mares árticos—.

Creó personajes, tal vez el más conocido de ellos sea el pirata Sandokán, que alimentaron la imaginación de millones de lectores. En los países de habla hispana su obra fue particularmente popular, por lo menos hasta las décadas de 1970 y 1980.

Emilio Salgari nació en el seno de una familia de pequeños comerciantes, hijo de Luigia Gradara y Luigi Salgari. En 1878 comenzó sus estudios en el Real Instituto Técnico Naval «Paolo Sarpi», en Venecia, pero no llegó a obtener el título de capitán de gran cabotaje. Su experiencia como marino parece haberse limitado a unos pocos viajes de aprendizaje en un navío escuela y un viaje posterior, probablemente como pasajero, en el barco mercante Italia Una, que navegó durante tres meses por el Mar Adriático, hasta atracar en el puerto de Brindisi. No hay evidencia alguna de que realizase más viajes, aunque el propio autor así lo afirma en su autobiografía, declarando que muchos de sus personajes están basados en personas reales que conoció en su vida como marino. Salgari se daba a sí mismo el título de «capitán» e incluso firmó con él algunas de sus obras.